

Soñando con galaxias muy lejanas
Antología de relatos cortos de
LA GUERRA DE LAS GALAXIAS
VOL. 2
Una publicación de *LA BIBLIOTECA DEL TEMPLO JEDI*

El universo galáctico siempre ha sido muy rico en historias, ya sean oficiales, o como en éste caso, hechas por fans, en las que se profundizan en personajes, momentos, situaciones o épocas muy diferentes. A veces reales dentro de la saga galáctica, y otra vez muy diferentes a lo visto en Star Wars. Pero siempre muy originales. Éste segundo volumen consta de diecinueve historias únicas:

- Adrià Boix Sas | Oro 4
- Alberto López Calvo | El cumpleaños de Han
- Ana Gabriela López | Última Trayectoria Conocida
- Cristina B. Morales | La última lección de la Fuerza
- Cristina Gámez Caballero | Y que las cosas cambien
- David Mingall Muñoz | La venganza del Sith
- Javier Martínez Yuste | Destello carmesí
- Guillermo González | Primera vuelta
- Jane Done | Púa de Jakku
- Jose Alabau Casaña | El arquitecto
- Pep Valls | El espíritu del bosque
- Julián Navarro Rodero | Lágrimas negras
- Kruzio Baal | El poder de Sidious
- María Rojas Ramírez | Recuerdos desde la oscuridad
- Miguel López | Ektor y Bans
- Nahuel Bogado | Coruscant bajo asedio
- Alguer Mas Rofes | Sangre en el barro
- Redan Dicor | Wormhole
- Belén Quijada, Alexander Larraín y Carlos Guzmán | La historia del Perla Carmesí

Por último, y más importante, como ya sabéis, éste proyecto es totalmente sin ánimo de lucro, y una de las ideas que desde el principio teníamos clara era llegado el momento oportuno, liberar las Antologías de manera gratuita y online. Así que aquí tenéis éste segundo volumen de Soñando con Galaxias muy Lejanas y que la lectura os acompañe.



Soñando con galaxias muy lejanas
Volumen II

Antología de relatos cortos de la guerra de las galaxias

Una publicación de la Biblioteca del Templo Jedi





Título original: Soñando con galaxias muy lejanas Vol. 2

Editor de la antología: Gorka Salgado

Autores: Adrià Boix Sas; Alberto López Calvo; Ana Gabriela López; Cristina B. Morales; Cristina Gámez Caballero; David Mingall Muñoz; Javier Martínez Yuste; Guillermo González; Jane Done; Jose Alabau Casaña; Pep Valls; Julián Navarro Rodero; Kruzio Baal; María Rojas Ramírez; Miguel López; Nahuel Bogado; Alguer Mas Rofes; Redan Dicor; Belén Quijada, Alexander Larraín y Carlos Guzmán

Correcciones: Carlos Rodríguez

Corrección y diseño: Alberto Izquierdo López y Lara Franco Cobo

Revisión final: Gorka Salgado Sautu

Portada: Jose Alabau Casaña

Publicación del original: 2020

Versión digital disponible también en labibliotecadeltemplojedi.com

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

22.05.22

Base LSW v2.22

DECLARACIÓN

Esta edición digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

PRÓLOGO

Las historias y relatos cortos de Star Wars siempre me han parecido una manera muy interesante de ahondar en personajes, situaciones, lugares y épocas del universo galáctico fuera de lo habitual. No es algo nuevo, pues la revista *Star Wars Insider* nos traía relatos cortos que se intercalaban entre las nuevas novelas de la saga que se iban publicando, y que hacían las delicias de todos sus lectores. Pero estos trabajos no se acotan solamente a canales oficiales, y así es como muchas personas inspiradas por la saga galáctica han plasmado sus ideas a lo largo de los años en relatos de todo tipo.

El año pasado dimos salida, a través del primer volumen de una antología de relatos cortos, a la posibilidad de leer historias de Star Wars escritas por personas de todo el planeta, donde se podían encontrar desde aventuras curiosas como la del alienígena con narcolepsia que encuentra el amor en el caos de las Guerras Clon, hasta una historia de Padmé Amidala que parecía escrita por la mismísima Claudia Gray. Un año después, volvemos con más autores y más visiones personales de ese universo que tanto nos gusta y que nos hace soñar con galaxias muy, muy lejanas…

¡Que la lectura os acompañe!



ORO 4

ADRIÀ BOIX SAS



Ya no cabía ni un alfiler. Aquel día la multitud era tal, que la academia de pilotos de la Nueva República había tenido que recurrir a su sala de mayor capacidad: la gran bóveda de conferencias.

—Buenas tardes cadetes. Hoy tenemos el placer de tener con nosotros a uno de los mejores pilotos que tuvo la antigua Alianza Rebelde. Pasó de ser instructor de pilotos del Imperio Galáctico a luchar contra él en las filas rebeldes. Invité a este héroe para que oigan en primera persona el relato de una de las mayores batallas galácticas de los últimos tiempos. Hoy nos visita Jake Farrell, y nos contará cómo fue la decisiva batalla contra la segunda Estrella de la Muerte.

Los cadetes se pusieron de pie mientras un hombre de avanzada edad entraba lentamente por la puerta. El eco de sus pasos resonó en el silencio de la sala hasta que llegó al atril. Se abrazó con el instructor y se giró a mirar a la nueva oleada de pilotos que se sentaban para escuchar su ponencia. Jake sonrió y empezó.

—Hola, y gracias a todos por venir. Para ser sincero, no tenía mucha idea de cómo empezar a contaros todo lo sucedido, pero mientras pensaba en ello, me di cuenta de que justamente todo empezó tal y como estamos ahora. Imaginad que estamos todos reunidos en un crucero estelar MC80, concretamente en el *Hogar Uno*, la fragata de mando gobernada por el gran almirante Ackbar. Estáis rodeados de pilotos de los mejores escuadrones, como el Oro, Gris, Espada, Rojo y Verde entre otros. Con miles de horas de vuelo y experiencia en batalla. Vestidos con sus trajes y cascos en mano. Y se les plantea una ofensiva a gran escala contra una colosal estación espacial del Imperio, donde tienen que introducirse en su interior y destruir el núcleo para provocar una reacción en cadena. —Jake cogió el vaso de agua del atril mientras la sala se mantenía en vilo—. Pues básicamente, es así como empezó…

—Salí del hangar con mi caza RZ-1 Ala-A y me dirigí al punto de encuentro con las otras pequeñas naves. Volábamos juntos varios escuadrones de cazas Ala-B, bombarderos Ala-Y, cazas Ala-X, interceptores Ala-A y un carguero ligero modelo YT-1300 donde iba el Líder Oro. Nosotros éramos la punta de lanza de ese ataque, así que una vez reunidos, desfilamos entre el resto de las grandes naves que formaban la ofensiva rebelde. Esquivamos y avanzamos las grandes naves de la flota: cañoneras braha'tok, corbetas CR90 corellianas, fragatas de escolta EF76, transportes GR-75 gallofree y cruceros estelares MC80 mon calamari, hasta ponernos al frente del ataque. Entonces saltamos todos al hiperespacio y aparecimos delante de ese gran monstruo esférico que orbitaba al lado de Endor.

—Había una gran seguridad por nuestra parte. Éramos un gran ejército de naves. Líder Oro pidió reportarse, y el escuchar la voz de cada líder de escuadrón te llenaba de fuerza para afrontar el ataque. Recuerdo la voz del almirante Ackbar citando ese lema de los antiguos Jedi: «*¡Que la fuerza nos acompañe!*». —Jake hizo una pausa y reanudó el

relato con un tono de voz más serio—. A partir de ese momento, empezó a complicarse el ataque.

La gran mayoría de los cadetes que asistían a la charla ya conocían la batalla de Endor. Se la contaron en alguna clase de la academia, la escucharon a través de algún familiar o la leyeron en los archivos de la biblioteca. Pero escucharla de un piloto que estuvo presente y la intensidad con la que lo contaba, conseguía que la sala estuviera enganchada a la narración.

—De repente, el general Calrissian, el Líder Oro, apareció con un mensaje contundente en todas las naves: «*¡Detengan el ataque! ¡El escudo está activado! ¡Todas las naves, desvíense!*». El almirante Ackbar siguió: «*¡Acción evasiva! ¡Grupo verde, diríjanse al perímetro MB7!*». Viré con mi Ala-A siguiendo las órdenes mientras por radio recibíamos malas noticias. —Jake subió el tono de voz para dar más énfasis a la historia—. «*¡Es una trampa!*», nos gritó el almirante. —Jake paró otro instante para beber agua dejando a toda la sala expectante. Repasó con la mirada a todas las filas de asientos de la sala y siguió.

—Al girar, nos encontramos cara a cara con un enorme ejército formado por varios destructores estelares y un acorazado estelar que aparecieron de la nada. No tuvimos ni tiempo para reaccionar cuando fuimos atacados por centenares de cazas TIE que llegaban por todas partes. No podíamos ni disparar, era imposible fijar un blanco, toda mi concentración era para no chocar contra ese enjambre de cazas imperiales que se tiraban encima de nosotros. Al poco rato, empecé a abatir cazas enemigos. Recuerdo que hubo muy buena comunicación con mis compañeros, y eso facilitaba derribar a esa horda desorganizada de TIEs, así como cubrirnos unos a otros las espaldas. Entonces, el Imperio sacó otra de sus cartas. —Jake volvió a parar su narración. Había contado tantas veces esta historia que conocía los momentos perfectos para hacer una pausa y aumentar así la atención.

—Entonces, un gran rayo verde salió de la Estrella de la Muerte e impactó contra uno de nuestros cruceros estelares. La explosión hizo temblar el casco de todas las naves presentes. Nadie podía pensar que esa estación a medio construir pudiera estar en funcionamiento. Por un momento, las comunicaciones fueron un caos. Esperábamos órdenes mientras seguíamos esquivando, persiguiendo y derribando cazas enemigos. No pasó mucho tiempo cuando otro rayo salió de la estación espacial y destruyó otro de nuestros cruceros. —Los cadetes ponían cara de preocupación, como si no supieran el desenlace de la historia.

—Finalmente recibimos órdenes del Líder Oro: «*¡Acérquense y ataquen a los destructores!*». El plan era ejecutar un ataque directo echándonos encima de sus grandes naves con las nuestras, evitando así los disparos desde la estación. En ese momento, empezó la batalla más grande que yo hubiera visto. Centenares de naves, cazas, interceptores, bombarderos, cruceros, corbetas, fragatas… disparándose sin tregua, iluminando el espacio con láseres y explosiones. —Jake paró, sonrió y siguió con un tono más optimista.

—Todo cambió cuando el equipo rebelde que teníamos infiltrado en Endor se hizo con el control del proyector del escudo de la Estrella de la Muerte. Y por fin llegó la noticia que lo cambió todo. «*¡Escudo desactivado! ¡Ataquen a la Estrella de la Muerte!*». Escuchar eso nos llenó de fuerza. Acto seguido, recibimos órdenes del Líder Oro: «*¡Grupos Rojo y Oro, todos los cazas, síganme!*». Y yo no lo dudé ni un momento. Me puse detrás de ese carguero ligero que iba directo al interior de esa monstruosa estación.

—Esquivábamos cazas TIE y disparos de las torretas de la estación, buscando la apertura que nos llevaría a sus entrañas. Dimos con la entrada y un pequeño grupo de pilotos nos introdujimos a gran velocidad. El general Calrissian y su equipo en el carguero corelliano, Wedge Antilles y Keir Santage en sus cazas Ala-X, Norra Wexley pilotando un Ala-Y y luego estaba yo. Un grupo de cazas TIE nos seguía ferozmente, con sus chillidos resonando y disparando sin pausa para intentar frenarnos. Pasamos de luchar en el espacio a correr por un estrecho pasillo irregular lleno de tuberías, vigas, luces y obstáculos que salían por todas partes. Imaginen cómo corre la adrenalina cuando vas a toda velocidad por un espacio tan reducido y perseguido por cazas que no dejan de dispararte. —El tono de voz empezó a entristecerse.

—Mi amigo Keir Santage, Rojo 7, el tipo con el bigote mejor recortado de la galaxia… —Jake hizo una mueca y siguió—, iba en la cola y cayó al poco tiempo de entrar. Entonces el Líder Oro nos dio la orden de separarnos en dos grupos y volver a la superficie para ver si podíamos dividir también a los perseguidores. Viré a la derecha junto a Oro 9 y nos llevamos tres cazas con nosotros. Pilotamos los cazas al límite, apurando nuestros movimientos lo máximo que daban esos estrechos pasillos, rozando más de una vez con las tuberías y vigas que dividían el paso. Tenía a Norra pegada a mi cola, estaba recibiendo muchos impactos y eso me obligaba a no aflojar ni un instante. Su vida estaba en mis manos. —Jake hizo otra pausa para beber, aclarar la garganta y bajar el ritmo de la narración.

—Después de unos pocos minutos, quizá segundos, pero que nos parecieron horas, Norra y yo pudimos salir de la Estrella de la Muerte. Salimos a tiempo, justo a tiempo para que compañeros del equipo Oro nos quitaran de encima aquellos TIEs. A tiempo para ver cómo todo el equipo Verde concentraba su ataque contra un gran superdestructor y cómo Arvel Crynnd, gran amigo y líder del escuadrón, sacrificaba su vida para hacerlo caer definitivamente. Y a tiempo para ver cómo el Líder Rojo y Oro escapaban del interior de la Estrella de la Muerte justo cuando explotaba y se desintegraba, poniendo fin a esa épica batalla. —A Jake empezó a temblarle la voz, se le veía ligeramente emocionado y se le pusieron los ojos vidriosos. Ese hombre mayor, curtido por la guerra, poco más tenía que contar—. Salimos a tiempo para poder contarlo hoy y recordar a todos los compañeros que perdimos allí. —Cogió otra vez el vaso de agua con un ligero temblor de mano. La sala estaba en completo silencio, esperando escuchar algo más de ese héroe. Jake dejó el vaso. Miró a los cadetes emocionado y, con una voz rota, dijo:

—Que la fuerza os acompañe siempre.

La bóveda estalló con un gran aplauso. Todos los asistentes se pusieron de pie y Jake Farrell no pudo contener sus lágrimas.

EL CUMPLEAÑOS DE HAN

ALBERTO LÓPEZ CALVO



—¿Sabéis? Hubo una vez en la que el *Halcón Milenario* no estuvo en mis manos —comenzó a hablar Han ante sus amigos Luke, Leia, Chewbacca y Lando—. Me refiero a después de que se la ganara a Lando en una partida de sabacc, claro. Ocurrió en Dantooine. ¿Te acuerdas, Chewie?

—¡¡Grraaoorrr!! —fue la respuesta afirmativa del wookiee, solo entendida por Han y Lando. C-3PO también lo habría hecho, si hubiera estado activado.

—Necesitaba hacer unas reparaciones en el hipermotor para poder volver a Tatooine con la mercancía de aquel encargo. Como iba muy justo de tiempo, contraté a un mecánico por una tarifa muy superior a la normal para que se dedicara por completo a mi nave, dejando de lado a otros clientes. El caso es que, tras no pocas negativas, aceptó. Desde el principio, tuve la sensación de que me dijo que sí para que le dejara en paz y que luego trataría de hacerme una jugarreta. Sin embargo, estaba tan cansado que decidí dejarlo solo e irme a la cantina más cercana con Chewie. Cuando volvimos unas dos horas después para ver qué tal iba la reparación, nos quedamos asombrados al ver que el *Halcón* no estaba en el lugar en el que aterrizamos, sino alejándose hacia el cielo ante una docena de enfurecidos individuos. Enseguida nos dimos cuenta de qué era lo que había sucedido: estaban molestos porque nos habíamos colado, y el mecánico, presa del pánico, había huido en nuestra nave.

—¿Y qué hicisteis entonces? —preguntó Leia, movida por la curiosidad.

—Pues lo único que podíamos hacer: lo mismo que hizo el mecánico. En cuanto los clientes nos vieron y nos reconocieron como los culpables del retraso en sus reparaciones, huimos en el vehículo más cercano. Tuvimos la mala suerte de que era un saltacielos T-16.

—¿Mala suerte? —se sorprendió Luke—. Era mi vehículo preferido en mi juventud. Incluso tenía uno con el que participaba en carreras de lo rápidos que son.

—Ya, pero en aquella ocasión no nos hacía falta velocidad, niño. —Han aún llamaba así a Luke de vez en cuando, aun siendo ya todo un caballero Jedi—. Nos hacía falta una nave espacial, no una planetaria. De esta forma, pudimos escapar de los clientes, pero no ir tras el *Halcón*. Además, nos persiguieron por toda la ciudad, aunque tuvieron el detalle de no dispararnos hasta que salimos de ella; no querían causar destrozos y vérselas con las autoridades locales. Así, al tener que esquivar disparos, descubrí cuál era la avería que tenía aquel T-16: cada vez que efectuaba un giro, sus motores de elevación por repulsión fallaban, haciéndonos bajar más y más.

En poco tiempo, me vi pilotando a menos de veinte metros de altura. Menos mal que se me ocurrió la forma de salir de aquel embrollo: utilizando los asientos eyectores.

—Pero entonces, te dispararían los perseguidores durante el descenso, ¿no? —preguntó Lando, intrigado.

—No, amigo mío, no los usé con nosotros dos encima. Los expulsé de la cabina a modo de distracción mientras Chewie y yo nos lanzábamos por la parte de atrás de la nave. Así, las destruyeron y ni se dieron cuenta de que habíamos caído en el lago que había debajo. ¡Los muy infelices se fueron de la zona pensando que nos habían liquidado!

—Todos se rieron al unísono, apreciando, al mismo tiempo, la habilidad del antiguo contrabandista para fugarse de las situaciones más complicadas. Como cuando se zafó de toda una flota imperial escondiéndose sobre la superficie de un destructor y dejándose caer después con la basura que lanzó el mismo. Si librarse de la muerte se considerara un arte, Han sería un artista excepcional.

—¡Grooaarr, graarrr, grrooorrrrrr! —le dijo Chewie, impaciente.

—Sí, sí, ahora voy con eso. Después de andar y andar durante prácticamente un día entero, conseguimos regresar a la ciudad. Tras alojarnos y dormir en un hotel, no perdimos el tiempo y nos pusimos manos a la obra para tratar de localizar el *Halcón*. Lo intentamos por todos los medios: redes ilegales de información, cazarrecompensas, anuncios en la Holored… Nadie había vuelto a ver mi nave en toda la galaxia. Todo eran cargueros corellianos diferentes. Y eso que informé de varias de las muchas modificaciones que ya tenía en aquella época, lo que le hacía ser bastante genuino. Pero nada, no hubo manera. Debimos estar unas tres o cuatro semanas viviendo allí, en la capital de Dantooine, antes de que halláramos su localización: ¡la ciudad vecina! —De nuevo, todos se rieron en gran medida—. Llevaba allí desde el primer día, a poco más de veinte kilómetros de donde estábamos. Y desde entonces el mecánico había intentado venderla. Pero claro, ¿quién iba a querer ese pedazo de chatarra que, además, era robado?

—¡Estupenda anécdota, Han! —le felicitó Leia—. Un año más, te has superado. —Tanto Luke como Lando asintieron—. Y eso que la del año pasado no estuvo nada mal.

—Sí, la verdad es que sí —respondió el corelliano, recordando la aventura narrada en el evento previo—. Espero que en el siguiente cumpleaños sigamos con esta estupenda tradición y os cuente una aún mejor.

ÚLTIMA TRAYECTORIA CONOCIDA

ANA GABRIELA LÓPEZ



Capítulo 1

Thrawn miró las luces azules que se movían rápidamente ante él, o al menos lo que podía ver a través de la red de tentáculos que cubrían la parte delantera del *Quimera*. Giró la cabeza, esforzándose por ver los paneles que todavía funcionaban justo detrás de él, a su derecha. Sus luces parpadeaban una advertencia sobre varios fallos del sistema a través de toda la nave.

—Bridger, ¿a dónde nos llevas? —intentó tentativamente.

—Muy lejos. —Ezra luchaba por responder.

—¿Lejos de Lothal?

—Imperio.

—Por supuesto.

Después de la sorpresa inicial de ser llevado al hiperespacio por purrgils, Thrawn había intentado en vano razonar con el joven para que lo liberara. Este había sido realmente el primer intercambio desde que estaban en esta posición tan precaria. Habían pasado varias horas desde entonces, y Thrawn supuso que Ezra se estaba quedando sin fuerzas con esa herida en su hombro. No podía verlo, pero podía escuchar que la respiración de Ezra se volvía dificultosa.

—Bridger, ¿cuánto tiempo mantendrás esto?

—El tiempo que sea necesario.

—¿Está a salvo el resto de mi tripulación? —intentó otro enfoque. Bridger siempre se preocupaba por los demás.

—Yo… ellos… —Hubo un momento de silencio detrás de él, como si Ezra se asegurara de tener la respuesta correcta—. Cápsulas de escape…

—Bien. —Dada la situación, la tripulación seguramente habría asumido que esta área ya había sido destruida y tratarían de salvar sus vidas de esta trampa mortal abandonándola. No podía culparlos. Fue el curso de acción más lógico. No tenía sentido perder más vidas.

La estructura retumbó bajo la presión aplastante de los tentáculos de los purrgils… Algo estaba pasando, algo estaba cambiando. Los tentáculos alrededor de Thrawn se aflojaron un poco, e inmediatamente aprovechó la oportunidad para deslizarse y alejarse de ellos. Cogió el arma que había dejado caer durante la lucha y apuntó a Bridger.

Ezra apenas se mantenía en pie, con ambas manos levantadas hacia las criaturas y sudando profusamente… temblando. Claramente, tenía fiebre por su herida. Ni siquiera se había dado cuenta que Thrawn había escapado de sus ataduras. Estaba totalmente enfocado en los purrgils. Pero en ese momento, Thrawn vio que lo poco de fuerza que tenía Ezra finalmente le abandonaba, y el joven Jedi cayó de rodillas, sin aliento, tratando de respirar. El chiss enfundó su arma cuando escuchó el rugido de las criaturas… No necesitaba ser sensible a la Fuerza para identificarlo como una llamada de advertencia. Se apresuró alrededor de la sala de control, o por lo menos lo que quedaba de ella, tratando de recuperar información relevante de las consolas, pero con el segundo rugido urgente

supo que no quedaba tiempo. Se dio la vuelta y vio a Ezra Bridger desplomado en el suelo. Thrawn lo miró brevemente, entrecerrando sus brillantes ojos rojos mientras consideraba sus opciones. Después de unos segundos, finalmente se acercó al joven y lo levantó de su hombro bueno.

Ezra dijo algo ininteligible y no ofreció resistencia… al principio. Cuando las puertas del puente se abrieron, el sonido sorprendió a Ezra, volviéndose para mirar a quien lo llevaba.

—¡NO! ¡N-no…! —murmuró alarmado, e intentó en vano alejarse de Thrawn.

—Bridger, nos dirigimos a las cápsulas de escape restantes. ¿Tendré que dejarte morir aquí? —No era una amenaza, era una pregunta honesta, y Ezra estaba lo suficientemente despierto como para comprenderlo.

—Vale… —Se calmó y comenzó a volver a la inconsciencia. Thrawn se apresuró hacia la cápsula de escape funcional más cercana, prácticamente arrastrando a Bridger.

—Kanan… lo siento… —Thrawn sentó a Ezra y rápidamente lo aseguró lo mejor que pudo. Luego fue a los controles de la cápsula de escape. Podía ver a través de la ventana los tentáculos que también se soltaban alrededor del *Quimera*. Sabía que el destructor estelar se destrozaría en cuestión de segundos sin un sistema de guía dejando el hiperespacio en esta condición. Incluso si se separaran ahora, sus posibilidades de supervivencia eran mínimas.

Thrawn volvió a mirar a Bridger y no pudo evitar encontrar toda esta situación impresionante. Medio sonrió ante la ironía de todo y presionó el botón de liberación de emergencia.

—Que la Fuerza nos acompañe.

Él estaba sufriendo. Estaba siendo cazado. ¿Por los lobos? No. Sombras oscuras que sin rostro intentaban alcanzarle.

—¡No! ¡Alejaos de mí!

Corrió, pero no pudo moverse.

Estaba de regreso en el pequeño transporte imperial.

—Los rebeldes se dirigen al depósito de combustible —oyó Ezra a través de los comunicadores.

—¡No, no! Diles que se vayan de allí —trató de decirle a Sabine, quien pilotaba la nave, para que pudiera advertir a Kanan y Hera.

El fuego lo envolvió todo.

Era un niño, estaba lloviendo. Estaba asustado y solo.

Ojos rojos sobre él. Intentó escapar. Fue retenido contra el suelo. Gritó pidiendo ayuda.

Estrellas. Estaba rodeado de estrellas. Dume estaba allí. Pero no era Dume.

—Kanan.

No podía verle, pero era luz pura. No podía tocarle, pero le estaba abrazando.

Ezra sonrió cuando la ola de alivio y paz rodó sobre él.

Abrió los ojos.

Ezra parpadeó, tratando de enfocar sus ojos. Todo estaba oscuro. Escuchó movimiento cerca y notó dos ojos rojos brillantes.

—Finalmente estás despierto —dijo Thrawn satisfecho, y se acercó a él desde la apertura de la cápsula de escape.

Ezra dio un grito ahogado e intentó alejarse, pero sus brazos le fallaron. Estaba demasiado débil. Su cuerpo estaba exhausto, dolorido, ardiendo.

—No te esfuerces, Bridger. Todavía tienes fiebre alta. Debes descansar.

—¿Qué? ¿Dónde? —Ezra estaba muy confundido tratando de entender qué estaba pasando. ¿Thrawn estaba preocupado por su bienestar? ¿Qué diablos…?

—Escapamos del *Quimera* justo a tiempo. —Thrawn se agachó a su lado, tratando de atender su hombro. Ezra no lo había notado hasta entonces, pero estaba cubierto por parches de bacta. Seguía usando su camiseta blanca de tirantes, pero no podía ver su camisa naranja en ningún lado. Thrawn continuó explicando—. Cuando abandonamos el hiperespacio, llegamos a este planeta. Todavía no sé nuestra ubicación exacta. Desarrollaste una infección, y desde entonces has estado inconsciente.

—¿Cuánto tiempo…? —Ezra pareció calmarse, y se frotó los ojos y la frente.

Tenía escalofríos por la espalda. Thrawn lo ayudó a sentarse en el suelo de la cápsula, a pesar de que Ezra intentó quejarse. La escotilla estaba abierta y Ezra solo podía distinguir una superficie rocosa en la oscuridad de la noche.

—Según mis estimaciones han pasado casi cuatro días estándar, pero este planeta parece tener ciclos más largos. —Thrawn miró debajo de los parches, limpió la herida con una solución dolorosa que hizo que Ezra apretara los dientes y se alejara de él. Thrawn mantuvo las manos en alto por un segundo—. No estoy tratando de hacerte daño. No respondías al tratamiento, pero parece que ahora estás mejorando rápidamente.

«*Kanan*». El nombre surgió en la mente de Ezra. Le había sentido. Había estado allí con él brevemente, al menos espiritualmente. ¿Quizás ayudándolo a sanar? Pero se suponía que se había ido. Ezra sintió una punzada en el pecho, pero sabía que no podía detenerse a pensar en eso. Apartó ese sentimiento a un lado. No era el momento.

—Esta es la última de las raciones de emergencia. —Thrawn le entregó una barra de nutrición—. Debes recuperar tu fuerza para estar en condiciones de caminar mañana. Nos dirigiremos hacia el norte y subiremos por el barranco a una posición más segura, un lugar más adecuado para un campamento cerca del agua.

Ezra miró la barra en su mano.

—¿Por qué haces esto? Estamos… ¡Me disparaste! ¡Destruí tu flota! —Nada de esto tenía sentido.

—Te las arreglaste para derrotarme, Ezra Bridger. Te había subestimado… Ese fue mi error —dijo con calma y sin ningún resentimiento—. Lo estoy corrigiendo.

Ezra sacudió levemente la cabeza, sin comprender realmente el significado oculto detrás de esas palabras. Su mente todavía estaba borrosa, y pensar demasiado le estaba causando dolor de cabeza. Bien, pensó, comería y descansaría. Ciertamente no tenía prisa por morir a causa de una infección, por lo que necesitaba recuperarse lo antes posible. Kanan tenía… Kanan le había enseñado cómo usar la Fuerza para ayudarlo en su propia curación. Ahora se concentraría en eso. Luego se encargaría de lo que Thrawn estaba planeando.

Ezra suspiró, y lentamente se comió la barra y bebió un poco de agua que Thrawn le ofreció. Se recostó nuevamente en el suelo duro, notando que tenía una manta de emergencia sobre él. Se cubrió y le dio la espalda a Thrawn, no queriendo pensar en su presencia más de lo necesario.

Thrawn tenía una sonrisa casi imperceptible en su rostro. Bridger estaba fuera de peligro, comiendo y recuperándose rápidamente. Excelente.

—Bridger. —Ezra se despertó sobresaltado por la voz de Thrawn—. Es la hora.

El joven Jedi parpadeó, y vio las primeras luces del amanecer afuera. Thrawn estaba agarrando una especie de cable largo de uno de los paneles de la cápsula de escape. Ezra sintió un escalofrío por la espalda. Todavía no podía creer que estuviera allí con Thrawn y que no estuviera tratando de atacarle o… algo.

—Ugh… vale, vale, estoy despierto —dijo mientras se frotaba las sienes. Su cuerpo todavía estaba dolorido, y se dio cuenta que podría haber sido peor, mucho peor. No solo por la herida en su hombro, sino por el costo mental de guiar a los purrgils. Sintió que había desgarrado un músculo de la Fuerza, o algo así. Si se hubiera esforzado más, podría no haber sobrevivido en absoluto.

—¿Te sientes capaz de caminar?

—Sí… —Ezra se levantó lentamente, y tentativamente dio un paso adelante.

Thrawn lo agarró del brazo derecho y lo mantuvo en equilibrio.

—No. —Ezra sacudió la mano de Thrawn de su brazo—. Puedo caminar por mi cuenta. Thrawn lo miró por un segundo, levantando ligeramente una ceja.

—Muy bien. —No hizo más intentos de ayudarlo, salió de la cápsula de escape y le dio a Ezra suficiente distancia, algo por lo que este estuvo agradecido.

Ezra miró hacia afuera y confirmó que estaban en el fondo de un barranco profundo. No iba a poder subir desde aquí, eso seguro. Incluso solo alzar los ojos le daba dolor de cabeza… ¿tal vez necesitaba más descanso? Apenas podía concentrarse.

—Por aquí —señaló Thrawn, pero no esperó a que respondiera. A Ezra no le importó y trató de seguirle el ritmo. Caminaron en silencio mientras Thrawn lo guiada.

Ezra no estaba seguro por cuánto tiempo.

—Este es el punto más bajo del barranco. —El chiss se detuvo y se dio la vuelta para mirarlo—. Debemos subir por aquí —dijo señalando a un lado que era considerablemente más bajo pero que aun así tenía… ¿cuánto? ¿Cincuenta metros de altura?

—Eso… eso seguirá siendo difícil —dijo Ezra frunciendo el ceño.

—Puede ser difícil, pero no imposible. Podría llevarte —ofreció Thrawn.

—¡¿Qué?! No. De ninguna manera… —dijo Ezra, quien se sobresaltó cuando Thrawn se acercó con la cuerda—. ¿Qué estás haciendo?

—Asegurarte. —Thrawn comenzó a sujetar el cable alrededor de su pecho.

—¡Dije que puedo subir!

—Sí… y puedes resbalarte. De esta manera puedo evitar que caigas. No agreguemos huesos rotos a tu estado actual, ¿de acuerdo?

Ezra resopló un pequeño karabast y le permitió atar el cordón alrededor de su pecho y cintura. El cable les dio una distancia de unos cinco metros entre ellos.

—Iré delante —anunció Thrawn, y Ezra observó cómo comenzó a escalar con facilidad los primeros cinco metros de la pared rocosa y esperó a que lo siguiera.

—Aquí voy… —Ezra suspiró e intentó seguir el mismo camino que Thrawn.

Le dolía el hombro izquierdo, pero logró mitigar el dolor con la Fuerza. Desde allí, Thrawn avanzó lentamente, casi como si quisiera asegurarse de que Ezra viera qué grietas y rocas usar para ayudarlo en su escalada, sin tener que decirle directamente.

Estaban a pocos metros de llegar a la cima cuando, de repente, el pie derecho de Ezra resbaló y no pudo sostenerse de la grieta con su brazo herido.

—¡AH! —Ezra cayó unos metros y la cuerda se tensó tirando de Thrawn, dejándolo lidiar con todo su peso.

—¡Bridger! —siseó Thrawn con los dientes apretados. Sus manos se aferraron a la roca tanto como pudo.

—¡LO SÉ! —Ezra arañó desesperadamente la pared, tratando de encontrar una orilla para sostenerse. Finalmente, obtuvo el apoyo de una grieta y se levantó. Su corazón latía tan rápido que pensó que iba a explotar. Había hecho muchos saltos atrevidos antes, pero nunca en un estado tan enfermo como este. No podría haber usado la Fuerza correctamente. En el mejor de los casos, la caída le habría roto todos los huesos y, en el peor, lo habría matado. Levantó la vista hacia Thrawn, que nuevamente esperaba que continuara, impasible como siempre. Ezra suspiró, gruñendo, y siguió subiendo.

Thrawn llegó al borde del acantilado y, una vez arriba, tiró de Ezra el resto del camino.

—Gracias —dijo Ezra, todavía sintiéndose raro diciéndole eso—. Nunca volvamos a hacerlo —agregó, pero Thrawn no respondió, simplemente se desató a sí mismo y a Ezra de la cuerda. Por un momento no estuvo seguro de qué era peor, Thrawn hablando o su silencio.

Ahora sobre el barranco, Ezra podía ver un espeso bosque delante de ellos, con altos árboles de anchas hojas de color verde oscuro. Thrawn le entregó, sin palabras, una vara resistente… y Ezra se dio cuenta de que ya estaba exhausto. La necesitaría para caminar.

Tomó la vara sin quejarse y la usó para apoyarse y recuperar el aliento, mientras que Thrawn entraba en el bosque. Ezra dudó por un momento. Todo lo que sabía sobre Thrawn le decía que no debía bajar la guardia, pero no podía ignorar la sensación de que, al mismo tiempo, le estaba empujando a seguirle.

Ezra cerró los ojos y suspiró. La Fuerza trabaja de formas misteriosas, ¿verdad? Sin otra excusa, reunió sus fuerzas y caminó hacia la fría sombra del bosque antes de perder de vista a Thrawn.

Capítulo 2

Ezra estaba agradecido por la refrescante sombra en el bosque mientras caminaba, ayudándose con la vara y manteniendo su distancia de Thrawn. Sus ojos estaban pegados a la espalda de aquel hombre con uniforme blanco. Ahora que Ezra estaba recuperando lentamente su concentración y despejando su cabeza, no pudo evitar sentirse tenso y cauteloso a su alrededor. Esa sensación que Ezra inicialmente tuvo de seguirle comenzó a verse empañada por hechos concretos. Este era el gran almirante Thrawn. Había dirigido el proyecto TIE Defensor. Trajo el destructor Quimera para bombardear su planeta natal. Un hombre despiadado que solo pensaba en el poder y…

—No estamos muy lejos. —Thrawn alentó sus pasos y lo miró—. ¿Necesitas descansar?

Ezra estaba frunciendo el ceño.

—Estoy bien —dijo Ezra con un toque de irritación.

Thrawn inclinó levemente la cabeza, notando su comportamiento, pero asintió y siguió adelante. Ezra respiró hondo un par de veces, se calmó, recordándose que no era el mejor momento para enojarse. Finalmente llegaron a un pequeño claro donde ya había una hoguera y un refugio casi terminado. Ezra parpadeó sorprendido… no había esperado que nada estuviera listo cuando llegaran.

—¿Hiciste todo esto?

—Sí, mientras aún estabas inconsciente. Me tomé la libertad de explorar el área inmediata y comenzar con los preparativos. Todavía no he notado ningún signo de vida inteligente.

Ezra no pudo contenerse por más tiempo.

—Está bien, solo dilo ya. ¿Qué quieres? —Ezra se quedó allí, rígido, con una mano fuertemente cerrada alrededor de la vara.

—¿Perdón?

—Sé lo que estás tratando de hacer.

El chiss lo miró y lentamente levantó una ceja.

—¿Lo sabes? Me gustaría escuchar tus sospechas.

—Solo quieres quedarte a mi lado porque viste lo que hice con los purrgils. Es por eso que has sido… —Ezra luchó para decir la palabra. ¿Amable? ¿Atento? No quería usar esas palabras para describir a Thrawn.

—Si bien parece que tengo mucha más experiencia en supervivencia, no negaré que de todas maneras tus habilidades serían útiles en esta situación.

—No es solo en esta situación. No me necesitas aquí. Podrías sobrevivir por tu cuenta. Esto va sobre lo que podrías hacer con un poder así más tarde. Me doy cuenta de ello —aseguró Ezra, cerrando los puños. Después de ser tentado por el propio Emperador, Ezra no iba a bajar la guardia alrededor de Thrawn—. La Fuerza no es un arma, te lo dije antes. Además, ¿pensaste que iba a olvidar todo lo que hiciste solo porque me estás ayudando en este momento? —Ezra de repente se sintió mareado por la intensidad de su creciente ira. Realmente necesitaba sentarse.

—No tengo ganas ni intención de discutir contigo, Bridger. Nos sacaste del conflicto que nos convirtió en enemigos. Aquí no hay Rebelión ni Imperio. Somos solo nosotros. Nos encontramos en circunstancias completamente diferentes. ¿Dejarás de lado nuestras diferencias para asegurarnos que ambos sigamos vivos?

Ezra lo miró fijamente, frunciendo el ceño. Estaba dudando. No sentía ninguna mala intención en sus palabras… pero se había equivocado antes. Thrawn tenía un motivo y no era solo la supervivencia… y de alguna manera no podía evitar la sensación de que Thrawn estaba sinceramente preocupado por algo.

—Si no quieres mi ayuda, puedo encontrar otro lugar para establecer un campamento para mí. No tendrás que verme.

Ezra se mordió el labio. ¡Karabast! Thrawn ya había hecho todo el esfuerzo de cuidarlo, preparar ese lugar y casi caer a la muerte en ese barranco para traerlo aquí.

Y en realidad no sabía nada de supervivencia. Demonios, su desventura en Tatooine lo había dejado bastante claro. Incluso si este lugar no parecía tan duro como ese planeta desértico, no estaba seguro de cuánto tiempo podría sobrevivir solo. Suspiró y sacudió la cabeza.

—No. Está bien… —dijo con un toque de molestia—. Podemos trabajar juntos…

Pero esto no significa que te perdone ni nada.

—Debidamente anotado —dijo Thrawn—. Terminaré el techo de paja de este refugio. Con tu ayuda, más tarde podremos hacer un refugio separado para cada uno de nosotros. Asumo que preferirías eso.

—Sí. Definitivamente.

Thrawn se movió para dejar el cordón que habían usado para trepar debajo del refugio, y agarró su bláster y el transpondedor de debajo de unas pocas hojas. Ezra se tensó.

—¿Tuviste un bláster y lo dejaste aquí?

—Sí —explicó Thrawn—. Inicialmente lo traía conmigo cuando tenías fiebre pero, cuando te estaba tratando, intentaste quitármelo con la Fuerza. Te golpeó en la cabeza y

se disparó. Afortunadamente, ninguno de nosotros fue herido. Decidí dejarlo aquí para evitar cualquier otro accidente.

—Ah… lo siento. —Ezra se rascó la parte posterior de la cabeza algo avergonzado—. ¿Qué pasa con el transpondedor? ¿Ya lo has activado?

—La señal del transpondedor solo tiene un alcance limitado dentro del mismo sistema, el cual puede ser captada por las naves del Imperio. Lamentablemente, es probable que estemos varados en algún lugar del Espacio Salvaje o las Regiones Desconocidas, lugares donde la presencia del Imperio es casi inexistente. Podría modificarla para permitir que cualquier persona capte la señal, pero… No tienes idea de qué peligros podría atraer —dijo Thrawn con un tono sombrío—. Es mejor si intentamos investigar nuestra ubicación primero.

—¿Pero qué pasa si realmente obtenemos ayuda del planeta? Vale la pena intentarlo —dijo Ezra un tanto esperanzado.

—Interesante. No creo que hayas pasado por tantos problemas para llevarme lo más lejos posible de Lothal, solo para que podamos encontrar el camino de regreso tan fácilmente al Imperio y la Rebelión.

No, no lo había hecho. Los labios de Ezra formaron una delgada línea. La realidad de haber elegido estar varado con Thrawn en este planeta finalmente se estaba asentando en su cabeza.

—Créeme, Bridger, preferiría volver lo antes posible, pero sé lo que podría estar al acecho en este lado de la galaxia. Usaremos el transpondedor cuando tengamos una mejor idea de nuestra verdadera posición —dijo Thrawn, y miró al cielo entrecerrando sus ojos rojos y brillantes—. Mientras tanto… para nosotros la supervivencia es un estado mental. Sin un rescate seguro a la vista, la posibilidad de pasar el resto de nuestras vidas aquí es una realidad.

Ezra sacudió la cabeza.

—Mis amigos nos buscarán. Estoy seguro de eso —dijo.

—No encontré ningún rastreador en tu persona —señaló Thrawn.

—Sí, pero…

—¿Te dijo la Fuerza que vendrían? —cuestionó el chiss. Ezra se mordió el labio. Lamentó haberlo mencionado en primer lugar.

—Sí…

—¿Te dijo la Fuerza cuándo nos encontrarán?

—… en un tiempo. —El cuerpo de Ezra se tensó.

—¿Cuánto tiempo? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? —presionó Thrawn—. ¿Años?

—Mucho tiempo —dijo Ezra a la defensiva. No estaba seguro. La Fuerza no era clara con cosas como esta. Tenía una idea bastante buena de que Sabine lo buscaría, eventualmente. Él confiaba plenamente en eso. Ella… podría encontrar este lugar si se lo proponía. Pero no sabía cuánto tiempo llevaría. No en el futuro inmediato al menos.

—En cualquier caso, estoy seguro de que mi gente también me buscará. Esperaremos a ver quién lo hace primero.

—No estoy seguro de que el Imperio esté feliz cuando te encuentren después de lo que le sucedió a la flota. —Ezra no pudo contener una sonrisa traviesa.

—Mi gente. No el Imperio —comentó Thrawn.

—Ah… es cierto… —dijo Ezra parpadeando un par de veces—. Escuché que viniste de fuera del Imperio.

—Sí. —Thrawn lo miró con curiosidad, tal vez esperando para ver si sabía algo más sobre él. Sin ninguna otra pregunta o comentario de Ezra, continuó—. Tendría que estar de acuerdo, dada la peculiaridad de la desaparición del Quimera, supongo que les tomará mucho tiempo a tus amigos o a mi gente encontrarnos. Mientras tanto, debemos analizar nuestra situación y planificar nuestro curso de acción.

—Bien, escuchémoslo —dijo Ezra cruzando los brazos y encogiéndose de hombros, haciendo una mueca de dolor por su herida. Por un breve segundo, podría haber jurado que vio las comisuras de los labios de Thrawn curvarse hacia arriba.

—Nuestro enfoque debe ser mantener nuestra integridad física hasta el rescate, si es que lo hay. Debemos mejorar nuestro refugio. El agua, el calor y la comida serán nuestras próximas prioridades. Debemos dividir las tareas para evitar la fatiga y conservar la energía.

—¿Qué pasa con la cápsula de escape? Eso podría haber funcionado como refugio. Es lo suficientemente resistente.

—La cápsula está en el fondo de un barranco que tiene signos de inundación estacional. Vi nubes formándose en el horizonte. La temporada de lluvias podría estar cerca de comenzar.

—Oh.

—La cápsula de escape todavía puede proporcionar materiales posibles si somos capaces de desmontar partes de ella. El equipo de emergencia tenía unas pocas herramientas, pero requerimos crear las nuestras. Por el momento, tenemos que hacer debido uso de los recursos que tenemos a mano para su construcción.

—Dijiste que nos movimos aquí por comida y agua.

—Hay un pequeño arroyo justo bajando la colina desde aquí, y la vegetación en esta área parece proporcionar hojas, raíces y nueces que no son tóxicas y que son comestibles para nosotros.

—¿Cómo…? —Ezra dejó de hablar cuando Thrawn le mostró un pequeño dispositivo del tamaño de una jeringa, con una pequeña pantalla de datos.

—La analicé con esto —dijo Thrawn, acercándose a Ezra y colocando el dispositivo en su mano—. Esto nos permitirá encontrar una variedad de alimentos potenciales y evitar cualquier cosa venenosa o contaminada. Todos los kits de emergencia en el Quimera tienen uno. Quería que las personas bajo mi mando tuvieran las mejores oportunidades de supervivencia sin importar la situación.

Era como si Thrawn tuviera todo resuelto. Todo excepto la Fuerza. Ezra sonrió ante este pensamiento, tal vez demasiado.

—Je, bueno… ¿qué tareas quieres dividir entonces?

Thrawn entrecerró los ojos por un segundo pero asintió, comenzando a explicar todo lo que tenían que hacer.

Reunir hojas adecuadas para el techo de paja del primer refugio y de los futuros refugios también. Volver a llenar los recipientes con agua del arroyo usando un pequeño filtro de emergencia. Despejar el área de las hojas muertas. Encontrar pedernal. Forraje para bayas y nueces… La lista seguía y seguía. Se suponía que Ezra no debía alejarse demasiado de la vista del campamento para no desorientarse.

Una buena manera de evitar perderse, y Ezra no podía culpar a Thrawn… Se había perdido en su propio planeta, por todos los cielos. Obviamente no le mencionó esto a Thrawn, pero no es que lo necesitara. Ezra se mantuvo ocupado reuniendo alimento mientras Thrawn hacía rápidos viajes de ida y vuelta a la cápsula después de haber terminado el refugio. La prisa era porque Thrawn ya sospechaba que una tormenta estaba en camino. En uno de esos viajes había traído de vuelta la camisa naranja de Ezra, lo que quedaba del botiquín de primeros auxilios, la manta de emergencia, más cables y algunas partes electrónicas.

Después de que Thrawn obtuviera el material que necesitaba, comenzó a trabajar rápidamente en las herramientas que había mencionado anteriormente. Comenzó a elaborarlas con facilidad. Ezra no pudo evitar sentirse un poco impresionado por su habilidad, y se preguntó si ya había hecho esto antes. Thrawn había dicho que los días eran más largos en este planeta, y, al anochecer, Ezra ciertamente se sentía exhausto, a pesar de que había tomado varios descansos para reposar entre sus tareas.

Thrawn encendió un fuego cuando la oscuridad comenzó a llenar el área.

—No deberías esforzarte más. Adelante, duerme.

—Voy a tomarte la palabra… apenas puedo mantener los ojos abiertos… —Ezra terminó de colocar algunas bayas en una pila sobre una hoja grande que Thrawn había colocado cerca de la hoguera. Bostezó y se volvió para dirigirse al refugio, pero se detuvo por un segundo y miró a Thrawn—. ¿Vas a seguir trabajando en eso?

Thrawn miró sus herramientas como si aún no estuviera completamente satisfecho con los resultados.

—Sí, seguiré trabajando en esto.

—¿No deberías… ir a descansar también?

—No duermo tanto como los humanos —dijo Thrawn con una pequeña sonrisa en su rostro, como si hubiera recordado algo divertido.

Ezra frunció los labios. Eso no era lo que le había preguntado.

—¿No estás cansado? —presionó Ezra.

—Alguien necesita vigilar. Al menos hasta que podamos asegurarnos de que no haya grandes depredadores en el área. —Thrawn continuó con su trabajo sin prestarle más atención.

Ezra vaciló. Podía sentir que Thrawn estaba cansado.

—No parece que haya grandes depredadores cerca… quiero decir, si tú… si hemos estado aquí por unos días, algunos ya nos habrían encontrado, ¿verdad? —Él también los

habría sentido, pensó, pero Ezra no quería decirle a Thrawn qué más podía hacer con la Fuerza.

—Quizás.

Ezra frunció el ceño. Bien. Si quería quedarse así, no iba a detenerlo. De hecho, debería estar feliz de no tener que compartir el pequeño refugio con Thrawn.

—¡Bueno! —Tomó la manta de emergencia, se envolvió en ella y se quedó dormido justo cuando su cabeza tocó el suelo.

Capítulo 3

Ezra sintió movimiento cerca de él y su cuerpo se estremeció por instinto, acercando sus pies a su cuerpo, lejos del ruido.

—¿Qué?

—Está empezando a llover —explicó Thrawn con calma, sus ojos rojos y brillantes eran lo único que Ezra podía ver en esta oscuridad… otra vez. El joven no estaba seguro de si alguna vez se acostumbraría a ellos. Ezra se sentó y se movió a un lado para permitir que Thrawn colocara las herramientas primitivas que había terminado, las partes electrónicas que había rescatado y la poca comida que habían reunido. Sin decir una palabra más, el chiss agarró la manta de emergencia que Ezra había estado usando y la colocó sobre el refugio, proporcionando una capa adicional de aislamiento sobre ellos, y procedió a sentarse al otro lado de Ezra, dejando todas las cosas entre ellos.

Ezra bostezó. Sintió que había dormido mucho y ahora se sentía mucho mejor.

Todavía le dolía un poco el hombro, pero no se sentía tan mareado o débil. El olor a petrichor llenaba el ambiente, y no pudo evitar encontrarlo relajante. El sonido de la lluvia pronto aumentó hasta que fue casi ensordecedor. El techo del refugio parecía aguantar y mantenerlos perfectamente secos con la ayuda de la manta de emergencia colocada en la parte superior.

Ezra miró todas las herramientas que Thrawn había hecho mientras dormía. Había un hacha, un martillo pequeño, una pala, varias… ¿varas? Estaba demasiado oscuro para ver bien, y su atención se centró en las bayas y nueces que había reunido.

Su estómago retumbó.

—Voy a tomar algunas de estas para comer.

—Puedes.

Los labios de Ezra formaron una fina línea. ¿Puedes? Le irritaba sentir que Thrawn le estaba dando permiso para comer algo que él mismo trabajó para conseguir. «*No, solo déjalo ir, no vale la pena molestarse por eso*», pensó Ezra, respirando profundamente. Agarró solo un puñado de bayas y comenzó a comerlas lentamente.

Estaban un poco amargas, pero a él no le importó, aunque por el momento hubiera dado cualquier cosa por un jugoso meiloorun o una fruta jogan.

Con algo de comida en el vientre su estado de ánimo también parecía mejorar.

—¿Cuánto queda hasta la mañana? —preguntó Ezra, mirando a su lado al alienígena azul.

—Unas pocas horas más. —Thrawn estaba usando una cuerda hecha de raíces o hierba para asegurar firmemente la cabeza de la lanza. «*En serio, ¿dónde aprendió a hacer todo esto?*», pensó Ezra.

—¿Cuánto tiempo crees que durará la lluvia?

Thrawn se asomó un poco por debajo del techo, mirando el cielo tormentoso por encima de ellos, justo cuando un rayo golpeó en algún lugar, iluminando sus facciones angulares en la oscuridad de la noche. La imagen envió escalofríos por la columna de Ezra.

—Parece que la lluvia durará hasta después del amanecer.

—Oh… está bien —suspiró Ezra, y acercó sus rodillas para descansar la cabeza por un momento, pero inmediatamente se quedó dormido de nuevo. Era casi como si su cuerpo supiera que necesitaba aprovechar todo el tiempo disponible para descansar mientras aún podía.

Cuando Ezra se despertó por segunda vez, ya había luz y la lluvia había cesado, justo como Thrawn había predicho. Aparentemente, Thrawn ya se estaba preparando con su bláster en su funda y un hacha en su cinturón. ¿Alguna vez durmió? Había dicho que dormía menos que los humanos pero…

—Espera, ¿a dónde vas? —preguntó Ezra.

—Sería prudente revisar la cápsula de escape. Supongo que el barranco se inundará, pero aún podría haber algunas partes que pueden ser rescatables.

—Está bien, iré contigo. —Ezra salió del refugio y se estiró.

—¿Estás en condiciones de escalar? —Thrawn lo miró de pies a cabeza.

—Sí, tal vez. Me siento mucho mejor ahora. En todo caso, supongo que podría seguirte desde arriba por el borde del barranco.

Thrawn asintió y agarró el largo cordón, colocándolo alrededor de su hombro.

Caminaron de regreso al bosque por varios minutos en silencio, Ezra aun manteniéndose unos pasos detrás de Thrawn. Finalmente regresaron al área donde habían subido, pero Thrawn simplemente se detuvo allí, mirando hacia abajo.

Abajo, el barranco estaba inundado y los rápidos eran intensos.

—Sí, bastante inundado. ¿Crees que la corriente es lo suficientemente fuerte como para llevar la cápsula? —murmuró Ezra.

—¿Qué piensas? —preguntó Thrawn con una minúscula sonrisa.

Ezra se volvió hacia Thrawn con el ceño fruncido. ¿Se estaba burlando de él?

La forma en que lo dijo parecía un poco condescendiente, pero… ¿tal vez fue sólo la forma en que él hablaba? ¿Estaba honestamente incitándolo a dar una respuesta?

—Creo que la corriente debería ser lo suficientemente fuerte como para moverla, al menos un poco.

—Ya veremos —asintió Thrawn, y siguió avanzando hacia el sur, teniendo cuidado de no acercarse demasiado al borde. Ezra se dio cuenta de que la lluvia había vuelto resbaladizo el suelo y que debían tener cuidado de no caerse por accidente.

Unos minutos más tarde, llegaron al área donde debería haber estado la cápsula de escape.

—No está aquí —suspiró Ezra con un toque de decepción.

—De hecho, no está muy lejos. —Thrawn señaló justo delante, donde la corriente de agua pasaba sobre un gran obstáculo en su camino. La cápsula de escape había sido volcada y arrastrada contra unas rocas y quedó atrapada allí. «*Ese podría haber sido yo*», pensó Ezra, preguntándose si Thrawn le habría abandonado allí… ¿o tal vez no? Se había ofrecido a llevarlo. ¿Quizás podría haber sido capaz de subirlo incluso si hubiera estado inconsciente? ¿Pero qué tendría que ganar? Sacudió la cabeza.

—¿Había algo más importante allí?

—Ya había tomado todos los elementos esenciales. Tendremos que esperar hasta que el nivel del agua baje antes de intentar cualquier otra cosa… a menos que puedas levantarlo… —Thrawn lo miró con interés.

Ezra se mordió el labio. Se sentía mejor físicamente, pero se estaba concentrando principalmente en canalizar la Fuerza para terminar de curarse. En cierto modo, su músculo de la Fuerza todavía estaba dolorido por guiar a los purrgils, y sintió que aún no debía esforzarse demasiado. Además, quería asegurarse de no usar la Fuerza alrededor de Thrawn para evitar darle alguna idea de cómo usarla para su beneficio.

—La cápsula es demasiado pesada… no creo que pueda hacerlo ahora. Quizás cuando mejore —se limitó a decir.

—Ya veo —asintió Thrawn, lanzándole una mirada extraña pero aparentemente satisfecho con la respuesta, y comenzó su camino de regreso.

Cuando llegaron al campamento, la temperatura había aumentado considerablemente y la humedad comenzaba a ser extremadamente molesta.

—Comenzaré a trabajar en el resto del próximo refugio. —Thrawn se acercó al cobertizo para agarrar el resto de sus herramientas.

—Está bien, supongo que buscaré más comida entonces —ofreció Ezra.

Thrawn comenzó a quitarse su chaqueta imperial blanca y Ezra también hizo lo mismo: se quitó la camiseta naranja, dándole también un respiro del calor. Tomó uno de los recipientes de agua y bebió un poco, refrescándose… necesitaba mantenerse hidratado, especialmente cuando todavía se estaba recuperando. La curación con la Fuerza tenía sus limitaciones después de todo. Miró la pila de bayas y nueces que había recogido el día anterior, dándose cuenta de que Thrawn también había comido algunas de ellas. Ezra todavía tenía el pequeño dispositivo con él para verificar si la comida era tóxica o estaba contaminada.

—¿La comida que traje ayer estuvo bien? El dispositivo dijo que no había problema. El sabor para mí era un poco amargo, pero no sé si tú… —Ezra se dio vuelta para preguntar, pero se quedó con la boca abierta, mirando a Thrawn.

—Sí, la comida que encontraste era aceptable. —Thrawn no solo se había quitado la chaqueta, sino también la camiseta negra y… ¡Santo kriff! Estaba marcado.

No es de extrañar que Thrawn hubiera dejado a Kallus tan mal. Era como si todo su cuerpo fuera un arma afinada para la lucha. Recordó que Thrawn solía entrenar con los droides asesinos. ¡DROIDES ASESINOS! Ezra de repente se sintió muy inferior en comparación. A ver, estaba tonificado y era extremadamente ágil en una pelea, incluso se había enfrentado a Rukh antes, pero no era TAN fuerte. Simplemente tenía la Fuerza para ayudarlo a defenderse y darle una ventaja durante una pelea. Aun así, algo en el fondo de su mente le dijo que si Thrawn hubiera querido, podría haberlo matado fácilmente mientras dormía sin siquiera sudar… pero no lo hizo. Ezra no podía decidir si encontraba el pensamiento reconfortante o no.

Ezra simplemente decidió no quedarse pensando más en eso, y dejó a Thrawn cortando algunos de los árboles más delgados alrededor del campamento para hacer el marco principal para el nuevo refugio. Ezra se dirigió al arroyo y recogió bayas a lo largo del borde. Cuando regresó, Thrawn había logrado terminar de armar una gran forma en A. Este refugio sería más espacioso en comparación con el inclinado que habían estado usando.

En ese momento, Ezra notó algunas presencias en los alrededores. Miró las ramas en el lado opuesto del campamento y vio un grupo de pequeños animales rojos que olfateaban con curiosidad en su dirección. Ezra parpadeó. Extendió la Fuerza hacia ellos y sintió que reaccionaban con un alegre chirrido. Estaban sintonizados con la Fuerza… al menos tanto como un animal podía estar. Le recordaban a los gatos loth de casa, pero claramente eran habitantes de los árboles. Volvió a mirar a Thrawn, preguntándose si también los había visto. Thrawn tenía un arco en sus manos. ¿Cuándo él…?

Thrawn apuntó a los animales. Soltó la flecha. Los ojos de Ezra se engrandecieron.

—¡NO! —Ezra agitó la mano, alcanzando a enviar una onda de empuje con la Fuerza, y la flecha falló su objetivo, apenas golpeando la rama de justo al lado. Los animales saltaron alarmados y desaparecieron en el bosque—. ¡¿QUÉ PIENSAS QUE ESTÁS HACIENDO?! —Su sangre comenzó a hervir nuevamente.

Thrawn miró con el ceño fruncido la flecha clavada en la rama. Bridger le había hecho fallar, otra vez.

—Estaba adquiriendo una fuente de proteínas, Bridger, pero desapruebas claramente este método. Nunca mencionaste que tienes algunas restricciones en tu dieta.

—¡Puedo comer carne, pero no esas criaturas! —trató de explicar.

—¿Por qué? No veo ninguna diferencia entre estas y otras criaturas en el…

Thrawn fue interrumpido por el joven Jedi otra vez.

—Es solo una cosa de la Fuerza, ¿de acuerdo? Simplemente ¡NO!, los lastimes —advirtió Ezra, apretando los dientes. Algo en el fondo de su mente estaba preocupado de

que pudiera molestar a… algo. Algo aquí en este planeta. Algo como los lobos loth, Dume o Bendu.

Thrawn volvió a mirar la flecha y luego a Ezra.

—Muy bien. Si eso alivia tus preocupaciones, no vamos a cazar esas criaturas. No puedo prometer que no caerán en trampas, pero podemos minimizar el riesgo… ¿te parece bien?

—Sí —se limitó a decir Ezra, y apartó la mirada queriendo cambiar de tema, tratando de no adentrarse más en los detalles sobre la Fuerza con Thrawn—. Yo… te ayudaré a terminar con ese refugio.

—Tu ayuda sería apreciada.

Ezra se detuvo y miró a Thrawn por un segundo. Seguía intentando activamente apaciguar cualquier forma de hostilidad de su parte. Por supuesto, a Thrawn no le importaba lo que tenía que hacer mientras sus planes funcionaran.

Afortunadamente, Thrawn no volvió a sacar el tema y Ezra se sorprendió que cumpliera su palabra de no cazar activamente a esos animales en particular.

En los días siguientes establecieron una rutina. Despertar, buscar comida, volver a llenar sus botellas de agua e incluso mantenerse arreglados, ya que Thrawn había dicho que era importante para su psique, así como terminar cualquier construcción que tuvieran en ese momento. Thrawn incluso le había enseñado a Ezra cómo identificar los peces comestibles en una laguna al final del arroyo. A primera vista, los peces se veían igual, pero había pequeñas características, diferencias casi imperceptibles que Thrawn, de alguna manera notó de inmediato e instruyó a Ezra sobre cómo distinguirlos de los venenosos. La carne de estos peces era suave, y combinada con las bayas amargas y las nueces no ayudó exactamente a que Ezra se sintiera mejor acerca de su situación.

Todos los días eran una lucha, pero lo más difícil para Ezra no era la supervivencia en sí. Acostumbrado a lidiar con una amplia gama de sentimientos de la tripulación del Espíritu, ahora se encontraba en lo que podría considerarse un desierto emocional. La fauna en el área tenía las mismas emociones y estados de ánimo básicos que la mayoría de otros animales con los que se había encontrado antes: miedo, hambre, comida, seguridad, apareamiento; algunos incluso jugaban y se divertían… y luego estaba Thrawn.

Thrawn, como cualquier otra criatura inteligente, tenía emociones más complejas, sí, pero estaba lejos de lo que Ezra estaba acostumbrado a percibir en una persona normal. Pensamientos cuidadosamente compartimentalizados, como si toda su mente fuera un informe detallado en otro idioma que simplemente no podía entender. Sus emociones eran más tenues, refrenadas, controladas. No había enojo real cuando algo salía mal, pero Thrawn simplemente experimentaba lo que solo podría describirse como una molestia leve en algún error de cálculo. La única vez que Ezra había sentido una fuerte emoción en

él había sido su miedo cuando saltaron al hiperespacio con los purrgils. En verdad, solo había una preocupación en Thrawn, un objetivo final en su mente, y Ezra podía decir que era la supervivencia.

«*La supervivencia es un estado mental*», había dicho, y Ezra se dio cuenta de que Thrawn se ajustaba a ella casi naturalmente. Y lo que más le preocupaba a Ezra era que, en todo ese extraño e interminable complot en la mente de Thrawn, él era parte de sus planes futuros. Todavía no podía decir cómo, pero estaba convencido de que no podía ser bueno.

Debido a esto, Ezra limitó sus interacciones con Thrawn a frases pequeñas, siempre tratando de evitar dar demasiada información sobre él mientras intentaba descifrar lo que estaba planeando. No dejaría que su habilidad con la Fuerza se usara para su ganancia, o la del Imperio, o la de cualquier otra persona. Ya había tenido suficiente de eso. Estaba allí porque Thrawn era una amenaza y eso era todo.

Sin embargo, aquel día sería diferente de su rutina habitual. Después de haber explorado la mayor parte del área inmediata durante las últimas semanas, Thrawn había anunciado que era hora de explorar más allá. Partieron temprano en la mañana hacia el este, hacia un pequeño valle que habían visto desde lejos. Thrawn agarró su bláster y le ofreció a Ezra el arco y las flechas, pero obviamente los rechazó.

Thrawn se movió con facilidad y confianza a través del bosque, y Ezra lo siguió de cerca, principalmente para vigilarlo. Habían estado caminando durante lo que parecieron ser unas pocas horas. Los ojos de Ezra todavía estaban fijos en la espalda de Thrawn cuando el Jedi, repentinamente, sintió un hormigueo en el fondo de su mente.

—¿Tienes… tienes hambre? —Ezra parpadeó confundido y se detuvo.

—No. Al menos no por un par de horas más. —Thrawn se detuvo y lo miró con curiosidad.

Los ojos de Ezra se abrieron en shock al darse cuenta de lo que estaba sintiendo.

—¡Espera…! ¡ATRÁS!

El suelo bajo sus pies se levantó increíblemente rápido. Pero no era el suelo… había sido una bestia enorme que acechaba a su presa completamente camuflada como el entorno natural circundante.

Thrawn sacó su bláster rápidamente, pero no lo suficientemente rápido. La criatura masiva le golpeó y le hizo soltar el arma de sus manos.

La mente de Thrawn se aceleró evaluando sus opciones. No podía ver su arma.

La criatura era demasiado rápida y claramente tenía hambre. Los devoraría a ambos a menos que él… una leve sensación de déjà vu impregnaba este encuentro. Su expresión se endureció, su cuerpo se tensó. Este no era el resultado que estaba buscando. Pero no había otra opción, por lo que se vería obligado a…

—¡THRAWN, NO TE MUEVAS! —le advirtió la voz de Ezra. El chiss se congeló en su lugar, dando una rápida mirada a su lado sin apartar la atención de la poderosa bestia. Bridger estaba de pie, con los brazos y la mano extendida como lo había hecho antes con los purrgils. El grito también atrajo la atención de la criatura hacia sí mismo.

Thrawn observó cómo la bestia se volvía hacia el joven, brotando flagelos de su cuerpo, y un escalofrío le recorrió la espalda. Se lanzó a por Ezra a la velocidad del rayo. Ezra cerró los ojos, frunciendo el ceño… pero luego su expresión se relajó.

Dejó que la Fuerza fluyera a través de él. Los flagelos se detuvieron a solo unos milímetros de su cara. La criatura se agitó en su lugar, dando un gruñido bajo.

—Lo siento, pero no somos tu comida… ¿de acuerdo? —susurró Ezra con calma, respirando lenta y profundamente—. Vamos… vuelve a dormir… quédate allí… —lo alentó. Los flagelos comenzaron a retraerse hacia la criatura. Todavía en plena concentración con los ojos cerrados, Ezra volvió ligeramente la cabeza hacia Thrawn.

—Aléjate. Lentamente… —murmuró el Jedi, y comenzó a alejarse cuidadosamente del claro. Sintió que Thrawn lo seguía, fuera del alcance de las criaturas.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Ezra respiró hondo y suspiró aliviado al abrir los ojos.

—¡Uff… je! ¡Eso estuvo cerca! —Se rió entre dientes, pero de repente se detuvo cuando notó que Thrawn, impresionado, estaba todavía mirándolo. Parecía haber cientos de pensamientos pasando por su cabeza en ese momento… significados, implicaciones. Su mirada estaba llena de intensidad. Ezra tragó saliva. Había estado tratando de minimizar su uso de la Fuerza hasta ahora. Trató de minimizar el incidente—. Eh… ¿pasa algo malo?

—No. En absoluto. —Thrawn le dio una sonrisa. Una sonrisa de complicidad.

Ezra parpadeó, confundido. Los ojos de Thrawn mostraron resolución y confianza, más de lo habitual. De alguna manera, este incidente le había confirmado algo, algo muy importante. El chiss no dijo nada más y miró a su alrededor, buscando su bláster. Rápidamente lo encontró a solo unos pasos de ellos.

—Interesante —murmuró con cierto tono complacido, recogiéndolo y enfundándolo en su lugar. Sin otra palabra, Thrawn continuó en su dirección original, manteniendo su distancia del área donde la criatura estaba esperando.

Ezra se quedó allí, en silencio, aturdido, mirándolo irse. ¿Había hecho algo importante sin saberlo? Se apresuró a seguirlo antes de que se perdiera de vista.

—Deberíamos… evitar este lugar. No creo que pudiéramos matar algo tan grande con las armas que tenemos de todos modos.

—En efecto.

—También deberíamos estar atentos a otros claros como ese… por si acaso. Debería haberlo notado antes pero… —pero no lo hizo. ¿Por qué? Ezra se quedó en silencio mientras caminaba detrás de Thrawn, tratando de encontrar la respuesta. No se había dado cuenta del peligro hasta que fue casi demasiado tarde. Debería haber sentido una criatura tan peligrosa antes, pero… Ezra se detuvo en seco y miró, en shock, a la espalda de Thrawn. ¡Eso era! ¡Thrawn! Ezra había estado tan preocupado con Thrawn, lo que podría estar tramando, lo peligroso que era, todo lo que había hecho, que había estado en guardia constante y centrándose en él todo este tiempo, sin darse cuenta que podría haber una amenaza mayor para ambos aquí afuera.

Se mordió el labio inferior. Casi les había costado la vida.

—¿Bridger?

—¿Eh? —Ezra parpadeó, sacado de sus propios pensamientos.

—¿La Fuerza sigue los principios de sincronicidad? —preguntó Thrawn de manera casual. El funcionamiento de la Fuerza aún lo eludía, y la mayoría de sus preguntas sobre esta hasta ahora habían sido respondidas por Ezra de una manera vaga a propósito, pero necesitaba intentarlo.

—Principios de… ¿qué? —Ezra frunció el ceño.

—Sincronicidad. Significa que algunos eventos son coincidencias significativas si ocurren sin una relación causal, pero parecen estar significativamente relacionados —explicó Thrawn, sin volverse hacia él.

—¿Como cuando algo… parece que es una coincidencia muy grande? Bueno, supongo que eso suena un poco como la Fuerza… —Ezra se encogió los hombros, concediéndoselo—. Ya veo —dijo Thrawn—. Ezra no podía verlo, pero prácticamente podía sentir la sonrisa en su cara.

¿Sincronicidad? ¿Una coincidencia significativa? ¿Le había mostrado la Fuerza algo a Thrawn? Y lo peor de todo, ¿había recibido el mensaje? ¿La Fuerza había tratado de mostrarle algo a él también? Bueno, ciertamente necesitaba concentrarse menos en Thrawn y más en su entorno. Thrawn no era una amenaza inmediata, así que…

Ezra suspiró, y sus hombros cansados cayeron un poco. «*Bien… pero aún lo vigilaré*», pensó para sí mismo. No le gustaba la idea ni un poco, pero no podía arriesgarse a cometer otro error como el de ahí atrás.

Thrawn, por su parte, estaba satisfecho con los resultados de esta experiencia.

Había descubierto que había una tercera opción en su escenario, una opción que no podía entender completamente (y tal vez nunca lo haría), pero no obstante se le había revelado por sí misma… y lo más importante de todo, Ezra Bridger era definitivamente la clave para que funcionara.

Capítulo 4

Los días comenzaron a mezclarse para Ezra a medida que las semanas se convirtieron en meses. Sabía que Thrawn había estado haciendo un seguimiento de los días estándar, pero tenía miedo de preguntarle cuánto tiempo habían estado allí. Sabía que no le gustaría la respuesta de todos modos. En cambio, comenzó a pensar en el paso del tiempo en términos de las cosas que habían construido en el campamento.

Cada uno de ellos tenía ahora un gran refugio por su cuenta, y Ezra dio la bienvenida a tener privacidad para dormir. También habían hecho varios recipientes de barro, más herramientas, camas elevadas para ambos, una cerca perimetral para mantener a raya a las pequeñas alimañas, varias trampas y más flechas. A pesar de que Ezra había rechazado inicialmente el arco, finalmente cedió después de que Thrawn le convenciera a

través de argumentos lógicos de que era solo para su protección. Después de todo, él sabía muy bien que incluso si Ezra podía usar la Fuerza, solía llevar consigo su espada láser y un bláster en todo momento… y después del incidente con la bestia realmente no había excusa.

Thrawn también le mostró a Ezra cómo hacer cuchillos de piedra, haciendo un surtido para cazar, para uso pesado alrededor del campamento e incluso algunos para afeitarse. Fue en ese momento cuando Ezra se dio cuenta no solo de que a Thrawn en realidad no le crecía la barba, y no era como si Ezra tuviera mucha de todos modos, sino también que su cabello parecía crecer al menos el doble de rápido en comparación con un humano, tal vez más. De hecho, Thrawn ya había comenzado a arreglarse su cabello en una coleta baja y ordenada. Ezra, por su parte, tenía una melena salvaje, como cuando era más joven. Pronto tendría que decidir si quería recogerla o recortarla.

Ezra se encontró pensando en pequeños detalles como este con más frecuencia a medida que se volvía más eficiente con sus tareas y tenía más tiempo libre.

—Te ves raro con el pelo largo —comentó Ezra, tal vez sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta cuando terminó de comer su pescado. Ambos ya habían terminado sus tareas y estaban sentados frente al fuego, cenando, mientras las últimas luces del día pintaban las nubes de rojo. Las noches también se habían vuelto notablemente más frescas, señalando el cambio de estación.

—¿Es ese el caso? —Thrawn levantó una ceja, pero no alejó la vista de su pescado sobre la fogata.

Ezra se encogió de hombros.

—Solías mantenerlo siempre muy corto. Simplemente no pareces tú.

—La mente rechaza los patrones que no cumplen con su percepción preconcebida. Cuando te enfrentas a una noción diferente, ¿asumes inmediatamente que es incorrecta? —respondió Thrawn.

—Bueno, no. No todo el tiempo, al menos. Solo trataría de entender por qué algo sería diferente ahora.

—Tal vez ya era diferente cuando lo encontraste por primera vez y simplemente está volviendo a sus formas originales —dijo Thrawn con una leve sonrisa.

—Entonces… ¿solías tener el pelo largo?

—Por un tiempo lo tuve —asintió—. El Imperio tenía criterios claros de regulación del peinado. Deseaba cumplir con las políticas establecidas.

El Imperio. Ezra presionó sus labios en una delgada línea, su expresión se endureció. Siempre sucedía así. La mayoría de sus conversaciones usualmente se apegaban al ahora, a su continua supervivencia, y más allá del tono condescendiente y sabelotodo con el que Thrawn solía hablar, eso en realidad se había vuelto pasable para él. Pero entonces, Thrawn hacía menciones espontáneas sobre la guerra, sobre el Imperio, sobre la Rebelión. La ira y la irritación llenaban rápidamente su pecho, recordándole quién era Thrawn, qué había hecho, por qué estaban allí. Se había prometido a sí mismo que no

dejaría que lo afectara y lo cegara como lo que pasó meses atrás con la bestia. Entonces terminaba retirándose para refrescarse.

—Mmmm —se limitó a decir Ezra, tirando las espinas de pescado al fuego y poniéndose de pie para alejarse sin otro comentario.

Thrawn ni siquiera se volvió para mirar al Jedi mientras regresaba a su refugio.

Él ya sabía que una reacción como esa significaba que las interacciones del día habían terminado. Bridger se retraería y dejaría de hablar con él hasta la mañana siguiente.

Thrawn se pasó los dedos por el pelo.

Sí, el cabello era más que otro intento de distanciarse a sí mismo de la vieja percepción de Bridger. Había sido terriblemente claro desde el principio que el joven Jedi aborrecía la idea de aliarse con él incluso para su propia supervivencia. Thrawn sabía que necesitaría demostrarle a Ezra que estaba dispuesto a trabajar juntos, hacer concesiones, comprometerse, ser lo menos violento y amenazante posible, y había funcionado… hasta cierto punto. Hasta ahora habían logrado coexistir sin mayores problemas, pero sus acciones pasadas en Lothal aún se cernían sobre ellos. A su manera, Thrawn lamentaba no haber tenido suficiente tiempo durante el ataque rebelde contra Lothal para encontrar una alternativa al bombardeo de la ciudad, tal como el Emperador le había ordenado. Además de la pérdida de vidas e infraestructura, esa acción hacía que fuera extremadamente difícil progresar con Bridger, que estaba regido por códigos morales profundamente arraigados y su deseo de proteger a su pueblo.

Se requería un diálogo más complejo… pero en este caso, tendría que ser iniciado desde el lado de Ezra. Necesitaba estar dispuesto a escucharlo, porque Thrawn sabía que cualquier explicación por su parte sobre sus acciones pasadas sería recibida con desconfianza y enojo. Thrawn no podía empujar o dirigir la conversación hacia ese fin. Necesitaba que sucediera de forma natural, o de lo contrario Bridger podría sentir un motivo oculto… que era solo parcialmente correcto.

Thrawn no podía seguir adelante con su plan hasta que Ezra y él finalmente llegaran a un acuerdo, siempre y cuando, por supuesto, si en primer lugar fueran rescatados. En cualquier caso, ya sea que regresaran o no, eso haría que su situación actual fuera mucho más llevadera.

El tiempo había pasado, y sin embargo esa profunda herida se negaba a sanar, abierta por las consecuencias de sus acciones. Por el bien de ambos… por el bien de sus gentes, la herida necesitaba ser cauterizada.

Ezra se despertó en la oscuridad, con la boca seca. Se dio la vuelta en su cama, si es que se la podía llamar así, y extendió la mano hacia el odre que colgaba sobre su cabeza. Estaba casi vacío.

Kriff…

Se había olvidado de volver a llenarlo de agua en el riachuelo antes de irse a dormir. Ezra gruñó, cubriéndose la cara con el antebrazo. Suspiró y se levantó.

Cuando salió de su choza, un par de brillantes ojos rojos levantaron la vista en la oscuridad del refugio de Thrawn. Ezra no podía decir si Thrawn había estado durmiendo o si había estado vigilando. Para ser honesto, nunca lo había visto dormir, solo descansando con los ojos cerrados sentado contra un árbol durante el día. Aquello le molestaba. Era casi como las historias infantiles de su infancia, historias de un monstruo que nunca dormía, esperando atacar con la esperanza de que bajaras la guardia. Un escalofrío le recorrió la espalda y sacudió la cabeza. «*No pienses así*», trató de recordarse. Mostró el odre de agua y lo agitó un poco, dejando que Thrawn supiera su intención de bajar al riachuelo para rellenarlo. Ezra ya se había dado cuenta de que Thrawn podía verlo bien con la luz de las lunas y las estrellas, incluso si la fogata había muerto hacía horas. Notó que los ojos rojos se movían junto a un simple asentimiento suyo.

Sin nada más que decir, Ezra caminó en la oscuridad. El camino hacia el riachuelo estaba ya bien marcado y Ezra lo sabía de memoria. Caminaba relajado, sin preocuparse por otros animales… la mayoría de los depredadores que habían descubierto después de la bestia eran mucho más pequeños y parecían haber emigrado con el cambio de estación. De hecho, el viento era un poco frío y estaba muy agradecido por eso. Cuando llegó al borde de la colina, sintió la necesidad de detenerse y mirar hacia arriba.

Dos lunas azul pálido brillaban en el horizonte, en un cielo estrellado. Ezra las miró casi hipnotizado. Las había visto todas las noches desde su llegada a este planeta pero… Una imagen pasó por su mente, de un tiempo que parecía tan lejano.

Estaba de pie mirando las lunas de Lothal con Kanan a su lado, con el peso familiar de su mano sobre su hombro.

Ezra sintió que algo crecía en su pecho, una presión que había mantenido bajo control desde su llegada, pero que ahora estaba aumentando repentinamente, tomándole por sorpresa y sin preparación alguna. Su presa interior se rompió, demasiado cansada de contenerlo todo, y una avalancha de emociones y recuerdos le abrumaron. Kanan, exhausto, sonriéndole después de una larga sesión de entrenamiento.

Hera enseñándole a volar. Sus primeras prácticas de espada, algo incómodas, con Sabine. Zeb jugando con su cabello de manera amistosa. Chopper saludándole feliz cuando volvía al *Espíritu* después de una larga misión.

El *Espíritu*. Casa.

La imagen de sus padres disolviéndose frente a él.

Cayó de rodillas, abrazándose a sí mismo, sollozando y tratando de respirar, tratando de calmarse… pero fue inútil. No esta vez. No se había dado la oportunidad de detenerse y procesarlo todo hasta ahora. No había tenido la oportunidad de llorar. Lo había aceptado. Todos dependían de él. Había sido una situación de vida o muerte. Luego había entrado en modo de supervivencia con Thrawn. Necesitaba que esto sucediera. Se permitió llorar, gritar de dolor, soltarlo todo, mientras las lágrimas cubrían su rostro. Los

echaba mucho de menos. Se sentía tan solo, pero lo había aceptado porque era por su bien.

No se dio cuenta cuando Thrawn llegó y se agachó a su lado.

—¿Estás herido? —dijo Thrawn con el ceño fruncido.

Ezra lo miró confundido. Por supuesto que estaba herido. ¿Cómo podría no verlo? ¿Cómo podría no entenderlo? ¿Era realmente incapaz de una emoción real?

Luego de caminar de regreso con él, lo último que supo era que estaba de vuelta en su cama.

Le ardían los ojos cuando despertó, y todavía estaban algo húmedos, pero sintió un pequeño peso en el pecho que se había ido. Ya era de día. Suspiró y masajeó su sien… ¿Thrawn lo había dejado dormir después de su colapso emocional?

Al salir de su choza, vio a Thrawn limpiándose las manos de algún tipo de tinta negra.

—Ah, estás despierto. Bien.

—Me encargaré de mis tareas —dijo Ezra, tratando de evitar hablar sobre lo que sucedió anoche. No quería parecer débil, especialmente no delante de Thrawn.

—Ya las he terminado.

—¿Qué…? ¿Todas? —Ezra levantó una ceja ligeramente sorprendido.

—Sí.

—¿Qué hora es? —El joven Jedi parpadeó, mirando su sombra.

—Casi el mediodía —confirmó Thrawn.

Los hombros de Ezra cayeron un poco. ¿Había dormido durante casi todo un día?

—Lo siento… haré algunas de tus tareas entonces.

—Eso no será necesario. Necesitabas un poco de descanso. Era comprensible.

—Yo… —Ezra se rascó la parte de atrás de su cabeza y apartó la mirada avergonzado. Algo llamó su atención por el rabillo del ojo. Se congeló, totalmente en shock, y el corazón le dio un vuelco. Sus ojos se humedecieron de nuevo y contuvo el aliento.

Allí, contra uno de los árboles, había una pequeña tableta de madera con un dibujo. Era la foto de sus padres con él cuando era niño, replicada con tinta negra.

—No lo toques todavía. Necesita secarse —le advirtió Thrawn, mientras terminada de limpiarse las manos—. Me disculpo. Aunque había estudiado esa foto muchas veces, me faltan las habilidades detalladas de la señorita Wren, las herramientas y pigmentos necesarios para…

—No, está bien —se apresuró a decir mientras se secaba las lágrimas y trataba de evitar que sus manos temblaran—. No necesitabas hacerlo.

—Anoche mencionaste que deseabas tenerlo contigo.

—¿Lo hice? —Ezra no recordaba haber dicho nada. Sus ojos estaban fijos en la imagen.

—Era algo que podía proporcionar.

Después de un largo silencio, Ezra asintió.

—Gracias.

Ezra se sentó con las piernas cruzadas al borde del arroyo.

Después de su colapso el día anterior, tenía que aceptar que no había estado meditando lo suficiente. Había estado en crisis y descuidando sus propias emociones en formas en las que Kanan seguramente le habría regañado. No podía, y no ignoraría más sus sentimientos.

«*Respira*», se dijo a sí mismo, liberando su estrés y su soledad en la Fuerza, como un puñado de arena en el río delante de él, dejando que se llevara sus preocupaciones. Un recuerdo apareció en su mente, una de las primeras lecciones que Kanan le había enseñado. La voz de su maestro resonó cálidamente, aunque trajo un poco de dolor en su corazón.

«La cuestión es que no estás solo.
Estás conectado con todos los seres vivos del universo.
Pero para descubrir eso, debes bajar la guardia.
Tienes que estar dispuesto a abrirte a los demás».

Las cejas de Ezra se movieron ligeramente al comprender lo que tenía que hacer.

Hasta ahora solo había leído superficialmente a Thrawn con la Fuerza, sin realmente intentar conectar con él. Se había negado rotundamente a establecer una conexión con él, al igual que había mantenido a raya sus propias emociones. El aislamiento nunca había sido bueno para él, y este era un claro ejemplo de eso. Tendría que abrirse, a pesar de que se preguntaba si alguna vez podría perdonarle por lo que había hecho. Aun así, no podía ignorar los esfuerzos que Thrawn había hecho para salvarle, curarle, asegurar su supervivencia… a pesar de que no estaban de acuerdo… Suspiró.

Le daría una oportunidad, pero se prometió a sí mismo que no olvidaría.

Ezra dejó que su conciencia se extendiera como una espiral más allá del arroyo, el camino, el campamento, el bosque, encontrando la presencia de Thrawn junto al barranco, mirando atentamente lo que quedaba de la cápsula de escape desguazada.

Se presionó ligeramente contra su mente, encontrando la ahora familiar complejidad de los pensamientos y emociones atenuadas de Thrawn… todavía carecían de un color distintivo que le hacían sentir casi gris e indiferente. Las emociones eran una capa externa de sus pensamientos generales, no estrictamente parte de ellos. Su mente era un extenso tejido, hecho de cientos de hilos, cada uno entrelazado con el resto, formando intrincados diseños extraños… elaborados planes intraducibles.

Ezra miró fijamente a través de la Fuerza. «*¿Cómo... cómo se suponía que debía conectarse con eso? Sacudió la cabeza. Olvídate de los planes, quédate con lo que sabes*», pensó para sí mismo y continuó con… Se detuvo y rompió su concentración.

Ezra parpadeó. ¿Quédate con lo que sabes? Realmente no sabía nada más sobre Thrawn. Todo lo que había aprendido sobre él era que venía de las Regiones

Desconocidas, que había escalado en las filas del Imperio llegando al rango de gran almirante en un tiempo récord, alguna información sobre sus victorias antes de su llegada a Lothal y que tenía su habilidad de analizar el arte. Ni siquiera sabía el nombre de su raza, por todos los cielos. Parece que tendría una conversación con él después de todo.

—Oye, Thrawn… —dijo Ezra, después de pasarle un odre de agua rellenado.

Ya era de noche.

—¿Sí?

—Me acabo de dar cuenta… no sé el nombre de tu raza. Todo lo que sé es que vienes de las Regiones Desconocidas. —Ezra intentó sonar casual mientras se sentaba en el lado opuesto de la fogata. Thrawn levantó sus ojos rojos hacia él, analizando al Jedi por un momento.

—Chiss. El nombre de mi raza es chiss.

—Oh. Chiss. Vale —asintió Ezra. Bueno, ahí estaba. No cambió el hecho de que era todo lo que sabía, pero…

—Había asumido que el agente Kallus te habría informado de estos detalles cuando desertó a la Rebelión. —Thrawn levantó una ceja con curiosidad. La cara de Ezra se puso roja de vergüenza.

—¿Tal vez lo hizo? Podría haber pasado por alto esa parte del informe —se encogió de hombros, tratando de no ser demasiado obvio.

—Sabías tan poco acerca de mí y sin embargo lograste derrotarme. —Thrawn pareció mostrar diversión ante este pensamiento. Ezra lo miró como si algo simplemente no cuadrase.

—¿No estás enojado por eso? —finalmente preguntó. Ezra no se había dado cuenta de que la pregunta lo fastidiaba desde el primer día que despertó aquí.

—Tu maniobra me tomó por sorpresa, y sí, debo confesar que inicialmente estaba molesto —explicó Thrawn suavemente.

—… y asustado —agregó Ezra, pero tal vez sin demasiado tacto. Los ojos de Thrawn se encontraron con los suyos, entrecerrándose, con una expresión endurecida.

—Sí. Saltar al hiperespacio sin ventanas y sostenido por extrañas criaturas podría considerarse aterrador.

—¿Pero ya no estás molesto? Frustré tus planes. Disolví la séptima flota. Detuvimos el proyecto TIE Defensor. —Ezra estaba seguro de que le faltaban otras cosas, pero simplemente le confundía por qué Thrawn nunca se había quejado o arremetido contra él en venganza. Thrawn había perdido todo por lo que había trabajado en el Imperio.

—Has logrado algo notable con unos pocos aliados y amigos. Los reuniste con éxito contra unas probabilidades aplastantes de derrota. Te dije antes que, originalmente, te había subestimado, y ese fue mi error. Solo alguien más se había acercado tanto como tú a vencerme. Verás… antes de llegar a Lothal, conocí a un hombre, un estratega astuto que había intentado ayudar a algunos insurgentes a luchar contra el Imperio. Me dijo que había planeado unir otras células, pero finalmente no pudo hacerlo. Había paranoia

desenfrenada, desconfianza, disputas… creía que había fallado como líder. Era conocido como Nightswan. —El tono de Thrawn era solemne y lleno de respeto.

—Nunca he oído hablar de él —admitió Ezra.

—No me sorprende. En ese momento, los grupos rebeldes aún no habían comenzado a trabajar tan cerca como ahora. Intenté salvarle durante la batalla de Batonn…

—Espera, eso lo he oído antes. La batalla donde una ciudad minera entera fue destruida. Todas esas personas murieron por tu culpa. —Ezra gruñó en voz baja, la ira volvió a encontrarlo.

—Esa fue la declaración oficial, sí. Asumí la responsabilidad —dijo Thrawn con calma, pero había una pizca de disgusto en sus ojos—. La gobernadora Pryce estaba allí. Tal vez puedas persuadirla para que te cuente más sobre los eventos de ese día… pero dudo que haya sobrevivido al ataque contra Lothal —agregó, como si realmente estuviera contento con esa parte.

Ezra parpadeó en estado de shock. ¿Pryce había estado en Batonn? Sintió escalofríos y asco al pensarlo. Algo en la Fuerza estuvo de acuerdo con esa declaración.

Lo que sea que había sucedido… había sido culpa de Pryce, no de Thrawn.

—Batonn fue lamentable por ambos lados… y desconocido para ellos. La galaxia perdió a una de las pocas personas capaces de enfrentar realmente lo que se avecina.

—¿Enfrentar lo que viene? ¿Qué quieres decir? —Ezra levantó la vista confundido. Thrawn miró el fuego con una mirada sombría. Había llegado el momento de cauterizar la herida.

—¿Es el Imperio el mayor mal que puedas imaginar? ¿O acaso son los Sith?

—Bueno, ¿por qué no me lo dices? También has conocido al Emperador. —Ezra se cruzó de brazos, a la defensiva.

—El Emperador es cruel y lleno de malicia. No lo negaré… pero con mi experiencia actual, puedo decirte que la oscuridad que acecha más allá de tus costas cósmicas es mucho, mucho peor. Mientras el Emperador busca el control y el orden total bajo su voluntad… esta oscuridad solo busca destruir. El mal al que me refiero atacará no solo a mi gente, sino también a la tuya. Aliarse con el Imperio, prepararse y mantener el orden, podría haber sido nuestra única oportunidad de derrotarle. Uno debe actuar según sea necesario para la supervivencia de la vida en la galaxia.

—Eso no es… —Ezra tuvo que tomarse un segundo para procesar lo que acababa de decir. ¿Un mal mayor? ¿Más peligroso que el Emperador? ¿Una amenaza para la vida en la galaxia? Thrawn debía estar exagerado. Tenía que estarlo—. Eso no es… ¡No es una excusa para pasar por alto las injusticias que ha cometido el Imperio!

—Entonces dices que preferirías corregir una injusticia sobre las vidas de todos los demás.

—Eso no es lo que quise decir.

—Lo sé. —Thrawn levantó una mano como un gesto de comprensión—. Tu sentido del deber y la empatía hacia quienes te rodean te obligan a tomar medidas inmediatas, a veces sin pensar en sus consecuencias.

—Creo que lo hice bastante bien allá atrás, planeando con anticipación para derrotarte.

—Lo hiciste. Lamentablemente, la mayoría de nosotros no tenemos el lujo de tener la Fuerza para buscar respuestas —respondió Thrawn.

—Oh, te sorprenderías.

—Y sin embargo, te niegas a entrar en detalles para explicarme el funcionamiento interno de la Fuerza.

—No es algo que pueda o quiera explicar a alguien que solo puede pensar en ella como un arma. —Ezra casi gruñó—. Las decisiones y elecciones que tomé con ella fueron mías. ¡No puedo simplemente hacer la vista gorda ante el sufrimiento de las personas! —Las manos de Ezra se volvieron puños, tratando de mantener la calma, pero Thrawn lo estaba dificultando. Quizás sintiendo esto, la voz de Thrawn se volvió más suave, tratando de calmar la situación.

—Elegiste este camino, incluso si te alejaba de tu gente, porque era la única forma de salvarles. Te felicito por eso. He estado haciendo lo mismo mucho más tiempo que tú. Durante todo este tiempo, he aprendido que uno debe cargar con el peso de todas sus elecciones. Incluso las lamentables. No hay opciones fáciles en la guerra.

—Eso suena como Mon Mothma. —Ezra se calmó un poco y sacudió la cabeza con una sonrisa a medias. Recordó cómo Mon Mothma y la Rebelión siempre le habían dado excusas de por qué no podían dar el tiempo y los recursos para liberar Lothal. Thrawn le mostró una pequeña sonrisa a su vez.

—Ah, la senadora Mon Mothma. Si me hubiera quedado y sobrevivido al Emperador, ella podría haber sido mi primera opción de contacto para llegar a una tregua con tu Rebelión… si no hubiera sido destruida para entonces, por supuesto.

Podría haber razonado con ella.

—Ella… tú… ¿qué? —Ezra tartamudeó con incredulidad, mirando a Thrawn en estado de shock.

—Habría habido algunos desacuerdos, pero supongo que nada insuperable.

—Si el Emperador hubiera muerto, ¿hubieras pedido una tregua?

Thrawn entrecerró los ojos.

—No te equivoques, Bridger. No amo al Imperio ni a su Emperador. Le serví por necesidad, para obtener una ventaja estratégica contra la aniquilación total de mi pueblo. Mi lealtad por la supervivencia de la gente en ambos bandos.

—¿Así que simplemente decidiste ignorar la situación de los oprimidos por el Imperio? —presionó Ezra.

—Hice lo que pude donde pude por los ciudadanos del Imperio, garantizando un trato justo y justicia bajo mi supervisión. Había un límite de lo que podía proporcionar, por supuesto, ya que se esperaban ciertos comportamientos de mí cuando alcancé mi rango de gran almirante. El escrutinio fue más severo entonces. Debo enfatizarte que no encuentro placer ni diversión en el maltrato a los demás. Me esforcé por ser una voz de la razón y la moderación contra el uso excesivo de la fuerza del resto del alto mando. Esperaba que,

cuando llegara el momento, hubiera estado en condiciones de influir en la elección de un nuevo líder más capaz… uno para establecer el tono de un gobierno más justo, uno listo para luchar contra la oscuridad que amenaza destruirnos a todos. Eso también habría significado garantizar que todas las fuerzas disponibles en los mundos del Núcleo y del Borde Exterior se unirían para defenderse de este mal… incluida tu Rebelión. Si se permite que el caos, el conflicto interno y la anarquía continúen, significará la ruina cuando la oscuridad toque a la puerta.

Hubo un largo silencio mientras Ezra lo miraba, y lentamente se extendió con la Fuerza hacia él. No encontró deshonestidad por parte de Thrawn.

—Realmente crees esto… —susurró el joven—. Que el Imperio es el mal menor.

—No lo creo, lo sé.

Ezra se movió ligeramente en su lugar. Miró al suelo por un momento, pero luego sacudió la cabeza.

—No. No puedo ignorar su dolor. No puedo permitir que el sufrimiento de la gente continúe.

—Entonces no quedará nadie para sufrir.

Capítulo 5

Ezra brincó ampliamente de espaldas para atrás, colocando la mayor cantidad de espacio posible entre él y Thrawn, y bloqueó uno de los bastones de entrenamiento que este acababa de arrojarle cuando aterrizó, dándole solo el tiempo suficiente para recuperar el equilibrio y prepararse para esquivar los ataques implacables del chiss.

La cara de Thrawn era fría y seria, completamente concentrada cuando atrapó el bastón desviado con su mano derecha y cuando se apresuró con una serie de golpes con toda su fuerza. Apretó los dientes. Esto no era lo que tenía en mente cuando Thrawn sugirió que deberían tener un combate de práctica.

«*Un ejercicio simple y sencillo para mantener sus habilidades de lucha*», dijo Thrawn. Argumentó que si aparecían piratas u otros habitantes desagradables de las Regiones Desconocidas, tendrían que defenderse, por lo que debían mantenerse en condiciones óptimas. Ezra no podía discutir en contra de eso.

—¿Por qué no preguntaste antes si podíamos entrenar?

Thrawn le miró por un segundo, como si la respuesta fuera obvia.

—No estábamos en los mejores términos.

—Oh. Sí, supongo que no —dijo Ezra haciendo una mueca. Habían pasado varias semanas desde aquella conversación con Thrawn sobre sus razones para estar con el Imperio y la mención de un grave peligro para todos en la galaxia. Todavía no estaba seguro de qué hacer con esa información, pero algo entre ellos ciertamente había cambiado desde entonces. Ezra ya no se sentía amenazado, y sentía que había más de lo que pensaba en Thrawn… aunque todavía desaprobaba sus métodos. Mirando hacia atrás,

no habría aceptado entrenar con el chiss… le había odiado. Ahora, más allá de su actitud de sabelotodo y, a veces, de su humor seco, estaba empezando a verle con una luz diferente.

Las reglas del combate habían sido simples: no se permitía el empuje de la Fuerza y se detendrían cuando el otro perdiera, se rindiera o salieran heridos. Thrawn ya había preparado algunas armas rústicas para el entrenamiento, y obviamente Ezra tomó la espada de madera, mientras que Thrawn agarró dos palos en forma de bastón de combate. La pelea había comenzado bastante normal… Ezra había esperado realizar movimientos básicos al principio, pero tan pronto como Thrawn estuvo en posición, lanzó su ataque.

Ezra no estaba indefenso, incluso si no tenía su espada láser, su habilidad de lucha con el arma de su elección era impresionante, y tal vez por eso Thrawn no había querido correr ningún riesgo. Thrawn siguió presionando, apenas dejándole un momento para reaccionar y seguir el ritmo. Ezra sabía que Thrawn había derrotado a Kallus en combate y que había entrenado previamente con droides asesinos…

Oh, mierda. «*Esta fue una mala idea…*» se dijo para sí. Thrawn era mucho más fuerte físicamente que él. Si alguno de esos golpes realmente le daba, se acabaría el juego para él. Pero… tenía la Fuerza. «*Confía en la Fuerza*», dijo un eco en el fondo de su mente. Cerró los ojos y buscó en ella. Aunque no podía leer los pensamientos y las intenciones de Thrawn (su cabeza era aún un gran misterio intraducible), podía ver los golpes peligrosos viniendo en su mente. Esquivó rápidamente, se agachó, bloqueó, desvió. Vio dónde aterrizaría cada golpe y se movió en consecuencia para evitarlos. Y respondió finalmente, abriéndose paso y empujando al chiss hacia atrás.

Los ojos de Thrawn se entrecerraron mientras recuperaba el equilibrio. Era la hora. Devolvió el ataque con renovado vigor, aumentando la velocidad de sus ataques tanto como pudo. Incluso con la Fuerza, se lo estaba poniendo difícil. La pelea se prolongó por unos minutos más, los cuales parecieron una eternidad.

Y de repente, Thrawn hizo un movimiento rápido, pateando un montón de tierra en un amplio arco hacia la cara de Ezra, quien no pudo esquivarlo todo y rompió su concentración cuando le golpeó. Thrawn hizo un salto acrobático detrás de él…

Ezra y Kanan, entrenando en el área de carga.
Ezra salta a la pared detrás de Kanan y…

Ezra giró rápidamente su espada de madera detrás de él como una puñalada, y sintió que la punta conectaba justo cuando los bastones le tocaban la cabeza.

¡Ugh! Ezra hizo una mueca de dolor y miró hacia atrás, sin romper su posición.

La espada de madera de Ezra estaba contra el pecho de Thrawn, directamente sobre su corazón.

Un empate. Ezra respiró.

—Admirable —dijo Thrawn mirando su pecho—. Ezra no pudo evitar sonreír mientras ambos se alejaban. —Sin embargo, temerario y ciertamente innecesario.

—¿Perdón? Fue un empate…

—No, en este escenario ambos morimos —se señaló Thrawn—. Sin nadie más que siguiera después, ambos perdimos. Ganas sobreviviendo.

La cara de Ezra se llenó de sorpresa.

«Pierdes, mueres. Ganas sobreviviendo».

Las palabras de Kanan le golpearon como una ola. El chiss notó el cambio.

—¿Pasa algo malo?

—No… Solo recordaba algo. —Ezra trató de descartarlo.

—Dime, usaste la Fuerza, ¿verdad? —preguntó Thrawn con interés.

—¿Eh?

—Usaste la Fuerza. Estabas viendo mis ataques antes de tiempo, o al menos eso es lo que supongo.

—Sí, usé la Fuerza… pero no estaba haciendo trampa. Dijiste que simplemente no podía usar el empuje —le recordó Ezra.

—Exacto. —Y eso era exactamente lo que Thrawn había esperado. Una pequeña sonrisa de satisfacción apareció en sus labios. Había logrado confirmar cuánto Bridger podía predecir con anticipación y reaccionar con éxito en un escenario uno a uno con la ayuda de la Fuerza. Los resultados fueron los que esperaba, quizá mejores—. Sabías que mis ataques aumentarían en velocidad y no podrías seguir el ritmo.

¿Por qué no retrocediste?

—No parecía que dejaras de perseguirme, era casi como si realmente quisieras lastimarme. —Ezra frunció el ceño, no del todo feliz por eso—. Pero quería ver qué habías planeado para ganar.

—Me disculpo. Quería que este encuentro fuera lo más real posible. ¿Entiendes ahora por qué no te había pedido que hicieras esto antes?

Ezra suspiró. Sí. Si hubieran intentado esto antes, habría pensado que Thrawn en realidad estaba tratando de matarle y no se habría contenido en arrojarle por todos lados como un muñeco de trapo. Tomó un odre de agua y, después de unos tragos, se echó el resto por la cara y el cabello para refrescarse. Tenía ya una pequeña cola de caballo. Había decidido mantener su cabello largo hasta que Sabine lo encontrara.

Un recordatorio silencioso de la sensación de hogar y familia que había sentido al mirar los caminos que la Fuerza había puesto ante él para tratar con Thrawn.

—Tengo que confesar… que todavía estoy sorprendido. —El chiss se tocó el pecho donde Ezra lo había atrapado.

—¿Por qué? ¿No pensaste que era lo suficientemente bueno?

—En cierto sentido. De hecho, nunca pensé que hubieras alcanzado este nivel de experiencia y habilidad. Por lo que pude deducir, solo tenías un par de años de entrenamiento cuando nos conocimos… mientras que el resto de los Jedi solían tener una vida de entrenamiento detrás de ellos.

—Oye, ya serían más de dos años —dijo Ezra un poco a la defensiva.

—Ciertamente. —Thrawn asintió mientras se sentaba y Ezra le siguió para hacer lo mismo frente a él—. Además, por lo que yo entiendo, los Jedi te hubieran considerado demasiado mayor para entrenar. Asumí que había una razón para eso.

—¿Demasiado mayor? No. —Ezra sacudió la cabeza, algo confundido—. Kanan era poco más joven que yo cuando se convirtió en Padawan, pero eso es todo.

Thrawn frunció el ceño y levantó una ceja con cautelosa curiosidad. ¿Sería este uno de esos días lleno de sorpresas? Hubo un momento de silencio entre ellos, y Ezra podía sentir una nueva tensión incrementando en su pecho.

—La mayor parte de la información que existe sobre las costumbres de los Jedi ha sido censurada, prohibida, incluso para mí. Pero una cosa que era de conocimiento común en la época, y de la que tengo fuentes fidedignas que confirman esto, fue que los Jedi iniciaban a los sensibles en la Fuerza en la Orden desde su infancia…

—Thrawn hizo hincapié en la última parte, a la espera de una reacción.

—Sí, vivían en el templo. ¿Entonces cuál…?

—No lo sabes. —Thrawn parpadeó ligeramente sorprendido. Ezra sintió la ansiedad incrementar en su pecho.

—¿Saber qué? —exigió. En el fondo, Ezra sabía que no le gustaría la respuesta.

—La mayoría de los niños que los Jedi entrenaban fueron entregados por los padres a la Orden cuando eran bebés —dijo Thrawn con calma, como si tratara de aliviar el golpe de esas palabras.

La cara de Ezra se contorsionó en la confusión.

—¿Entregados? ¿De qué estás hablando?

—Los bebés serían examinados. Aquellos con sensibilidad a la Fuerza serían solicitados a sus padres y llevados a vivir al templo sin contacto con sus familias de sangre. Para siempre.

Y ahí estaba.

—Estás mintiendo —dijo Ezra en voz baja y mirándole amenazante.

—¿Por qué habría de hacerlo?

«Nunca conocí a mis padres».

Ezra cerró los ojos, la voz de Kanan hizo eco en su mente. Esa fue la razón.

Había pensado que Kanan se había quedado huérfano, pero había sido… ¿regalado o entregado? Ezra había tomado la decisión él mismo, Kanan le había dado la oportunidad de dejar claro que sería difícil y peligroso, pero… ¿eso significaba que la decisión había sido tomada por todos los demás Jedi antes de que pudieran decir algo al respecto? ¿Los diez mil Jedi que en algún momento vivían en la galaxia nunca habían conocido el amor de una familia? Ni Kanan ni Ahsoka habían mencionado nada de esto. Incluso cuando salvaron a Alora y Pypey, trajeron a su madre y a su abuela. Nunca fue cuestionado. ¿Acaso asumieron que él ya estaba al tanto? Como dijo Thrawn, se suponía que era de conocimiento común en aquel entonces. Quizás era simplemente una práctica Jedi que

dejarían atrás. Algo por lo que ya no tenían que preocuparse. Nunca se le había pasado por la cabeza a Ezra que no era así como se hacía antes, pero ahora…

—Si los Jedi hubieran sobrevivido, habrían ido a Lothal en tu busca —agregó Thrawn, evaluando su reacción.

—No —dijo Ezra con determinación, volviéndose para mirar a Thrawn directamente a los ojos—. Mis padres habrían dicho que no.

Thrawn asintió levemente y Ezra se sorprendió un poco porque, por un segundo, vio simpatía en los ojos del chiss. Estuvieron en silencio por un momento, pero luego Thrawn continuó.

—Parece que la Fuerza, sin embargo, quería que te convirtieras en un Jedi y descubrieras sus misterios. Supongo que serías considerado como una especie de prodigio entre ellos. Incluso con instrucciones incompletas, mira dónde estás.

—Kanan también se sorprendió de lo rápido que estaba mejorando… pero no se trata solo de entrenar.

—¿No es así? —Thrawn entrecerró los ojos. Su interés de repente aumentó.

—Es… —suspiró Ezra—. No creo que esto sea algo que puedas entender. —Tan pronto como lo dijo, Ezra lamentó su elección de palabras.

—Explícate —dijo Thrawn con más que una pizca de irritación por lo que el joven Jedi acababa de implicar.

—Quiero decir, literalmente. Tu mente es tan diferente… —trató de aclarar.

—¿Has estado analizando mi mente? ¿Mis pensamientos? —preguntó Thrawn, mirándole sospechosamente.

—¿Y no me has estado analizando tú todo este tiempo? —respondió Ezra a la defensiva.

Una pequeña sonrisa adornó los labios del chiss, como si hubiera quedado satisfecho con la retórica de Ezra.

—De hecho, así es.

Ezra suspiró e intentó relajarse. Entrar en debates con Thrawn era tan solo un poco mejor que no hablar con él en absoluto, pero aun así… podría ser bastante irritante.

—Sí, claro, hubo una gran cantidad de entrenamiento, disciplina e instrucción por parte de Kanan… pero sobre todo, lo que creo que me hizo capaz de llegar al punto donde estoy, es que tenía que estar dispuesto a conectarme a otros… para aceptar tanto su alegría como su dolor. Antes de conocer a Kanan y los demás, solo pensaba en mí. No confiaba en la gente. No estaba dispuesto a conectarme. Tenía miedo. Miedo a los lazos. Kanan me mostró cómo. —El cuerpo de Ezra se relajó, buscando entendimiento en la Fuerza a partir de sus experiencias pasadas—. Pero solo ves la Fuerza como algo que puedas usar. Una herramienta. Un arma. Te falta… emoción Thrawn alzó una ceja ligeramente ofendido.

—Esa no es la verdad. No soy un droide. Al igual que la mayoría de los seres orgánicos inteligentes en el universo, tengo sentimientos y emociones, pero debemos comprender la realidad tal como es, no como queremos que sea. Las emociones

distorsionan el pensamiento racional y la toma de decisiones. Pueden nublar el juicio de uno. Pero incluso así, eso no evita que un chiss vele por el bienestar y el beneficio de todos dentro de la Ascendencia.

—Y es por eso que fallas —dijo Ezra en un tono tranquilo, casi como si estuviera en una especie de trance. Thrawn se tensó—. Simplemente no es suficiente descartar las emociones o la lógica. Debe haber un equilibrio. También debes preocuparte incluso por aquellos que no son tu gente… —Ezra frunció el ceño, aparentemente rompiendo su concentración cuando un nuevo pensamiento lo golpeó—. Espera… ¿los chiss realmente solo piensan en cuidarse a sí mismos?

A Thrawn ciertamente no le gustó esta línea de preguntas. Después de todo, había información sensitiva que no podía revelar sobre los chiss… todavía.

—Mi gente es reservada con los extraños. Los chiss evitan la confrontación y no toman partido en los conflictos externos. No hacemos ataques preventivos. Vigilancia pacífica, se llama. Este es un pilar de nuestra sociedad —explicó Thrawn, aunque algo en su tono le dijo a Ezra que no estaba de acuerdo—. La vida es dura en la oscuridad de las Regiones Desconocidas. Lamentablemente, se considera infantil pensar que podemos preocuparnos por otros. —Thrawn se detuvo. Sus ojos se abrieron. Ezra levantó la vista, sorprendido por el repentino cambio que podía sentir en los patrones de sus pensamientos. Justo como esa vez, hace mucho tiempo, cuando se habían enfrentado a la bestia. Implicaciones, comprensión… euforia.

—¿Thrawn?

—¿Kanan Jarrus te enseñó a abrirte a los demás?

Los labios de Ezra hicieron una línea. ¿A dónde iba esto? Ya lo había explicado.

—Sí, lo hizo. Empatía. Conectar. Ayudar.

—Y ese fue el punto en que tus habilidades comenzaron a mejorar —dijo Thrawn con una sonrisa casi imperceptible.

—Sí.

Definitivamente un día lleno de sorpresas.

La temporada de lluvias y el calor volvieron. Ezra había comenzado a tejer sombreros de paja para protegerse a sí mismo del sol y la lluvia… y también para pasar el tiempo cuando no estaban haciendo sus deberes en el campamento o entrenando.

Thrawn le había enseñado a tejer, explicando que había estudiado la técnica de las cestas artesanales de una cultura alienígena desconocida para Ezra. Por supuesto. En cualquier caso, a Ezra le gustaba pensar que estaba haciendo una nueva colección propia, probando diferentes diseños. Thrawn siempre los miraba con curiosidad y los entregaba con un comentario sobre cómo mejorarlos. También habían establecido una pequeña parcela de tierra para unas plantas que Thrawn había considerado lo suficientemente útiles por sus propiedades curativas y nutritivas.

Para entonces, habían explorado la totalidad del valle, las colinas circundantes y algunas montañas cercanas. Estas pequeñas expediciones eran las favoritas de Ezra.

Además, establecieron un segundo campamento visible sobre una colina. La idea, explicó Thrawn, era que si alguien más venía a explorar, se dirigirían primero al señuelo, dándoles suficiente tiempo para identificar si los visitantes que venían eran una ayuda o una amenaza.

Ese pequeño proyecto había sido divertido, un buen cambio de ritmo para Ezra.

Pero pasaron las semanas y todavía no había señales de ninguna nave. Volvieron a la rutina, y sintió que ya había pasado toda una vida en ese planeta.

Ezra también pasaba su tiempo meditando y comunicándose con la Fuerza, pero el entendimiento e información que podía tomar generalmente era muy limitado… excepto por ese día…

Llevaban bichos recién capturados, bichos de la mitad del tamaño de gatos de Lothal, y los llevaban de vuelta al campamento. No eran la comida favorita de Ezra (nada de la comida aquí realmente lo era), pero no se quejaría, ya que no habían pescado un pez grande en mucho tiempo. Detrás de él, Thrawn caminaba en silencio, haciendo una lista mental de las cosas que tendrían que terminar en el campamento cuando, de repente, Ezra se congeló en su lugar.

Todo su cuerpo temblaba. Sintió náuseas. Una ola de terror. Una ola de miedo.

Después, solo muerte. Le dolía el corazón, el pecho. Dejó caer lo que llevaba y se abrazó como si acabara de recibir un disparo, y cayó de rodillas temblando. Una sensación de temor lo invadió. Había una herida en la Fuerza Viva.

—¿Bridger?

—Tanta muerte… —Ezra no podía decir más. Estaba abrumado por la repulsión y tuvo que moverse a un lado para vomitar. Cuando terminó, Thrawn le ofreció un odre de agua. Tomó un trago.

—¿Muerte? ¿Puedes sentir eso con la Fuerza? ¿Puedes decir si alguien murió?

—El tono de Thrawn era sombrío y cauteloso.

—No uno… fueron tantos… no entiendo… fue tan rápido, nunca he… —Ezra estaba temblando, tratando de mantener la calma. Todavía podía sentir la perturbación en la Fuerza. Estaba pasmado, demasiado conmocionado para darse cuenta de que la cara de Thrawn se endureció al entender lo que esto significaba.

—Deberías descansar.

—Solo necesito un momento… estaré bien —le aseguró, respirando profundamente para calmarse. A su lado, Thrawn se puso muy quieto y tenso.

«*La usaron*». Miró al cielo, visualizando la nueva amenaza, flotando en algún lugar de la galaxia.

Ezra llevó la sensación de temor por unos días. Thrawn le observó muy de cerca por cualquier cambio de comportamiento, preguntándole si había alguna información nueva que pudiera dar, pero no había nada más que Ezra pudiera decir. Incluso cuando meditaba, la Fuerza no le daba ninguna idea o visión. Era casi como si la Fuerza se hubiera bloqueado de cualquier lectura, protegiéndose a sí misma. Si bien Ezra estaba casi seguro de que sus amigos no habían sido asesinados, aún podía sentir que estaban en riesgo. Se sentía tenso, ansioso y apenas podía dormir. Unas noches más tarde, se despertó y lo notó. La amenaza inmediata había terminado.

Sintió una oleada de alivio, como si toda la galaxia hubiera estado conteniendo colectivamente la respiración.

—Sea lo que sea, todo está bien ahora —le dijo a Thrawn a primera hora de la mañana.

—Bien —dijo Thrawn, y ya no le preguntó nada más. En aquel entonces, a Ezra no se le ocurrió por qué Thrawn nunca le había cuestionado nuevamente, pero con el tiempo todo eso quedaría claro…

Ezra estaba arreglando el techo de su refugio por su cuenta y se secó el sudor de la frente con la parte posterior de su antebrazo. La última tormenta había sido demasiado fuerte y el agua había comenzado a gotear sobre su cama mientras dormía.

No quería volver a despertarse así nunca más y, si sus propias predicciones del clima eran correctas, solo tenía hasta el mediodía para terminar. Thrawn, por su parte, estaba revisando el daño de la tormenta a la pequeña parcela.

—¿Vas a hacer un techo o algo así? —dijo Ezra con curiosidad, mientras bajaba para agarrar el siguiente conjunto de hojas anchas que usaría para el techo.

—No —dijo Thrawn, acariciándose la barbilla de manera pensativa—. Vientos tan fuertes como los que presenciamos anoche lo romperían rápidamente.

—En ese caso, entonces por qué no mejor… —Ezra estaba hablando, pero se quedó en silencio, con los ojos agrandados. Thrawn también se había quedado completamente quieto—. ¿Escuchas eso? —susurró tentativamente.

—Sí. —Thrawn inmediatamente escaneó el cielo a su alrededor.

—¡UNA NAVE! —Ezra casi saltó cuando vislumbró un reflejo y señaló entre las nubes sobre el valle vecino… pero su emoción solo duró unos segundos.

¿De quién era esa nave? A esa distancia no podía decir si era una nave imperial o de los rebeldes… ¿tal vez comerciantes? ¿Exploradores? ¿Contrabandistas? O alguna otra amenaza de las que Thrawn había hablado sobre las Regiones Desconocidas.

Ezra tragó saliva, preocupado.

Thrawn fue a su cobertizo, donde habían guardado el transmisor, y lo trajo afuera con ellos.

—¿Es seguro? —preguntó nervioso Ezra.

—Esperaremos hasta tener una mejor visual. Parece que se dirige a nuestro campamento señuelo. Veremos entonces quién ha venido a visitar este planeta… —dijo Thrawn, sin apartar los ojos de la nave.

Esperaron en tenso silencio durante varios minutos. Estaba claro que volaba despacio, buscando algo. A medida que se acercaba, Ezra podía distinguir la forma y el color, pero el diseño de la nave aún le era extraño.

—No reconozco qué tipo de nave es esa —susurró Ezra.

—Eso es porque es un barco chiss —dijo Thrawn con una pequeña sonrisa sabia y complacida… y activó el transmisor en su mano.

Continuará…

LA ÚLTIMA LECCIÓN DE LA FUERZA

CRISTINA B. MORALES



En cuanto cruce el umbral de la choza a la que llama su hogar, sabe que va a morir. Lleva días presintiéndolo. Semanas incluso. Es vieja, y a su edad la muerte puede sobrevenir de pronto. Como un rayo que cae del cielo de improvisto y fulmina al árbol marchito que ha tenido la desgracia de interferir en su trayectoria. En apenas un segundo, el árbol desaparece y se convierte en restos chamuscados, en carbón ennegrecido y humeante, y la tierra en la que hundía sus raíces permanece impasible e inerte. Pronto esa misma tierra se recicla y un nuevo árbol surge entre las cenizas del anterior, y no queda nada que recuerde que antes de ese lustroso árbol que alzaba sus ramas al cielo, en su lugar había otro, diminuto y raquítico, sí, pero un árbol también, al fin y al cabo.

No ha sido su caso. Sin embargo, su muerte se ha ido anunciando dentro de ella, igual que el retumbar insistente de los truenos que preceden a ese rayo veloz y fulminante. Los Jedi le enseñaron a no temerla, en concebir a la muerte como la unión máxima y definitiva con la Fuerza. Como un paso más, como uno de tantos otros que ha dado a lo largo de toda su vida. Pero Ahsoka Tano no es una Jedi. Hace mucho tiempo que dejó de serlo.

Por eso, cuando su corazón parece contraerse en su pecho entre punzadas de dolor, siente la fría y oscura sombra del miedo deslizarse en el interior de su mente.

Va a morir. Ahora se convence de ello más que nunca. Su corazón se acelera, se retuerce de dolor de nuevo, como diciéndole que no importa lo consciente que sea del poco tiempo que le quedaba. Que hay algo más poderoso que la seguridad de la certeza, más fuerte que la resignación absoluta, y ese algo es el temor, el miedo a desaparecer.

Hace demasiados años que el código de la Orden Jedi dejó de importarle. A pesar de ello, Ahsoka siempre ha creído en la Fuerza, siempre ha estado convencida de que la ha acompañado en todo momento. Sin embargo, mientras avanza con pasos tambaleantes hacia su camastro, agarrándose el pecho, se siente espantosamente sola. Traicionada. Como si la Fuerza la hubiera abandonado sin más. Cuando tropieza con sus propios pies y cae al suelo, el sentimiento que la invade es el mismo que aquella vez. Sus maestros acusándola, culpándola. Quizás tenían razón y la Fuerza la había puesto a prueba. Quizás ahora está haciendo lo mismo y se ríe de su desamparo, de su sensación de abandono.

Y justo entonces, cuando su corazón no resiste más y su conciencia comienza a sumirse en una negrura insondable, su mente se aferra a una imagen rescatada del pasado. A un rostro familiar que arroja algo de luz a ese miedo que la ahoga en tinieblas, exactamente igual que cuando era una muchacha y ese mismo rostro, esa persona, podía convencerla de que todo saldría bien con apenas un gesto. Pero hace demasiado tiempo que ese rostro dejó de existir, y por eso cree que la muerte le juega una mala pasada cuando él la observa con una sonrisa ladeada y le tiende la mano.

—Hola, chulita —le dice con el mismo tono de voz con el que la tomaba el pelo—. Cuánto tiempo sin verte.

Es él. Es su voz. Es su aspecto, el mismo que aquella vez le vio tras la batalla de Coruscant. Él la reconoció entre los rostros civiles que ovacionaban al héroe de las

Guerras Clon, pero no pudo más que saludarla alegremente con la mano y llamarla en un grito que se perdió entre las miles de voces emocionadas que coreaban su nombre.

Anakin Skywalker. Su maestro.

Ahsoka acepta la mano que él le ofrece, sin dejar de mirarle. La emoción le impide hablar mientras Anakin tira de ella para incorporarla, mientras su túnica blanca de Jedi ondea un poco con el movimiento. De no haber estado tan sorprendida por la ropa y el aspecto juvenil de su maestro, por su presencia en sí, Ahsoka se habría dado cuenta de que sus propias articulaciones no habían crujido ruidosamente al levantarse y que su cuerpo ya no acusaba el peso de la vejez.

—Maestro… —consigue articular, aún presa de la sorpresa y del nudo que le comprime la garganta—. ¿Qué…? ¿Cómo…?

La mano de Anakin sigue sosteniendo la suya. Su contacto es firme y real. La última vez que le vio las cosas eran infinitamente distintas y entonces no imaginaba que volvería a cogerle de la mano, de esa misma mano que había sostenido una espada láser tan roja como toda la sangre que había derramado con ella y con la que pensaba acabar con su vida.

—A veces surgen nuevas esperanzas que nos guían de nuevo hacia el camino correcto. —La sonrisa de Anakin se hace más amplia—. Que son capaces de limpiar el alma más putrefacta. Ni siquiera Darth Vader pudo resistir algo así.

Darth Vader. Ahsoka ha intentado durante años apartar ese nombre maldito de su mente, sin éxito. Vader había acabado con el Emperador y había muerto rediméndose, pero a Ahsoka le dolía demasiado pensar que Anakin Skywalker había renacido para acabar también muriendo junto a él. El hecho de que nunca volvería a verle le pesaba como una losa. Sin embargo, ahora le tiene frente a ella, de nuevo, y recuerda las palabras que Vader le dijo: «*Anakin Skywalker era débil. Yo le destruí*». El nudo de su garganta se intensifica, pero de alguna manera eso le da fuerzas para hablar con un convencimiento que hacía mucho que no sentía. Su voz ya no tiembla ni titubea.

—Me alegra ver que se equivocaba. Anakin Skywalker nunca fue débil, jamás pudo destruirle. Y años después, fue Anakin Skywalker quien destruyó a Darth Vader.

Cuando Anakin la mira con orgullo, ella puede verse reflejada en sus ojos, y por fin se encuentra con la muchacha que dejó la Orden Jedi para seguir su propio camino, sus propias reglas, y no a la anciana taciturna en la que se había convertido.

Siente ganas de llorar.

—Tú también destruiste a Vader hace mucho tiempo, Ahsoka. Fue apenas un instante, pero me liberaste. —La voz de Anakin se quiebra un poco, sobrepasada por una emoción más fuerte que él—. Pudiste verme bajo su máscara y su odio. Supiste que seguía allí cuando nadie más lo imaginaba, y nunca he tenido la oportunidad de agradecértelo.

—¿Por eso estás aquí? ¿Para darme las gracias?

La mano de Anakin que no agarra la suya se coloca con suavidad sobre su hombro.

—Por eso y por mucho más. Porque te echaba de menos. Porque soy tu maestro y no podía permitir que murieras sola. No podía abandonarte.

«*No podía abandonarte*». Esas palabras hacen que las lágrimas que Ahsoka ha estado conteniendo se desborden sin que ella pueda hacer nada para contenerlas, y la figura de Anakin se vuelve borrosa por la humedad de sus ojos. Hay muchas cosas que quiere decirle, muchas cosas que quiere que sepa, pero cuando quiere darse cuenta están fundidos en un abrazo, y Ahsoka se da cuenta de que ese simple gesto expresa muchísimo más que las palabras. Con ese abrazo le dice a Anakin que es mucho más que un maestro. Es un amigo, un hermano, un padre. Le dice que ella también le ha echado de menos, de un modo intenso y doloroso. Que había extrañado sus consejos, sus bromas y esas ideas que hacían que el Maestro Obi-Wan se echara las manos a la cabeza. Le cuenta que ha estado perdida en tantos momentos que ni siquiera podría enumerarlos. Que nunca ha dejado de pensar que abandonando la Orden Jedi le estaba abandonando a él también, dejándolo solo, a merced de Palpatine y el lado oscuro. Que se sentía sola, aterrada y abandonada, y que él ha aparecido para ayudarla justo cuando más le necesitaba, como siempre. Como si Darth Vader y el Imperio nunca se hubieran interpuesto entre ellos.

Allí, apoyada contra el hombro de Anakin, se siente a salvo, segura. Es como si una luz intensa y poderosa barriera de un plumazo toda la oscuridad que el miedo había instalado dentro de ella. Cuando se separan, siente una caricia tierna y cálida en todo su ser, y Ahsoka sabe, de alguna manera, que es la Fuerza diciéndola que jamás se ha alejado de ella, que siempre ha estado acompañándola.

Las lágrimas que le recorren las mejillas llegan hasta su sonrisa. Se siente feliz, llena, en calma. Ya no existe el dolor ni la tristeza. Solo existe esa luz brillante que parece acunarla con dulzura. Se vuelve para mirar a Anakin, y esta vez es ella la que le coge de la mano y tira suavemente de él.

—Venga, Skyguay. No querrás que el Maestro Obi-Wan tenga que venir a buscarnos.

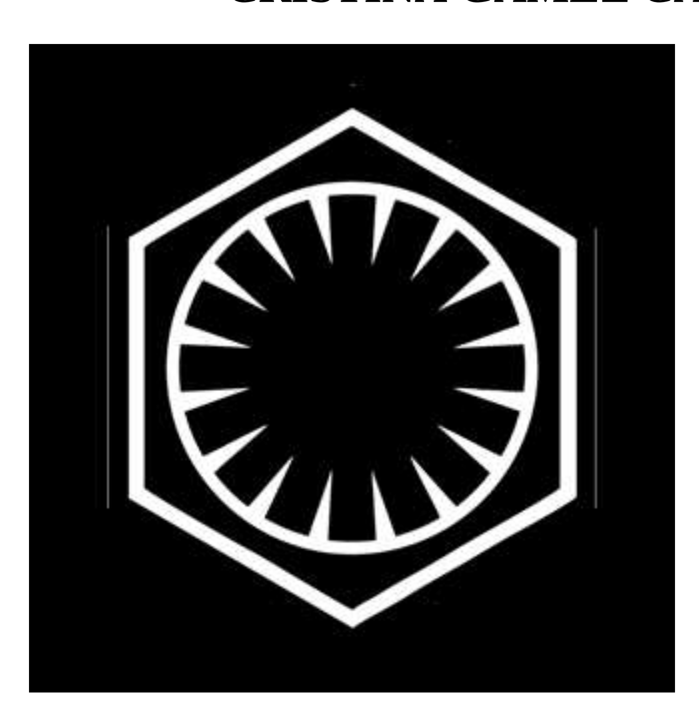
Es la carcajada de Anakin lo que resuena en la choza vacía cuando el cuerpo de Ahsoka desaparece para volverse algo más. Algo más insondable y poderoso, inabarcable, inexplicable. Ahsoka Tano ha vivido una vida larga y prodigiosa. Su nombre y su historia resonarán durante muchos años por todos los confines de una galaxia muy, muy lejana, manteniéndola viva, como solo las leyendas pueden hacerlo. Dirán que fue Padawan de Anakin Skywalker, que fue comandante en las Guerras Clon, y dirán que no fue una Jedi.

Porque hace mucho, demasiado tiempo que dejó de serlo, pero todo eso deja de importar cuando recibe la última lección de su maestro.

Cuando se vuelve una con la Fuerza.

Y QUE LAS COSAS CAMBIEN

CRISTINA GÁMEZ CABALLERO



A medida que la cabina comenzaba a perder estabilidad el pilotaje se hacía más peliagudo. La situación comenzaba a irrumpir en ires y devenires de una nave que se caía a pedazos.

—¡Vamos, chico! No entres en shock, ¡ahora no!

Kalgo sudaba. Aunque sus ojos estaban fijos más allá de la cabina, sus manos se movían frenéticas por los paneles, como si unas directrices guiasen sus movimientos de forma concienzuda y precisa. No era para menos, llevaba haciéndolo toda la vida.

—¡Es que no puedo tocar nada! ¡Todo está en rojo! —Brenan alzaba la voz—. ¡Perdemos cada vez más y más estabilidad!

El piloto veterano alzó su mano y le lanzó algo a la altura del pecho. Un equipo enfundado de herramientas básicas.

—¡Entonces ve ahí atrás y arregla lo que puedas! ¡Si ves algo raro, vuelve en seguida!

—¡S… sí! ¡A la orden! —Marchó con presteza, no sin tropezarse un par de veces a lo largo de su camino hacia la parte trasera de la nave. Todo estaba hecho un auténtico desastre.

Los temblores de la nave eran equiparables al paso por un campo de asteroides.

Kalgo sonrió tenuemente en mitad de toda la algarabía del momento. El joven Brenan le producía cierta nostalgia.

No obstante, su sonrisa se desdibujó pronto, pues una masa planetaria se divisaba en la distancia y a su vera, una luna. Puede que fuera una de muchas, no había demasiado tiempo para pensar y su datapad no quería responder.

Controlado o no por la Primera Orden, tenían que intentar bajar hasta él o perecerían en aquel sistema.

—¡¿Cómo vas ahí atrás, chico?!

Al otro lado de la nave, Brenan se llevaba las manos a la cabeza: había una brecha en el casco. Pequeña, pero mortal a la larga.

—¡Vamos a quedarnos sin oxígeno! —Alzó la voz para intentar llegar a oídos de Kalgo, a pesar del bullicio.

—¿Cómo que sin oxígeno? ¡Por las lunas de Endor! ¡Tapa esa maldita fuga!

—¡También perdemos combustible, señor!

—¡Eso ya lo sabía desde que nos atravesaron los escudos, chico! —Masculló entre dientes.

La nave se zarandeó repentina y bruscamente, algo en su interior había provocado una explosión y ahora los sistemas gravitatorios fallaban. Brenan comenzó a elevarse varios pies sobre el suelo y se sujetó con brío a uno de los conductos de gas de la pared.

—¡A este paso vamos a ser pasto de chatarreros espaciales, Kalgo! —El joven muchacho vociferaba desesperado. En el vasto y seco movimiento, y con la pérdida de gravedad en el interior de la nave, un cajón de suministros había golpeado su brazo izquierdo. Sentía que el golpe le ardía, pero era consciente de que la adrenalina del momento anulaba gran parte del dolor—. ¡Creo que me estoy mareando, Kalgo! —

Parpadeó, cerrando momentáneamente los ojos—. Está empezando a salir mucho humo aquí atrás.

Se palpaba el brazo, gruñendo ínfimamente.

—Un momento… —El joven emprendió sus pasos hacia el puente de mando una vez más—. ¿Por qué no me respondes?

El pánico comenzó a hacer mella en él, que caminaba sosteniéndose a cualquier saliente que hallaba a su paso. Tuberías superiores, enganches propios del angosto pasillo… Hasta que por fin llegó al asiento del piloto, donde Kalgo yacía con la cabeza echada sobre los comandos de la nave. Aún respiraba.

Kalgo balbuceó algo ininteligible en dirección al chico.

No había más tiempo, si no salían de la nave en ese preciso instante sería el fin.

Era consciente de que Kalgo no habría permitido una huida y dejar su querida nave atrás, pero no había más opción. A duras penas y luchando contra el movimiento de sacudida constante de la nave, Brenan cargó con el veterano hasta su única cápsula.

Confiaba en que no estuviera dañada, o ahora sí que sería el final para los tripulantes.

Recolocó a Kalgo a un lado y se situó cercano a los mandos. Hizo una rápida comprobación.

—Combustible, óptimo. Gravedad… —Activó la ambientación gravitatoria y cayó sobre el asiento—. Estable. Desenganche.

La cápsula comenzó a proliferar escapes de oxígeno a ambos laterales y con un movimiento lineal salió disparada hacia el espacio, dejando tras de sí la nave del veterano.

Por primera vez en mucho tiempo, Brenan suspiró como si hubiese tomado aire por primera vez. Kalgo seguía murmurando algo, ante lo que Brenan posó su mano sobre su cabeza.

—Estamos a salvo…

No pasó demasiado tiempo hasta que Brenan pudo divisar una de las lunas del planeta desconocido. Aún no habían conseguido identificarlo, pero lo más óptimo y seguro era forzar un aterrizaje directamente en la luna que ahora tenían de cara.

A medida que la cápsula se dirigía a la atmósfera, Kalgo comenzó a pronunciarse de una forma mucho más clara, incorporándose.

—Mi nave… chico. Mi nave. Tenemos que regresar. —Tosía. Posó la yema de sus dedos en su sien y observó cómo el golpe le había hecho sangrar.

—La nave está perdida, señor. No hay nada que pudiésemos hacer por ella.

Kalgo negaba con la cabeza, haciendo un esfuerzo titánico por incorporarse.

—No lo entiendes, chico. Esa nave tiene las coordenadas de uno de los asentamientos de la Resistencia. Del de mi propia familia.

Brenan abrió los ojos como platos, girando su rostro para enlazar su vista con la mirada gris del veterano piloto. Tragó saliva.

—Podemos intentar volver más tarde, ¿no sabrías cómo encontrarlos o…?

—Claro que lo sé. Todo está aquí. —Se puso el dedo sobre la sien dañada—. Pero temo que la Primera Orden nos siga el rastro más allá del hiperespacio y… accedan a su fuente de datos. Aunque con suerte la nave acabará hecha pedazos y pasará inadvertida.

Con un quejido lastimero, el veterano Kalgo se sentó con lentitud. Se había incorporado demasiado deprisa.

—¿Sabe alguien más esas coordenadas, señor?

—Me temo que no. Solo unos pocos llevamos a las familias al lugar y todos han caído en la lucha. Y si no podemos dar esta información a los nuevos leales a la Resistencia, habremos fallado.

Brenan frunció el ceño, asintiendo.

—Entonces no fallaremos, señor. —Hundió sus dedos en los mandos de pilotaje de la cápsula—. Agárrese fuerte, entramos en la superficie, vamos a atravesar la atmósfera.

La cápsula soportó el ímpetu de la atmósfera en su caída y todo aconteció en cuestión de segundos, finalizando con un golpe más suave de lo esperado y anclándose en lo que parecía ser un cenagal.

Ambos salieron de la cápsula y Brenan, atento y servicial, ofreció su apoyo para ayudar a Kalgo a caminar.

No tenían provisiones, por lo que no les quedaba más remedio que lanzarse al camino que el azar les deparara. Quizás se tropezasen con algún resquicio de vida, si es que lo había.

—Buscaremos algún lugar para pasar la noche, chico. —Kalgo parecía preocupado, mirando de tanto en tanto al cielo—. Has sido muy valiente ahí arriba.

—¿Muy valiente? —El joven le devolvió una sonrisa—. Solo he hecho lo que tenía que hacer, señor.

—No tenías por qué hacerlo y lo hiciste. —Aguardó en silencio. La maleza era inmensa en el lugar y se le hacía costoso caminar—. En esto se fundan las rebeliones. En la esperanza. Cuando te veo a ti, recuerdo a mi yo del pasado. Temeroso, sí. Pero con ímpetu. Con un sueño. Lo que yo no consiga, lo conseguirás tú algún día.

—Cuando tú no estés, el mundo será un lugar más triste, Kalgo. Pero no te ha llegado la hora, no aún. —Brenan tenía una mirada brillante, aún delataba inocencia en ella.

Kalgo rió por lo bajo, cada paso se le hacía más pesado.

—¿Qué es eso de ahí? —El joven Brenan alzó el dedo, señalando una montaña de esqueletos de cazas y naves.

—Parece un cementerio de guerra. Aquí se libró una batalla hace mucho.

Se acercaron a un ritmo pausado, el único al que Kalgo parecía poder caminar.

Las naves parecían envejecidas por el paso del tiempo, el clima y el pantano. Brenan no sabía reconocer ninguna de ellas, por lo que guardaba silencio a priori, pero Kalgo llevaba ya rato afilando la mirada.

—¿Has visto algo así antes, Kalgo?

—Lo he visto. Es una cañonera LAAT. Se usaban durante las Guerras Clon, chico.

—Las Guerras Clon… ¿eres tan viejo?

Kalgo rió.

—Sería un mal piloto si no supiese reconocer una nave. No sé cuándo se dejaron de fabricar. Ni siquiera si en algún punto dejaron de hacerlo. Era muy joven la primera vez que vi una. Y fue la última que vi en mi vida.

—¡Quizás podamos usarlas para salir de aquí!

El piloto se desprendió de la ayuda del chico y trató de serenarse. Negó.

—Negativo, chico. Tendremos que buscar algo mejor para salir de aquí. Pero quizás podamos usarlas como refugio para descansar.

—Quédate aquí entonces tú, Kalgo. Yo buscaré entre tanta chatarra a ver qué encuentro. Con suerte encontraremos suministros médicos.

La propuesta era tentadora, por lo que Kalgo no dudó en aceptarla. Realmente sentía su cuerpo masacrado, como si el golpe le hubiese dejado inservible. Se mejoraría, pero se sentía débil.

Se dejó caer dentro de una de las naves, no sin antes observar todo el interior que caracterizaba a los LAAT de la República.

Los pasos sonoros, metálicos, le llevaron hasta los comandos delanteros de la nave, donde activó el canal de comunicaciones.

Mensajes olvidados por el paso del tiempo y las eras aún se aguardaban en aquella tosca maquinaria.

«Parece que han asesinado a la mayoría de los gungan de la zona, aún estamos intentando averiguar cómo. Necesitamos más refuerzos en Ohma-D'un…».

La proyección de un soldado clon se mostraba dañada visualmente, aunque la voz parecía haberse conservado en buenas condiciones. Kalgo detuvo el mensaje, pensativo.

—Ohma-D'un, ¿eh? —El veterano alzó su rostro, asomándose una vez más al exterior fangoso, apoyándose a un lateral de la nave y escudriñando el cementerio bélico que le rodeaba—. Así que estamos en una luna de Naboo. No me puedo creer que estemos tan cerca.

—¡Señor! ¡He encontrado algunos suministros! —Brenan se acercaba desde la lejanía, eufórico y feliz—. Voy a hacer un fuego, el sol se está poniendo en esta luna.

Estaba siendo valiente, leal y trabajador. Kalgo por un momento temió que toda esa energía desapareciese algún día. Sin duda, había sido un compañero de inestimable valor durante los últimos años. Pero había aprendido a no encariñarse con nada ni nadie. Cualquier segundo en el bando de la Resistencia podía ser el último. Por desgracia, lo sabía bien.

—Chico. —Kalgo se pronunció tras largo rato en silencio, meditabundo—. Me recuerdas a alguien, alguien que la Primera Orden me arrebató. —Observó cómo el joven giró su rostro con cierta sorpresa a la par que le tendía un par de gasas más.

—Le veo muy nostálgico, señor.

Brenan se sentó junto al fuego, desperezándose.

—¿Has visto alguna vez morir a alguien? ¿Has tenido alguna vez que matar a alguien? —La voz de Kalgo se endureció. El ambiente se tensó durante unos instantes. Unos escasos segundos que se hicieron incómodos.

—Pe… pero… —Brenan tragó saliva, agachando la cabeza—. No. No lo he hecho, señor.

—Tuve que matar a muchos hombres para rescatar a mi familia y llevarles hasta Wasskah. Peleábamos en la batalla de…

—¿Wasskah? —El joven muchacho le interrumpió—. Ese nombre parece inventado.

—No lo es, chico. —El veterano le sonrió, pasándole un poco de pan artificial de parte de los suministros—. Está en el Sistema Kashyyyk. No muy lejos de aquí, no deja de estar en el Borde Medio.

Miraba al cielo, suspirando antes de pegar bocado.

—Mi única meta es volver a reunirme con ellos. Hace años que no les veo.

—Quizás su deseo pueda cumplirse antes de lo que espera, señor.

—Ja. ¿Por qué dices eso chi…? —El piloto miró al joven y abrió los ojos de par en par, palideciendo. A la altura de su frente, entre ceja y ceja, un bláster le apuntaba—. ¿Brenan? ¿Qué estás haciendo chico? Espero que sea una broma porque no… ¡espera!

—Cualquier insurgencia ha de ser aniquilada.

Disparó. Y no una, sino una vez tras otra.

Y con ello el pantano pareció mostrarse inquieto. Las aves que reposaban en lo alto de los árboles y la maleza salieron despavoridas, dejando tras de su aleteo un silencio sepulcral.

—Al habla el agente Tyr Honto. Tenemos la localización de una de las células de la Resistencia. —Mientras esperaba a que el canal de comunicaciones se abriese, se retiró una lágrima de tantas que ahora corrían por sus mejillas—. Restauraremos el orden en la galaxia… Por la Primera Orden.

LA VENGANZA DEL SITH

DAVID MINGALL MUÑOZ



Anochecía en el Templo Jedi, en la oficina del canciller, en Coruscant… pero sobre todo, en el alma de Anakin Skywalker. Allí estaba él, en la cámara del Consejo, esperando. ¿A qué esperaba?… Esperaba a que el Maestro Windu y los Jedi que partieron con él para detener al Lord Oscuro de los Sith trajeran una noticia. La ansiada noticia de que habían detenido a ese maldito Sith, el responsable de años y años de guerra dolorosa y sin sentido. La guerra que había separado, diezmado y consumido a toda la galaxia. Pero todo acabaría cuando ese infame Lord Sith estuviera en la prisión de la República… o muerto. Y Anakin sabía que eso no era posible.

El Sith los había engañado a todos durante años, incluyendo al propio Anakin.

Un hombre amable y sencillo, pese al cargo que ostentaba, pero que siempre le tuvo en gran estima. Pero le mintió, era un Lord Sith malvado y cruel, eso era lo que ocultaba bajo su falsa fachada. Y lo que le enfurecía era que él, el propio Anakin, el propio elegido, había sido pasto de sus grandes mentiras. Pero sabía que había algo en Palpatine, en ese Lord tenebroso, que necesitaba más que el propio hecho de respirar. Palpatine le había dicho claramente que podía darle el poder para salvar a la mujer que amaba, para salvar a Padmé de una muerte segura. ¿Por qué Anakin sabía que Padmé moriría? Lo había soñado, al igual que soñó el sufrimiento y muerte de su madre. Los sueños de los Jedi nunca fallaban, el muchacho lo sabía bien.

Y Anakin había percibido claramente que el Sith no mentía, sabía cómo alejar la muerte de los seres queridos o, como mínimo, podría ayudarle a descubrir cómo hacerlo. Sin él, toda esperanza de salvar a Padmé estaba totalmente perdida. Por eso el alma del muchacho sufría en un tormento indecible, por ello iba siendo engullida por un sutil, pero cada vez más espeso, manto de oscuridad. Debía evitar a toda costa que los Jedi mataran al Sith.

Tomó esa decisión y sabía que jamás habría vuelta atrás. Se levantó de su asiento y miró a través del inmenso ventanal del Templo Jedi. Su mirada y su corazón llegaron hacia el edificio donde se encontraba su amada. Notaba, percibía su energía, todos y cada uno de sus átomos, de sus células. Percibió también a la criatura que llevaba dentro de sí misma. Aquél niño o niña tenía una energía descomunal. En efecto, la Fuerza era extraordinariamente poderosa en él o ella. Era tal su energía que Anakin pensó que hasta podrían ser gemelos. La Fuerza era demasiado poderosa en la criatura como para tratarse de un solo individuo. Pero dejó de sentir a su amada y se centró en lo que hacía un nanosegundo acababa de decidir: salvarla, fueran cuales fueran las consecuencias. Jamás permitiría que le ocurriera algo a su esposa y a su hijo. Entonces una lágrima brotó de lo más profundo de su ya totalmente oscura alma.

Era el último grito de Anakin Skywalker, de alguien que está a punto de dejar de ser él mismo. Iba a renunciar a unos valores, a unos principios, a toda una intensa vida de dedicación a los demás… iba a vender su alma al diablo. El muchacho iba a matar su alma obligándose a hacer algo que para nada quería hacer. Pero lo haría por ella, por su bebé y porque su vida no tenía sentido sin ellos.

Era un Jedi, era el elegido, y vio las consecuencias de su decisión, de ese preciso instante en el que lo decidió. No veía una imagen en concreto, pero sí una oscuridad inenarrable, una serie de cosas que llegarían y que le sumirían a él y a otros en una fría prisión de sufrimiento. Pero su cuerpo, como si se tratara de un autómata, ya había empezado a caminar sin pedirle permiso. Sus pasos hacia el speeder que le llevaría a las cámaras del canciller para intentar salvarlo y que de seguro lo enfrentarían a sus hermanos Jedi, eran firmes como el más perfecto de los obeliscos. Y continuaba caminando pese al dolor y la oscuridad que desgarraban su alma. Tuvo visiones y pensamientos devastadores: subyugaría la galaxia, incluso se enfrentaría a Obi-Wan, haría sufrir a Padmé, un fuego intenso se engendraría de sus acciones, consumiéndolo y generando en él un dolor inacabable.

De repente, volviendo de su maremoto de pensamientos y sensaciones, percibió cómo una lágrima resbalaba por su mejilla. Había llorado otras veces, pero jamás había sentido una lágrima tan grande como aquella. Sintió cómo le llegaba al mentón para luego caer al suelo, estallando en pequeños fragmentos. Cerró los ojos y sus pasos se detuvieron en seco. Entonces escuchó una voz, tuvo una sensación muy intensa en todo su ser. Y recordó la primera lección que Qui-Gon Jinn le había dado cuando era un niño que acababa de llegar a Coruscant.

Los midiclorianos son formas de vida microscópica que residen en todas las células vivas. Son bacterias, el soporte físico a través del cual la Fuerza, en toda su extensión, se comunica con los seres vivos del universo, transmitiendo su voluntad.

A través de sensaciones, de intuiciones, los midiclorianos transmitían la voluntad de la Fuerza, lo que se tenía que hacer en un momento determinado.

«Si logras acallar tu mente, oirás cómo te hablan».

Aunque el tiempo había pasado, casi podía ver físicamente al maestro dándole aquella primera lección. Y en aquel preciso momento, los midiclorianos le dieron un fuerte y poderoso mensaje. Fue la intuición más poderosa que había tenido en toda su vida de Jedi. Esta le paralizó cada milímetro de su cuerpo, y el mensaje era tan claro que no se podía ignorar: NO SIGAS HACIA ADELANTE.

La decisión que acababa de tomar, lo que iba a hacer, acabaría para siempre con su alma, con su vida… sería mucho peor de lo imaginado. Entonces abrió de golpe los ojos y puso su mano derecha sobre su espada láser, como si estuviera a punto de encenderla. Y tomó conciencia, tuvo claro lo que tenía que hacer: detener a ese Lord Oscuro. Iba a desobedecer al Maestro Windu, pero no por Padmé, no por su relación con Palpatine, no por la búsqueda de un mayor poder… sino por la voluntad de sí mismo y de la Fuerza.

La Fuerza se dividía en dos aspectos: la Fuerza Viva y la Fuerza Cósmica. La primera era el campo de energía que emanaba de todos los seres vivos individuales, y esta energía en unidad generaba la segunda, que se extendía a través de todo el universo. Cuando un ser viviente moría alimentaba la energía de la Fuerza Cósmica, y esta a su vez generaba y revitalizaba la Fuerza Viva. El universo funcionaba de esta manera, con esta sinergia y

reciclaje de estos dos aspectos de la Fuerza. La Fuerza Viva tenía que ver con el instante presente, con el ahora. La Fuerza Cósmica abarcaba un espacio y tiempo infinito, una realidad donde pasado, presente y futuro ya estaban dados y podían escrutarse.

En su adiestramiento como aprendiz, Anakin se dio cuenta de que la gran mayoría de maestros Jedi enseñaban a sus Padawan a sentir y utilizar la Fuerza Cósmica.

Pero su primer maestro, Qui-Gon, y su maestro de por vida, Obi-Wan Kenobi, habían pasado casi la mayoría de su maestrazgo mostrando a Anakin la importancia de sentir la Fuerza Viva. Sentir el pasado de las cosas, proyectarse hacia el futuro para encontrar soluciones, era importante observar otros espacios, otros lugares y dimensiones paralela.

Pero nada como el presente, nada como la Fuerza Viva, ya que en esta se daba el nexo de unión de toda la Fuerza. Sentirla era sentir la Fuerza en su pureza. Inmerso en ella no se forzaba nada, no se buscaba nada, simplemente se era uno con la Fuerza, el canal por donde ella fluía libremente. Los mejores acontecimientos y posibilidades de la Fuerza Cósmica llegaban entonces al individuo por sí solos.

Fueron años de entrenamiento y estudio en el Templo Jedi, en las incontables misiones que Anakin realizó con Obi-Wan, pero jamás lo había visto tan claro como ahora. Sintió el fluir de toda una vida en una milmillonésima de segundo, era como si todo lo vivido como Jedi cobrase sentido en aquel minúsculo momento en el tiempo.

Todas aquellas enseñanzas, todas aquellas lecciones, el miedo como camino hacia el Lado Oscuro, la Fuerza Viva, la Fuerza Cósmica, la luz, la oscuridad, el equilibrio, los Jedi, los Sith, la vida, la muerte, el elegido, la intuición… cobraron vida en aquel mismo instante. La conexión con la Fuerza era cada vez más potente si uno se trabajaba a sí mismo, si uno iba mejorando como persona. Anakin tuvo esto muy claro. Otros pensamientos iban ocupando su mente mientras se dirigía al hangar Jedi en busca de un speeder.

De nuevo, su cuerpo caminaba solo, como un autómata… pero era una dirección nueva y distinta la que le movía. Con determinación y poder subió al speeder y lo puso en marcha. Mientras despegaba y lo pilotaba hacia la oficina del canciller percibió cómo aquél futuro negro, oscuro, iba reconfigurándose. Aquella decisión en aquel instante de detener al Lord Oscuro había cambiado la realidad. Fue como una pequeña chispa que se enciende en un cuarto oscuro. Esa fue su decisión. Una nueva decisión abría un nuevo presente, un nuevo futuro. Cada nuevo paso en esa nueva dirección iba asentando uno mucho más luminoso.

Anakin se quiso a sí mismo como nunca antes lo había hecho. Fruto de ese amor pudo tomar aquella decisión en aquel instante. El amor hacia sí mismo le permitió superar sus apegos, el miedo a que sus seres queridos murieran. Dejó atrás sus ansias de poder y recordó en su corazón, en su alma y en su cuerpo quién era realmente:

Anakin Skywalker, el elegido, aquel que traerá el equilibrio a la Fuerza. Aquel que ya está trayendo el equilibrio a la Fuerza.

Y esto debía pasar por encima de su miedo a perder a Padmé y a su hijo, de sus ansias de poder, de su estrecha amistad con el canciller, de meses de confusión y sufrimiento

mental. Todavía sufría, todavía podía sentir la energía de la voz de Palpatine diciendo «*si muero, toda esperanza de salvarla se perderá*». Pero Anakin no escuchaba esa voz, en lugar de ello casi se estrelló contra las columnas que daban a la entrada de la oficina de Palpatine. Salió del speeder y se apresuró a ir hacia las cámaras del canciller. Cuando subía, presto a detenerlo, en el cilíndrico ascensor, seguía percibiendo, intuyendo, los cambios que se generaban en la tela del destino de la Fuerza Cósmica. Esta trasmitía la información a la Fuerza Viva, los midiclorianos la captaban y, a su vez, la transmitían al propio Anakin.

El ascensor había llegado a su destino. Mientras las puertas empezaban a abrirse, Anakin cogió su espada láser y la encendió. Percibía a tres Jedi muertos y otro luchando contra el canciller. Cuando estaba a punto de entrar en la cámara, sintió otra cosa, algo luminoso y preciso que le haría luchar como nunca antes había luchado. Padmé viviría, él no lucharía contra sus hermanos Jedi, no subyugaría la galaxia ni se enfrentaría a Obi-Wan Kenobi, su mentor, hermano y amigo. La realidad había cambiado. Decidió lo que decidió y ahora estaba viviendo lo que realmente debía vivir. El futuro se había reconfigurado totalmente. Antes, su miedo a la pérdida creaba una realidad en la que, efectivamente, acababa perdiendo a las personas que amaba.

Era él mismo el que creaba esa situación. Ese mismo miedo le llevaba a pensar y sentir que para evitar esas pérdidas debía buscar un mayor poder.

Ahora lo sabía… no, en realidad ahora sabía que eso era falso. No necesitaba más poder para cambiar las cosas, debía cambiar su propia forma de pensar, de ver las cosas. Abandonar sus apegos, dejar a un lado sus miedos, ser él mismo… esto era el verdadero poder. No podía ser mejor de lo que ya era, de lo que nunca fue. No hay mejor o peor, solo él mismo. Abrirse a esta verdad, tomar conciencia de ella, era la fuente del mayor poder. Sintió que acababa de aprender la lección más valiosa de todo el universo y tuvo ganas de madurarla, de disfrutarla… pero la puerta que daba a la cámara del Sith se acababa de abrir del todo, mostrando a Mace Windu y al Lord Oscuro en un combate brutal.

Al verle entrar, ambos pararon. Estaban cansados, ya que llevaban un rato de intensa lucha, pero aunque no lo estuvieran hubiesen parado igualmente. Les causó una intensa conmoción en la Fuerza percibir al muchacho como lo hicieron. Palpatine, el Lord Oscuro, notó que Anakin Skywalker era una persona totalmente nueva, alguien a quien no se podría arrastrar hacia el lado oscuro de la Fuerza. Notaba la nueva vibración en el muchacho, una vibración potentemente luminosa. Percibir esto y pensarlo hicieron que la ira, la rabia y el odio se encendieran en Palpatine, haciéndolo mucho más poderoso. Tantos años seduciendo al muchacho, ganándose su amistad, moldeándole para que acabara sirviéndole, se habían perdido. El odio del Lord Oscuro se incrementó y unos ojos amarillos y luminosos se encendieron en él. Tal vez no obtuvo lo que buscaba de

Anakin, pero de alguna manera le acabaría sirviendo. Sí, no había duda, la imposibilidad de convertir al muchacho le daba cada vez más poder, podía sentirlo en su interior.

Por su parte, Mace Windu se sintió aliviado de inmediato con solo ver a Anakin. Lo notaba, lo percibía, el muchacho era el elegido. Su vibración en la Fuerza era muy poderosa, pero esta vez no había conflicto, lucha interna, sino seguridad y certeza de sí mismo y del camino tomado. Se sorprendió a sí mismo confiando totalmente en el muchacho. Desde que llegó a Coruscant, no pocos Jedi habían sentido la incertidumbre en Skywalker… incluido el propio Windu. Su presente se mostró incoherente cuando lo conoció, su futuro como una incógnita, como algo confuso y poco determinado. Su miedo a la pérdida, su edad, su origen… asustaban a muchos Jedi. Pero ahora había dejado todo eso atrás, había completado su entrenamiento verdaderamente espiritual.

Anakin, ante la mirada de los dos maestros de la Fuerza, tomó más conciencia de su situación, del gran cambio que acababa de dar. En efecto, ahora se sentía una persona completa y preparada para todo. Palpatine fue el primero de los tres en reaccionar, dando una serie de estocadas bajas a Windu que este paró y esquivó a medias. Anakin, de un salto, se puso justo detrás de Palpatine para intentar liberar un poco a Windu y lanzó una estocada a la espalda del Sith. Este la paró, y a la vez proyectó la Fuerza hacia Windu empujándolo contra la pared. El impacto le dejó casi inconsciente.

Entonces el Lord Oscuro se lanzó contra Anakin con una mirada de profundo pero controlado odio. Movía su centelleante espada roja hacia la izquierda y hacia la derecha, avanzando con ella como si fuera las aspas de un catamarán wookiee de despegue vertical. Anakin se defendía como podía, pero cada vez retrocedía más y más, sin poder detener el ataque del Sith. Hasta que este empezó a detenerse y sus estocadas empezaron a perder bastante efusividad.

Entonces Anakin vio cómo el Maestro Windu, empezando a incorporarse tras el ataque del Sith, proyectaba la Fuerza sobre este, paralizándolo parcialmente. Así, Anakin también empezó a proyectarla sobre Palpatine. Ambos se miraron y conectaron, continuarían proyectándola hasta que quedara inconsciente por la presión energética que estaba sufriendo. Sin embargo, aunque el Sith cayó de rodillas, alzó el brazo derecho hacia Anakin y, cerrando el puño, el muchacho fue impulsado hacia el techo y recibió un buen golpe en todo su cuerpo. Posteriormente, empezó a crear unos rayos de Fuerza con los que atacó a Windu.

Los rayos eran como una especie de serpientes muy largas pero delgadas que salían de las manos de Palpatine, quien poco a poco se iba incorporando. Ante tal acometida de rayos, el Maestro Jedi cogió su espada con dos manos y la puso frente a sí mismo. Entonces utilizó la Fuerza para desintegrar los rayos en su espada… lo consiguió parcialmente, pues otros impactaron sobre su cuerpo pero con una intensidad muy débil.

Windu saltó hacia el Sith y le lanzó una serie de estoques que este paró con ciertos problemas. A su vez, Anakin se reincorporó y lanzó también uno al Lord Oscuro, quien pudo pararlo, retroceder y ponerse en guardia ante los dos Jedi. Estos levantaron sus espadas por encima de sus cabezas, preparados para atacar. Palpatine puso la suya frente

a sí mismo, cerró los ojos y contactó con toda su zona energética del estómago. Una energía vaporosa de color rojo negruzco empezó a emerger de todo su plexo solar. Entonces abrió los ojos y, para asombro de los Jedi, estos brillaban en un amarillo intenso. Estos aprovecharon la pausa del Sith para atacar al unísono.

Anakin lanzó una estocada que Palpatine paró a la vez que proyectaba la Fuerza contra Windu y hacía que este desviara su estoque. O paraba el estoque del segundo mientras desviaba el del primero con la Fuerza, poco importaba.

Ambos Jedi empezaron a voltear sus espadas durante unos segundos con mucha fuerza para dejarlas ir sobre el cráneo de Palpatine. Este detuvo ambos ataques con su espada sobre su cabeza, en posición defensiva y horizontal. Chisporroteaban con fuerza, se estaba desatando un infierno. Los Jedi presionaban sus espadas contra la del Sith con todas sus fuerzas. Este estaba cediendo cada vez más a ese ataque, a esa presión, sus rodillas también se estaban doblando cada vez más. Entonces, la energía roja negruzca volvió a intensificarse en su plexo, lanzando un descomunal, gutural y profundo alarido tras el que poco a poco empezó a incorporarse. Y así, con un gran esfuerzo zafó su espada de las de los Jedi y empezó a asestar mandobles a ciegas, sin control. Estaba preso de una furia que Windu, en toda una vida como Jedi, no había visto ni oído jamás.

El Lord Sith avanzaba hacia los dos, pero rápidamente se centró en Anakin. La energía que desprendía no iba a durar para siempre, así que debía centrarse en el más poderoso de los Jedi e intentar matarle o dejarle fuera de combate lo más pronto posible. Propinó a Windu un empuje con la Fuerza que lo volvió a estrellar contra la pared y se dirigió hacia el muchacho. Su furia y su energía eran tan fuertes e intensas que Anakin Skywalker, el mismísimo elegido, no podía más que esquivar algunos de sus estoques y parar débilmente otros. Pronto empezó a ser acorralado contra la pared del despacho del canciller, aunque a decir verdad, el muchacho también daba algún que otro estoque acompañado de proyecciones de Fuerza que hacían más poderosos sus ataques. Justamente uno de estos embates fue parado en seco por Palpatine, quien tras realizar una finta, arrancó la espada de la mano de Anakin. Este cayó al suelo y se encontró con la hoja rojo sangre casi tocando su garganta. En ese momento el Lord oscuro habló.

—Anakin, no sabes la pena que me da esta situación, de verdad. Había preparado un gran destino para ti, pero creo que… —De repente, la hoja de Palpatine empezó a elevarse, junto con sus manos, hacia arriba, dejando desprotegido el plexo y pecho del Sith. En efecto, Anakin Skywalker estaba proyectando la Fuerza sobre los brazos del Sith en un esfuerzo total. Dejaría ese flanco desnudo en el Lord Oscuro, recuperaría su espada mediante la Fuerza y la hundiría de una vez por todas en el pecho de esa criatura oscura y malvada. Sin embargo, el Sith se liberó con grandísimo esfuerzo de la presión de Fuerza y asestó al muchacho un mandoble que cortó de cuajo la mano derecha mecánica que había levantado para recuperar su espada perdida.

Los microsensores que conectaban su antebrazo biónico con su brazo humano hicieron aullar de dolor a Anakin. No fue el mismo dolor que experimentó cuando Dooku le hizo lo mismo allá en Geonosis, pero se parecía bastante. Ante un Anakin cansado,

herido y desprotegido, el Sith se dispuso a asestar el golpe mortal. Levantó su espada por encima de su cabeza y empezó a dirigirla hacia el elegido. El muchacho proyectaba la Fuerza, pero el poder de aquel ser era demasiado intenso. Antes de que la espada de Palpatine cortara en dos a Anakin empezando por la coronilla, una espada púrpura logró detenerla. Mace Windu se había reincorporado y dado un salto para parar el embiste del Sith. Mientras forcejeaba con la espada del Lord Oscuro, dijo con rostro enfadado, pero calmado:

—Esto aún no ha acabado… milord.

No pudo reprimir una mirada sarcástica directa hacia los ojos de Palpatine. El lado oscuro que tan bien utilizaba daba un poder increíble, pero la luz de los Jedi todavía tenía mucho que decir. Entonces Windu lo sintió, lo intuyó, Anakin era la esperanza de la galaxia. Aquel Sith era demasiado poderoso y él debía entrenarse más a fondo para vencerlo.

El Maestro Windu era famoso en la Orden Jedi por tener un talento especial para ver los puntos de ruptura en la Fuerza, en las personas, en las situaciones. Y ahora lo vio, en aquel preciso instante: el futuro de Anakin era luz y salvación. Debía protegerle a cualquier coste. Mientras mantenía la espada de Palpatine chisporroteando con la suya a través de su brazo derecho y la proyección de la Fuerza, levantó el brazo izquierdo, extendió la mano e hizo levitar a Anakin hacia el otro extremo de la habitación, fuera de la línea de fuego del Sith.

Una vez el muchacho estuvo a salvo, se zafó del canciller y retrocedió, puso su espada purpúrea frente a sí mismo, cerró los ojos y proyectó la Fuerza hacia Anakin Skywalker. Le envió parte de su energía vital, que empezó a revitalizar la energía del muchacho. Medio segundo después, el Maestro Windu levantó su brazo derecho, y con la mano tensa y extendida proyectó la Fuerza en el Sith para intentar tirarlo por el enorme ventanal y enviarlo a kilómetros de distancia en un esfuerzo que probablemente le mataría.

Pero daba igual, debía alejar a ese ser oscuro de Anakin y crear la posibilidad de que el muchacho huyera. Pero el Sith se zafó del choque de espadas con Windu, se abalanzó sobre él dando un mandoble de derecha a izquierda y le cortó la mano a la altura de la muñeca. Aprovechando el impulso que llevaba, dio una vuelta sobre sí mismo y, con sus dos manos, clavó la espada en su pecho. El Maestro Jedi se inclinó de dolor, y Palpatine, frente a él, levantó su espada por encima de su cabeza. Los ojos del Sith brillaban en un amarillo cada vez más intenso, y su cara reflejaba sed de sangre y muerte. Dejó caer su espada y cortó la cabeza del Jedi. Todo sucedió muy deprisa, en cuestión de dos segundos.

Anakin tomó conciencia de lo que acababa de pasar.

—¡NOOOOOOOOO!

Un gran maestro, un gran ser, acababa de ser asesinado de manera horrible.

El Sith vio caer el cuerpo de Windu, sonrió y se giró hacia Anakin. Se relamía de placer, como si fuera un vampiro que acababa de darse un gran banquete… pero aún tenía

sed. Aquella mirada hizo sentir miedo a Anakin. Seguro de sí mismo y como si tuviera veinte años menos, el Sith dijo:

—Ahora es tu turno, joven Skywalker. El Maestro Windu era poderoso, pero no hay rival para el poder del lado oscuro. Esta es la primera lección que te doy… porque tu poder merece una segunda oportunidad de unirse al lado oscuro.

Palpatine caminaba sonriendo y muy lentamente hacia Anakin, era como si levitara, impulsado por una energía oscura inenarrable. Las palabras guturales del Sith helaron la sangre del muchacho, era como si vinieran de lo más profundo del infierno. Anakin empezaba a sentir un odio y una rabia contra aquel ser. Tomó conciencia de estos sentimientos y los dejó ir, parecía que la energía vital del Maestro Windu estaba haciendo efecto, le daba más fuerzas para no sucumbir a las tentaciones del lado oscuro personificadas en ese momento por Palpatine. Y en ese instante lo tuvo claro: no debía alimentar las energías del Sith con más miedo, ira y odio. El Lord Oscuro se alimentaba de esos sentimientos, de esas emociones… lo mejor era ignorar su energía, sus palabras y centrar la mente en otras cosas. Mientras, a dos metros de distancia suya, el Sith se paró en seco y empezó a hablar.

—Anakin, te dije antes que tu poder es grande. Si te unes a mí, si te unes al lado oscuro, alcanzarás un poder tan enorme que no habrá nada que no puedas hacer. Si hubieras sido un Sith, podrías haber salvado a Windu… podrías salvar a Padmé.

—Ya, seguro —dijo sarcásticamente el muchacho—. Unirme al lado oscuro para salvar al Maestro Windu del propio lado oscuro. Estás loco. La única manera de salvarlo todo es renunciar a la oscuridad. He visto y vivido esto, y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

—Te equivocas Anakin, lo inevitable está a punto de suceder y renunciar al lado oscuro lo único que hará es retrasarlo. Lo que acabas de ver ahora mismo, la muerte del Maestro Windu, va a ser algo que se va a extender por toda la galaxia. —En ese mismo instante, Anakin sintió algo terrible en todas las células de su cuerpo.

—Mmmm, parece que capto tu atención —dijo el Lord Sith, sintiendo la energía de sorpresa que Anakin acababa de proyectar—. Sí. En verdad toda la guerra ha sido una pantomima orquestada por mí… y ahora estás a punto de ver su glorioso final.

—Tu mente es retorcida y cruel, pero esto no acabará como tú crees —dijo Anakin en un tono abiertamente amenazante.

—Ja, ja —rió Palpatine, como si se tratase de un león que amenazara a un ratón—. Todos y cada uno de los clones que acompañan a tus amigos Jedi están a punto de volverse contra ellos y masacrarles a mi orden. Absolutamente todos los Jedi que están sirviendo a la República morirán, incluido tu amigo, Obi-Wan Kenobi. Tras limpiar la galaxia de los Jedi, yo y los clones acabaremos con los capitostes de los separatistas, desactivaremos los droides, limpiaremos el Senado de corrupción y poco a poco instauraremos un Imperio que traerá la paz a la galaxia. Sin los Jedi, la galaxia será llevada con una mano dura que la mantendrá en equilibrio. —Hizo una pequeña pausa, y mirando con cierta compasión a Anakin, prosiguió—. Y tú eres el elegido, aquel que

traerá el equilibrio a la Fuerza, Anakin… completa totalmente tu destino y ayúdame a traer la paz a la galaxia.

Anakin le miró directamente a los ojos, y como si las palabras le salieran solas, dijo:

—Nunca me uniré a ti… y tus planes jamás tendrán éxito.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú? Ya has visto que no eres rival para mí… ni ningún otro Jedi —dijo el Sith, sonriendo como aquel que cree tenerlo todo bajo control.

Anakin se incorporó y dijo:

—Yo no… la Fuerza te lo impedirá. —El elegido cerró los ojos y se dejó caer en la Fuerza Viva. Era el momento, el ahora, sintiéndose sincronizado con todos los niveles de su ser, con todos los niveles y planos del universo. Entonces se lanzó contra Palpatine y le propinó un mandoble hacia la cabeza.

Lo paró con dificultad y proyectó la Fuerza para parar a Anakin. Fue en vano, ya que lejos de pararle, empezó a girar su espada como si fuera un torbellino que cada vez se acercaba más y más a él. Paraba los embates del muchacho como podía, pero viéndose cada vez más acorralado, saltó casi volando por encima suyo hacia el otro extremo del despacho para zafarse de él. Justo cuando el Sith acababa de saltar por encima de Anakin, este giró sobre sí mismo alzando su espada láser y logró cortar al ser diabólico.

Aquello costó a Palpatine una seria herida en la costilla y pierna derecha, perdió fuerza por la herida y el dolor, y cayó a medio camino de su destino. Anakin se dirigía hacia él, dispuesto a rematarle. Percibía cómo Anakin estaba conectado a los midiclorianos, a la Fuerza Viva. Esta vez no podría resistirlo, así que hizo acopio de su fuerza y saltó dando vueltas sobre sí mismo, casi tocando el techo. Anakin hizo lo mismo, pero con mayor fuerza, encontrándose los dos en el aire y entrechocando sus espadas. Al caer al suelo, cada uno en cada extremo del despacho, se dieron la vuelta y volvieron a hacer lo mismo. Saltaron y entrechocaron sus espadas láser con una potencia tal, que el despacho del antiguo canciller fue llenado de una lluvia de chispas.

Hicieron lo mismo dos veces más, en el intento de que uno cortara la cabeza del otro. Al caer al suelo la segunda vez, el Sith empezó a generar aquella energía vaporosa rojo negruzca, y cuando Anakin se disponía a lanzarle su espada con todas sus fuerzas y dirigirla contra su cuello o estómago, las manos del Sith vomitaron unos intensos y veloces rayos azules que impactaron en sus piernas. Cayó al suelo, y Palpatine intensificó la fuerza de sus rayos, haciendo que llegaran e impactaran en todo su cuerpo. Se retorció de dolor en el suelo mientras Palpatine, cojo y herido, se acercaba a él. El muchacho contactó con los midiclorianos, con la Fuerza Viva, y proyectó energía contra los rayos de Palpatine. Entonces el Sith los intensificó aún más, empezando a envejecer y a sentir cómo su piel se agrietaba y llenaba de arrugas.

El empleo de tanta energía estaba diezmándole junto a todo su cuerpo según los rayos cogían más volumen, más definición. Y Anakin gritaba de dolor. Entonces se acercó más al muchacho, y a través de su plexo solar cambió de color los rayos. Con aquella energía vaporosa los transformó de azules a rojo intenso y los concentró en el plexo de Anakin. Aquella primera embestida de los rayos rojos envió a Anakin contra la pared. El elegido

estaba más débil, casi sin poderse mover e indefenso. El Lord Oscuro aprovechó para acercarse a él lentamente e intensificar los luminosos rayos rojos. Estos eran como una extensión de sí mismo que empezó a utilizar para robar poder y energía a Anakin. Con ellos sondeaba el cuerpo del muchacho, cada átomo, cada célula. Podía sentir el poder que el elegido albergaba en su interior, su riqueza en midiclorianos y conexión con la Fuerza.

Entonces, sintiendo los midiclorianos en las células de Anakin, empezó a extraer su energía. Aquellos rayos rojos empezaron a succionar la energía de los midiclorianos en Anakin, cada vez con más intensidad, y la llevaron hacia el propio campo energético y cuerpo físico del Sith. Mientras hacía esto, el Lord Oscuro empezó a volver a la normalidad, las arrugas y el envejecimiento acabaron por desaparecer de su rostro y cuerpo. Aumentó aún más la intensidad de los rayos, apropiándose de más energía. Su rostro y cuerpo rejuvenecieron, sus músculos aumentaron y se fibraron, y Palpatine parecía tener unos cuarenta años. Mientras esto sucedía en el Sith, Anakin decayó. Su tono muscular perdió volumen y fuerza, mechones de pelo blanco cubrieron su pelo y se sentía desfallecer.

—Bueno Anakin —dijo Palpatine con risa burlona—. Al final creo que sí me sirves para algo, jajaja. —Anakin aprovechó desesperadamente ese pequeño despiste del Sith para intentar coger su espada con el poder de la Fuerza y atravesar a ese ser tan abominable. Entonces, de manera asombrosamente rápida, Palpatine volvió a emanar rayos azules por sus manos, y con ellos hizo salir despedido a Anakin a través del inmenso ventanal de su oficina hacia la ciudad de Coruscant.

Aunque el Sith se había fortalecido e incrementado su poder como nunca antes a través de la energía de los midiclorianos presentes en Anakin, necesitaba descansar.

La herida se había curado bastante, pero aún le dolía, y también cojeaba un poco. Se sentó en su silla para reponerse de la utilización extrema de energía que acababa de llevar a cabo. Mientras, empezó a pensar en sus siguientes movimientos… aunque no hacía falta que los pensara, su intuición se los mostraría claramente.

Mientras tanto, Anakin estaba echado en el suelo de los bajos fondos de Coruscant. Se encontraba muy débil, había utilizado la Fuerza para parar su caída y no matarse. Estaba a punto de desmayarse, pero sabía que tenía que aguantar un poco más. Con un hilillo de fuerza cogió de su cinturón Jedi un comunicador y lo activó, contactando con su amigo:

—Obi-Wan, aquí Anakin, ¿me recibes?

—Aquí Obi-Wan, mal momento para contactar conmigo, Anakin —dijo mientras su montura daba coletazos sin parar a las tropas separatistas allá en Utapau—. ¿Qué quieres? —dijo el Maestro Jedi con cierta preocupación.

—Obi-Wan, el canciller es el Lord Sith que estábamos buscando, ha matado al Maestro Windu y está a punto de ordenar a todos los clones de la galaxia que maten a los Jedi. Yo estoy muy malherido en los bajos fondos de Coruscant… he intentado detenerle, pero no he podido. No sé dónde estoy, se me nubla la vista. Intenta avisar a los Jedi que

puedas y mantente alejado de los clones. —Al oír esto, Obi-Wan se apartó de la batalla y se escondió en una pequeña gruta. Percibía la verdad y el dolor en su amigo, y desmontó de la montura.

—Anakin, ¡Anakin!… Deja tu comunicador abierto, iré a buscar a los Jedi que pueda e iremos a rescatarte… ¡¿Me oyes Anakin?!

—Sí, sí, Obi… —Obi-Wan ya no escuchó más a su amigo, este se había desmayado del todo. El Maestro Jedi había perdido su espada mientras luchaba contra el general Grievous, pero no iría a buscarla, iría a coger la nave de este último y a avisar a los Jedi que pudiera. Pero antes lo hizo con alguien que sabría qué hacer ante una situación tan extrema, Yoda, el gran Maestro Jedi.

Mientras, en el despacho del antiguo canciller, Palpatine se había recuperado de su lucha con Anakin. Pulsó un botón de su mesa y habló con los principales comandantes del ejército clon. Solo esputó una frase:

—Ejecuten la Orden 66.

En ese mismo momento, Anakin volvió de su inconsciencia forzada y decidió volcar todas sus energías en un último esfuerzo. Se sumergió en la Fuerza y buscó a Padmé, era importante darle un mensaje. Encontró su energía, encontró su alma en la Fuerza Cósmica y le transmitió las sensaciones de todo lo que acababa de pasar.

Tras esto, mentalmente le dijo que buscara a Bail Organa y se refugiara con él en Alderaan. Tras ir a por los Jedi y eliminarles, el Sith iría a por ella, ya que sabía que estaba embarazada de un bebé y este tendría un gran potencial en la Fuerza, fruto del linaje Skywalker. La prioridad de Padmé más allá de buscarle a él debía ser poner a salvo y proteger al bebé de las garras del Lord Oscuro. Tras pasar esto telepáticamente a Padmé, Anakin respiró tranquilo, pero se desvaneció del todo.

Continuará…

DESTELLO CARMESÍ

JAVIER MARTÍNEZ YUSTE



El *Fantasma* emitió un pitido antes de que su panel de comunicaciones saltara en mil pedazos en un estruendo metálico. El aterrizaje había resultado peor de lo que Ezra esperaba, pero al menos estaba de una pieza. Se había empeñado en ir solo en aquella misión de reconocimiento, ignorando los consejos de su maestro, Kanan, o de su capitana, Hera. La misión iba estupendamente, hasta que el inconfundible silbido de un TIE Avanzado surgió desde un campo de asteroides cercano al planeta y abrió fuego contra su nave. El primer golpe fue directo en el hiperpropulsor, dejando su nave a merced de maniobras evasivas y escondites improvisados. La primera opción fue la menos mala. Un campo de nubes electromagnéticas resultó ser la solución que el joven Padawan necesitaba. Abrió la compuerta de su nave y comprobó que el casco aún estaba polarizado, decidió no tocarlo para no llevarse descargas inesperadas. Una nueva explosión le puso en guardia y le hizo activar su espada láser. El TIE perseguidor caía dañado desde una trayectoria muy cercana a la que él mismo había seguido antes de estrellarse. Estaba claro; había intentado seguirle a través del campo electromagnético y había sufrido daños. Pudo ver cómo se estrellaba a poca distancia desde donde estaba, aguardó unos minutos por si un segundo caza hacía aparición siguiendo al primero… No hubo respuesta.

Fuera quién fuera su perseguidor, estaban solos en aquel planeta. Sin más opciones que esperar a que su mensaje de ayuda llegase al *Espíritu* y su equipo fuera a recogerlo, decidió investigar el lugar del accidente de su enemigo para comprobar si había algún superviviente.

Tardó algo más de dos horas en alcanzar la zona del accidente. Un ala de las del TIE se había desprendido limpiamente en el choque contra un árbol de los más altos de aquella zona boscosa. El resto estaba estrellado en postura inclinada en un claro, a pocos metros de su posición. Le asaltó la duda: podía acercarse, pero perdería la ventaja de estar a cubierto entre los árboles; o podía dar un rodeo para ver mejor y más de cerca la cabina, ahora destrozada, del caza. Optó por la primera opción. Activó de nuevo su espada láser y avanzó con precaución. Pudo ver huellas que salían desde la cabina y avanzaban por la arena del claro, seguidas de un rastro de sangre.

No tuvo que andar mucho más para encontrar al piloto herido tumbado en el suelo: un inquisidor. Ya se había cruzado antes con aquel ser, o en ese caso, con aquella mujer. Le había retenido, y por poco les captura a él y a parte de su equipo en aquella estación médica clon de la República mientras buscaban suministros médicos.

Aquella vez él estaba contra las cuerdas, pero ahora la situación era muy distinta.

La espada láser de empuñadura circular de la inquisidora estaba en el suelo, a pocos metros. La recogió y la activó. Puso las hojas muy cerca de su cara.

—Eh, arriba —le dijo en un tono que sonase lo más autoritario posible—. Levántate ahora mismo y sin hacer movimientos bruscos.

Sin respuesta aparente, retiró un poco las hojas y movió con el pie el casco de la inquisidora. Estaba inconsciente. Un hilo de sangre salía de su frente, y por su aspecto había recibido un fuerte golpe no solo en la cabeza, sino también en el hombro. No era una amenaza. Podría retenerla… entregarla al equipo para interrogarla más tarde… Lo descartó casi al momento, su conexión con la Fuerza atraería a más inquisidores o incluso a un Lord Sith como Vader. Si la dejaba allí para morir, seguramente su maestro le reprocharía que ese no era el estilo Jedi. Maldijo para sí mismo, gritando.

—¡Kanan, no me enseñaste qué hacer en estos casos!

Miró a su alrededor. El TIE no ardía y su única ala doblada daba un cobijo que tendría que buscar más adelante, pues se hacía de noche y estaba empezando a hacer frío. Movió como pudo a la inquisidora y le examinó la herida de la frente. No era demasiado grave, estaba aturdida por el golpe. En el interior del TIE no encontró nada para proporcionar primeros auxilios ni un poco de bacta para el hombro, de modo que tuvo que usar su ingenio. Se arrancó las mangas de su chaqueta a la altura de los codos para improvisar un vendaje para la cabeza. Encendió un fuego y acomodó como pudo a su enemiga, usando piezas del fuselaje del TIE a modo de camilla. Pasaron un par de horas hasta que por fin empezó a despertarse. Apenas emitía sonidos de dolor cuando abrió los ojos y vio sentado enfrente de ella, sobre un trozo de metal, a su enemigo. La miraba con expresión seria, y con un palo intentaba cocinar un par de animales de aspecto reptiloide en el fuego que crepitaba a su lado.

Se incorporó despacio y se quitó la venda de la frente.

—Típico de los Jedi —dijo a Ezra—. Vuestra moralidad es lo que os hace débiles.

—De nada por salvarte la vida —le respondió con amargura, sin mirarla a los ojos. Intentó mover el brazo, pero lo tenía roto. No pudo evitar poner cara de dolor y volvió a echarse sobre la camilla. Se tocó con el brazo izquierdo los enganches de su armadura y notó sangre. Tenía que curarse, pero con solo un brazo bueno le iba a ser muy complicado.

—Tú, niño, ven y ayúdame con esto —le soltó a Ezra mientras se soltaba el enganche inferior.

—He escondido tu espada láser, si intentas algo te aturdiré y pasarás dormida el resto de la excursión —respondió mientras cargaba su tirachinas láser.

La Séptima Hermana sonrió con picardía.

—¿Ves? Ya vas aprendiendo. —Ezra se acercó a ella y empezó a tantear por la parte del hombro para conseguir abrirla, iba muy despacio y ella se percató, se dio cuenta de que estaba sonrojado y evitaba a toda costa mirarla directamente, o tocar donde no debiera. Empezó a reírse—. Oh, vamos —le dijo—, no me digas que eres más niño aún de lo que pensaba. Creía que tu amiga mandaloriana y tú teníais más confianza.

—¿Qué? ¿Sabine y yo? —respondió nervioso, aun sin girar la cara—. No, para nada, solo somos compañeros de equipo y miembros de la misma tripulación, pero eso ya lo sabéis los inquisidores.

—Cierto, ya lo sabemos, pero aun dentro de eso, me pareció que aquella vez había muy buen entendimiento entre vosotros… por lo que veo tu amiga aún no se ha dado cuenta, o quizá es que no quiere darse cuenta, jajajaja —sonrió divertida. Le estaba tomando el pelo—. Quién sabe, lo mismo en el futuro es más abierta de miras y es capaz de ver más allá de sus blásters y su casco.

Un click hizo desprenderse la armadura de la inquisidora. Ezra suspiró.

—Uf, ya está. Toma, aquí tienes unas vendas improvisadas y algo para la herida. No te curará el hombro, pero ayudará a que no se ponga peor. ¡Eh, un momento!… ¡Avisa antes de hacer esas cosas! —La inquisidora se estaba quitando el traje que llevaba debajo de la armadura, ya no tenía nada que la cubriese—. ¿Y qué esperabas niño? ¿Que me curase por encima de la ropa? —le espetó. Parecía no tener ningún reparo en que Ezra la viese, de hecho, le estuvo ignorando durante un rato mientras se aplicaba los primeros auxilios. Solo le habló cuando terminó—. Bueno, señor Jedi que solo es amigo de la mandaloriana, ¿qué idea tienes para salir de aquí?

—El transmisor de tu nave funcionaba. He eliminado la señal imperial y he lanzado una baliza de emergencia para que mis amigos la detecten. Cuando lleguen, volveré a poner la señal imperial en línea y reactivaré el sistema para que vengan a buscarte. Es lo justo.

No respondió ni asintió con la cabeza, ni hizo ninguna señal que indicara que en el fondo estaba de acuerdo con la idea. Realmente no era una Sith, aunque sí que usaba el lado oscuro, pero la supervivencia era algo que tenía muy presente. No dijo nada cuando le dio aquel extraño animal para comer, y cuando el fuego se apagó y empezó a hacer frío, notó que la miraba de reojo.

—Puedes dormirte si quieres —le dijo—. Apenas puedo levantarme, te aseguro que no voy a recorrer este campamento tuyo improvisado en busca de mi espada láser para hacerte prisionero.

Ezra estaba muy cansado y tenía mucho sueño, pero también tenía frío…

—No, duerme tú, estás peor que yo, montaré guardia por si se nos acerca algún animal ahora que es de noche.

La Séptima Hermana comprendió por qué había dejado que el fuego se apagase, y ahora que se fijaba, estaba temblando.

—Ven aquí niño, siéntate a mi lado, no hará falta hacer guardia.

—¿Cómo que no hará falta? He oído mucho movimiento de animales grandes cuando cazaba la cena, te aseguro que por la noche suelen estar más activos, no creo que relajarse sea una opción. Me gustaría que mis amigos me encontrasen de una pieza cuando vengan a buscarme.

La inquisidora levantó la cabeza, agobiada.

—Ninguno escucháis y pensáis que siempre tenéis razón. Os gusta demasiado haceros los valientes. Te he dicho que vengas aquí no porque me guste tenerte cerca ni porque me haya vuelto amable contigo, sino porque tengo una idea para que nada se nos acerque por la noche.

Ahora, ¡muévete!

Ezra se sorprendió de la forma en la que se lo dijo y se sentó en la camilla a su lado, en el que no estaba herido, para dejarle sitio y que estuviese cómoda. Ella estiró el brazo y abrió la palma de la mano, le instó a poner la suya encima.

—Ahora —dijo. Ezra lo hizo, vio como ella cerraba los ojos y empezó a hablarle—. Ya sabes cómo contactar con las criaturas, pero eso no nos ayuda mucho cuando están en su hábitat natural y están cazando. Tenemos que ser criaturas esta noche, tenemos que establecer nuestro terreno. Concéntrate, siente los seres a tu alrededor, siente hasta dónde te dejan avanzar y hasta dónde podemos retroceder. La Fuerza no solo te ayuda a conectar con otras formas de vida, te sirve para establecer tu rango dentro de la vida… ¿Quién será más fuerte, los depredadores o tú? ¿Quién comerá y quién será comido?

Mientras ella hablaba, notaba cómo recorrían el perímetro con la Fuerza. Llegaron hasta el borde del claro y la sensación se hizo más intensa, como cuando estás a punto de activar tu espada para luchar.

—Aquí hay algo —dijo Ezra—. Exacto —le respondió ella—. Concéntrate, que todo lo que se acerque sepa que no debe pasar a partir de ahí, establece tu terreno, marca tu lugar, protégete a ti mismo. —Y lo hizo.

Sin abrir los ojos, se levantó, y haciendo uso de aquella nueva forma de controlar la Fuerza estableció un perímetro de seguridad, ningún animal lo cruzaría, había marcado todo el terreno con una especie de advertencia, no podéis pasar, nosotros estamos aquí esta noche. Era increíble, qué forma tan magnífica de usar aquel poder.

Pero su asombro se desvaneció de su cara al momento en que miró a los ojos a la inquisidora, que sonreía satisfecha al ver lo rápido que había controlado aquel truco.

—Esto es el lado oscuro, ¿verdad? —le dijo.

—Sí, lo es —respondió ella—, y lo has dominado más rápido y eficazmente que cualquier inquisidor, mucho más que el gran inquisidor, me atrevería a decir. Oh, vamos… no pongas esa cara de asustado. Hace unas horas pensabas que lo correcto era salvarle la vida a alguien que utiliza el lado oscuro, te has sonrojado al verme el cuerpo, y ahora has usado mis conocimientos para salvar tu vida esta noche. ¿No crees que habrías muerto atacado por algún animal de no haberte enseñado esto?

Como soléis decir los Jedi: todo es por la voluntad de la Fuerza. Y ahora, puedes quedarte ahí pasando frío o puedes venir aquí y dormir un poco, puede que tu grupo esté esperando a la próxima rotación para aterrizar, no me haría gracia que tu maestro me encontrase aquí. Mañana a primera hora te vas a tu nave.

Como solía ocurrirle a veces con Kanan, Hera, Sabine… realmente con todo el mundo, incluso con Chopper, Ezra no supo qué decir, de modo que se acostó junto a ella, y por mucha desconfianza que le generase, al ser su enemiga y haber combatido el uno contra el otro anteriormente, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, Ezra se levantó de un salto al comprobar que ella ya no estaba a su lado. Comprobó su cinto, su espada láser seguía ahí. No podía haber ido muy lejos, de modo que dio un par de vueltas a la zona. No fue muy difícil de ver, venía con el brazo en cabestrillo y un cilindro sellado de su nave en la mano buena.

—Toma —le dijo—. El agua de aquí tiene demasiados microorganismos como para arriesgarnos a beberla, he tenido que retroceder casi medio kilómetro para encontrar mis víveres de emergencias. —Ella se sentó y bebió. Él se sentó a su lado e hizo lo mismo. Se estaba engañando a sí mismo, eran enemigos, y la próxima vez que se encontrasen lucharían a muerte. Si ella podía, le mataría a él y a su maestro, sin dudarlo.

Se levantó y apartó la chapa de la parte de la cabeza de la camilla. Sacó la espada láser de ella y se la entregó, muy serio.

—No olvido que somos enemigos, cuando nos volvamos a encontrar no pasará como en la estación de suministros, seré más fuerte y podré derrotarte. Ya lo verás, entrenaré muy duro.

—Serías un insensato si no lo hicieras —le dijo ella, divertida—. Aunque si alguna vez sientes que ese grupo de… aventureros no es tu lugar, piénsalo bien. Hay mucho potencial en ti, y seguramente sea por eso por lo que Lord Vader está destinando tantos recursos en encontraros. No te sería difícil llegar a gran inquisidor. Y en lo personal… —Se levantó y se le acercó. Le pasó la mano sana por la mejilla y por la barbilla—, creo que saldría ganando con el cambio.

—No te hagas ilusiones —le dijo él. Ya había picado con ese truco antes, no iba a volver a hacerlo—. Si piensas que soy como vosotros y solo busco el poder del Imperio, estás equivocada. Mi único objetivo es liberar mi planeta de la esclavitud a la que el Emperador lo tiene sometido.

—Jajajajajaja —se rió ella—. Sí, una causa muy noble, no cabe duda. Pero ten en cuenta que, para que eso ocurra, primero deberás evitar el destello carmesí —dijo, encendiendo su espada láser y mostrándosela de cerca para que pudiera ver la empuñadura: tenía varias muescas—. ¿Crees que solo hay dos inquisidores? No, Ezra, no te equivoques. Tu objetivo va a cruzarse con muchas de estas, y cada una será más letal que la anterior. —Desactivó la espada y la colgó de su cinto.

Él la miró, asintió y se puso en marcha. Se paró a los pocos pasos y volvió la cabeza.

—Es la primera vez que me llamas Ezra —le dijo—. ¿Ahora me reconoces como adversario?

Ella se le acercó, sonriendo.

—Bueno, es posible, recuerda que he sido yo la que te ha hecho avanzar un paso más en tu adiestramiento. Y una cosa más. —Le puso la mano sana en el cuello y le dio un beso. Como los que se daban Kanan y Hera cuando creían que nadie les observaba—. Dile a tu amiga mandaloriana que en esto ha llegado tarde: yo he ganado.

No supo qué responder y siguió su camino. Quizás la luz y la oscuridad no eran tan distintas, quizás, como solía decir Ahsoka, había otros caminos. Ella había encontrado uno, puede que él debiera buscar el suyo propio.

PRIMERA VUELTA

GUILLERMO GONZÁLEZ



Hace ya siete años que se activó la Orden 66, haciendo desaparecer a los Jedi.

Desde entonces, el Imperio tiraniza la galaxia sin hallar ningún tipo de resistencia. Desde Coruscant hasta el Borde Exterior, la situación para quien no está del lado del Imperio es crítica. Los ricos son más ricos y los pobres, más pobres.

La gente hace lo que puede para sobrevivir. El mundo del crimen está cada vez más en alza, y muchas actividades ilegales han vuelto a resurgir, como amañar las carreras de vainas y otras irregularidades que conllevan.

Y quien está en contra de toda la mafia alrededor de las carreras acaba en problemas, como la piloto de vainas Vera Garsa…

En el pequeño planeta Scarett nunca se habían celebrado carreras de vainas. Gozaba de una economía saludable y sus recursos eran buenos, así que prácticamente nadie tenía la necesidad de participar en esas competiciones tan rápidas y peligrosas.

Scarett estaba situado cerca del Borde Exterior y vivía prácticamente en su totalidad de la exportación de flores scarettianas. Unas flores que algunas razas veían ideales para decorar sus hogares mientras otras las utilizaban para crear medicamentos, e incluso había una cultura que las usaba para un fin que no estaba muy claro, pero la verdad, los scarettianos nunca se preguntaron más de la cuenta ya que era una de sus principales clientes.

Pero siete años atrás, tras la ejecución de la Orden 66, con la eliminación de los Jedi en toda la galaxia y el auge imparable del Imperio, todo cambió: al principio nadie pensaba que el Imperio se interesaría en Scarett, pero aquella idea duró poco.

Al poco llegó, conquistando y adueñándose de todo, lo que provocó que la inmensa mayoría de la población se quedara en la calle y sin forma de poder llevar un plato de comida a la mesa.

Y con ese aumento tan repentino y desmedido de la pobreza llegó lo inevitable: las mafias. Fue muy chocante que en un planeta tan tranquilo como Scarett, en tan poco tiempo hubiera tantas actividades ilegales y de tantos tipos distintos, pero así fue. La gente tenía que comer y estaba desesperada, lo que provocó que unos cuantos indeseables se adueñaran de los bajos fondos.

Debido a los enormes campos, montañas y bosques que habitaban el planeta, no pasó mucho tiempo hasta que alguien llegó a la conclusión de que aquello podía ser un circuito de vainas espectacular. Y así nació el circuito de Kamara, junto a la capital de Scarett, la ciudad de Kamara. Y no solo eso. El circuito se convirtió en uno de los más famosos de la zona, atrayendo aún más chusma, además de las consiguientes trampas y amaños de carreras.

Pero de la nada surgió una piloto: Vera Garsa. Una humana sin ninguna experiencia previa en carreras o ni si quiera en pilotaje de naves. Sus comienzos fueron prometedores

en posiciones cercanas a la cabeza desde la primera prueba, y a las pocas carreras llegó a quedar segunda, algo inaudito para alguien con tan poca experiencia.

A pesar de la rapidez con la que llegó a esa gran posición, no se le subieron los humos a la cabeza. Siguió adaptándose cada vez más a su vaina, llegando a igualar el récord de once victorias seguidas del circuito de Kamara, récord que tenía un legendario gungan (único en su especie), quien, por desgracia, murió en extrañas circunstancias. Por suerte, a día de hoy, a Vera no le había pasado nada y puede superar ese récord.

Y hoy hay carrera. Es más, ya se está disputando, y acaba de empezar la última vuelta.

***

Vera conduce a toda prisa por la recta de meta. Va en segunda posición, justo por detrás de M'Ack, un indeseable ewok desterrado por su tribu que huyó de Endor escondido en un buque de carga imperial. Vera siempre había pensado «*con la fama de majos que tienen los ewoks, ha venido a parar aquí el más desgraciado de todos*». Vera básicamente le odiaba: tramposo, especulador, ladrón… Vamos, que al descubrir el capitalismo el ewok se quedó solo con lo peor del asunto.

Las gradas del circuito están llenas a rebosar. De repente, se oye a lo lejos el rugir de los motores de las vainas acercándose y dos aparecen a toda velocidad, una muy cerca de la otra. Cruzan la línea de meta y una señal sobre esta se enciende.

Es la luz que marca la última vuelta. Vera va por detrás de M'Ack por muy pocos metros.

—¡Adelántale! ¡Es ahora o nunca! —grita Yna, la mecánica de raza twi'lek y a su vez pareja de Vera, por el intercomunicador.

Vera pensó en Yna: la vaina era suya, ella la diseñó, la construyó. Lo hizo todo.

De hecho, si por Vera fuera, la vaina no hubiera pasado del papel. Vera era, con muchísima seguridad, la peor mecánica de la galaxia. Así que ese récord, esa suma de dinero que ganarían por lograrlo, ese sueño de ganar carreras para poder salir de ese horrible planeta, lo lograban las dos juntas, sin ninguna duda.

—No puedo… —acaba contestando Vera.

—¿Por qué? Estoy mirando los niveles de energía de tu vaina y tienes potencia para adelantarle.

Vera no le contesta.

—Vera, queda una vuelta. Como no te decidas a adelantarle pronto, tus posibilidades de ganar la carrera serán casi nulas.

—No me hables de posibilidades —gruñe Vera.

—¡Entonces adelanta de una vez a ese maldito ewok!

—No puedo…

—¿Por qué? —Yna le da unos segundos a Vera para contestar, pero esta no responde—. ¿Qué narices te ha dicho ese gusano de Glor?

Vera abre los ojos de par en par, sorprendida. ¿Cómo sabía Yna que había hablado con Glor? «*No se le escapa ni una a esa mujer*», piensa Vera entre crispada y orgullosa. A pesar de eso, Vera vuelve a no contestarle. Ella sabía perfectamente que podía pasar al ewok, pero no era por su vaina por lo que no le adelantaba…

***

DOS HORAS ANTES

El hangar donde los corredores se preparan antes de la prueba es enorme y está en plena ebullición de seres de todas las razas, corredores y mecánicos corriendo de arriba para abajo para tenerlo todo listo para la carrera.

En un rincón algo apartado del bullicio del hangar están Vera e Yna, haciendo los últimos retoques a su vaina. Al principio, nadie daba un duro por ellas ni por aquel montón de chatarra que usaban como vaina, por lo que acabaron llamándola «la Timadora». Ni ellas mismas hubieran creído posible estar a una carrera del récord absoluto de victorias consecutivas del circuito. Habían logrado timarlos a todos.

La vaina constaba de dos motores que alcanzaban a dar una velocidad algo superior a la media, cosa que en las rectas ayudaba mucho. La cabina del piloto era muy pequeña, lo que aligeraba un poco su peso. Por suerte, Vera no era demasiado alta, así que la pequeña cabina le iba como anillo al dedo y estaba pintada de un color azul eléctrico. Algunos lo tildaban de hortera, pero Oli decidió el color, así que no había nada más que hablar.

¿Y quién es Oli? La niña de siete años que corretea por el hangar, que a su vez es la hija, de raza humana, de Vera e Yna. La pequeña juega entre ellas y los pequeños drones mecánicos que tienen ayudándolas. Con ella lleva al Señor Mecánico, su peluche favorito. Vera e Yna a veces sospechan que lo quiere más a él que a ellas.

—¡Vigila no te hagas daño, Oli! —le advierte Vera a la pequeña, mientras esta se sube a caballito en uno de los drones. Vera siempre ha sido algo sobreprotectora con Oli.

—¡Tranquila mamá! ¡Lo he hecho un millón de veces!

—¿Que lo has hecho un millón de qué…? —dice Vera, mientras mira a Yna con una vena en la sien a punto de reventarle de los nervios.

—No le hagas caso… es una exagerada… como su madre… —contesta Yna con cara de circunstancia, intentando salir del paso.

—No me extraña que sea yo siempre la mala… ¡Es que tú le dejas hacer lo que le da la gana! —refunfuña Vera.

Yna ríe a carcajadas.

—¡No es eso! Piensa que yo también me crié entre mecánicos, está todo bajo control —dice mientras le guiña un ojo a Vera.

—Entre las dos acabaréis conmigo… —suspira Vera, poniendo los ojos en blanco.

—No, será esta batería —contesta Yna, mientras quita una del motor izquierdo—. Está casi chamuscada. O la cambiamos o podría darte un disgusto durante la carrera.

Yna le muestra la batería a Vera y sí, decir casi chamuscada era ser muy optimista.

—Iré a ver si en el taller de Jorc tienen alguna en mejores condiciones.

—Perfecto, gracias cariño.

—No hay de qué. Tienes que lograr ese récord —le dice a Vera, para después dirigirse a Oli—. ¿Me acompañas?

—¡Sí! —grita entusiasmada la niña mientras descabalga del dron.

Oli va hasta Yna y le coge de la mano.

—Aquí os espero, mis princesas —añade mientras les dice adiós con la mano.

—¡Piloto! ¡Yo no soy una princesa! ¡Soy una piloto! —le corrige Oli.

Vera sonríe por la corrección.

—Disculpe.

Oli le salta encima y le da un beso.

Y mientras Vera no deja de mirarlas, Yna y Oli se funden entre la marea de gente.

Al quedarse sola, Vera sigue trabajando en los motores de su vaina. Bueno, más que nada los contempla. Pero es un gran día y todo tiene que estar perfectamente.

Si consiguen ganar, prácticamente seguro tendrán todo el dinero que necesitan para huir de Scarett.

Mientras revisa uno de los propulsores, nota como alguien se le acerca por la espalda. Extrañada, Vera se gira.

—Sí que habéis vuelto rápido…

Pero al ver quién tiene detrás, ve que no son Yna ni Oli, sino Glor, uno de los mafiosos más peligrosos del planeta. Llegó poco después que el Imperio, y no tardó en hacerse un nombre y tener un importante control en los bajos fondos. Se dice que con ayuda del propio Imperio, pero eso es algo que no se ha podido demostrar. Era miembro de la desaparecida raza de los killik, pero ya sabéis el dicho, mala hierba nunca muere. Básicamente era alguien con quien era mejor no cruzarse nunca. Pero allí estaba, justo delante de Vera y con ganas de hablar.

—Bonita vaina…

—Gra… gracias. —Por más que lo intentara, Vera no podía evitar que la sola presencia de Glor le incomodara.

—Sí, sí… Muy bonita —comenta Glor para sí mismo, mientras rodea lentamente la vaina mirándola de arriba abajo y acariciando el motor con uno de sus dedos.

—¿Qué… qué quieres, Glor?

Glor se detiene en seco y fija sus ojos en Vera.

—Directa. Me gusta.

Glor empieza a caminar lentamente hacia Vera, quien intenta disimular como puede que está temblando de pies a cabeza.

—Sí, directa. Me gusta.

Glor llega hasta ella y acerca su cara a la suya, rompiendo el espacio vital de Vera.

—Pues si tú eres directa, yo también lo seré —dice esto y se queda callado, haciendo una pausa dramática. Vera se pone aún más nerviosa y traga saliva. Glor aguanta unos

segundos más y suelta la bomba—. Quiero que pierdas esta prueba y que te retires de las carreras de vainas.

Vera se queda en shock: «*¿Que pierda la carrera? ¿Que me retire?*». No podía creérselo. No. No había dicho eso seguro, así que Vera quiso asegurarse.

—No has dicho lo que he entendido…

—Yo creo que sí —dijo Glor con su tono lento y dramático—. Pero te lo puedo repetir. Pierde la carrera. Y luego, retírate.

—¿Por… por qué?

—No te incumbe.

—La verdad, es que creo que sí me incumbe…

—Ay… —suspira Glor, cansado—. Por lo de siempre, carreras amañadas, créditos, etcétera, etcétera…

—¿Y por qué quieres que me retire?

—Si pierdes esta carrera, luego puedes volver a ganar otra y quién sabe. Incluso acabar superando el récord, y eso a mí y a mis socios no nos interesa.

—Pues apostad a mi favor.

Glor pone los ojos en blanco.

—Querida, no eres rentable. Sin ti la competición será más equilibrada, podrá ganar cualquiera y, obviamente, será más fácil de amañar.

Vera se queda pensativa. Perder podría planteárselo, total, es solo un estúpido récord, ¿pero retirarse? ¿Cómo comerían? Y aún más importante: ¿cómo abandonarían ese maldito planeta? Vera no sabía hacer otra cosa. Lo único que tenía eran reflejos, unos bastante increíbles la verdad, pero no se le ocurría qué podía hacer con ellos y menos qué podía dar tantos beneficios como pilotar.

—¿Y bien? —dice Glor, dejando notar algo de impaciencia. Le incomodaban esas reuniones, pero estaba demostrado que si iba él todo salía mejor y mucho más rápido.

—No pienso hacerlo —acaba diciendo Vera, reuniendo todo su valor.

A Glor se le escapa una risotada demasiado forzada.

—Sí que lo harás.

—He dicho que no. —En este punto, Vera ya no sabe de dónde está sacando tanto coraje para contestar de esa manera al mafioso.

Glor acerca su cara de insecto hasta casi rozar la nariz de Vera con la suya.

—Seré breve. Tu vaina, tu vida, tu mujer y tu hija. O me haces caso o perderás todo esto. Así de sencillo.

—Como vuelvas a amenazar a mi familia acabaré contigo. Te lo juro.

Glor suelta otra risotada forzada de las suyas.

—Veo que al menos tienes claras las cosas más importantes en la vida.

Vera se queda cortada, no acaba de entender a qué ha venido eso. Glor, al ver su cara, sigue.

—Verás, una vez tuve que amenazar a otro piloto. Le dije lo mismo que a ti: su vida, la de la pareja y el hijo, su vaina de carreras, bla bla bla. La verdad, no sé por qué nombré

la vaina. Me salió así, sin más. Sería por este ambiente lleno de pilotos, naves y tal, no lo sé. Pero, ¿sabes qué fue lo que más me sorprendió? Que el hijo y la mujer le dieron igual. Solo quería salvar su vaina. Un objeto. Me pareció increíble, bueno, así nos va… El caso es que, desde entonces, siempre nombro la vaina o el objeto que puede serle de más valor. A ver qué pasa, por pura curiosidad. Y eso me ha hecho ver que esta galaxia es muy miserable. Tres de cada cuatro veces la gente escoge ese maldito objeto de valor. Horroroso. Pero tú no, y eso hace que me gustes aún más.

—Me… me alegro… —dice Vera, sin acabar de saber si esa era la respuesta que buscaba Glor.

—Pero no te equivoques. O haces lo que te digo o perderás lo que más quieres.

Ya sea tu familia o cualquier otra cosa.

Vera va a contestarle otra vez, pero Glor le tapa la boca con una de sus garras.

—No perdamos más el tiempo. No tienes nada que hacer. El destino se ha cruzado en tu camino y tienes que seguir adelante. Sola o con quien tú quieras. Eso sí puedes decidirlo tú.

Y dicho esto, con su ritmo lento y su sonrisa siniestra, Glor empieza a alejarse para mezclarse con el barullo. Vera, inmóvil, le sigue con la mirada para ver que, justo antes de irse, Glor se gira una última vez.

—Buena suerte en tu última carrera…

Vera no le contesta. Glor se gira y se pierde entre la multitud. Vera se queda inmóvil, mirando a la gente, mientras de sus ojos, de puro nervio e impotencia, dos lágrimas asoman y caen por sus mejillas lentamente.

***

ÚLTIMA VUELTA

—¡Vera! ¡Deja de ignorarme!

Vera vuelve en sí. Parpadea, volviendo al mundo real. La vaina de M’ack sigue en su sitio, a escasos metros por delante de ella. Yna sigue insistiendo por la radio.

—¡Vera, contéstame!

—No… no puedo ganar.

—Es por culpa de Glor, ¿verdad?

Vera tarda unos segundos en contestar.

—Sí —confiesa.

—¡Lo sabía!

—Cariño, no puedo ganar esta carrera, tenemos que aplazar nuestros planes.

—¿Con qué te ha amenazado? ¿Destruir la vaina? Da igual, construiremos otra.

Ya reuniremos el dinero un poco más adelante.

—A Yna no le gustaba tener que aplazar su marcha, pero estaba claro que no iban a poner en peligro a Oli.

—No… no ha sido eso.

—¿Entonces?

—Vosotras. Os ha amenazado a vosotras.

Yna no contesta. Se hace un silencio.

—Y quiere… que me retire de correr —acaba de contar Vera.

El silencio se prolonga. Mientras, Vera esquiva unos árboles caídos en medio de la pista. La maniobra, que la ha pillado desprevenida, hace que pierda metros respecto a M'Ack. Pero eso no fue lo peor. Había perdido otra posición. Iba tercera.

—¿Ves por qué tenemos que salir de este planeta? —acaba diciendo Yna.

«*Salir de este planeta*». Estas palabras no paraban de dar vueltas en la cabeza de Vera. Ese lugar se iba a pique, cada día las mafias eran más y más peligrosas. Y eso sin contar con el Imperio, controlándolas y haciendo lo que les daba la gana. Pocos días antes, cerca de su casa, se llevaron a una familia por un soplo falso. Decían que estaban de lado de la resistencia, ni más ni menos. Ellas podían ser las siguientes.

Tenían que salir de allí.

Vera no deja de mirar a la pista, estaban llegando a la arboleda, una zona de varios kilómetros llena de árboles enormes tras la que asomaba el final, la línea de meta.

—Cariño, coge a la niña y salid a toda prisa del circuito.

—¿Pero qué dices?

—Sí. Hazme caso. Id a la estación de transportes, comprad billetes para la primera lanzadera que salga fuera de aquí.

—Pero no puedo comprar los billetes de las tres. No tenemos suficientes créditos.

—Compra el tuyo y el de Oli. Yo recogeré el dinero del premio y os alcanzaré.

Con lo que me den me llegará para el mío. Confía en mí.

—Pero…

—Nos vemos allí —le corta—. Todo saldrá bien. Dime qué lanzadera cogerás y nos vemos allí. Cambio y corto.

—¡Espera!

—Os quiero.

Y acto seguido Vera corta la comunicación. Ahora toca centrarse en alcanzar a los dos primeros, adelantarlos, ganar la carrera y luego ir aún más rápido a la estación. Sencillo. Más o menos.

Vera acelera. La arboleda se acerca y ella tiene que adelantar a dos vainas. Y la primera ya está cerca.

Lo fácil sería abrirse lo suficiente para adelantarla, pero perdería mucho tiempo.

Aparte de lo peligroso que es ir en diagonal en esa zona del circuito, y aunque lo lograra no llegaría a tiempo de entrar la primera.

Así que Vera decide acelerar a toda potencia. Los motores escupen humo, la velocidad se descontrola. El primer piloto a adelantar, Marsa, un duros, se cruza ante ella, cortándole el paso. Vera trata y trata de adelantarle, pero Marsa es bueno cortándole el paso, y con la ayuda de los árboles aún más. Pero él no cae en una cosa: su vaina se eleva

mucho del suelo. Si se elevara un poco más de la cuenta, Vera podría pasar por debajo. ¿Pero cómo lograrlo?

Vera le da vueltas. Tiene que aprovechar esa debilidad. Y de repente se le ocurre cómo.

Vera acelera, hace el amago de adelantar por la izquierda. Marsa le corta; acto seguido lo intenta por la derecha; Marsa vuelve a cortarle. Pero su vaina se ha ido elevando poco a poco sin que él se diera cuenta.

—¡Ya está casi! —grita Vera para sí misma.

Y eso hace. Sin pensárselo dos veces vuelve a amagar con irse por la izquierda y Marsa le corta, pero Vera ya está intentando irse por la derecha. Marsa vira rápidamente, pero con la maniobra su vaina se eleva más de la cuenta.

—¡Ahora!

Vera acelera a toda potencia, se pone a escasos centímetros del suelo y a menos distancia de la parte inferior de la vaina de Marsa. Se mete debajo de su vaina.

Marsa comprende lo que Vera le está haciendo e inclina su vaina hacia abajo, haciendo que los motores y esta rasquen la parte superior de la de su oponente. Vera tiene que agacharse y meterse entera dentro de su cabina para que no le aplaste la cabeza. No ve nada, pero acelera. Tiene que salir de allí.

Acelera y acelera. Saltan chispas del roce de las vainas. Vera mira hacia el asiento apartando la cara de las chispas y grita con todas sus fuerzas, intentando dar más energía a la vaina. Y no deja de acelerar.

¡Y adelanta a Marsa! Vera vuelve a sacar la cabeza por la cabina. Se gira hacia atrás y ve a Marsa haciendo gestos y diciéndole de todo menos guapa. Vera vuelve a mirar hacia adelante con los ojos saliéndosele de las órbitas. «*Madre mía, ¡estoy viva!*», piensa, pero no se regodea demasiado en ese pensamiento. Esquiva un árbol que aparece ante ella y acelera. Ahora hay que ir a por M'Ack.

Los motores rugen a toda potencia, es lo único que oye Vera. Hace movimientos mínimos para esquivar los enormes árboles que se van cruzando en su camino, pasando junto a ellos a escasos centímetros. Va tan rápido que el aire hasta corta. Pero eso no hace que Vera suelte los aceleradores.

M'Ack cada vez está más y más cerca. El problema es que la línea de meta también.

Vera empieza a pensar cómo adelantar al ewok, pero de repente M'Ack se gira y sonríe maliciosamente a Vera, enseñándole todos sus dientes amarillos. Vera se queda mirándole sin entender nada. Y entonces el ewok le muestra algo con una de sus diminutas manos.

—¿Qué narices es eso? —piensa Vera en voz alta.

Y de repente el ewok se lo lanza. Vera sigue el objeto con la mirada: «*¿Qué es? ¿Una piedra? ¿Una manera de ligar ewok?*». Vera no deja de mirar ese objeto dirigiéndose hacia ella, cuando de golpe, ve que hay una luz intermitente. «*¿Una luz? ¿Pero qué es esa co…?*». Vera corta su propio pensamiento. Ya sabe lo que es: ¡un detonador térmico!

Vera vira rápidamente para alejarse del detonador. En cuanto este toca el suelo, explota. Vera lo ha evitado por los pelos, pero algunos pedazos desechos del suelo y de los árboles la alcanzan a ella y a la vaina.

Cuando aún no se ha recuperado de esa explosión, otro detonador se dirige hacia ella. Vuelve a girar, pero esta vez el estruendo que produce le hace temblar la vaina de arriba a abajo. Ha estado muy cerca.

Y de repente, otro detonador. «*¿Pero cuántos detonadores lleva este a una maldita carrera?*», piensa con todo su odio. El detonador cae delante de la vaina de Vera, quien tiene que pegar un frenazo en seco para evitar la explosión. M'Ack vuelve a alejarse.

—Ni hablar —dice Vera con los ojos inyectados en sangre.

Vera acelera, está cogiendo a M'Ack. Pero no logrará sobrepasarlo antes de llegar a la meta. Si no lo hace, perderá la carrera y no podrá huir con Yna y Oli. Y viendo lo que está luchando por la victoria, Glor hará lo que quiera con ella, aunque pierda. Al menos Yna y Oli estarán bien… pero ella no quiere averiguar qué hará Glor con ella. Quiere estar con su familia. Lo ha prometido.

Pero M'Ack ya sabe cómo lanzar para ralentizar a Vera. Y lanza otro detonador frente a su vaina. Vera lo ve y actúa sin pensárselo dos veces. Gira al máximo su vaina, haciendo un trombo. Está haciendo un giro de trescientos sesenta grados, pasando a nada de estrellarse con varios árboles. Cuando su cabina está dando la espalda a la de M'Ack, alarga el brazo intentando coger el detonador. Estira su brazo todo lo que puede… y lo coge. Sigue girando su vaina hasta volverla a poner de frente, y al hacerlo, y gracias al impulso del giro, lanza el detonador hacia M'Ack.

Este explota cerca de su vaina, haciendo que con la onda expansiva su cabina choque, más bien se estrelle, contra el suelo, clavándose en él. Del frenazo, los motores de M'Ack rompen los cables que lo unen a la vaina: uno se estrella con un árbol cercano provocando una lluvia de astillas, mientras que el otro sale disparado hacia el cielo y se pierde de vista.

Vera pasa a su lado a toda velocidad. Ambos cruzan sus miradas, y Vera le hace una peineta a la vez que suelta un insulto que si alguna vez se lo oye decir a Oli la castigaría durante lunas.

Vera vuelve a mirar al frente: allí está la línea de meta, acercándose cada vez más y… ¡VERA GANA LA CARRERA!

El público estalla de emoción. ¡Ha logrado el récord! Toda la grada vitorea el nombre de Vera. Bueno, toda no: Glor, al verla pasar por la meta, gruñe, mira a Vera y su vaina con odio, y desaparece de las gradas a toda velocidad.

Lo normal (y lo que hacía Vera también) al ganar una carrera era hacer unos cuantos trombos, vacilar a los perdedores, recorrer lentamente los dos kilómetros de gradas saludando al público y parar al final de estas, en el torreón, subir y cobrar el premio.

Pero esta vez es diferente. Vera cruza la línea de meta y no aminora, sigue a toda velocidad pasando por delante de las gradas sin ni siquiera echarles un simple vistazo. Corre hasta el torreón de cobro.

Aparca la vaina de un derrape enfrente del torreón. Sale de un salto de la cabina y entra por la puerta a toda prisa. Corre escaleras arriba hasta el despacho de Tleck, el trandoshano que paga los premios, que está situado en la última planta. La puerta está cerrada, pero a ella le da igual.

Tleck, sentado en su mesa con toda la paz del mundo e iluminado por las dos ventanas de su despacho, está preparando tranquilamente los créditos que le tocan a cada piloto. Al tenerlos listos, resta la mitad a cada una de las recompensas. ¿O acaso os pensabais que les dejaría correr gratis?

Y mientras Tleck cobra su pequeña comisión, Vera irrumpe como un huracán por la puerta. A Tleck casi le da un infarto.

—¡Maldita sea, Vera! ¡Casi me matas del susto!

—Lo siento Tleck, pero necesito el dinero del premio ya.

—¿Y esas prisas? ¿Dónde está Oli? Me encanta jugar con tu pequeñaja.

—Es que… está enferma. —Vera sabe que es una mentira típica, pero no se le ocurre otra en ese momento—. Quiero llegar pronto a casa para estar con ella.

—Pero si la he visto antes por el hangar y estaba estupendamente. —Tleck sabe que Vera le está mintiendo, pero no entiende por qué. Siempre se habían llevado muy bien.

—Ha pillado un virus extraño… —Vera es consciente de que Tleck sospecha que le está mintiendo—, y peligroso, muy peligroso…

—Ajá… ¿Y se puede saber de qué especie es ese virus?

—Killik, es un virus killik…

No tenía que decirle más, Tleck lo ha entendido todo a la perfección. Coge el montón más grande de créditos y se lo alcanza a Vera.

—Espero que se mejore pronto.

—Yo también. Muchas gracias. Y cuídate.

Acto seguido, Vera se gira y abre la puerta del despacho. Pero no puede salir.

Ahí, cortándole el paso, está Glor. Parece tranquilo, más de lo habitual, y eso hace que diera más miedo de lo normal.

—Parece que tienes prisa.

—No… de hecho iba a buscarte. Tenemos que hablar.

—Mmm… entiendo. Me parece bien. Tú dirás.

Vera se queda en blanco, traga saliva, tiembla de pies a cabeza y dice lo mejor que le pasa por la cabeza.

—Perdón…

Glor se le queda mirando descolocado. La verdad, no se esperaba esa contestación. Y estalla en carcajadas, para nada falsas. Eran reales, muy reales.

—No tienes que disculparte.

—¿Eh?

—Que no tienes que disculparte porque haya descubierto tu secreto.

Vera, definitivamente, no entiende nada.

—¿Qué secreto?

—Pues eso. Tu secreto. El por qué has conseguido el récord de victorias. Algo que nadie había logrado jamás y, la verdad, no creo que nadie consiga arrebatarte.

—¿Yna?

—Ah, ¿ella también?

—¿Que si ella también qué?

Tleck, desde su mesa, no puede evitar pensar que aquella era la conversación más estúpida que había oído, y por honor a su raza decide no intervenir.

—Pues eso, vuestro secreto, y seguro que la niña también, ¿verdad? Teniendo dos madres con esas… habilidades, seguro que ella también lo es.

—¿Que es qué?

—Pues Jedi.

—¿Perdona? ¿Que tenemos que ser Jedi? Ya no existen, ¿lo sabías?

Glor va a contestar, pero se corta. Intenta hablar pero no puede, se pone las garras en el cuello. No puede respirar, se ahoga.

—¿Pero qué haces? —dice Vera, alucinando.

—Su… él… ta… me… por… favor… —suplica el mafioso.

—¿Pero qué dices? —Vera no está haciendo nada de nada, ese killik finge, muy bien, pero está fingiendo.

Glor sigue con su numerito unos segundos más y de repente abre la boca todo lo que puede, exhalando una bocanada de aire tremenda. Empieza a acariciarse el cuello y la señala.

—¿Veis? ¿Veis? ¡Os lo dije! ¡Es una Jedi!

—¿Con quién estás hablando, Glor?

De cada lado de la puerta aparecen dos soldados de asalto, con sus blásters en alto, apuntando los cuatro directamente a la cabeza de Vera.

—¡Manos arriba! —grita uno de los soldados imperiales.

—Tenemos a la sospechosa. La amenaza es real. Es una Jedi. Hemos visto sus poderes —dice otro de los soldados por el intercomunicador.

—¿Es… es una broma, no?

—¡Quieta! ¡No te muevas o abriremos fuego! —grita el primer soldado.

Vera se queda boquiabierta, sin saber qué hacer, y de pronto la puerta del despacho se cierra y se echa el cerrojo.

—¿Jedi? ¿No se le ha ocurrido una tontería más grande para hacer que te detengan? —exclama Tleck, indignado desde su escritorio.

Vera se gira y ve a Tleck con el mando a distancia de la puerta en la mano.

—He puesto el cerrojo, pero no tardarán en abrirla. Tienes que irte ya.

Se oye a los soldados intentando abrir la puerta desde el otro lado. Vera mira a su alrededor, perdida y atemorizada. No hay otra salida del despacho. Peina la habitación con la vista y se fija en las ventanas que hay en cada punta de la mesa.

—¿Qué ventana da a las gradas?

—La de la derecha —le contesta Tleck, confuso.

—¿Cuánta altura?

—Pues… unos dos o tres metros. Creo.

—Me vale, gracias Tleck. ¡Te debo una!

—¡Una más, querrás decir!

Vera corre a toda prisa hacia la ventana. Los soldados imperiales derriban la puerta del despacho, ven a Vera y empiezan a disparar. Salta por la ventana. ¿Dos o tres metros? Las narices, había mínimo cinco de caída. Se le hicieron eternos.

Por suerte, las gradas están aún repletas de espectadores, lo que amortigua su caída. Tira a un puñado al suelo al caer sobre ellos. Los insultos corren por doquier.

Vera se disculpa varias veces sin mirar a nadie a la cara. Mira hacia la ventana: por ella aparecen dos soldados, la ven y empiezan a disparar a discreción, hiriendo a civiles. Eso a los soldados les da igual.

Vera empieza a correr gradas abajo, en diagonal, dificultando que los disparos la alcancen y tirando al suelo a quienes se cruzan en su camino, intentando evitar que les disparen a ellos. El silbido de los disparos no cesa, pasan muy cerca de Vera.

Tiene que llegar a la pista o, en breve, la acribillarán. Y de repente, su intercomunicador suena.

—Vera, estamos en la estación, nuestro transporte sale en una hora dirección a Bespin. ¿Llegas?

—¡Dame un segundo! —dice Vera, realmente estresada.

Vera salta y corre todo lo que le dan las piernas, los disparos no cesan. Creía que su suerte de salir ilesa se iba a acabar en breve, pero por suerte llega a la pista.

—Vera, ¿eso que suena son blásters imperiales?

Vera no le contesta, corre por la pista hasta que se oculta detrás de unos barriles.

Estos empiezan a recibir disparos. No aguantarán mucho.

—Cariño, esté o no esté allí, coged ese transporte.

—¿Pero qué pasa? ¿Por qué te dispara el Imperio?

—Digamos que Glor es muy imaginativo. Me ha vendido al Imperio como Jedi.

—¿Jedi? ¿Qué tontería es esa?

—A mí me vas a contar. Pero cariño, sobre todo, si no llego no me esperéis.

—No digas idioteces. Nos vemos en una hora.

A Vera le encantaba cuando a Yna le salían esos puntos tan optimistas.

—Y vigilad con el Imperio, puede que os busquen a vosotras también. Os quiero. — No era descabellado pensar que las hubieran puesto en busca y captura a ellas también.

—Descuida, te queremos. Hasta ahora.

Vera corta la comunicación. Su cabeza va a mil por hora: ¿cómo va a salir de allí? ¿Y cómo conseguirá llegar a la estación de transportes, que está en el centro de la ciudad, sin que la atrape el Imperio antes? ¿Y con tan poco tiempo?

Vera mira frenéticamente a su alrededor, hasta que sus ojos se posan en la respuesta. Allí está «la Timadora», aparcada a unos escasos diez metros de ella. Tiene que llegar allí como sea. Pero sin nada con qué cubrirse o hacer fuego de cobertura, está atrapada. En

breve llegarían más patrullas a por ella. Así que se encomienda a lo único que puede en ese momento.

—Espero que estos no tengan la mejor puntería de la galaxia… —dice en voz alta, a modo de rezo más que de otra cosa.

Espera a que los disparos bajen de intensidad unos segundos y sale disparada hacia la vaina. Esos diez metros, que normalmente correría en pocos segundos, se le hacen eternos. Todo va a cámara lenta. Le parece que cada paso que da tarda horas en hacerlo. La vaina se acerca muy poco a poco. Parece que no llegará nunca.

Un paso. Otro. Oye como el sonido de los blásters se intensifica, los ve pasar a su alrededor, el suelo estalla cada vez que uno le da. Pero ella no aminora. Tiene que llegar a la vaina. Sí o sí. Quiere fugarse con Yna y Oli y nada la detendrá. Ni siquiera el disparo que le impacta en el hombro izquierdo le hace aminorar. Esa punzada de dolor no la detendría, de ninguna de las maneras.

Y no, ese dolor no la detuvo, sigue avanzando y por fin llega hasta su vaina. Se mete en la cabina de un salto, ocultando todo su cuerpo dentro de ella como puede.

Los disparos hacen saltar chispas por todo el fuselaje. Saca las manos y acelera a máxima velocidad. La vaina sale despedida.

Vera va conduciendo a ciegas hasta que sale de la zona de llegada. Una vez fuera, y con el sonido de los blásters ya muy lejos, se coloca correctamente en el asiento y se mira la herida. Por suerte no ha sido un disparo de lleno, más bien un roce, bien feo, pero un roce a fin de cuentas. Igualmente le duele horrores con cada gesto que hace con el brazo, pero no tiene tiempo para parar a tratarse la herida.

Tiene que llegar a la estación.

Vera sigue el trazado del circuito unos quilómetros. No puede ir por las vías convencionales. Seguro que el Imperio la estaría esperando, así que decide salir del circuito y meterse campo a través. Más que un campo, el paisaje recuerda a un pantano, con plantas de más de dos metros de altura. La vaina puede atravesarlas fácilmente y le dan cobertura. Podría llegar a la ciudad sin que la vieran. Faltan cuarenta y cinco minutos para el despegue. Llegará. Conoce la zona y sabe que ese es el camino más rápido y, sobretodo, el más despejado.

***

Glor mira atentamente a su alrededor sin dejar un detalle o rincón por inspeccionar. Todo está patas arriba. Los seis soldados de asalto que le acompañan están registrando todo lo que hay en el lugar sin importar qué rompen en el proceso.

Varias patrullas ya habían sido enviadas a los sitios frecuentados por Vera e Yna, pero aún no había noticias de ningún grupo de asalto. En realidad, Glor no las está esperando. Tiene la certeza que donde él está, sería donde las encontraría.

La hasta hace poco acogedora casa de Vera, Yna y Oli está destrozada. Glor camina entre los escombros pasivamente, mirando a su alrededor. No hay rastro de ninguna

trampilla oculta ni nada que les haga pensar que están allí. Y tampoco da la sensación de que hubieran recogido sus cosas para ocultarse en otra parte. No, tienen que estar escondidas en algún lugar de la ciudad, ¿pero dónde?

Mientras Glor está dándole vueltas a esas preguntas en su cabeza en busca de respuestas, su intercomunicador le saca de sus pensamientos.

—¿Las has encontrado ya?

Glor reconoce esa voz al instante. Inconscientemente traga saliva, nervioso.

Aquella era la única persona en todo el planeta que, con tan solo su voz, infundía temor en Glor.

—No, todavía no, alcaide Zalo.

La alcaide Zalo era la máxima autoridad imperial en la ciudad, y para qué engañarnos, del planeta. Aquella cathar era de las pocas de su especie en un alto cargo imperial. Fría, educada y resolutiva. Se caracterizaba sobre todo por dos cosas: su impaciencia y…

—Quiero las cabezas de esas Jedi en mi mesa en menos de una hora. Espero que no vuelvas a fallarme, Glor.

… y su infinita memoria. Glor ya le había fallado una vez, y sabe que si esta vez volvía a fallar y las fugitivas escapaban, no tendría una oportunidad de fallarle una tercera vez.

—Sí, alcaide Zalo… en una hora tendrá a esas Jedi… se… se lo garantizo —dice Glor con un hilillo de voz.

—Eso espero. Buenas tardes, Glor. —Y la alcaide corta la comunicación.

Glor respira aliviado. Había sido una conversación breve, y lo mejor, ya había acabado. Después de haber mentido a la alcaide Zalo al acusar a Vera e Yna de ser Jedi… tenía que encontrarlas y matarlas él mismo antes de que esta descubriese toda la verdad.

Glor se gira hacia los soldados de asalto.

—Está claro que aquí no están. ¡Nos vamos!

***

Vera llevaba varios quilómetros recorridos por el pantano y no había rastro de nadie. Empezaba a creer que sería capaz de llegar a la estación a tiempo, pero al poco se da cuenta de que se equivocaba.

Al ver la ciudad a lo lejos, Vera aminora para comprender lo que está viendo: el Imperio está acordonando la ciudad. Todos los caminos están sembrados de soldados imperiales. Hasta un AT-ST está patrullando la vía más ancha, y seguro que los cazas TIE estarán de camino. Y en cuanto lleguen, no tardarán demasiado en detener todos los transbordadores que van a salir del planeta. Kamara se estaba convirtiendo en un fortín.

En ese instante, Vera lo comprende todo: no es lo mismo que el Imperio busque a un contrabandista, un preso fugado o lo que sea que se te pueda ocurrir, que a un Jedi.

Buscar a un Jedi que hubiera sobrevivido a la Orden 66 era máxima prioridad para el Imperio.

Vera sigue contemplando todo eso con expresión abatida. Es imposible pasar desapercibida por ahí, incluso abandonando la vaina y yendo a pie la encontrarían.

Debe hacerse a la idea. No va a llegar.

Pero tampoco puede rendirse. Mira a su alrededor buscando algún soldado despistado a quién dejar KO y ponerse su traje. O algún transporte en el que ocultarse para entrar a hurtadillas en la ciudad. Pero no hay nada ni nadie. Si de verdad fuese una Jedi sacaría su espada láser y se abriría paso a estocadas. Llegaría a la estación y hasta le daría tiempo de abrazar a Yna y a Oli antes de partir. Pero por desgracia no lo es. ¿Qué hacer ahora?

Vera se queda con la vista perdida, derrotada, mirando a la nada. No puede hacerse a la idea de no volver a ver más a Yna y Oli.

—Cariño, ¿estás ahí? —pregunta Yna por el intercomunicador.

Vera se asusta al oír a Yna y vuelve a la realidad, saliendo de sus pensamientos pesimistas.

—Sí. Estoy… de camino. ¿Cómo estáis?

—Bien, bien. Estamos en la pista A17, transporte V16 dirección a Bespin. Dicen que allí han conseguido que el Imperio les deje al margen y que hay trabajo. Nos irá bien.

—Seguro que sí. Siempre he querido ir a Bespin. Y más si es con vosotras.

Se hace un silencio. Varios segundos en los que las dos parecen tener miedo a hablar.

—¿Llegarás, verdad? —pregunta Yna, con un atisbo de miedo en su voz.

—Ni lo dudes. Pista A17, transporte V16. Estaré allí enseguida —miente Vera.

—Ve con cuidado. Esto está plagado de soldados imperiales haciendo controles.

Creo que también nos están buscando a nosotras, pero hemos podido embarcar antes de que lo montaran.

La sangre de Vera hierve. Solo de pensar que el Imperio, por culpa de ese inútil de Glor, pudiera hacerles algo a Yna y Oli hace que Vera sienta una ira y una sed de venganza como nunca antes las ha sentido.

—No cortes aún la comunicación. Alguien quiere decirte algo —dice Yna.

Se oye un pequeño trajín de pasar el intercomunicador a otra persona, y de repente:

—Mamá, ¿dónde estás? El Señor Mecánico y yo tenemos muchas ganas de verte. A Vera le sale inconscientemente una sonrisa de oreja a oreja, y en ese momento olvida todo su resentimiento al oír esa voz.

—Hola, cariño. Estoy de camino. Hay un bantha dormido en medio y no nos deja pasar.

—¡Vaya sitio para echarse a dormir!

—Sí… y yo aquí muerta del aburrimiento.

—¡No te preocupes! Seguro que se despierta en seguida y nos vemos en nada.

—Eso es. En nada nos vemos, mi pequeña piloto.

—¡Te quiero, mamá!

—Si no hablaba contigo le iba a dar un ataque… —dice Yna, divertida, al recuperar el intercomunicador.

—Normal, soy la mamá guay. Soy piloto, como ella…

—Para el carro, que sin mí no tendríais ninguna vaina que pilotar.

—Por eso hacemos tan buen equipo. Pero piensa que si nos abandonas… tenemos al Señor Mecánico para reemplazarte…

Ambas se echan a reír. Después, se hace un silencio incómodo.

—Vera, tengo un mal presentimiento. Dime que vas a llegar. ¿Vas a llegar, verdad? —vuelve a insistir Yna.

Vera mira el despliegue que el Imperio tiene en los alrededores de la ciudad. Se queda unos segundos mirándolo, sin decir nada.

—¿Vera?

Vera comprueba el tiempo que le queda. Treinta minutos.

—Te aseguro que estoy allí en veinticinco minutos.

—Eso espero…

—Hasta ahora —dicen las dos al unísono antes de cortar la comunicación.

»*Un Jedi entraría a espadazos y usando sus trucos en la ciudad, ¿no? Pues yo soy piloto y no hay pista que se me resista, ni destino al que llegar*», piensa Vera más decidida que nunca. Y acto seguido enciende los motores de su vaina y sale disparada a máxima potencia hacia la ciudad.

***

Glor camina por las concurridas calles de la ciudad, seguido de su escuadrón de soldados de asalto.

Anda a un ritmo mayor del que suele llevar normalmente. Eso le molesta mucho, pero tiene que encontrar a aquellas fugitivas. Tienen que pagar por la gran suma de créditos que él y sus inversores habían perdido, y sobre todo por haberle desobedecido.

Por si fuera poco tiene encima la presión de la alcaide Zalo. Debe darse prisa.

Esas dos son pobres. Está seguro de que se están ocultando en la ciudad. No tienen opción de escapar, pero no pensaba que iba a ser tan difícil encontrarlas. Las tropas enviadas al taller de Yna, a la escuela de Oli y a todos los sitios conocidos donde podrían haberse escondido no han encontrado nada. Sin contar que han estado interrogando a todo el que hubiera tenido contacto con ellas en las últimas lunas.

Y nada de nada.

«*¿Dónde se esconden?*», piensa Glor. «*Solo son dos personas asustadas*».

Muchas preguntas rondan su cabeza, pero la más extraña es: ¿Por qué Vera se ha jugado la vida yendo a buscar la recompensa del premio? Tleck y ella son amigos, le hubiera guardado los créditos el tiempo que hubiese hecho falta. ¿Por qué esa necesidad de ir a buscarlos?

La cabeza de Glor sigue a mil por hora. Piensa en todas las opciones que le vienen a la cabeza, pero ninguna parece ser la ganadora. Hasta que un sonido llega a sus oídos. Glor se detiene en seco y mira al cielo en su busca. Lo que ve hace que la alegría se apodere de él. Aquel rugido es música para sus oídos ahora mismo: un transbordador espacial despegando. ¡Por eso necesitaba recoger la recompensa de la victoria! ¡Para poder pagar los billetes de esas chatarras voladoras y poder salir del planeta!

—¡Seguidme! —ordena a los soldados de asalto.

Y volviendo a un paso más agradable para él, se dirige hacia la estación de transbordadores.

***

Los soldados imperiales destinados en uno de los accesos a la ciudad están colocando el control en todo lo ancho de la vía. Tienen órdenes de identificar y registrar a cualquier persona o vehículo que intente entrar o salir de Kamara. Trabajan sin parar, a marchas forzadas, para cerrar aquel camino lo antes posible. Ya van por la mitad. Están yendo a buen ritmo, la alcaide Zalo no tendrá nada que recriminarles.

A lo lejos se oye un motor. Dos soldados dejan de montar la barricada y se miran.

—¿Oyes ese ruido?

El otro soldado asiente con la cabeza y se centra en el sonido. Parecen dos motores sonando a la vez, a toda potencia. El sonido le resulta familiar.

—¿Eso es…?

—¿… una vaina de carreras? —acaba el otro la frase.

Ambos miran hacia el final del camino. Se fijan unos segundos buscando si lo que están oyendo era cierto y de repente allí está, una vaina a máxima velocidad yendo hacia ellos. La conocen, lleva el sobrenombre de «la Timadora» y es la vaina de…

—¡Es ella! —grita uno de los soldados.

—¡Todos a sus puestos!

Todos los soldados que están allí trabajando, más de una docena, se colocan en posición de ataque.

—¡Aquí Batallón 1! Tenemos visual de la Jedi. ¡Envíen más tropas y al AT-ST! —ordena un soldado por radio.

—Recibido. En camino.

Se oyen los pasos del AT-ST dirigiéndose hacia su posición. La vaina se aproxima cada vez más, y cuando ya está lo suficientemente cerca…

—¡Fuego! —grita el capitán del pelotón.

Y todos los soldados empiezan a disparar hacia esa vaina que se dirige hacia ellos a toda velocidad.

Vera conduce con la vista fijada en la parte de la barricada que aún queda por montar. Es un espacio justo, pero suficiente. Tenía que caber.

De golpe, los soldados imperiales empiezan a dispararle. Aunque todavía está más o menos fuera de alcance, conduce lo más agachada que puede, lo justo para ver hacia dónde dirige la vaina.

Los soldados disparan a discreción. Los disparos alcanzan la vaina como gotas de agua de lluvia. No hay modo de saber por dónde va a llegar el siguiente. De los motores y la cabina salen algunas chispas, así como pequeños fragmentos del fuselaje que salen disparados en todas direcciones. Algo le hace un corte en la mejilla izquierda a Vera. Pero no tiene tiempo de ver qué ha sido, así que hace como con el disparo de su hombro, aguanta el dolor y sigue.

En la pantalla de la cabina empiezan a saltar varias alarmas. Casi todas de color naranja, lo que significa que son asumibles. Puede seguir a pesar de ellas. El problema sería cuando empezaran a saltar las de color rojo, que avisan de un peligro mayor.

Vera ignora sus alarmas anaranjadas y sigue a toda velocidad. Tiene el hueco casi encima y tiene que prestar toda su atención en no estrellar uno de los motores contra la barricada. Encara la vaina hacia el hueco, acelera y se encoge aún más en la cabina. Cuando estuviera a dos metros de distancia sería muy difícil que los soldados fallaran el tiro.

Los soldados disparan a más no poder. ¿Por qué no aminora? ¿Lo va a intentar?

Y no, la vaina no aminora. Llega hasta la barricada. Casi no se ve a la piloto. Más y más disparos.

Vera no puede encogerse más, pero sí que acelera todavía más al estar encima de la barricada. El motor izquierdo y la cabina rascan contra la barricada. Vuelan piezas del motor y soldados imperiales, algunos al ser atropellados y los otros al saltar, tratando de esquivar la vaina. Pero pasa, increíble pero cierto, ¡pasa! Y la vaina aún funciona. Vera se levanta para ver mejor y una inmensa alegría la invade.

—¡Madre mía! ¡Lo he hecho! ¡Esto sí que es una carrera de vainas!

Vera no aminora, ya tiene el camino en su cabeza por el interior de Kamara para llegar hasta la estación de transbordadores. Pero de entre el sonido de los blásters destaca uno mayor a su derecha: caminando a toda la velocidad que dan sus patas mecanizadas, un AT-ST empieza a disparar en su dirección.

Vera consigue esquivar un par de sus disparos, pero el tercero da de pleno en el motor derecho. Medio motor explota y sale volando, haciendo que arda y suelte una gran humareda negra. Prácticamente todas las alarmas que podían ir a rojo cambian a ese color, brillando intensamente.

El AT-ST sigue disparando. Vera maniobra como le deja la vaina para esquivar los disparos. La velocidad de la vaina desciende alarmantemente, pero aún corre.

Debía llegar a los edificios de las afueras. El AT-ST sigue disparando, y si le da a la cabina solo sería necesario un único disparo certero para hacer que esta salte por los aires y acabe con Vera.

Y en eso está el AT-ST, intentando dar a la cabina. Vera esquiva y esquiva, pero esos disparos cada vez están más cerca. Atemorizada, dirige una mirada rápida al caminante y

ve cómo los cañones están apuntándole a la cabeza. «*Un disparo más y adiós*», piensa Vera. Y en ese preciso instante dispara…

Y da en la esquina del primer edificio que se erige en la ciudad, una pequeña choza, que queda hecha añicos. Por suerte sus dueños no están en casa.

Vera consigue sobrevivir a aquella acción kamikaze en la que se había embarcado, mientras que el AT-ST no cabe por la calle por la que entró. Los soldados a pie no pueden alcanzarla a pesar de ir a mucha menos velocidad. Una pequeña victoria.

Ahora toca llegar hasta los transbordadores y que la vaina no explote por el camino.

Mientras se adentra en la ciudad, Vera empieza a tocar los controles lo más rápido que dan sus dedos, mueve la potencia de un motor a otro, compensando como puede los elementos perdidos por los disparos, y si bien no consigue que se apaguen todas las alarmas rojas de su pantalla ni que los sensores de seguridad apaguen el fuego, se las apaña lo suficiente para poder seguir su camino.

Y hay que admitirlo, Vera empieza a pensar que va a ser algo más complicado de lo que ella se había imaginado llegar hasta la estación. Las calles están plagadas de vendedores, paradas de todos los productos que se te puedan ocurrir, compradores, gente, animales, vehículos… Parece que la galaxia entera se ha decidido esta mañana a visitar Kamara.

Vera esquiva, acelera, frena, gira, vuelve a girar, vuelve a acelerar. Ahora tiene que frenar en seco para no llevarse a alguien por delante. Esto último lo consigue, no atropella a ningún inocente, pero algún que otro golpe reparte sin quererlo.

Lo peor de todo es que, a pesar de haber conseguido que la vaina siga funcionando, parece no haber modo de parar la gigantesca nube de humo del fuego que sigue emanando de su motor derecho. Y eso iba a ayudar al Imperio a dar con ella.

Salen soldados imperiales de todas partes, disparando sin parar. Vera maniobra y esquiva, aunque no repara en atropellar a todo soldado que sale a su paso. Estos disparan a discreción. Dan a la vaina, al suelo, a los civiles. Todo vale con tal de detener a Vera. Pero ella no se rinde. Sigue avanzando ciudad a través sin perder ni un segundo. Cada vez está más cerca de la estación, a falta de solo veinte minutos para el despegue.

Sigue dándole vueltas al problema del humo que sirve a los soldados para trazar su ruta. Así que decide desviarse un poco de su camino. Se le ha ocurrido algo. Vira violentamente en una calle estrecha, poniendo la vaina de lado todo lo que puede para pasar. Es peligroso, pero al menos no hay gente en esa calle y puede acelerar.

Sigue por la callejuela hasta dar a otra más ancha. Sortea los disparos de los soldados apostados a su paso y continúa calle abajo.

Tras un rato y un par de giros y golpes más por el centro de la ciudad, ve su destino: un depósito de agua. Lleno hasta arriba. La teoría es sencilla: llegar al depósito de agua y apagar el fuego, pero no tiene tiempo ni, sobre todo, la seguridad necesaria para hacerlo con media ciudad disparándole.

Así que va a las bravas, acelera todo lo que le permite esa calle hasta llegar al depósito. Cuando ya lo tiene encima hace derrapar la vaina. La cabina golpea con toda su

fuerza el depósito y lo hace volcar. Vera derrapa de nuevo en dirección contraria para poder meterse de lleno en la trayectoria del agua, empapándola hasta los huesos y lo más importante, apagando el fuego.

Mueve la cabeza para quitarse de encima toda el agua que puede. Mira al frente y sonríe de oreja a oreja al ver que el fuego se ha apagado. Comprueba el tiempo restante: nueve minutos para el despegue, y está a nada de la estación.

De repente, surge lo que le parecen ser miles de soldados imperiales de todas partes, disparando sin cesar. Vera acelera y sale a toda prisa de allí. No consigue encontrar una calle sin soldados. Donde quiera que se meta hay más y más. Está muy cerca, debe lograrlo como sea.

La desesperación se apodera de ella a cada segundo que pasa. No puede guiarlos hasta la estación, tiene que perderlos. Pero no hay manera. Se meta por donde se meta ahí encuentra más y más.

Se mete en una calle y, al ver lo que hay al final de esta, el miedo se apodera de ella: está cortada. Los soldados habían tirado todo lo que habían encontrado para cortarla. Tenderetes, vehículos, cajas… todo lo inimaginable está ahí en medio, cortándole el paso. Y no puede volver por donde ha venido. Decenas de soldados están corriendo hacia ella.

El tiempo para Vera se detiene: piensa en Yna y Oli. Entiende que nunca más las va a volver a ver. La matarán, o no, en aquella persecución. Lo que sí sabe es que nunca podrá volver a abrazarlas. Les desea lo mejor en Bespin. Que rehagan su vida y sobre todo, que nunca más tengan a nadie que les cause los problemas que ella les ha causado. Se detiene a pensar en lo mucho que las quiere, y mientras le caen lágrimas por las mejillas se despide de ellas.

Un disparo bláster pasando justo por delante de sus ojos le hace volver a la realidad. Y en ese instante decide que, si la tienen que pillar, tendrían que sudar la gota gorda hasta el último momento. Mira hacia esa barricada y acelera a toda potencia una vez más. Grita a pleno pulmón mientras se dirige hacia ella sin dudar ni un instante en lo que estaba haciendo. Le desea lo peor al Imperio y a Glor, sobre todo a Glor. Y sin dudar ni un instante se estrella contra la barricada.

Al impactar, el motor derecho explota. Todo sale por los aires en todas direcciones, incluidos los soldados imperiales y todo lo que formaba la barricada. Del impulso, Vera sale disparada de la cabina, vuela por encima de lo que queda del control y no cae; se estrella contra el suelo. Y ahí está el cuerpo de Vera, tirado en el suelo de cualquier manera, inmóvil.

Entre los escombros aparece el motor izquierdo de «la Timadora» que, milagrosamente, no ha explotado, solo se ha deformado y rueda ahora lentamente por el suelo. Sigue rodando hasta chocar con el cuerpo de Vera, zarandeándole y haciéndole despertar. Abre lentamente los ojos. «*¿Estoy viva?*», piensa. Un pitido ensordecedor y molesto es lo único que puede oír, y se incorpora como puede. Cada mínimo movimiento que hace le provoca un dolor indescriptible en cada uno de los huesos de su cuerpo.

Consigue llegar a sentarse y mirar a su alrededor: el fuego, los escombros, los soldados tirados por el suelo. No puede creérselo.

Y en medio de todo ese caos, hecha pedazos, están los restos de «la Timadora».

Vera se los queda mirando y se emociona al verlos. Se queda así lo que le pareció una eternidad.

—Ha estado muy bien. Ha sido genial pilotarte. Gracias por todo lo que nos has dado —dice con un nudo en la garganta.

Empieza a ver movimiento entre los escombros, pero no consigue reunir la atención necesaria para ver realmente qué se está moviendo. Ve borroso y le cuesta horrores vislumbrar más allá de dos metros de ella.

Ve que algo se está moviendo entre el fuego, algo blanco, caminando lentamente y mirando a su alrededor. Vera empieza a focalizar lo que es hasta que por fin sus sentidos vuelven a funcionar. Son soldados imperiales inspeccionando los escombros. Vera se asusta y empieza a arrastrarse marcha atrás como puede. Va todo lo rápido que le da el cuerpo, alejándose del motor de la vaina y de los soldados varios metros, pero antes de ponerse a salvo…

—¡Está allí! ¡Sigue viva! —grita aquel soldado de armadura sucia y quemada.

De detrás de él aparecen dos más, en el mismo estado lamentable que el primero. Los tres apuntan a Vera en la cabeza.

Mira a su alrededor buscando cómo escapar. Lo único que encuentra es un bláster que coge y con el que apunta a los soldados, poniéndoles muy nerviosos.

—¡Suelta el arma! —le gritan una y otra vez a pleno pulmón.

Vera no deja de apuntarles. Sabe que es imposible darles a los tres antes de que le disparen. No sabe qué hacer. Tiembla de pies a cabeza. Tiene miedo, mucho miedo. Los soldados siguen acercándose lentamente sin dejar de apuntarle a la cabeza.

Vera les sigue con la mirada y el bláster. Y de repente, ve algo, algo que le hace relajarse un poco. No sabe qué va a pasar pero, ¿qué pierde por intentarlo llegados a este punto? Así que Vera se deshace de parte del miedo que estaba controlándola y dispara.

Y acierta en su objetivo. No era ninguno de los tres soldados que la amenazaban. Era algo que se había quedado detrás de ellos mientras estos se movían y no se habían dado cuenta. Algo que había hecho mucho por Vera, Yna y Oli, y aún tenía fuerzas para hacer algo más por ellas, como estallar y darle cobertura para huir de aquellos soldados. Vera ha disparado al motor izquierdo de «la Timadora».

En el estado en el que está el motor solo ha hecho falta un disparo para hacerlo estallar en mil pedazos. Si la mitad del derecho ya la había liado, lo que acaba de hacer el izquierdo ha sido increíble. Ha explotado con mucha más virulencia, haciendo que los soldados imperiales salgan volando por los aires junto con lo que quedaba de barricada. La nube de humo que asciende ahora es visible desde todos los rincones de la ciudad.

Y mientras todo esto ocurre, Vera sale corriendo en dirección a su familia. Tiene diez minutos.

***

Enfrente de la estación de transbordadores hay mucha gente parada mirando al cielo, concretamente a una enorme bola de humo que se levanta a pocas calles de ahí. Hay soldados de asalto corriendo en todas direcciones: algunos en dirección a la explosión y otros reforzando la seguridad de la estación. Si alguien quisiera colarse en este punto es literalmente imposible.

La gente de los alrededores comenta qué puede haber provocado semejante explosión. Hay quien les echa la culpa a los rebeldes, otros al Imperio y otros, los que menos, a que puede haber sido un accidente.

Entre la multitud avanza lentamente, cojeando visiblemente y de espaldas a la explosión, alguien oculto bajo una túnica sucia. Da la sensación de que se la hubiese encontrado en el suelo y se la hubiese puesto encima. La gente le mira de reojo con repulsión, pero los ignora y sigue avanzando hasta entrar en la estación.

El joven Jareb, de la raza de los bothan, es quien vende los billetes de los transbordadores. Ve a aquella persona coja y sucia acercándose. Con cierto asco piensa:

«*¿Por qué todos los vagabundos vienen a molestarme a mí?*». Mantiene su gesto de repulsa hasta que el despojo llega hasta él y, sin ni siquiera mirarle a la cara, le suelta: —No te voy a dar ni un solo crédito. Largo de aquí.

—No quiero que me des nada, quiero que me vendas un billete a Bespin.

El joven bothano se queda pillado al oír la petición. Antes incluso de poder contestar, esa persona tira en el mostrador créditos más que suficientes para el billete.

—Para el transbordador que sale en pocos minutos.

Jareb mira a la cara de aquella persona por primera vez: está hecha polvo, tiene heridas por toda la cara y está sucia. Pero la reconoce al instante: es Vera Garso. La Jedi. Sabe quién es porque lo primero que habían hecho los soldados al llegar era darles hologramas con la cara de Vera, Yna y Oli.

Lentamente, sin quitarle la vista de los ojos, empieza a mover la mano hacia debajo del mostrador, buscando el botón de alarma para avisar a los soldados imperiales de que tiene una emergencia.

—Por favor, no lo hagas —suplica Vera.

El joven no detiene el lento movimiento de su mano.

—¡Por favor! No soy lo que dicen. Mira lo que me han hecho. No he hecho nada malo.

—Te… tengo que avisarles. Lo siento. —Va a pulsar el botón.

—Espera. Mírame. Si de verdad fuera una Jedi utilizaría mis trucos para forzarte a no pulsar ese botón y darme el billete, pero en cambio estoy aquí, suplicándote…

Jareb detiene su mano.

—Solo soy una esposa y madre que quiere reunirse con su familia —dice Vera mientras se le llenan los ojos de lágrimas.

El joven se queda inmóvil, pensativo, sin decir nada.

—Ayúdame, por favor. Solo quiero subirme a esa nave y largarme con mi familia…

Jareb mira a su alrededor. Se queda mirando fijamente a los soldados imperiales, sus gestos, su forma de tratar a la gente a la que están registrando, lo que ha hecho el Imperio al planeta… Realmente aquello no le gusta. Tras mirar a los soldados lo hace a los ojos de Vera.

—Está bien. Sígueme.

El bothan se levanta de su silla, se dirige a una esquina de las taquillas y abre la puerta. Indica a Vera que le siga. Esta va sin perder ni un segundo.

Entra en las taquillas y el joven cierra la puerta tras ella.

—Gracias, gracias, muchas gracias. No sé cómo agradecértelo.

—No te preocupes. En verdad me hubiera gustado que hubieses sido una Jedi, siempre quise conocer a alguno…

A Vera se le dibuja una sonrisa triste.

—Siento haberte decepcionado…

—No te preocupes. Ven conmigo. Casi no tenemos tiempo.

Jareb se dirige hacia una puerta trasera. Vera comprueba cuánto tiempo falta.

Tienen cinco minutos.

Ambos salen por la puerta trasera de la taquilla. Jareb la lleva por los pasillos de servicio. El joven le dice que en teoría deberían estar vacíos, pero que no se quite el disfraz de la cabeza por si acaso. Corren por los pasillos todo lo que las débiles piernas de Vera les permiten.

—Deprisa, casi no te queda tiempo —le advierte Jareb.

Vera saca fuerzas de donde no tiene para poder seguir el ritmo del joven. Avanzan y avanzan por los diferentes pasillos hasta llegar a una puerta.

—Por aquí daremos a la pista de despegue, te guiaré a tu transporte —dice Jareb, triunfante.

Vera va a darle las gracias una vez más. Nunca sabría lo agradecida que le estaba. Iba a reunirse con Yna y Oli gracias a él.

—¿A dónde vais? —preguntó alguien detrás de ellos.

Vera y Jareb se quedan de piedra. El joven se gira para ver quién ha hablado y le ve: un soldado de asalto con el rifle apuntándoles. Vera y el joven se quedan mudos.

—Que a dónde vais.

La cabeza de Vera va a mil por hora. Tiene que enfrentarse a aquel imperial, no puede permitir que le haga daño a ese muchacho. Haría lo que fuera. El soldado se acerca hacia ellos. Intenta reunir toda la fuerza que le queda. El soldado se acerca más y más. No cree que fuera a poder con él, pero lo va a intentar igualmente. Está preparada. Tiene ya casi al soldado encima, levanta la mano para quitarle la capucha de la cabeza y…

—¡No le toques! —grita el joven.

El soldado y Vera se quedan atónitos con su grito.

—¿Perdona? —dice el soldado en su tono más amenazante.

—Es otro vagabundo que se nos ha colado. A saber qué te pasa si le tocas… siempre igual —mira a Vera y le acerca su cara a la de ella—. ¡Sois asquerosos!

El soldado imperial se echa a reír.

—Y el jefe me hace echarlo a mí… Esto… ¿podrías ayudarme? Ahora que lo pienso, tú llevas guantes.

—Ni en broma chaval… ocúpate tú. Y date prisa. No quiero a nadie por estos pasillos.

—Está bien… Muchas gracias —contesta el bothan con toda su ironía.

El soldado les da la espalda y sigue con su ronda. Jareb coge a Vera por su hombro izquierdo, justo donde tiene la herida del bláster. Ella, a pesar del dolor, tiene claro que no puede quejarse.

El joven le arrastra hasta la puerta, la abre y le saca por ella. Jareb empieza a mirar a su alrededor y se fija en un trasporte que empieza a encender motores.

—Oh no, ya va a despegar.

—¿Cuál es? —pregunta Vera, desesperada.

Jareb le señala el transporte.

—¡Es ese de ahí! ¡Corre todo lo que puedas!

—¡Muchísimas gracias, de verdad!

—Suerte —le desea el joven, y cierra la puerta tras de sí.

Vera echa a correr hacia el transporte. Cada paso le inflige un dolor insufrible, pero da igual, ya las tiene al alcance de la mano. Cruza las pistas de aterrizaje sin fijarse en si viene un transbordador o lo que sea. Tiene la vista fija en la nave que tenía que reunirla con su familia.

Los motores del transbordador ya están en marcha y a plena potencia. La nave empieza a moverse muy lentamente, preparándose para el despegue. Vera corre hasta alcanzarla. Llega hasta la puerta sin dejar de correr junto a la nave y golpea desesperada la puerta cerrada de entrada.

—¡Abrid, por favor!

Golpea la puerta sin parar. Nadie le responde, pero ella sigue golpeándola como una loca. Cada segundo que pasa tiene que correr más. No aguantará mucho tiempo.

Y golpea y golpea sin cesar.

—¡Ábrete, maldita puerta!

La nave está cogiendo velocidad. La puerta se aleja poco a poco. Vera ya casi no puede seguir el ritmo, y cuando está perdiendo ya toda esperanza la puerta se abre.

No se lo piensa dos veces y salta hacia el interior, logrando entrar.

Cae en el frío suelo. Mira hacia arriba y ve a un azafato robot, mirándole fijamente.

—La próxima vez, le aconsejo que venga con más tiempo…

Vera, alucinada, le contesta:

—Descuida…

—Su billete, por favor —le reclama el robot.

Vera busca en sus bolsillos, lo saca y se lo entrega. Solo faltaba que después de todo le echaran de la nave por perder el billete…

—Gracias. Tome asiento, por favor.

La nave ya ha despegado. Vera nota cómo va tomando aire. Por fin. Ha podido escapar. Sigue sin creérselo. Pero ahora falta lo más importante. Sale disparada hacia la zona de asientos buscando a Yna y Oli.

Entra en la cabina de los pasajeros, deja caer ese trapo sucio al suelo y empieza a buscarlas. El transporte está lleno a rebosar, pero le da igual, las encontrará. Mira todas y cada una de las caras del transporte. Hay gente de todas las razas, algún asiento vacío, un muñeco solo en una de las butacas, basura por el suelo, más gente.

Pero ellas no aparecen.

—¡Yna! ¡Oli! ¡Soy yo! ¿Dónde estáis?

La gente la mira de reojo, como si estuviera loca. Vera sigue llamándolas y buscándolas sin parar, frenética. Recorre la nave arriba y abajo una y otra vez. Nada.

Y la nave sale de Scarett.

Las sigue buscando, está desesperada. Y entonces cae en un detalle: el muñeco que estaba solo en una butaca. Con miedo, empieza a acercarse hasta la silla, poco a poco, con temor a lo que pudiera encontrarse al mirarlo de frente.

Avanza por el pasillo hasta llegar al muñeco. No es un muñeco cualquiera, lo conoce bien, es el Señor Mecánico. Ahí está él, solo. Se arrodilla ante él. ¿Dónde están Yna y Oli? Oli nunca hubiera abandonado al muñeco. No entiende nada de nada.

Coge el muñeco y ve que hay algo detrás de él. Un intercomunicador.

Lentamente, se lo pone en la oreja y habla por él.

—¿Yna? ¿Oli? ¿Dónde estáis?

La respuesta tarda unos segundos en llegar.

—Te dije que si no me hacías caso te quitaría lo que más querías.

A Vera se le congela la sangre.

—Glor. ¿Dónde están?

—Aquí, conmigo. En Kamara. Mira que irte sin ellas…

—Glor, te lo suplico. Suéltalas. Me quieres a mí.

—No, lo que quiero es que sufras. Debiste hacerme caso. Te avisé, no puedes negarlo.

—Glor, por favor…

—Deja de suplicar, no te queda bien. Una piloto, una Jedi, como tú. Definitivamente no te queda bien.

—Déjate de tonterías.

—No, tonterías ninguna. Soy un héroe por aquí. Aparecieron tres Jedi, dos de ellas serán entregadas a la alcaide Zalo en breve y he hecho que la otra abandone el planeta sin recurso ninguno para volver en mucho tiempo. Te avisé de que si no hacías lo que quería te arrepentirías, y la verdad, esto es mucho mejor de lo que había imaginado. Adoro la idea de que cada hora, minuto, segundo de cada día y noche sepas que tengo a tu familia

en mi poder, que no sepas si están vivas o muertas y que no puedas hacer nada. La verdad, me encanta.

—Glor, te lo juro. Volveré a por ellas y acabaré contigo.

—¿Ah, sí? Pues aquí te espero.

Y Glor corta la comunicación. Vera intenta volver a contactar, pero no lo logra.

Entra en pánico, le da un ataque de ansiedad. Intenta hacer que la nave regrese, sin éxito. Se echa a llorar, grita, suplica, pero no. Es imposible hacer que la nave vuelva.

Abatida, vuelve al asiento con el Señor Mecánico. Lo abraza con todas sus fuerzas. Solo piensa en cómo podría arreglar esa situación. No tiene dinero ni conocidos dentro ni fuera del planeta con recursos para ayudarla a rescatar a Yna y Oli. Piensa durante horas sin sacar nada en claro. Está sola.

Del cansancio y del dolor ya casi no se puede mover. Tiene el cuerpo entero entumecido. Sujetar al Señor Mecánico entre sus manos estaba suponiendo un esfuerzo increíble. Tanto que se le acaba cayendo. «*No te caigas*», piensa.

Vera alarga la mano para cogerlo, pero el Señor Mecánico no llega a tocar el suelo, tampoco está entre sus manos. Está ahí, flotando en el aire.

—¿Pero qué…? —dice Vera, sin entender nada de nada.

Vera mueve su mano y el muñeco flota hasta la altura de sus ojos. Lo mira sin poder creérselo. Mueve su mano y el muñeco le obedece. Lo hace levitar durante un rato hasta que, suavemente, lo hace volver a su mano.

Nota algo dentro de ella, algo que no ha notado nunca, pero que siente que siempre ha estado ahí. La Fuerza ha despertado en ella. Se siente distinta, pero sigue siendo ella misma. Se siente capaz de todo. Y esa sensación, a Vera, le da esperanza.

Ya no está sola.

PÚA DE JAKKU

JANE DOE



No llego a estar sentada del todo en el suelo, sino que permanezco de cuclillas con ambas manos apoyadas en cada una de mis rodillas mientras observo, con detenimiento, que la tarea tan importante que me han encargado se cumpla debidamente. Arrugo mi nariz cuando el aliento del happabore me golpea sin piedad en la cara. Huele fatal. Hace unos años incluso vomité en la arena cuando olí por primera vez la boca de uno, pero ahora soy mayor y ya estoy más que acostumbrada, así que espero con paciencia mientras este grandullón se come hasta la última miga de su comida mezclada con el medicamento desparasitador Bore Feliz. Porque el mejor happabore es uno feliz. O eso dicen.

Tengo once años. Mi madre se llama Erah y es criadora de estas bonitas, porque lo son, aunque digan lo contrario, criaturas en el Puesto de Niima, en Jakku. El nombre de mi padre es Ivano Troadore. Fue chatarrero hace unos años pero ahora se encarga del correcto uso de las mesas de lavado de Unkar; resultado de perder una de sus manos en un accidente mientras saqueaba un Ala-Y, por lo que ahora no puede trabajar más desmantelando las naves que hay en el cementerio. Menos mal que muchos de los otros carroñeros dependen de tener happabores para desplazarse; algo que Unkar sabe, razón que le hizo aceptar la petición de mi madre de darle otro trabajo.

A mí me gusta Niima. Quizás sea porque no he conocido otra cosa, aunque no he nacido aquí. Vine al mundo en Tuanul, durante una de las pocas tormentas que han tenido lugar en este planeta. Mi madre dice que el tiempo se puso así para ir parejo con el parto, pues fue uno difícil. Por ello mi padre la llevó para tenerme en esta villa sagrada, al ser una en la que creen en la Fuerza. Uno de sus miembros más importantes, Lor San Tekka, ayudó a que yo llegara a este mundo. Cuando me puso en los brazos de mi madre dijo que debían llamarme Púa, pues nací tan rosada como una flor pero causando tanto dolor como una púa.

Así que ese es mi nombre, Púa.

Mis días pasan tranquilos ahora. A veces voy a Tuanul a ver a Lor San Tekka, pero cada vez lo hago menos a menudo porque a los otros habitantes no les gusta que pise su tierra. Se lo noto en cómo me miran.

—Las cosas se van a poner feas —me dijo hace no mucho el propio Lor San Tekka—. Más vale que estés lejos de aquí para cuando ocurran. —Aún no sé si le haré caso o no, ya que a veces me aburro mucho en Niima.

Y es que aquí no hay otros niños. Todos son chatarreros, comerciantes o gente peligrosa. Ninguno quiere jugar conmigo, excepto Rey.

Rey es una chatarrera y mi mejor amiga. Mi padre la tuvo contratada por un tiempo cuando ella tenía más o menos mi edad, y siempre dice que fue la vez que más se ha comido en casa. Es la mejor chatarrera de todo Jakku y consigue las mejores piezas para intercambiar por porciones. A mí me gustaría ser como Rey, y de hecho mis padres muchas veces me dejan acompañarla cuando va al cementerio en busca de piezas, aunque la gran mayoría de veces me quedo aprendiendo a cuidar de los happabores. «*Mientras*

más cosas sepas hacer, más oportunidades tendrás en la vida», es lo que suele decir mi madre.

También soy la única amiga con la que cuenta Rey. A menudo cotilleamos los archivos o imágenes grabadas en las naves estrelladas y nos inventamos historias con lo que vemos. Es muy divertido. No hacía mucho que imaginábamos ser miembros del bando rebelde que luchaban contra el poderoso Imperio. Rey tiene un casco que perteneció a una capitana llamada Dosmit Raeh, y se lo solía poner cuando jugábamos a eso. También tenía una muñeca que se hizo cuando era más pequeña y que, al querer yo una, me hizo otra igual. Pero ahora las dos hemos crecido y ya no jugamos a rescatar prisioneros y cosas así, sino que dedicamos nuestra mayor parte del tiempo a sobrevivir.

Mi sueño es convertirme en la mejor criadora de happabores no solo de Jakku, sino de la galaxia entera. Otro cuidador que hay me contó que hay más happabores en otros planetas y que incluso algunos son usados para llevar a príncipes y princesas. A mí eso me hace reír, porque son tan grandes y torpes que me cuesta imaginarlos siendo la montura de gente tan refinada como puede ser cualquier miembro de la realeza. Por otro lado, el mayor sueño de Rey es que vuelva su familia, pero sé que lo que esconde detrás de eso es querer irse de Jakku. «*Que yo esté aquí es un error*», comenta a menudo. A mí me pone triste porque no quiero que se vaya, pero nunca veo sus ojos brillar tanto como cuando ve una nave despegar y abandonar el planeta, así que sé que algún día ella hará lo mismo.

Cuando al fin compruebo que la bestia ha comido todo para ingerir el medicamento que debe tomar, salgo corriendo para decírselo a mi madre. Misión cumplida.

Es entonces cuando veo a Rey llegar al Puesto de Niima, ya que ella vive en los Páramos Goazon. Me acerco a saludarla y cuál es mi sorpresa al ver que junto a ella hay un droide astromecánico.

—¿Dónde lo has encontrado? —pregunto emocionada mientras me agacho para verlo más de cerca.

Era algo muy raro de encontrar, y menos un modelo así, en el cementerio.

—Cerca de casa, anoche —explica mientras saca de la red de su deslizador el bastón que siempre le acompaña—. Teedo lo quería desmontar.

—¡Oh, pobrecito! —digo sin apartar los ojos de él—. ¿Cómo se llama?

El droide me contesta con unos pitidos que me hacen reír.

—BB-8 —responde Rey—. No es de por aquí.

—¿Y de dónde eres? —le pregunto directamente, a lo que él me responde con otra serie de sonidos—. ¿Ha dicho clasificado? —Mi conocimiento de la lengua droide no es el mejor.

—Sí —afirma ella—. No hay manera de que diga más. —Dobla sus piernas para ponerse a nuestra altura y señala su antena—. No le funciona y no puede comunicarse con su amo.

—¿Lo están buscando? —sigo preguntando.

—Eso parece —dice con una sonrisa que no llega a sus ojos.

Y sé por qué. Rey espera que su familia también la esté buscando. Nunca me lo ha dicho directamente, pero entiendo que es así cuando me insiste en que cuide y respete a mis padres, que los valore, porque ella es lo que haría con los suyos. A veces me siento un poco mal cuando les desobedezco porque me acuerdo de las palabras de Rey.

—Podrías llevarlo a la Bahía 3 para ver si un comerciante puede llevarlo —se me ocurre.

—Ya se lo he dicho, pero no hay manera —dice suspirando mientras se vuelve a poner en pie—. Sea quien sea debe venir, porque BB-8 lo está esperando.

Miro al droide y la miro a ella. Dos seres tan distintos, pero tan parecidos. Seré pequeña, pero crecer en un sitio como Jakku te hace darte cuenta de cosas como esa.

—Bueno, voy a intercambiar esto por algo de comida —señala a su saco—. ¿Nos vemos luego? Quizás así me ayudes a sacarle algo a BB-8.

Los pitidos que emite la bola blanca y naranja no dejan lugar a dudas: no dirá nada. Para ser un simple droide parece ser un pez de los gordos.

Asiento a Rey y me dirijo con parsimonia hacia el happabore que estaba cuidando, pero por el camino un chico que no he visto en mi vida se choca conmigo y me pide, casi sin voz, «agua». Yo le empujo para apartarlo de mí mientras niego con la cabeza. Extranjeros… Seguro que es un comerciante demasiado confiado o ignorante, o puede que ambas cosas a la vez, para atreverse a venir a esta gran roca que es Jakku sin la suficiente agua. Este planeta no es para cualquiera por mucho que digan que es un vertedero, ya que pone a prueba la resistencia de todos los que lo pisan, solo logrando sobrevivir los más fuertes. Miro al cielo y me pregunto cómo será allí fuera para que nosotros parezcamos ser los habitantes más duros de toda la galaxia.

Cuando regreso a mis tareas aparece mi madre con semblante serio. Yo miro a mi alrededor buscando la causa de su gesto, pero me está mirando a mí.

—Hija, ¿puedes venir un momento? —dice.

Dejo la escoba a un lado y me adentro con ella en la tienda de lona, donde guarda y tramita todos los registros de venta y alquiler de los animales que cría. Ambas nos sentamos en dos sillas, una frente a la otra, y coge mis manos entre las suyas.

—Anoche hubo un ataque —cuenta.

Tuerzo el gesto y caigo en una conversación que escuché a medias más temprano en la mañana.

—¿Dónde? —cuestiono.

—En Tuanul. —El vello de mis brazos se eriza. Y sé que algo va mal, no, que todo va mal.

—Lor San Tekka… —El nudo que se ha formado en mi garganta me impide terminar de hablar.

Mi madre asiente.

—No hubo supervivientes.

Soy una niña dura, hay que serlo si quieres seguir con vida aquí, por lo que intento reprimir mis lágrimas. Pero mis ojos escuecen y mis cuerdas vocales se tensan, y aunque

busco con la mirada cualquier cosa con la que distraer a mi cuerpo, me termina traicionando y rompo contra el pecho de mi madre. Porque Lor San Tekka hizo que llegara con vida a este universo y mantuvo a salvo la de mi madre en el proceso. Porque me dio mi nombre. Porque me contaba historias de poderosos hombres y mujeres que poseían y estaban en comunión con esa energía a la que llamaba «*la Fuerza*». Porque se reía de mí cuando preguntaba ansiosa si algún día conocería a alguien así. Y porque me hablaba de una isla en la que vivía el hombre más poderoso y capaz de usar esa Fuerza. Yo no sabía qué era una isla, y me explicó que era un trozo de tierra rodeada por tanta agua como arena había en Jakku, y que sus pastos eran verdes. Recuerdo preguntarle si algún día me llevaría allí porque era incapaz de ver tanto verde o agua en mi mente.

—¿Quién los atacó? —digo notando crecer tanto odio por mis venas que sentía que podían estallar de un momento a otro.

—La Primera Orden.

Así era. Siempre. Siempre la Primera Orden. Los herederos de los ideales de aquellos contra los que luchábamos Rey y yo no hacía mucho, en juegos. Mi padre decía que en la guerra no hay buenos ni malos, solo víctimas, pero era difícil creerlo cuando los que invadían, masacraban, se apropiaban de lo que no fuera suyo, incluso aquí en Jakku cuando buscaban antiguas piezas de naves estrelladas con unos modales de las que hasta el propio Unkar tenía miedo, eran los de la Primera Orden.

Entonces, solo entonces, juro venganza. Juro crecer fuerte y salir de ese planeta para luchar contra ellos, para ayudar a Rey a encontrar a sus padres. Juro renunciar a la comodidad y cariño del hogar, por mucho que estuviera en mitad de un desierto, para volar libre y enfrentarme a todo aquel que se atreviera a abusar de personas inocentes. Sin embargo, estos pensamientos se ven interrumpidos cuando, tras la lona, comienzo a escuchar un revuelo seguido de unos disparos que parecen provenir de blásters. Mi madre y yo intercambiamos miradas nerviosas para un segundo después levantarnos y asomarnos.

Algo me llama, no sé exactamente el qué, pero siento algo que me empuja a actuar. Busco con mirada desesperada hasta que veo a Rey corriendo al lado de ese chico que me había pedido agua, seguidos a muy escasos metros de BB-8. Están huyendo. Y cuando miro un poco más hacia la derecha, veo que, tras ellos, les siguen dos soldados de asalto.

«*Ayúdales*». Escucho una voz que no sé si viene del interior o exterior de mi cabeza. «*Ayuda a Rey a despertar*». Me siento como atrapada bajo un hechizo, un sueño, porque nunca en mi vida he tenido más claro cuál era mi propósito, por qué había dado tan difícil parto a mi madre. Y es que no sé cómo, pero alzo mi mano y a ella viene una herramienta con la que limamos las pezuñas de los happabores.

Mientras todo vuela alrededor por la acción de la gente huyendo sin sentido para ponerse a salvo, cayendo los objetos de los tenderetes bien por los disparos o por las propias personas que los empujan para liberar su camino, corro hasta esos soldados de uniformes blancos.

Los tengo muy cerca, y veo cómo localizan a Rey, al chico y al droide escondidos tras un puesto del mercado. Uno está pidiendo refuerzo aéreo mientras el otro ya tiene a tiro a Rey. No sé por qué sé que es a ella, pero sé que es así. Así que sintiendo que, si no hacía que mis músculos quemasen más para ser más rápidos, perdería a la única amiga de verdad que he tenido, pego un gran salto hasta pinchar, ironías de la vida, actuando como versa mi nombre, la lima que porta en su cuello.

Mi mano comienza a teñirse de rojo por la sangre que brota de su vena, luego escucho el golpe sordo de su cuerpo cuando cae muerto al suelo. «*Al menos no es Rey la que está muerta*», me digo a mí misma. Pero luego siento el sonido de un disparo y veo más rojo. Rojo del bláster, rojo que mancha la ropa que cubre mi estómago, y al notar la arena en mi espalda al fin veo azul. Tanto azul como debía rodear a un trozo de tierra llamado isla. También veo a un halcón levantando el vuelo y surcando el cielo hasta desaparecer, volando libre al fin.

—Buen viaje, Rey —susurro.

Entonces, siento que soy acunada en los brazos de mi madre como el día tormentoso en el que vine al mundo. Y también veo a Lor San Tekka frente a mí, sonriendo.

—Ahora verás todo el verde de la galaxia —anuncia—. Y cómo los happabores tiran de príncipes y princesas.

Sonrío. Exhalo el último suspiro que mi cuerpo es capaz de dar al sentir tanta paz acogiendo y llevándose mi alma. Cuando cierro los ojos, veo todo aquello con lo que alguna vez he soñado y más.

EL ARQUITECTO

JOSÉ ALABAU CASAÑA



Una descarga eléctrica despertó a Hal Lange de su sueño. Llevaba pocas horas fuera del tanque de bacta, pero su cuerpo seguía adormecido. Entornó los ojos y vio que estaba en una habitación blanca, sentado, con las manos esposadas. Frente a él, al otro lado de la mesa, una interrogadora de la Nueva República le miraba fijamente.

—Lamento que hayamos tenido que despertarle así, pero era la manera más rápida. No se preocupe, el atontamiento en el brazo no tardará en desaparecer.

—¿Qué hago… aquí? ¿Quién es usted?

—Mi nombre es irrelevante.

Lange miró a su alrededor, confundido.

—Señor Lange, se encuentra en una sala de interrogatorio. Viajaba a bordo del *Infligidor* cuando se estrelló en Jakku. Por el estado en el que le encontramos entre los restos, sufrió un fuerte traumatismo en la cabeza, además de quemaduras en gran parte del cuerpo.

Lange se palpó la cabeza, la tenía casi toda envenada. Tampoco se había percatado de las gasas que envolvían algunas zonas del cuello y los brazos.

—Por la expresión que veo en sus ojos no recuerda nada. Muy bien, le refrescaré la memoria. Usted es Hal Lange, originario de Naboo, tiene cincuenta y dos años y ha trabajado como arquitecto para el Imperio. Y lo más importante, será juzgado por los tribunales de la Nueva República acusado de genocidio. Pero no se preocupe, antes de eso aún tenemos que sacarle algo de información.

—¿Estoy en Jakku? ¿Me han trasladado a otro sistema?

—Eso es irrelevante.

Lange suspiró. Sus recuerdos estaban volviendo a su memoria. Miró a su alrededor: ninguna abertura al exterior, iluminación artificial. Podían decirle lo que quisieran sobre el lugar donde se encontraba.

—¿Genocidio?

—Hemos estudiado su historial, es muy interesante. Debido a la gravedad de la acusación, vamos a necesitar también un informe psicológico, ya que alguien con una ética razonable se habría negado a trabajar en los proyectos en los que participó. Dígame, ¿cómo fue su infancia? Según los registros oficiales, quedó huérfano cuando aún era un niño.

La interrogadora presionó la pantalla de un datapad que había en la mesa, iban a grabar toda la declaración. Lange la miró a los ojos, arqueando una ceja. Tal y como estaban las cosas, era inútil permanecer en silencio. A no ser que les contara algo, pasarían a técnicas más sofisticadas para extraerle la información, y en su estado no sería muy recomendable. Además, estaba convencido de que saldría de allí de una manera u otra, por muy satisfecha que estuviera su interrogadora de tenerlo esposado en una silla, así que no tenía sentido castigar más aún su maltrecho cuerpo. Cerró los ojos y sus recuerdos volaron a la noche en la que murieron sus progenitores.

***

NABOO, CUARENTA Y CINCO AÑOS ANTES

Hal Lange gritó con todas sus fuerzas mientras veía los cuerpos de sus padres desplomarse como si fueran droides desactivados. Sus cabezas golpearon el pavimento del salón de casa, pero no llegaron a sentir dolor porque habían muerto instantes antes. De la nariz y de las orejas manaban hilos de sangre, formando un pequeño charco en el suelo. Tropezó y cayó hacia atrás, arrastrándose fuera del salón, sin entender qué había pasado. Estaba discutiendo con ellos y… de repente habían caído fulminados. No sabía qué hacer, sus sentidos estaban abotargados, todo se movía a cámara lenta. Palpó la puerta de un armario y se metió dentro, entre ropa colgada, sollozando, sumergiéndose en una oscuridad protectora.

Pasaron minutos, quizá horas, ya que la conmoción había hecho que Lange perdiera la noción del tiempo, hasta que finalmente distinguió por una ranura unas figuras granates borrosas moviéndose por el salón, gesticulando, hablando, aunque no oía qué decían.

Una de ellas se detuvo y se dirigió hacia donde estaba. Las puertas del armario se abrieron y una luz cegadora lo inundó todo. Contempló cómo dos manos enguantadas surgidas de la nada lo cogían y lo levantaban. En ese momento perdió el conocimiento.

Despertó unos días más tarde en una habitación de hospital. A su lado, sus abuelos y los médicos lo miraban con atención.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, pero sus fuerzas se desvanecieron y volvió a dormirse. En sus sueños, más bien pesadillas, se repetía una y otra vez la muerte de sus padres, buscando una explicación.

Cuando por fin despertó, fue sometido a varias pruebas médicas que no revelaron ninguna secuela más allá del trauma emocional. Lo que hubiera provocado las hemorragias cerebrales que habían matado a sus padres no le había afectado a él. Los psicólogos que lo trataron solo dejaron anotado en los informes que el niño afirmaba ser el responsable de su muerte, pero adujeron que esa autoinculpación respondía a la creencia de que si no hubiera empezado la discusión sus padres aún seguirían vivos. El suceso causó cierto revuelo mediático, ya que en un planeta tan pacífico como Naboo, una muerte violenta era muy poco común.

Hal se fue a vivir con sus abuelos, que también habían sufrido la muerte de su hijo. Sabían que para el niño no estaba siendo fácil, ya que se había vuelto taciturno e introvertido. Muchas tardes después de la escuela se iba solo al lago y se sentaba durante horas mirando el horizonte. Construía castillos con piedras y palos, y luego los deshacía. Construir y destruir, construir y destruir, así hasta que quedaba exhausto. Había días que dejaba el castillo en pie, como si le pareciera mejor idea, mientras que otros las piezas acababan desperdigadas.

Una noche, cuando volvió a casa, se encontró con un datapad nuevo. Lo encendió y dentro había miles de entradas sobre planetas, naves, edificios, esculturas, cualquier cosa que pudiera imaginar.

—Es un regalo, Hal, de Explotaciones Demask —le dijo su abuelo. El dueño se ha enterado de lo que ha pasado y nos lo ha enviado pensando que te gustaría. Quiere que desarrolles todo tu potencial. Está convencido de que una mente tan fuerte como la tuya es capaz de grandes logros, que solo necesitas focalizar tu atención. Nos ha enviado también cuadernos, holos, juegos de construcción, un montón de cosas. Si necesitas algo más, solo tenemos que escribirle.

Hal cogió todo lo que podía y se lo llevó. Un universo entero se abría ante él.

***

PRESENTE, TRAS LA BATALLA DE JAKKU

La interrogadora le miró extrañado.

—¿Sus padres murieron y usted se dedicó a dibujar?

Solo le había dicho lo necesario, nada de los traumas ni del regalo que recibió.

—Sí. No sé muy bien qué esperaba que hiciera. Tampoco veo qué importancia puede tener. Si quiere le hago un dibujo y se lo dedico.

—Eso lo dictaminarán las personas que estudien su caso. Y no, no hace falta, tenemos planos firmados por usted de sobra.

Lange se encogió de hombros.

—En su historial pone que participó en el Programa de Futuros de la República.

Cuénteme cómo logró acceder, porque sin los contactos necesarios era imposible.

—Bueno, siempre fui un buen estudiante. Por cierto, ¿las buenas notas de mi expediente académico rebajarán la condena?

—No se haga el gracioso.

—Nunca se sabe.

***

NABOO, CUARENTA AÑOS ANTES

El Programa de Futuros de la República. La verdad es que no había oído hablar de él, pero sus profesores sí, y convencieron a sus abuelos de que era la mejor opción. Tenía el talento, la creatividad, la energía, pero su mente se iba a estancar y frustrar si no podía desarrollar todo su potencial, así que lo inscribieron. Además, el programa cubriría la totalidad de los gastos educativos, ya que si resultaba elegido para formar parte se iría a vivir a las instalaciones de Brentaal IV, en pleno Núcleo Galáctico, cerca de Chandrila, Coruscant y de todos los planetas que le interesaban por su arte y cultura.

Se presentaron centenares de candidatos de todas las regiones de Naboo, sin duda merecedores de aquella oportunidad, pero el jurado solo podría elegir uno. El proceso de selección se estableció por rondas eliminatorias, pruebas objetivas que iban descartando a los aspirantes hasta que solo quedaron cinco, siendo Hal uno de ellos.

El tribunal que decidiría quién accedía al programa estaba presidido por el gobernador Sio Bibble y el rey Veruna. El ejercicio final era totalmente libre, ya que una vez superadas todas las pruebas técnicas solo podían escoger al ganador dejándole total libertad creativa, para que se expresara sin ataduras.

Aunque estaba nervioso, cerró los ojos, inspiró hondo y dejó vagar su imaginación. Su mano se movía sola por el dibujo, como una melodía, mientras las líneas se encontraban, se separaban, se torcían, se alineaban. Finalmente, entregó el papel y el jurado empezó a deliberar. Por la manera en la que los miembros del tribunal miraban a los aspirantes, supo que no sería elegido ganador, pero algo cambió en el último momento. De la nada apareció el senador Palpatine y se acercó al jurado.

Parecía que quería asegurarse que el dinero de la República se iba a invertir en la persona adecuada. Ojeó todos los diseños y se quedó mirando el suyo. Levantó la mirada y preguntó de quién era. No soltaba el dibujo, había algo en él que le había llamado la atención. De alguna manera, invirtió las tornas y convenció a los demás miembros del jurado. Se acercó y le preguntó.

—¿Qué te gustaría ser de mayor, hijo?

—Me encanta la arquitectura, señor.

—Cuando acabes los estudios del Programa, podrías ingresar en la Academia de Bellas Artes de Coruscant, me han dicho que es la mejor institución.

Hal abrió los ojos en gesto de sorpresa, mientras el senador le miraba con una sonrisa afectuosa.

—Enhorabuena, Hal Lange, bienvenido al Programa de Futuros. Seguiremos de cerca tu carrera —y le guiñó un ojo antes de irse con el dibujo enrollado.

Lo había conseguido, había resultado elegido entre centenares de aspirantes.

Las despedidas nunca eran fáciles, pero no se iba al Templo Jedi. Podría seguir en contacto con su familia y sus amigos. Además, podrían visitarle cuando quisieran, ya que Naboo estaba cerca de la Vía Hydiana, que cruzaba el sector Bormea, donde se encontraba Brentaal IV. Así pues, hizo las maletas y se lanzó a descubrir la galaxia.

***

PRESENTE, TRAS LA BATALLA DE JAKKU

—Entonces, según usted, Palpatine consiguió que lo eligieran.

—Puede ser, igual no tuvo nada que ver y solo son imaginaciones mías.

La interrogadora anotó algo en el datapad.

—¿Volvió a hablar con él?

—Directamente no. Ya sabe, existe una jerarquía. No creo que usted pueda hacerlo con Mon Mothma tampoco.

La interrogadora dejó de anotar y levantó la mirada.

—Puedo hacer muchas cosas señor Lange, entre ellas, que continúe contándome su vida. Siga.

***

BRENTAAL IV, TREINTA Y NUEVE AÑOS ANTES

Los años en el Programa de Futuros fueron muy productivos. Su universo particular se expandió exponencialmente. Humanos, alienígenas… Brentaal IV era un hervidero de especies y culturas. Lange, que hasta entonces había considerado Naboo el centro de la galaxia, descubrió que no era más que una gota insignificante en un mar infinito, eso sí, al menos era el planeta natal del ahora Canciller Supremo, lo que le daba cierto toque de respetabilidad. Allí coincidió con Orson Callan Krennic, un año menor que él, también del Borde Medio, ya que provenía del industrializado Lexrul. Krennic, que también soñaba con convertirse en arquitecto una vez finalizado el Programa, combinaba su pasión con el estudio de la armamentística. Lange, atento a cualquier diseño que cayera en sus manos, se deleitaba con los planos que le facilitaba de todo tipo de armas.

—Un día haremos algo grande, ya lo verás —solía decirle Krennic.

Pasaron los años y el Programa llegó a su fin. Habían sido diez años de su vida y ahora le esperaban otros seis en la Academia de Bellas Artes de Coruscant, donde podría admirar los rascacielos que poblaban la Ciudad Galáctica.

Lange ingresó en Arquitectura. Los cambios siempre son traumáticos, pero para relajarse, solía visitar la Plaza de los Monumentos, rodeada de edificios de estilo épico del periodo hasennano, en cuyo centro se encontraba el pico del monte Umate, el único punto visible de la superficie del planeta. Era su manera de recordar que debajo de toda aquella artificialidad había una naturaleza escondida, que todo aquello hacía miles de años había sido como Naboo, su hogar.

Durante los últimos años de sus estudios de arquitectura se desencadenaron las Guerras Clon. Lange, ajeno a las intrigas políticas de republicanos y separatistas, seguía la contienda por los avances armamentísticos que se desarrollaban, por la capacidad de destrucción de ambos bandos que arrasaba el patrimonio arquitectónico de mundos enteros. Desde el Núcleo la guerra se veía como estadísticas e informes, ya que a efectos prácticos solo sufrían las consecuencias cuando se interrumpían las importaciones de algún planeta sumido en el caos. No fue hasta el cerco separatista en los últimos estertores de la guerra que Lange no vio una batalla real, aunque solo fueran puntos brillantes en el cielo.

Así pues, la República dio paso al Imperio al mismo tiempo que finalizaba sus estudios y se titulaba como arquitecto. A pesar de su excelente currículo, la realidad no

era como la había imaginado desde dentro de las aulas. La guerra había asolado planetas enteros, creando un sinfín de oportunidades para tareas de reconstrucción, pero Lange no quería abandonar Coruscant, al menos de momento. Montó su propio estudio, pero sin los contactos necesarios era muy complicado conseguir trabajos, por eso, cuando se anunció un concurso para conmemorar el primer año del Imperio, se le abrieron los ojos. Esta iba a ser su oportunidad para demostrar su talento y darse a conocer. El concurso consistía en diseñar un monumento en honor del Emperador, que reflejara los valores que el nuevo régimen había traído a la galaxia. Miles de proyectos llegaron desde todos los planetas conocidos, presentándose arquitectos y diseñadores de reconocido prestigio.

Lange se sumió de lleno en el concurso. Apenas dormía ni comía de lo absorto que estaba en el diseño. Su apartamento se convirtió en un almacén de bocetos, planos y maquetas que ocupaban el suelo y las paredes.

Llegó el momento de presentar las propuestas, y tras unas semanas de deliberación, se hizo público el vencedor. Lange, que estaba convencido que sería el elegido, no supo cómo afrontar la derrota cuando vio que su propuesta no había sido la ganadora. Todos los fantasmas que había ocultos en su interior, letárgicos durante tantos años, salieron a la luz. Horas, días, semanas, desperdiciadas en lo que él había considerado su obra maestra.

Vagó por diferentes niveles de Coruscant mientras el sol se ocultaba, al mismo tiempo que la oscuridad crecía en su interior. Había oído historias sobre el nivel 1313, donde la peor calaña de la galaxia campaba a sus anchas por aquellas profundidades. Lange, absorto en su delirio, se dirigió hacia allí. Ya no era él quien decidía sus acciones, sino la rabia acumulada.

Cuando recuperó la cordura, se miró las manos lentamente, sorprendido de lo limpias que estaban frente al caos que había a su alrededor. Nadie se interpuso en su camino de vuelta a la superficie.

***

PRESENTE, TRAS LA BATALLA DE JAKKU

—Entonces se presentó a aquel concurso y no ganó. No se lo tome a mal, pero si no había construido ni una jaula para rancors, ¿cómo pretendía que lo eligieran?

Si no hubiera tenido las manos esposadas las hubiera levantado con las palmas abiertas.

—Como ve, no siempre sale victorioso, Lange. Solo tiene que mirar a su alrededor.

—Eso es un golpe bajo.

—Pequeños placeres que tiene este trabajo. Continúe.

***

CORUSCANT, VEINTIDÓS AÑOS ANTES

Tras fracasar en el concurso, Lange prefirió trabajar en proyectos ajenos que no le sometiesen a tanta presión. Se alistó en el Cuerpo de Ingenieros del Imperio, y estuvo realizando tareas de reconstrucción en varios planetas.

Pasaron los años y cuando volvió a coincidir con Krennic, este le convenció de que pidiera el traslado a la División de Investigación de Armas Avanzadas, donde ostentaba el cargo de director. Lange, combinando sus conocimientos de arquitectura y armamentística, empezó a trabajar en el diseño de módulos habitacionales para destructores estelares. Contento con los avances, un día Krennic le enseñó unos planos para que los revisara.

—¿De qué se trata? —preguntó Lange, pero no obtuvo respuesta.

Estuvo muchos días analizando lo que tenía entre manos. Los planos correspondían a varios sectores de una instalación militar, pero había un error en las mediciones, una pequeña desviación, que si corregía afectaría a los diseños de otras partes. Lange fue anotando las diferencias y descubrió que respondían a un patrón geométrico. Al principio pensó que la instalación sería circular, porque la corrección angular encajaba en un plano bidimensional, pero cuando empezó a superponer estructuras se percató de que necesitaba una coordenada extra, un tercer eje para poder encajar las diferentes plantas. Lo lógico hubiera sido un toroide, porque podría tratarse de una estación orbital, pero aquello no tenía esa forma, era una esfera, y muy grande, absurdamente grande, del tamaño de una pequeña luna.

Lange llamó inmediatamente a Krennic.

—Quiero participar.

No vio su cara, pero se la pudo imaginar.

—Está bien, veré qué puedo hacer, pero necesito que vengas esta noche a una reunión. Ponte tus mejores galas y pasarán a recogerte. Lange, tu participación depende de que caigas bien a las personas que verás allí.

Tal y como le había dicho Krennic, pasaron a recogerle y le llevaron a los Jardines Botánicos. Allí estaba la élite de la galaxia. La mayoría los había visto en las noticias de la HoloRed, pero también había algunos rostros desconocidos. Los que se reunirían a puerta cerrada llevaban un colgante con un círculo inclinado, lo que les delataba como miembros de aquella orden. Pero antes de los cónclaves se permitía la presencia de conocidos, aspirantes, grupos de presión, industriales, banqueros, militares… que charlaban animadamente y participaban del acto social previo.

Krennic le fue presentando a muchos de los asistentes, al mismo tiempo que le señalaba otros. Lange se quedó mirando hacia un ser con piel azul.

—Es el gran almirante Thrawn, un chiss, por eso tiene esa pigmentación. Él fue quien puso en marcha el proyecto del Tie/D.

Lange intentó anotar mentalmente los nombres que le decía, pero al cabo de un tiempo desistió. Fueron participando de varios corrillos, saludando, presentándose, charlando de muchos temas.

—Lange, le presento al gran visir Sate Pestage.

—Es un honor, excelencia.

—El honor es mío. El director Krennic me ha hablado mucho de usted. Me ha informado que ha descubierto de una manera muy inteligente nuestro pequeño secreto y quiere participar.

—Así es, excelencia.

—Muy bien, hablaré con Lemelisk, quien está a cargo de la parte técnica.

—Muchas gracias.

—No me las dé a mí. Si nos disculpa un momento, tengo que hablar de un tema con el director.

Krennic y Pestage se separaron un momento.

—Todo bien, no te preocupes —le dijo cuando volvió—. El gran visir quería saber cómo iba otro tema. No sé si te acuerdas de Galen Erso, del Programa de Futuros, es cuatro años más mayor que tú. Trabaja con nosotros en el proyecto Poder Celestial, en cristalografía. Es un departamento que lleva cierto retraso, pero al final cumpliremos los plazos del Emperador.

Lange lo recordaba, era otro de los amigos de Krennic, muy reservado pero brillante. Había ganado el premio Ashgad y la medalla de Sistemas de Ingeniería Kuat.

—Pero no hablemos más de trabajo por esta noche. Disfrutemos de la velada.

***

PRESENTE, TRAS LA BATALLA DE JAKKU

—Ya estamos llegando a lo interesante.

Lange se inclinó hacia ella.

—Si cree que le voy a detallar todo lo que hice durante el tiempo que trabajé para el Imperio está muy equivocada. Nombres, planetas, proyectos… podría estar años hablando, y para qué, me van a declarar culpable de todas maneras. Además, es mi única baza para mantenerme con vida, así que no confíe demasiado en que vaya a darle esa información.

—El Imperio ya no existe, Lange. Quedan remanentes, sí, pero caerán, igual que lo ha hecho usted. No tiene sentido obcecarse en salvaguardar secretos de personas que ya están muertas, o lo estarán en breve.

—Se llama lealtad.

—No, se llama estupidez.

***

CORUSCANT, DIECISIETE AÑOS ANTES

Lange empezó a trabajar en el proyecto Estación de Combate Orbital EM-1, conocida como *Estrella de la Muerte*. El diseño de esta arma había resultado de la fusión del bautizado como Arma Definitiva que habían desarrollado los geonosianos para los separatistas con los bocetos de Raith Sienar para el Planetoide Expedicionario de Combate, pero no fue hasta que el proyecto cayó en manos de Tarkin que no tuvo el impulso definitivo. Sin duda se trataba del proyecto más ambicioso que había existido jamás en la galaxia, totalmente oculto para la opinión pública. Una pesadilla logística, de planificación y de ejecución, destruida por los rebeldes al poco de finalizarse.

Lejos de ser cancelada, se puso en marcha la construcción de una segunda estación de combate, aún más grande, en la que Lange asumió mayores responsabilidades después de las purgas que se produjeron tras la destrucción de la primera.

El trabajo era mucho más intenso y las exigencias superiores, por eso Lange se sorprendió cuando recibió la orden de liberar cierta información sensible a una célula bothan. La estación aún estaba en construcción, aunque a niveles operativos, cuando sufrió otro ataque rebelde que la destruyó. Pero esta vez el Emperador y Lord Vader cayeron con ella, cundiendo el caos entre las filas imperiales.

Lange y todo su equipo fueron evacuados de Coruscant debido a la anarquía que asoló el planeta. Rebeldes, caciques locales, restos imperiales, cada facción controlaba unos sectores, en continua guerra de guerrillas por arañar un trozo de territorio al enemigo. Fue trasladado a la Nebulosa Vulpinus, donde se concentraba escondida parte de la flota imperial remanente. Allí recibió la visita del almirante Gallius Rax.

—Lange, encantado de conocerle. El Emperador le tenía en alta estima.

Lange se sorprendió con aquella revelación, ya que dudaba que se acordara de la única vez que habían hablado hacía ya tantos años en Naboo. Sí, en los últimos años había asumido cargos de mucha responsabilidad en el desarrollo de la segunda estación de combate, sobre todo después de la muerte de Krennic y de Tarkin, pero siempre recibía las órdenes a través de Mas Amedda o de algún otro subordinado, no directamente de él.

—Nos encontramos en un impás que definirá nuestro futuro. Existe una contingencia, un plan alternativo, unos elegidos, entre los que se encuentra usted, que tendrán que llevar a cabo una misión muy importante. No puedo darle más detalles en persona, solo que deberá viajar a unas coordenadas que le indicaré por un canal seguro. Después de lo de Akiva, sospechamos de un topo que se hace llamar Operador que filtra información al enemigo. Además, la desaparición de la gran almirante Sloane nos obliga a desconfiar de todo el mundo. No nos falle Lange, el Imperio depende de usted.

Tras este encuentro, los hechos se precipitaron. Lange iba a subir a un crucero para viajar a las coordenadas de Rax, pero tuvo que posponer su misión porque toda la flota imperial se dirigió al desértico Jakku, donde se enfrentó a la Nueva República. En plena batalla, Lange, a bordo del *Infligidor*, notó cómo el destructor iba poco a poco perdiendo altura, inclinándose hacia la superficie del planeta. Por los ventanales observaba la estela de humo que provocaba el roce del casco con la atmósfera. Lange pensó en lo irónica que

sería aquella muerte, ya que su primer trabajo en el departamento de Armas Avanzadas había sido diseñar parte de aquella nave. Resignado por no poder cumplir con la misión que le había encomendado Rax, cerró los ojos. Una parte de él, oculta durante muchos años, deseaba salir a la superficie de nuevo, pelear, luchar contra el destino, desatar una locura siempre reprimida, igual que ocurrió tras el concurso, pero las leyes de la física no atienden a los deseos personales. La superficie desértica se aproximó más y más hasta que la nave se estrelló. Por suerte, segundos antes del impacto final, una viga le golpeó en la cabeza dejándole inconsciente, por lo que al menos no tuvo que ver su trabajo reducido a escombros para futuros chatarreros.

***

PRESENTE, TRAS LA BATALLA DE JAKKU

—Muy bien, no me contará nada, solo lo que ya sabemos. Trabajó en la segunda Estrella de la Muerte, luego fue evacuado y finalmente acabó aquí, en este planeta, con la cabeza abierta y la piel chamuscada.

—Entonces aún sigo en Jakku.

Lange pudo notar cómo la interrogadora se daba cuenta del error que acababa de cometer revelando su localización.

—Sabe, cuando alguien me pregunta qué diferencia hay entre un psicópata y un sociópata, siempre respondo que el primero nace y el segundo se hace. Es una simplificación llena de matices, pero usted encajaría en la segunda clasificación. Un trauma infantil: la horrorosa muerte de sus padres. Un desencadenante que actúe de catalizador: perder aquel concurso. Esa combinación es un cóctel explosivo que le ha llevado, entre otras cosas, a desarrollar esa sociopatía. No le importa que mueran millones de personas debido a sus proyectos, no tiene esa empatía, solo egoísmo. Usted solo quiere construirlos. Da lo mismo que sea un monumento que una estación de combate. Ha participado en el desarrollo de las dos armas más mortíferas que ha conocido la galaxia y estando orgulloso de ello, es más, sin dudar ni un ápice.

Lange le miró a los ojos.

—¿Se arrepiente?

—¿Por qué debería?

—Su trabajo ha provocado genocidios. ¿No le parece suficiente?

Lange guardó silencio.

—Está claro que no lo ve porque su cerebro no distingue el bien y el mal como lo percibimos los demás. Para usted solo hay un fin y un medio, ninguna valoración de si lo que está haciendo es correcto o no. Dígame, ¿lo volvería a hacer?

No dijo nada.

—A veces el silencio es más elocuente que las palabras. Muchas personas, al ver el resultado de sus actos, adquieren consciencia de lo que han hecho, comprenden los

estándares sociales que nos rigen. Pero en su caso hay una maldad inherente. Sospecho que hay mucho más de lo que me ha contado, fantasmas escondidos que acechan en el interior de su mente, revoloteando a la espera de poder librarse de las cadenas y salir. Y eso…

La interrogadora no pudo acabar la frase. Una enorme explosión reventó una pared y entró un batallón de soldados de asalto. Lange, que seguía esposado, vio cómo acababan con ella y lo liberaban. Le sacaron del edificio y le evacuaron. Cuando estaban aún en una órbita baja, pudo contemplar el cementerio de naves en que se había convertido aquel planeta.

***

MESES MÁS TARDE

La nave descendió a la superficie y se posó lentamente, levantando pequeños remolinos de polvo a su alrededor. Lange bajó por la rampa y se encontró con un paraje desértico, salpicado de antiguas construcciones abandonadas. Miró con sus binoculares y, proveniente de una explanada sin fin, vio cómo se acercaba a su encuentro lo que parecía un humano. Poco a poco la figura se fue definiendo, apreciándose una túnica roja y un casco de vidrio opaco que reflejaba la luz, emitiendo pequeños destellos al andar. Cuando llegó ante Lange se inclinó, y en el casco apareció una versión holográfica del rostro de Palpatine.

—Bienvenido, le estaba esperando. El Emperador estaba convencido de que vendría. Como sabrá, este planeta ha tenido muchos nombres: Pasegam en tiempos de Xim «el Déspota» o Moraband durante las Guerras Clon. Pero estos nombres no significan nada para usted, ¿verdad? No, claro que no, si no, no estaría aquí. Bienvenido a Korriban, señor Lange, el Emperador le saluda a través del tiempo.

Lange hincó la rodilla y asintió.

—Es un honor para mí estar aquí.

—El huérfano de Naboo que acabó participando en el diseño de las dos Estrellas de la Muerte. Ha intervenido más en el devenir de la galaxia que muchos de los que se vanaglorian de ello. Su alteza siguió de cerca su trayectoria todos estos años, para que, llegado el día, tuviéramos este encuentro. Porque existe una contingencia, una segunda oportunidad para este Imperio que se derrumba, y usted es la pieza fundamental.

Lange recordó las palabras de Rax, que le había dado las coordenadas de aquel planeta. Durante toda su vida había sentido curiosidad por las leyendas que hablaban sobre artefactos antiguos, como los que descansaban en aquellos páramos, pero se había sorprendido al descubrir que Palpatine le había encomendado aquella misión, tan alejada de lo que había sido su trabajo hasta ahora.

—Su majestad le descubrió cuando era muy pequeño, cuando mató a sus padres.

Lange abrió los ojos de asombro, era imposible que ese droide supiera eso.

—¿Sorprendido? Su alteza era por aquel entonces senador de su planeta natal, y la muerte de sus padres llamó su atención por su… antinaturalidad. En la galaxia existen poderes que no podemos ver, que las personas comunes no perciben. Solo unas pocas son capaces de sentir la Fuerza. Los Jedi la usaron en su beneficio, pero nuestro Emperador la utilizó para devolver el orden a la galaxia. Podía controlarla a su antojo y también descubrir quién era sensible a ella. Por eso, cuando su alteza se enteró de lo que había pasado con sus padres, entendió lo que había hecho. Los había matado solo con pensarlo, con odiarlos. Pero no solo en ese momento, también se deleitó cuando desató su poder en el nivel 1313.

Lange no sabía qué decir. Ese poder que siempre había sabido que tenía, que había ocultado, que solo había vuelto a desatar una vez…

—Su alteza entendió que sería más útil en el futuro si seguía sus pasiones creativas que tomándolo como aprendiz, por eso maniobró en las sombras para que perdiera el concurso, porque sí, Lange, su diseño era el mejor. Así se aseguró de que trabajaría para el Imperio, de que desarrollaría su potencial. ¿Recuerda su primer datapad? Ya sabe quién se lo regaló.

El droide hizo una pausa, quería que Lange absorbiera toda la información y sus implicaciones.

—Su majestad le encomienda una misión doble. Estudie, analice, nútrase de todo el conocimiento que atesora este planeta. Holocrones, pergaminos, inscripciones, absorba todo el conocimiento del lado oscuro y cuando esté listo, parta hacia las Regiones Desconocidas, donde se encontrará con los mejores hombres y mujeres del Imperio, los más valiosos, como usted. Y construya esto.

El droide abrió la palma de su mano y un holoproyector mostró una esfera partida en dos hemisferios que disparaba a otros mundos desde un cañón situado en el ecuador. Era el boceto que había hecho para el tribunal del Programa de Futuros tantos años atrás. Lo había olvidado completamente. Por eso se lo había guardado Palpatine, era su as en la manga.

—Como buen arquitecto, como buen geómetra, sabe que el círculo representa la perfección. Todos los puntos están a la misma distancia del centro, y sin este, pierden toda razón de ser. Si algunos van por libre y se alejan se deforma hasta quebrarse, y lo mismo ocurre si se acercan demasiado al centro para sustituirlo. La galaxia, el orden, la civilización… es como un círculo, y el Emperador es el centro. Nuestra máxima obligación es servirle ya que sin un centro el Imperio no tiene sentido. Por eso tiene que ayudar a restaurar el orden, Lange. La galaxia se ha deformado con los rebeldes, con la Nueva República, con todos aquellos que han anhelado durante tanto tiempo el poder y ahora solo mancillan la obra creadora de su alteza.

El droide se apartó la túnica, dejando entrever el cuerpo modificado de un B1 de la extinta Federación de Comercio. Sacó una caja pequeña, con formas extrañas talladas en la superficie de madera. Lange miró el cofre, sintiendo el poder del que le había hablado, una oscuridad que le era familiar.

—El Emperador no quería despedirse sin darle un obsequio.

Lange lo cogió, y cuando lo abrió vio que dentro había un trozo de obsidiana.

Sus dedos la tocaron, y por un momento tuvo una visión de un castillo, de lava, de una respiración mecánica. Sí, era Lord Vader. Esa piedra provenía de su castillo en Mustafar, que Krennic le había descrito en alguna ocasión. Cogió la obsidiana y se la puso en un anillo dorado que tenía, tallado con alusiones a los Cuatro Sabios de Dwartii. La piedra se incrustó al instante. Intentó quitarla, pero no era posible.

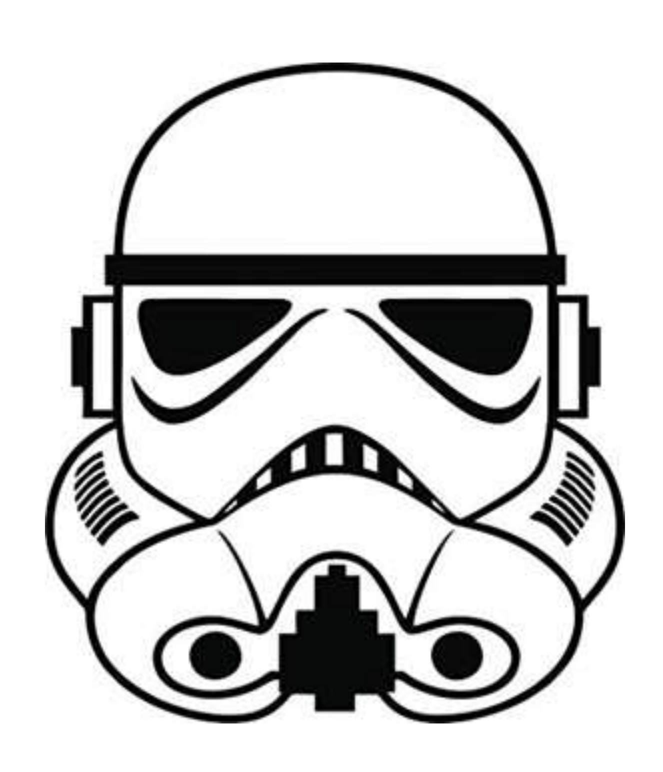
Lange notó que su respiración se aceleraba, que el mundo se sumergía en tinieblas.

Una fuerza incontrolada empezó a recorrer su cuerpo, sentía cómo cada célula se contagiaba de un poder infinito. Cayó al suelo retorciéndose de dolor, mientras le parecía oír al droide reírse con una estridencia malvada. Su cuerpo se contorsionaba, se deformaba, mientras sus gritos retumbaban entre las paredes de los templos abandonados de Korriban. Lo último que oyó antes de perder el conocimiento fue:

—A partir de hoy, tu nuevo nombre será Snoke.

EL ESPÍRITU DEL BOSQUE

EP VALLS



Soy el soldado de asalto WT-4444, líder del grupo de apoyo 81. Si alguien encuentra esta grabación tiene que entregársela al Imperio Galáctico. Es de vital importancia… hay algo en este planeta que nos está masacrando…

***

DIEZ HORAS ANTES

El placer de cumplir una misión con éxito, sea rutinaria o extraordinaria, es algo que anhelas cuando te alistas y decides servir al Imperio siendo un soldado de asalto.

Llevar esta armadura blanca es el mayor honor que un hombre puede tener en esta galaxia. Esas son palabras que suelen repetirte miles de veces tus instructores en la academia imperial. Al final, el mensaje cala hondo.

Los minúsculos grupos de apoyo fueron creados para llevar a cabo pequeñas misiones rutinarias y puntuales que aparecen casi a diario en puntos distantes de la galaxia. Tareas que no necesitan un batallón entero de efectivos para cumplirlas. Destino de soldados que no encajan en grupos numerosos, los grupos de apoyo constituyen muchas veces el soporte logístico necesario para avanzar en misiones estancadas o inacabadas.

El grupo de apoyo 81 vuela en hipervelocidad. Los cuatro ocupantes de la nave clase Delta DX-9, contando al piloto, descansan sentados en silencio con sus armaduras blancas. La luz tenue y el carácter pacífico de la misión ayudan a la somnolencia.

Llevan ya una larga temporada visitando bases, estaciones espaciales, destructores y otros asentamientos imperiales. Esa es su forma de vida. Son los recaderos del brazo armado del Emperador. Entregar mensajes en mano, comprobar rutas estelares, trasladar un recluta, corroborar un recuento de bajas, transportar piezas y armas, custodiar un transporte… esas han sido algunas de sus últimas tareas.

Justo al salir del hiperespacio, el líder del grupo, WT-4444, apodado «Dieciséis» por la suma de las cifras, bosteza y empieza a hablar a través del intercomunicador del casco.

—Vamos a acercar la nave a la zona donde el robot sonda empezó a emitir señal de avería y se desconectó. Recordad, lo que tenemos que hacer es muy claro y sencillo: recoger el droide solo si es recuperable y está en una zona donde hacernos con él no suponga arriesgar nuestras vidas. Cuando lleguemos de vuelta a la nave comprobaremos por qué se ha estropeado e informaremos al mando. ¿Alguna pregunta?

Dieciséis mira a sus compañeros esperando que no haya quejas. Últimamente siempre hay alguna objeción, aunque parece ser que la subida de tono de su exposición ha hecho su efecto y sus cuatro compañeros continúan callados, medio aletargados en sus asientos pegados a los dos lados del transporte. Orgulloso de su capacidad de intimidación, sigue con las instrucciones:

—Dagobah es un planeta con muchos bosques. Ya hemos estado otras veces en planetas boscosos y, como ya sabéis, los ambientes densos de materia vegetal proporcionan un sinfín de escondites a depredadores que acechan y peligros ocultos entre la maleza. Caminaremos juntos y en fila, con los rifles preparados para disparar en caso de ataque. Es una misión sencilla, no saldrá mal. Cuando volvamos a la nave con el droide sonda bajo el brazo nos reiremos de lo fácil que ha sido.

No prosigue su discurso porque se da cuenta de que justamente la nave está aterrizando en un claro del bosque.

Al descender por la rampa, y aun con los cascos puestos, los cinco soldados se sienten tapados y rodeados por la sombra inacabable que proyectan los grandes árboles que forman el infinito bosque. El aire, con una humedad muy elevada y cuantificada en la parte baja del visor del casco, se impregna de los olores del lodo de cientos de ciénagas con miles de insectos, reptiles y otras criaturas que silban y croan sobre el silencio de las plantas vivas, pero mudas.

El segundo soldado consulta el mapa holográfico en la mano y le hace un gesto al jefe con el pulgar para arriba. Este se mantiene en silencio y hace la señal al grupo de avanzar en dirección sur. Todos se colocan en fila. Primero va Dieciséis, luego Clon, Pecas, TG-5446 y Piloto. Los soldados de asalto tienen nombres numéricos que tienden a cambiárselos cuando llevan juntos un tiempo. Al final son como una familia y se ponen motes entre ellos. Clon, como su mote indica, es un viejo y fornido clon especializado en armas que sirvió a la República antes que al Imperio.

PK-6890 es Pecas, Piloto siempre se encarga de pilotar y TG-5446 no quiere motes y no habla mucho. Estos son los cinco soldados de asalto que van dejando sus huellas de bota plastoide en el barro del bosque virgen de Dagobah.

Las quejas a las que se refería el jefe antes de aterrizar aparecen un rato después.

Piloto, cansado de avanzar entre la maleza, pregunta:

—¿Por qué no paramos ya un rato a descansar? Llevamos horas andando.

¿Cuánto queda para alcanzar el droide sonda?

Dieciséis se da por aludido.

—Está bien, pararemos aquí para hacer un receso.

—Caminando al mismo paso, una hora aproximadamente —confirma TG-5446.

—No lo vamos a encontrar. Esta misión es en vano —comenta el soldado Pecas muy convencido—. Seguramente lo habrá destrozado un penmok.

—¿Qué demonios es un penmok? —pregunta Clon a Pecas, mientras le agarra por debajo del casco con violencia.

—Tío, déjame en paz. Un penmok es un espíritu del bosque. Como un fantasma que protege su santuario de las almas malignas.

—Nosotros no somos almas malignas —se apresura a afirmar Dieciséis, quitándole importancia al tema—. Y eso son supersticiones. Son solo cuentos.

—No son solo cuentos. Mi abuela me contaba cosas del penmok cuando era pequeño. —Pecas era oriundo del planeta Mrlsst, un planeta del borde interior repleto de bosques

espesos y minas en las que trabajaba desde niño y de las que se liberó cuando se alistó—. Y hace rato que me siento observado.

—Cállate Pecas —interrumpe el jefe—. Estás trayendo mal fario. Yo también me siento observado, pero es normal teniendo en cuenta que nos están mirando miles de bichos que viven entre los arbustos, los árboles y las ciénagas. Vamos a acabar la misión, que estamos lejos de la nave y no vamos sobrados de tiempo. —Con un gesto, el jefe consigue que todos se reincorporen y continúen la marcha.

Pasadas dos horas, el grupo aún no ha dado con el droide sonda. No hay rastro del robot. Parece como si la tierra literalmente se lo hubiera tragado. Como si se hubiera esfumado. Inspeccionada toda la zona, Dieciséis toma una decisión.

—Vamos a volver a la nave ahora mismo. No podemos estar tan lejos de esta tanto tiempo. Cada vez estamos más cansados y regresar es la mejor opción. Informaremos al mando sobre la desaparición del droide y que ellos decidan qué hacer.

—El jefe, a través de la radio, intenta conectar con sus superiores… pero no puede, la radio no funciona.

—Qué raro, la he probado antes de empezar la expedición y funcionaba perfectamente. Andaremos hasta la nave y allí ya explicaremos que no hemos encontrado nada. —La fila se pone en marcha de nuevo.

Las temperaturas templadas del vapor del aire en Dagobah hacen que la armadura de un soldado de asalto pueda ser algo poco llevadero e incómodo. Pasado un rato, la fatiga se empieza a palpar en el grupo. Se ven obligados a aminorar la marcha y a disminuir el tiempo entre recesos para beber y descansar unos minutos. Hace rato que los soldados, todos excepto el jefe, llevan el casco bajo el brazo y sostienen como pueden el rifle con el otro. Han bajado la guardia. Ahora solo se centran en llegar cuanto antes a la nave.

En una parada, todos se sientan encima de un tronco de un árbol caído. Pecas, de pie delante de los demás, bromea imitando al jefe cuando hace sus discursos. De golpe, alza su rifle E11 y apunta a sus compañeros.

—Baja el arma soldado —le ordena Dieciséis, gritando con voz severa.

Pecas, con cara de pánico, grita desconsolado:

—No puedo controlarla, se está moviendo sola. —Su cuerpo tensa todos los músculos para dominar el arma, pero no puede. El rifle tiene más fuerza que él.

Dos disparos salen del rifle e impactan en la cabeza desnuda y el pecho de TG-5446, que muere al acto.

Pecas se aparta de su arma y salta por encima del tronco del árbol caído, donde los demás ya se han resguardado de los disparos que hace el rifle flotando en el aire.

Dieciséis inutiliza el arma de un disparo certero desde su improvisada trinchera. Se gira hacia el resto y grita:

—¿Alguien me puede explicar lo que ha pasado? Y que nadie me diga que ha sido el penmok porque lo mato aquí mismo. —Su respiración es profunda.

Piloto contesta, aún conmocionado por lo sucedido.

—Alguien nos está atacando y seguro que lo vuelve a hacer en cuanto reanudemos la marcha.

Todos saben que tiene razón. Por el momento nadie quiere salir de detrás del tronco. El miedo y el silencio se ven reflejados en los rostros de los cuatro soldados que, sin casco, muestran sus emociones y se ven más humanos.

Clon susurra a sus compañeros:

—No pienso quedarme el resto de mi vida aquí, así que tenemos que ir pensando cómo defendernos.

Pecas suelta su respuesta.

—¿Defendernos de qué? Si ni siquiera lo hemos visto. De un espíritu no te puedes defender. Es etéreo. Este planeta va a ser nuestra tumba. —Se desespera y esconde con sus manos la expresión de pánico que no puede disimular.

Los otros tres soldados agarran el rifle E11 con más fuerza que nunca y Dieciséis echa una ojeada de nuevo por encima del tronco. Todo el horizonte que alcanza a ver parece despejado, pero… Pi-pi-pi-pi-pi-pi… Ese sonido lo conocen todos, es el de un detonador termal. Todos tienen uno enganchado a la espalda. El explosivo no puede detonarse pegado al traje. O al menos eso han creído hasta ahora.

Todos se apartan de Clon, que sin poder hacer nada explota en pedazos. La explosión ha destrozado el tronco. Dieciséis, Pecas y Piloto están a unos metros del cráter humeante, tirados en el barro y con tierra y hojas por encima. Ese salto que dieron les ha salvado la vida. Si se hubieran quedado quietos hubieran corrido la misma suerte que el pobre Clon.

Dieciséis y Piloto se arrastran hasta una piedra que sobresale del suelo y que ha quedado más visible debido a la explosión. Piloto, de camino a la piedra, tira del brazo y arrastra a Pecas, al que le sangra todo el abdomen. Parece que el jefe tiene rota una pierna.

El detonador ha destrozado el plastoide de la armadura de Pecas. Sus dos compañeros le quitan las partes de la armadura de medio cuerpo para arriba y examinan su herida, que tiene muy mala pinta. Pecas, consciente de su destino, se desmorona y solloza.

—Voy a morir en un sitio parecido a mi casa. Aquí cientos de bichos se alimentarán de mi cadáver. El espíritu del bosque nos ha vencido. Va a acabar con los malvados. Sabe lo que hemos hecho. Sabe las atrocidades que cada día soldados como nosotros cometen en nombre del Imperio…

Un disparo de bláster en su sien interrumpe sus palabras.

Ante la estupefacción de Piloto, el jefe guarda su bláster y se justifica.

—Estaba sufriendo y había enloquecido. Mi obligación es ayudar a mis compañeros, aunque sea liberándoles del dolor con la muerte.

Los dos supervivientes están medio hundidos en el barro, con la espalda apoyada en la piedra saliente. Con seriedad y calma, el jefe acerca la cabeza a la de su compañero vivo y le susurra:

—¿Estás bien para pilotar? —Piloto contesta afirmando con la cabeza de forma nerviosa, mientras se muerde el labio intentando controlar el pánico—. Escucha bien mi plan. Tienes que ir rápido hasta la nave. El mapa te guiará hasta ella. Corre y no mires atrás. Cuando llegues a la DX-9 ciérrate dentro.

Pide ayuda y refuerzos por radio y ven a buscarme. En el mapa está mi ubicación, tírame una cuerda y yo treparé por ella.

Piloto traga saliva y se aleja corriendo rumbo a la nave. En una hora llegará a esta y cumplirá su nueva misión.

Dieciséis se ha quedado solo. Ha sentido miedo muchas veces, pero nunca tan intensamente y con tanta impotencia. No ha podido salvar la vida de sus compañeros. Intentará ahora salvar la suya. Tiene que hacer algo útil. Algo que le ayude a salir antes de este infierno. Entonces es cuando tiene una idea El casco de alguno de sus compañeros yace en el suelo a unos diez metros cerca de su posición. Debe haber saltado en la explosión.

Se arrastra por el barro lentamente para no ser detectado por el ente que les ataca. Eso le lleva un rato largo. Cuando por fin tiene el casco, vuelve arrastrándose al cobijo de la piedra. Se pone el casco, el intercomunicador no funciona. Se desespera.

Se lo quita y empieza a darle golpes a la piedra con él. De golpe se enciende la luz que indica que funciona. Se lo vuelve a poner y contacta con la nave, que ya debería estar sobrevolando la zona.

—¿Ya has despegado?

—¿Quién eres?

—¿Quién voy a ser? El jefe… Dieciséis. ¿Ya vienes?

—Mis cuatro compañeros han muerto hoy en Dagobah. Les ha sepultado un desprendimiento de piedras en un barranco. Soy el único superviviente. Ya he avisado al mando superior de esto.

—¿Estás bromeando? Estoy vivo y herido. ¡Necesito que vengas!

—Soldado… repito… no sé quién eres, pero yo estoy rumbo al destructor más cercano a este sistema. Te repito que mis compañeros y el droide sonda que transportaban han sido sepultados en Dagobah… —se entrecorta—. El informe ya ha sido envi… —Un corte seco indica que la nave está ya demasiado lejos para tener señal.

El jefe, deshecho y de pie, olvidando su dolor de la pierna, se deja caer en el barro, sin esperanza alguna de salir de ese sitio. Algo ha cambiado en la mente de su amigo y compañero. Piloto nunca le habría dejado tirado en esta trampa mortal. Es como si le hubieran lavado el cerebro.

Dieciséis se pone de nuevo el casco y, decidido a dejar constancia de lo sucedido, activa el grabador de voz.

—Soy el soldado de asalto WT-4444, líder del grupo de apoyo 81. Si alguien encuentra esta grabación tiene que entregársela al Imperio Galáctico. Es de vital importancia… hay algo en este planeta que nos está masacrando… y estoy seguro que eso mismo es lo que averió y volatilizó al droide sonda. —Las luces interiores del casco se apagan. Ha dejado de funcionar otra vez.

Dieciséis se quita el casco, y es en ese momento, mientras saca el bláster del cinturón, en que alza los ojos hacia las copas de los árboles que tiene enfrente. Por un momento cree haber visto un hombrecillo verde con ropa clara sentado en una rama, observándole. Cuando vuelve a mirar ya no está. Quizá ese es el espíritu del que hablaba Pecas.

La calma se ve interrumpida por un disparo de bláster. Después de eso, esta vuelve al bosque.

LÁGRIMAS NEGRAS

JULIÁN NAVARRO RODERO



Grumus se encontraba exhausto. La pelea le había hecho agotar todos sus recursos y echar mano de su resistencia natural. Torem había indicado a su compañero que creara una distracción. Y, para un lasat, eso significaba ponerse a repartir mamporros a diestro y siniestro. Lo que empezó como una pelea de cantina pronto se convirtió en una batalla campal entre el lasat y una docena de guardias de asalto de la ciudadela. Tras una larga pelea, el resultado se antojaba irreal. Ocho guardias malheridos, un guardia de asalto muerto por el disparo de un compañero y el lasat esposado y escoltado por los tres guardias restantes hacia las dependencias que el gobernador había dispuesto como prisiones. Sus dos compañeros también habían sido detenidos y eran llevados, junto a él, hacia las dependencias.

El grupo era bastante peculiar. Nadie hubiera elegido a un lasat y a un zygerriano como compañía. Pero Torem era un zabrak. De los pocos que pudieron escapar de la debacle de Dathomir, ya que había sido vendido a unos contrabandistas pocos meses antes de que arrasaran el planeta. Ya hacía mucho de eso y Torem intentaba mantener esa etapa de su vida fuera de su presente. Para Miko era mucho más sencillo. Él era un ratero que se había topado con el zabrak y el lasat por casualidad, y le había supuesto una mejora sustancial de su posición. Solo los caprichos de la Fuerza podían haber juntado a semejante trio y haberlo llevado a esta cantina en este remoto sistema del Borde Exterior.

Hacía tan solo un año de la caída del Emperador. Pero los remanentes del Imperio se habían atrincherado en los sistemas del Borde Exterior, desplazando, en muchos casos, a los grupos organizados que actuaban en dichos sistemas.

Grumus había cumplido su cometido, y los tres se encontraban ahora en los calabozos del centro de mando del último reducto imperial del remoto planeta Stelian, a tan solo cinco parsecs de Lothal. El plan había sido sencillo, tal y como les había indicado su contacto, un agente que se hacía llamar Fulcrum. Dentro de este complejo se encontraban varias de las reliquias más importantes del temido Darth Vader, y su misión era rescatar una caja de madera de japor en la que se guardaba una vieja espada láser y llevarla a Takodana, donde una superviviente de la Orden 66, Miseo Kanata, la custodiaría hasta el día que fuera reclamada. Torem era un apasionado de todo lo que rodeaba a los Jedi y los Sith, por lo que aceptó el encargo sin importarle cuán difícil iba a resultar la misión. Tendría la oportunidad de ver de primera mano las dependencias secretas de Lord Darth Vader. Desde su caída, la torre de Mustafar había sido expoliada a conciencia, y todas las pertenencias habían sido trasladadas a Coruscant y puestas bajo custodia en el Templo Jedi. Kerala era una joven que había estudiado los caminos de la Fuerza junto a la Maestra Jocasta Nu, una superviviente de la Orden 66 que había logrado ocultarse del Imperio en el corazón mismo del Templo Jedi de Coruscant. Ella fue la responsable de la custodia de todo aquello que las brigadas de limpieza de la Nueva República iban encontrando y llevando a la capital.

Torem echó una mirada a su alrededor, se tomó un corto espacio de tiempo para intentar sentir todo cuanto le rodeaba y, cuando lo creyó oportuno, hizo un gesto a Miko, que abrió la cerradura de la celda como si del pomo de un armario se tratara.

Miko era muy hábil con las manos y presumía de poder abrir cualquier cerradura.

Torem salió de la celda el primero, seguido de cerca por Miko. Grumus cerraba el grupo. Torem abrió la puerta de una especie de taquilla anexa a las celdas y repartió las armas y enseres que les habían requisado a sus socios. Grumus respiró aliviado al recuperar su fusil-bo. Era un arma excelente, pero el lasat la atesoraba por otros motivos. Era el arma ceremonial de su pueblo y simbolizaba el camino del guerrero.

Los lasat recibían su sable-bo al llegar a la mayoría de edad. Tras una ceremonia de paso en la que los jóvenes bebían del cuenco sagrado y luchaban contra su propia sombra en la gruta de los antepasados, eran llevados ante la chamán de la tribu. Esta les entregaba un rifle-bo y su nombre definitivo. Hasta la mayoría de edad, a los lasat se les conoce con el nombre del padre y el apellido de la madre.

Tras unos cuantos minutos y algunos momentos de tensión, Torem encontró la puerta del silo. Según Fulcrum, las reliquias imperiales se encontraban tras esta puerta. Era el momento de Miko. Era hora de demostrarles a todos que no era una fanfarrona, que era capaz de abrir cualquier cerradura por intrincada que fuera. El sudor caía a raudales por el rostro de la joven. El más mínimo fallo haría saltar las alarmas y sería el fin de su aventura. No podía dejar que sus nervios le traicionasen.

Paró un instante, tomó aire y con un suave giro de su herramienta la cerradura cedió con un leve chasquido. Grumus se puso en guardia mientras Torem abría la puerta.

Mientras se abría, Grumus apretó su rifle-bo y lo levantó en posición de ataque.

La piel del lasat se erizó, y su instinto le hizo hincar con fuerza el pie en el suelo y prepararse para asestar el primer golpe. Fulcrum les había engañado, pensó súbitamente, mientras se preparaba para luchar contra los dos droidekas que tenía enfrente.

—¡A un lado Torem! —exclamó el lasat mientras avanzaba hacia los droides.

Tardó unas fracciones de segundo en comprender que los droides no estaban activos y eran simples trofeos en la colección particular de Vader. Torem posó firmemente su mano sobre el hombro del lasat y se adelantó para inspeccionar la sala. A pesar de buscar un objeto muy concreto, la búsqueda podría llevarles horas debido a la ingente cantidad de enseres que contenía la sala. Pero una vez más, la Fuerza quiso que Miko tropezara con el brazo de un droide de la serie C3. Este se encontraba en muy malas condiciones y parecía haber sido arrancado brutalmente. Con el tropiezo, varios objetos que se encontraban apilados cayeron a los lados y dejaron ver una zona central mucho más ordenada y cuidada.

El centro de la sala lo ocupaba un sarcófago blanco sin tapa. Era curvo y tenía una representación de un fénix con las alas abiertas en la cabeza. Su interior estaba adornado con un suave raso celeste, y su aspecto a Grumus le recordaba a las viejas canoas que su pueblo utilizaba para viajar por el mar de las mil islas.

Junto a él se encontraba la caja de japor. Era de forma rectangular, con una estrangulación en la parte central. La cubierta estaba decorada con una serie de símbolos que partían de un rectángulo central, dentro del cual se encontraba un pequeño círculo.

Una pequeña urna con una roca en su interior se encontraba al otro lado del sarcófago. Torem se acercó, tomó la caja e indicó a sus compañeros que era hora de partir. Por mucho que le apeteciese indagar en los misterios que guardaba esa sala, sabía que su fuga no tardaría en ser advertida por los guardias. Tenían que salir del complejo lo antes posible y llevar su preciada mercancía a Fulcrum, en Coruscant, para poder cobrar.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Miko angustiada.

Salir siempre es más difícil que entrar, y esta no iba a ser una excepción. En el momento en que cruzaban el umbral de la sala, un sonido metálico alertó a Grumus.

Esta vez sí iba a tener la oportunidad de divertirse. De la sala contigua salieron media docena de guardias de asalto que quedaron petrificados al ver al lasat. Para Grumus comenzó el ritual. Alzó su bastón de batalla, se golpeó el pecho enérgicamente y gritó a sus oponentes, instantes antes de abalanzarse sobre ellos con certeros golpes y barridos de su rifle-bo. Torem estaba realmente disfrutando viendo este ritual de batalla y la habilidad para el combate de su tosco compañero. Era contundente y grácil por partes iguales. Parecía como si se encontrara inmerso en una danza en la que solo él escuchaba la música. El estrecho pasillo no parecía un impedimento para el guerrero. Antes de que los soldados se dieran cuenta se encontraban recibiendo los envites del bastón de Grumus. Miko hizo ademán de abalanzarse sobre un guardia que pasaba junto a ella. Pero la mano de Torem la detuvo.

—Espera y disfruta —dijo el zabrak—. Deja que nuestro amigo se divierta un poco.
—Tras asestar su último golpe, Grumus miró a su adversario tirado en el suelo y, estirando el cuello hacia delante, sacó la lengua en una mueca furiosa y salvaje. Torem se puso en movimiento sin mediar palabra y sus compañeros le siguieron, como si de una coreografía se tratara.

El camino hacia el hangar sesenta y seis fue excesivamente tranquilo. Torem no dejaba de mirar hacia todas partes, buscando a las tropas que debían salirles al paso en algún momento. Pero nada ocurrió. Parece que Grumus había mermado notablemente la capacidad defensiva del enemigo.

Dos horas más tarde se encontraban a bordo de su nave y poniendo rumbo a Takodana, donde el agente Fulcrum les esperaría para recibir la caja y entregarla a su custodio. El cilindro de datos que les había agenciado Fulcrum enmascaraba a la perfección la señal de la nave, no tuvieron ningún problema para salir del planeta.

El viaje fue tranquilo. Tras los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas podría decirse que, incluso, demasiado tranquilo. Pero un respiro les sentaría bien a todos y les daría tiempo para pensar. Pero la realidad estaba a punto de volver a hacer acto de presencia. El holotransmisor comenzó a pitar y Torem lo accionó. Una imagen borrosa se formó en la holopantalla, pero la voz era inconfundible. ¡Fulcrum!

Había cambio de planes. Miseo Kanata había fallecido y su hija era tan solo una niña. La espada debía ser llevada a Coruscant y entregada a Junar, el líder de los guardianes. Junar era solo un Padawan cuando su maestro fue abatido por el bláster de un soldado clon. Consiguió salvar su vida ocultándose en el distrito 1313, donde aprendió a cerrarse a la Fuerza para pasar inadvertido y también a sobrevivir entre los carroñeros más viles de la galaxia. Junto a un grupo de fieles, rapiñaban cuanto podían al Imperio y lo repartían entre los más necesitados del lugar. Junar eligió su camino tras las noticias de la destrucción de la flota en el Sistema Endor y la caída del Emperador y Lord Vader.

Los autodenominados «guardianes» salieron de las cloacas de Coruscant y se encargaron de proteger los restos del Templo Jedi. Fue entonces cuando dos pilotos rebeldes descubrieron los archivos secretos de Palpatine en los sótanos del edificio República 500. En el momento en el que decidieron dar a conocer públicamente los contenidos de los archivos, Junar y sus fieles se personaron allí y juraron proteger sus tesoros.

Jumar había entablado una amistad bastante profunda con Kerala, y los guardianes habían dejado un destacamento especial en el templo. La guardia de Junar se encargaría en delante de custodiar los tesoros que la Nueva República dejaba a cargo de la joven Kerala.

A su llegada a Coruscant, Torem tomó la caja de japor y se dirigió hacia el edificio República 500 donde le esperaba la comitiva de los guardianes. Miko y Grumus le acompañaban por seguridad, pero también en parte por curiosidad. Curiosidad por saber de una vez por todas quién era el agente Fulcrum. Los guardianes les acompañaron hasta las puertas del archivo. La puerta se abrió y una voz conocida les invitó a entrar. Era Master, el Líder Azul, uno de los dos osados pilotos que encontraron el archivo y que transmitían cada treinta ciclos por la Holored. Entraron y la puerta se cerró tras ellos.

—Bienvenidos al archivo de Coruscant —dijo Master con una voz amable y agradecida—. La Nueva República os agradece vuestro trabajo. Seréis pagados como se acordó —añadió.

Torem estrechó la mano de Master y quedó pensativo.

—Master… —comenzó a decir el zabrak—, el agente Fulcrum… —Dudó un instante.

—Os agradece vuestra entrega. Se encargará personalmente del destino de la caja y su contenido —dijo Master, contestando a la pregunta que rondaba la cabeza de los tres compañeros.

—Pensábamos que estaría aquí para cerrar la transacción —dijo Miko.

Torem la miró con un gesto de desaprobación. Les había repetido en muchas ocasiones que él, personalmente, se encargaría de las negociaciones con Fulcrum.

La pregunta de Miko podría arrojar la duda de una traición y haría que el agente no se diera a conocer. Miko agachó la cabeza y sus orejas se echaron hacia abajo en señal de disculpa. Torem puso su mano sobre el hombro de la joven y la besó en la mejilla.

—No te preocupes, Miko —dijo Torem—. Algún día Fulcrum verá que somos dignos de su confianza y él mismo se presentará a nosotros. Hasta ese día… solo nos cabe esperar y seguir haciendo lo que nos pida.

Un mamparo se comenzó a elevar con un sonido prácticamente imperceptible.

La habitación tras el mamparo estaba en tinieblas. El silencio era sepulcral. Todos callaron y observaron con inquietud cómo se elevaba. Una sensación extraña invadió la sala y los tres amigos se estremecieron. Master parecía ser el único que estaba tranquilo.

La voz de Fulcrum comenzó a resonar en la sala.

—Vuestro valor y entrega nos han permitido confirmar los rumores. Lord Vader creó un mausoleo en secreto. Un lugar en el que las negras lágrimas de su alma serían ocultadas a su maestro. Un lugar en el que esconder la luz que aún anidaba en su pecho. Hiriéndole y punzándole desde lo más profundo de la Fuerza… —Mientras decía esto, su voz iba perdiendo el tono metálico que la acompañaba en las transmisiones y tomaba un tono más dulce, una voz de mujer. Torem fue el primero en verla, saliendo de entre las sombras de la sala del holocrón. Los ojos de Grumus se abrieron de par en par al verla. No podía ser verdad. Era bien sabido que el pseudónimo de «agente Fulcrum» había sido utilizado por muchas personas diferentes a lo largo de los años. ¿Pero ella? No parecía posible. Todos la daban por muerta. Ella había ayudado a su primo Zeb en muchas ocasiones, pero hacía muchos años. Hacía tanto tiempo que nadie sabía nada de ella que habían comenzado a contarse leyendas. Algunos pilotos afirmaban haberla visto en diferentes mundos a lo largo y ancho de la galaxia, acompañada de una guerrera mandaloriana y una lechuza de Lothal. ¿Por qué aparecía ahora? Y lo más importante, ¿por qué volvía a usar el pseudónimo que usaba antiguamente?

Ahsoka se acercó a Torem y tomó la caja, la abrió y todos pudieron ver su contenido. La espada que Luke Skywalker había perdido en Bespin y que Lord Vader había mandado recuperar. Estaba envuelta en un trozo de tela marrón. Era un viejo trozo de una túnica Jedi que parecía estar quemada en alguna parte. Todos guardaron silencio por un rato… y Ahsoka cerró la caja y se la entregó a Junar.

—Los guardianes se harán cargo de su custodia hasta que la hija de Miseo tenga la edad suficiente —dijo la togruta.

—Que así se haga —respondió Junar, haciendo una reverencia a Fulcrum.

EL PODER DE SIDIOUS

KRUZIO BAAL



El relato principal sucede dos años después de la creación del Imperio, mientras que el relato de Luke, momentos después de salvar a Han Solo de Jabba el Hutt y antes de marchar de vuelta a Dagobah por segunda vez.

***

—La sombra del Emperador sigue ahí, todo lo que pueda aprender sobre la Fuerza es importante, Han. Sé que no lo comprendes, pero el viejo Ben me dijo que aprendiese los puntos débiles, y por ahora solo tengo esta especie de reliquia que no sé cómo se abre —espetó Luke a Han.

—Claro, lo que tú digas chaval, pero tenemos que ir hacia Yavin.

—Rwwwrrr arrrwwrrr.

—¿De dónde lo habrá sacado? —se preguntó Han.

—Gracias, Chewbacca —dijo C-3PO—. Estoy de acuerdo, todo lo que pueda servir al amo Luke también debería ser importante para la Rebelión. ¿Qué? ¿Tú sabes cómo se abre, R2? ¿Y por qué no lo has dicho antes?

—R2, C-3PO, vamos al camarote y me cuentas cómo se abre esta cosa.

Los cinco viajaban en el *Halcón*, surcando la galaxia mientras la Rebelión se preparaba para establecer una base después del desastre de Hoth.

Se dirigieron a uno de los camarotes del *Halcón Milenario* al que habían entrado Luke, R2-D2 y C-3PO. Parecía un callejón desnudo con una cama simple con sábanas grises, un pequeño armario y una mesita hecha con piezas de a saber qué.

Luke se sentó en la cama mientras R2 le explicaba que esa reliquia se la conocía como holocrón. C-3PO conectó su base de datos en R2 para encontrar similitudes en cualquiera de sus millones de idiomas.

—Oh, por el hacedor, he encontrado un registro borrado parcialmente de R2. Parece ser que en el Templo Jedi de Coruscant se guardaban cientos de estos holocrones, aunque la mayoría estaban creados por maestros Jedi y cada uno se abría de una forma distinta… más concretamente, este que posee entre sus manos es un holocrón Sith, amo Luke.

—Por favor, C-3PO, ¿hay alguna forma de abrirlo? —preguntó Luke con desilusión.

—No, amo Luke, no se indica nada más sobre holocrones Sith, lo siento.

—Diub bub dub bip.

—Eso es R2, Ben decía que la ira llevaba al lado oscuro de la Fuerza. Tal vez este holocrón solo se pueda abrir sintiendo rabia… no sé qué hacer. Gracias por vuestra ayuda. ¿Podéis dejarme solo?

—Claro, amo Luke, vamos R2, el amo necesita pensar. Mientras puedes ayudarme a ir reparando la nave… oh, claro R2, tengo que hacerlo todo yo solo, como siempre…

Los droides abandonaron la estancia. Luke Skywalker se dispuso a meditar.

Sentado en la cama, se quitó la espada láser y la dejó encima de la mesa. Enfrente de él puso el holocrón y cerró los ojos abriéndose a la Fuerza.

«*Cómo puedo sentir rabia… si alguien le hiciera daño a mis amigos… no, sentiría valor para ayudarlos*». Ecos de gritos, sufrimiento, llantos de miles de seres vivos resonaron en su mente. En la Fuerza comenzó a sentir el dolor de millones de familias por la pérdida de sus seres queridos, de las familias que perdieron a su pareja, a su hija, a su padre en la Estrella de la Muerte… «*No, yo no pensé en el asesinato de tantas personas, yo no…*». Luke dejó de meditar, pero el holocrón en forma de pirámide mantenía un brillo rojo leve desde el vértice principal hasta la base, como un río de sangre.

«*Las muertes que causé… destrocé la vida de miles de familias y no había pensado en ello, no pensé en las consecuencias de mis actos, aunque muchas no fueran buenas personas, otras sí, gente que les quería, yo… yo no había pensado en esta repercusión. Me he convertido en algo parecido a mi padre… o tal vez todavía no. ¿El holocrón se ha encendido con mi dolor? Oh, Ben, qué debo hacer*».

—Ábrete a la Fuerza Luke, deja que ella te guíe —resonó la voz del antiguo Maestro Jedi, Obi-Wan Kenobi.

Se quitó el sudor de la frente con las manos en un estado nervioso, volvió a controlar su respiración y cerró los ojos.

Una figura encapuchada se materializó delante de Luke, alrededor de dicha persona estaban dos caballeros imperiales, Vader y varios oficiales. El discurso de la figura oscura ya estaba empezado.

***

—… ustedes solo limítense a cumplir con lo acordado llevando la paz a la galaxia. Oficiales del DSI, confío en sus capacidades y virtudes, pueden retirarse —sonaba una voz carrasposa pero suave, llena de confianza.

Vader se acercó a la zona central de la sala mientras los oficiales vestidos de gris salían de la estancia. La figura siniestra se giró sobre su silla hacia el Lord Sith, esbozando una leve sonrisa que hubiera hecho llorar de miedo a cualquier bebé.

—Noto tu nerviosismo, o tal vez debería decir tu ansiedad, mi aprendiz.

—Esos oficiales necesitarían una niñera para comer sin mancharse —contestó Vader.

—Es posible, pero si son tan mediocres otros podrán sustituirlos, tal vez más capaces. Solo sobreviven los fuertes.

—Sí, maestro. —Podía escucharse su respiración.

—De todas maneras, debo hacer un viaje mientras tú, amigo mío, te encargas de sofocar a la Rebelión. El viaje durará cuatro días como mucho.

—Sí, maestro.

—Partiré en dos días, te dejaré un datapad con las instrucciones y a qué planeta debes ir cuanto antes —dijo el Emperador con tono de cautela—. Puedes retirarte.

—Prepararé a la 501 ahora mismo —respondió Vader con seguridad en la voz.

Vader dio la espalda a Sheev Palpatine, salió por la puerta del despacho que estaba flanqueada por varios caballeros imperiales, tomó la salida de la derecha hacia un turbo ascensor y sacó de un bolsillo de su cinturón un dispositivo, el cual activó con el pulgar. Acto seguido se lo volvió a guardar en el mismo sitio.

El Emperador se levantó de la silla y se dirigió a su aposento, a la derecha de la estancia en la que estaba. Allí activó un mecanismo al pulsar en un cuadro y una pared comenzó a abrirse de forma lateral. Palpatine entró y la puerta se volvió a cerrar. En esta estancia había una cama, una mesa de trabajo, un cuarto de baño y una biblioteca poco usual, con datapads del antiguo Templo Jedi. Decidió coger el número sesenta y seis, y con una sonrisa malévola lo introdujo en el ordenador, donde pulsó dos teclas y una impresora comenzó a escupir papel y encuadernarlo al momento. Sacó el datapad y volvió a colocarlo en su sitio, agarró el pequeño cuaderno que había salido y lo introdujo en un pequeño bolso. Se dirigió hasta un turbo ascensor que conectaba directamente con un hangar. Allí había una pequeña comitiva de caballeros imperiales aguardando su llegada y una nave. Dicho vehículo era un Nubian 327 tipo J, modificado por el propio Emperador.

La nave disponía de potentes escudos, hiperimpulsor y comodidades a la medida del señor de los Sith, pero esta nave, a diferencia de las de la misma clase, sí que disponía de armamento, por lo que de su forma estilizada en curva, como la punta de una flecha inversa, sobresalían cuatro cañones por el casco, dos a los laterales de la cabina, uno debajo con potencia iónica y otro en la popa, donde iba un droide astromecánico para su manejo. Otra de las diferencias de la nave es que no estaba chapada en un color plateado metálico, sino en un azul mate muy oscuro que dificultaba saber dónde estaba la propia cabina al mimetizarse con el cristal negro. La nave disponía de sistema de camuflaje, sistema anti pirateo y estaba construida por dentro únicamente para que los escáneres de las naves la identificasen como un transporte simple. El Sith subió a su nave sin que nadie le siguiera, la compuerta se cerró y los pilotos iniciaron la ascensión al cielo de Coruscant, y de allí a las estrellas.

El Maestro Sith se dirigió a su camarote, no sin antes admirar cada pieza, cada reliquia que allí había. Todos aquellos objetos formaban parte de una colección oscura: artefactos de la raza Sith, mandalorianos, de las Hermanas de la Noche… desde esculturas pequeñas y libros hasta armas imbuidas todas en el lado oscuro, ya fuera por la Fuerza, la alquimia o la hechicería. Dentro de su camarote había un armario con diferentes trajes, ya fueran de protocolo, simples túnicas negras o un traje especial para aguantar en el vacío espacial; una cama simple, un escritorio con un ordenador y otro mueble pequeño, el cual, al abrirlo Sidious, podía verse el mango de una espada láser acostada en una pieza acolchada, con espacio para su gemela.

—Pronto volverás a tu legítimo dueño —dijo el Sith con determinación e ira.

El mango de la espada láser no tenía enganches, estaba hecho de diferentes aleaciones, dejando ver el dorado del electrum, un material que antiguamente usaban los Maestros Sith de más alto rango. El acabado era corto, como el mango de un puñal, y

rematado en forma de un pequeño saliente ovalado, presentando así la personalidad de su creador: poderoso en la esgrima y en la Fuerza, pudiente y adaptable.

La comunicación de la nave se abrió.

—Emperador, estamos llegando a Ruusan, ¿alguna indicación especial?

—Siga con el vuelo planeado —contestó Sidious desde su intercomunicador.

El planeta se situaba en el Sistema Ruusan, en el Borde Medio de la galaxia, en el sector Teraab. Este planeta era visto a lo lejos como uno verde y grisáceo. La población total contaba con apenas treinta mil habitantes. Era un planeta particularmente orientado antiguamente a la agricultura, ganadería y mercadeo de especias y minería de cristales. Palpatine atrajo la espada al interior de una de sus mangas y cerró el mueble, se sentó en la mesa con el ordenador y comenzó a leer los datos del planeta, pero no los públicos, sino los registros de Darth Bane y de la Orden Jedi.

—Bien, veamos. El planeta contiene tres lunas apodadas «*las Tres Hermanas*», de las cuales los contrabandistas solo encontraron ruinas de una antigua civilización en una. Actualmente nadie viaja a estas lunas pues se cree que están embrujadas. La población se divide en tres razas inteligentes y un pequeño cúmulo del cinco por ciento de otras razas para el mercadeo. Ah, un antiguo Templo Jedi de cuando la guerra de Ruusan, donde Darth Bane logró la resurrección de los Sith. Irónico que tenga que venir aquí, donde hubo tanta muerte —comentaba para sí mismo.

La nave, ya en modo aterrizaje, llegó a un descampado donde antes había bosques y ahora solo pequeños brotes de aquella gran guerra de hace más de mil años.

Los pilotos avisaron al Emperador y este decidió bajar solo. Se abrió a la Fuerza para sentir la vida que hubiera cerca, pero aparte de unos animales autóctonos no había nadie más.

—Piloto, baje el speeder. En cuanto me marche, inicien la defensa del perímetro de la nave y bajo ningún concepto atiendan ninguna otra llamada que no sea mía.

—Sí señor.

El copiloto de la nave bajó una moto-jet modificada en forma de media O. La moto era una Razalon FC-20 modificada. No poseía cañones, medía un metro sesenta y cinco de largo con cavidad para un motor hiperveloz y un cajón para enseres, era capaz de alcanzar los seiscientos cincuenta kilómetros por hora, estaba chapada en metal oscuro y contaba con un sistema de manejo muy simple para viajes por tierra: un pedal de aceleración, otro de freno y un manillar con pantalla de datos. El cajón podía servir para portar un escudo protector u objetos, como tres sondas Sith o algo de similar tamaño.

Oteando el horizonte montañoso, el Lord Oscuro se subió a la moto decididamente y aceleró, perdiéndose entre las columnas de rocas anaranjadas. Podía sentir la llamada de algo muy especial.

Mientras tanto, en Coruscant, Vader recibía un mensaje codificado.

Sidious conducía la moto al mismo tiempo que se centraba en su objetivo, a lo que había venido a este planeta, pero había demasiada calma, y él sabía que tanta solo auguraba un futuro tormentoso. En los dos kilómetros recorridos comenzó a sentir presencias acechando: en el cuarto kilómetro del valle, a mitad de distancia de su objetivo principal, se sumaron cinco speeders. Sidious decidió mantener la misma velocidad y activó los escudos de la moto, se abrió a la Fuerza y sintió las emociones de quienes iban persiguiéndole: codicia, avaricia, temeridad y en el fondo… ignorancia.

En ese instante comenzaron a llover disparos láser sobre su moto. Desaceleró entre las columnas naranjas y rojas, apagó el motor, se bajó, levantó las manos en dirección a la primera moto y de sus dedos brotaron unos zarcillos mortales de electricidad que la hicieron explotar mientras los dos tripulantes salían despedidos junto a la metralla de la explosión, por encima del Sith.

Los otros vehículos pararon detrás de varias columnas mientras los asaltantes seguían rugiendo fuego en dirección al Emperador. Comenzaron a moverse entre las columnas como un grupo adiestrado, pero en clara desventaja contra alguien que dominaba la Fuerza. Sidious sonrió por el desafío y, al mismo tiempo, se lamentó por la pérdida de tiempo.

Los atacantes se dividieron en dos grupos para flanquearle. Mientras uno corría a otra columna para asegurarla, los otros abrían fuego de cobertura, pero el Maestro Sith simplemente esquivaba las ráfagas ocultándose tras las columnas cercanas a él. A medida que pasaba el tiempo, más agujeros poblaban la escena, y el Sith, ya cansado del juego del gato y el ratón, pasó a ser el lobo. Allí donde antes se escondía, ahora estaba uno de los grupos, cubierto, pensando que estaban ya muy cerca de rodearle y asesinarle.

—Lo tenemos, no tiene salida, se ha encerrado él solo contra la pared del valle —dijo uno de los asaltantes.

—Tom, ¿no te parece raro que solo haya escapado? Ni siquiera ha disparado.

—Cállate, Arthur. Nos dijeron que estaba desarmado, que nunca va con armas de fuego y que su moto sería nuestra recompensa por matarle —respondió con carácter.

El otro grupo lo tenía a la izquierda, bien posicionado. Una sonda droide se movía por la parte más alta del valle.

—Quien quiera morir que se quede, quien no, que trate de llegar a su speeder y que se pierda por la galaxia —dijo Sidious en voz alta.

Los asaltantes, casi todos humanos a excepción de un rodiano y un zabrak, estaban ahora inquietos.

—¿Nadie quiere vivir? Bien, que así sea —respondió gritando sádicamente.

—Yo no quiero morir. No sé por qué, pero tengo un mal presen… —dijo Arthur sin terminar de hablar.

Al momento, un haz de luz azul salió despedido contra la columna en la que se encontraba, enfrente del Emperador, y esta se partió en dos por donde los disparos habían

dejado el impacto previamente. Una figura negra comenzó a moverse como una flecha lanzada. Los asaltantes tuvieron que salir corriendo para no quedar sepultados por la roca, al mismo tiempo que disparaban sus armas. El otro grupo no pudo abrir fuego porque podían matar a sus compañeros, así que recularon hacia otra columna más atrás y desde ahí comenzaron a moverse en paralelo a la figura negra.

La risa del emperador era la de un demente con un megáfono. Los rayos se lanzaban al grupo de defensa, ahora impactando donde antes habían dañado la columna y saltando esquirlas. Todos rodaron por el suelo para esquivarlas junto a la otra columna que se derrumbaba. El grupo, ahora perseguido, no daba crédito de dónde salían esos rayos.

—¿Acaso tiene un lanza rayos?

—No digas tonterías. Seguramente tenga un dispositivo que refracta la energía de nuestros disparos, como el escudo de una nave y un espejo… la cosa es que parece que no se le acaban. Dispersémonos y tened preparados los vibrocuchillos.

En ese mismo instante de dispersarse, el encapuchado de negro estaba delante de ellos. Todos pusieron caras asustadas tras sus pañuelos, cascos medio cortados y bandanas… pero sus cejas y arrugas demostraban sorpresa y miedo, un pavor tremendo. El rodiano levantó a la altura de la cadera su bláster, y cuando el dedo estaba a punto de apretar el gatillo volvieron los haces de luz azul, esta vez electrocutándole y cayendo fulminado al suelo. Solo podían escucharse los gritos de agonía de ese grupo de seis humanoides, sufriendo quemaduras por todo su cuerpo y gritando que no querían disparar más. Palpatine se deshizo de la capucha para que vieran su cara y quién era. El segundo grupo se quedó anonadado al ver al Emperador de la galaxia soltando rayos desde sus dedos y cómo estaba matando a aquel grupo en donde ya ninguno podía moverse. El último recibió un disparo de su misma arma en el corazón por su propia mano, y finalmente descargó una tormenta de Fuerza sobre los asaltantes.

Los cuerpos quemados comenzaron a oler fatal. Saltaban pústulas, y no quedaba rastro de sus caras ni huellas. El segundo grupo se dividió y comenzó a disparar en modo cruzado. Se pusieron en formación de media luna para que los rayos no los envolvieran; Sidious, por su parte, sacó de su manga la espada láser, y al activarla un haz carmesí surgió e iluminó tenuemente las columnas. Fue esquivando los disparos al saltar de una columna a otra, y con la Fuerza envió su espada girando sobre sí misma hacia el primer canalla, degollándole de atrás hacia adelante. La cabeza salió despedida hacia atrás.

Uno de los maleantes decidió que era hora de ir a los speeders, pues ahora veía que estaban muy lejos de matarlo o de salvarse si se quedaban. Mientras la espada volvía a su dueño, este le empujó con la Fuerza contra el zabrak e impactó contra la cabeza, abriendo con los cuernos una hemorragia en el cuello del humano. En sus ojos abiertos de par en par comenzaron a brotar lágrimas.

—No… no quiero morir aquí… no… de es… ta mane…

—Es tarde para todos vosotros —dijo Palpatine riéndose, mientras se deleitaba con el miedo de sus presas.

Quedaban cinco. Uno de los asaltantes decidió lanzar una granada con tan mala suerte que se mantuvo en su mano. El Sith le miraba sonriente, sosteniendo en una mano la espada láser con la que desviaba los disparos y desplazando en el aire la izquierda. La mano del asaltante se cerró, y se la llevó a la boca del estómago antes de explosionar y saltar en pedazos.

—Es brujería. Nadie nos dijo que sabía hacer éstas cosas, no nos han pagado lo suficiente —dijo uno de los humanos a otro compañero que salía corriendo hacia los speeders.

Pero hasta allí había llegado Sidious como la punta de un virote, con su filo rojo apuntando al suelo. Fue tan rápido en sus movimientos que a uno le amputó las cuatro extremidades, desplomándose en el suelo, mientras que a quien no corrió mejor suerte lo seccionó en dos, trazando un corte ascendente. No hubo gritos. Aquello le afectó tanto al asaltante tullido que quedó en shock. Mientras, el Maestro Sith volvía donde estaba el zabrak tumbado por el impacto previo.

—Quién os ha contratado, dímelo y te daré una muerte rápida e indolora —dijo levantando al zabrak mediante la Fuerza.

—Yo… nos contrató un hombre… le… le faltaba una mano y tenía la voz grave.

Sidious comenzaba a pensar quién con una sola mano podría enviarle mercenarios, pero no recordaba a nadie. Aun así, la información que les habían dado a los mercenarios era medianamente errónea, seguramente para hacerle temer a Sheev que alguien iba tras él, ahora que no contaba con Vader.

—¡¿Qué más?! Mi paciencia tiene un límite —inquirió.

—Dijo que había que neutralizarte antes de llegar al otro extremo del valle, que no llevabas escolta ni blásters. Llevaba la cabeza tapada y vestía una túnica. No le vimos la cara, pero sí los créditos. Aceptamos y… ahhhh… ah… —Sidious le atravesó el corazón con la espada láser y dejó caer el cuerpo.

A través de la Fuerza movió los vehículos y los cuerpos, quedando todo junto, y encendió una granada para que estallase todo. El tullido contempló la escena aterrorizado, hasta que murió con la detonación tras ser desplazado también él. El Lord Sith se movió hasta su moto y siguió su camino, cavilando quién podía estar detrás de todo esto o quién podía obtener información medianamente precisa. Quien fuera desde luego no le quería muerto a la primera, sino sembrar el miedo en él.

Se abrió a la Fuerza una vez más, buscando a su pupilo.

—Lord Vader.

—¿Sí, maestro?

—He sufrido un atentado. Alguien me vigila, sabe dónde estoy y me quiere muerto.

—¿Algún dato importante? ¿Por dónde comienzo a buscar?

—Le faltaba una mano y vestía una túnica, tenía muchos créditos como para pagar a unos mercenarios, quienes creo eran alrededor de una docena. Vuelve a Coruscant y busca por los bajos fondos. Tiene que ser alguien con acceso a los archivos del Imperio o de la extinta República.

—Buscaré senadores, excombatientes…

—No. Creo que es un Jedi. Por eso tiene esta información. Sé cauteloso aprendiz, tal vez ahora aproveche para tratar de eliminarte, pues creo que no es a mí a quien busca, pero está claro que si no he hablado sobre mi viaje con nadie salvo con los caballeros, es alguien que ha tenido que obtener la información usando la Fuerza, y tiene que ser alguien poderoso aunque le falte una mano.

—Tendré cuidado, maestro.

La conexión se deshizo y Sidious comprendió que la Fuerza todavía no estaba a su favor completamente, que debía de eliminar a los Jedi perdidos por la galaxia poco a poco, y que tampoco sería un trabajo fácil pues muchos habían dejado de usar su don y era más difícil rastrearles. Pronto llegó al otro extremo del valle, dejando tras de sí un lugar lleno de aquellas columnas pétreas típicas de Tatooine… pero en Ruusan lo que tenía delante tampoco era mejor.

Un mercado muy amplio de contrabandistas, canallas, mercenarios, agricultores, esclavistas, artesanos y… timadores. Para Sidious era muy fácil pasar desapercibido, pues era lo primero que le enseñó su maestro, Plagueis: mimetizarse con el entorno, usar la Fuerza para pasar inadvertido, incluso vistiendo de negro en pleno día soleado. Así fue como, preguntando a un mercader ithoriano, a un contrabandista cathar… llegó hasta la tienda de campaña de un artesano.

Al entrar en la tienda pudo ver, maravillado, muchas obras de arte: pinturas, esculturas, armas, cascos, armaduras, libros encuadernados… todo de diferentes mundos, pero al ver al dueño sintió una rabia inusitada. Era un caamasi. Estos seres eran muy sabios, artistas y de naturaleza pacífica. Pocos eran sensibles a la Fuerza, pero tenían una determinación y valores vinculados al honor y la ética propia del uso de la Fuerza que durante mucho tiempo sirvió para que hasta los Jedi menos sensibles mejorasen enormemente. Este caamasi era alto para su especie, alrededor de dos metros, de pelaje grisáceo, ojos profundos de color verduzcos que se tornaban amarillos según la claridad… lo que un humano llamaría un «cara búho con nariz de tapir y orejas de cordero», pero con la constitución suficiente como para partirte la cara tres veces. El Emperador los creía exterminados, pues su planeta natal quedó reducido a cenizas.

—Buenos días señor, mi nombre es Alegos Il’nila. Alegos si lo prefiere —saludó cordial y serenamente.

—Buenos días, soy Sheev —respondió con la misma voz amigable que empleaba en el Senado.

—¿Deseaba algo en particular, señor Sheev? —Las manos del caamasi estaban entrelazadas por delante, manteniendo la calma.

—Lo cierto es que sí. Mire mi datapad. Guardo una imagen parcial de lo que busco. —Sidious le entregó el datapad con la imagen del mango de la espada láser que le faltaba.

—Mmmm, creo recordar haber visto algo semejante en algún lugar, pero no es mío. Hay un tendero toydariano que tiene piezas también antiguas. En mi caso —tomó una

pausa, pensando qué decir—, lo más parecido que tengo es una espada de una caballero Jedi de la ya extinta República. No se enciende, aunque tiene el cristal.

—¿Cómo sabe que busco una espada láser? —inquirió Sidious.

—Alguien que me enseña un objeto hecho de electrum solo puede ser alguien que busque un arma de un Jedi o un Sith. Tengo un objeto que puede que le interese, se lo dejaré a precio reducido y me olvidaré de que usted existe —contestó Alegos, muy seguro de sí mismo.

—Bien. Dígame dónde encuentro al toydariano y muéstreme ese objeto.

El caamasi le contó lo que sabía del toydariano y después le condujo hasta una pequeña zona del establecimiento donde había un pequeñísimo baúl cerrado con un candado. A simple vista podía parecer fácil de abrir, pero allí se detuvo y miró a la figura amable del humano.

—Lléveselo y ábralo usted. Yo no puedo. Sé que perteneció a un Sith por los grabados… serían quince mil créditos, pero se lo dejo por tres mil y usted no existe.

Sidious tanteó al caamasi, decía la verdad, y seguramente la Fuerza le había guiado hasta ahí para que le sirviese en algo. No se lo pensó dos veces y aceptó el trato con toda amabilidad, dejó la tienda tras de sí y giró a la izquierda. La caja, ahora palpada por sus yemas, estaba sin duda imbuida de lado oscuro. Podía notar cómo el cierre poco a poco iba abriéndose bajo las telas de su túnica, pues decidió caminar sin mostrar un ápice de su piel.

Se detuvo varios puestos más hacia la izquierda al notar que la caja se había abierto. Introdujo dos dedos dentro, tanteando lo que había… un objeto en forma de cilindro metálico. Sidious decidió entrar en la primera tienda que tuvo a su disposición y se mantuvo en las sombras. Al fondo de la misma sacó la cajita, y para su sorpresa pudo ver que no era una espada láser, aunque la forma pudiera recordar a una. Colocó en vertical el cilindro y desenroscó el tapón, que estaba debajo, mediante la Fuerza. Del objeto metálico surgió un pergamino bien conservado. Un pequeño objeto negro y volador se introdujo en la tienda, escondiéndose entre varias piezas a la venta.

Darth Sidious se concentró tanto en la Fuerza que pasó desapercibido para todos los compradores de la tienda. Se quedó maravillado con el cierre, pues notó un veneno en su cuerpo que, gracias a sus altos conocimientos, fue descontaminando de su sistema. El veneno estaba preparado solo para usuarios oscuros, para maestros, supuestamente. El dolor era tremendo, pero aun así aquello le otorgaba más poder, más claridad. Cuando comenzó a leer, pudo ver al propio escritor en su mente, mejor que una holocinta, o que una película, o que una grabación de una sonda. Podía sentir, oler, ese instante. Las inscripciones Sith rezaban lo siguiente:

> *«La Fuerza está en todos los seres vivos, por eso no podemos aniquilar la existencia, los Sith somos fuertes porque doblegamos la vida para serlo. No podemos arrasar con todo porque entonces careceríamos de nuestro poder, debemos saber aniquilar nuestros objetivos, elegirlos con cuidado. Aunque la*

Fuerza está en todos, no todos desarrollan habilidades, muchos ni siquiera son sensibles y otros desarrollan resistencias. Estos últimos solo conocen un tipo de poder: el dinero; y una desventaja: su propia vida. El músculo también es un buen elemento para obtener lo que queremos de estos seres insensibles a la Fuerza, aunque opto por una solución mixta, algo de dinero y un brazo o una pierna amputados, eso les demostrará que estás por encima de la cadena de poder. Mejorar nuestra destreza en el uso de las armas es tan importante como escupir nuestra Fuerza en forma de rayos, objetos, empujes, la concentración de batalla o la telequinesis, entre otras destrezas que no todos poseen. No es una cuestión de subyugar a los enemigos, es una cuestión de dominación total del entorno, darles lo que quieren ver, oír, palpar o escuchar y luego matarlos si no sirven. Con su propia falsa apreciación de la situación, habrás vencido. Disfruta.

Darth Guile».

Sidious reflexionó sobre lo que sabía de este Lord Oscuro de los Sith. Había vivido sin aprendiz conocido y no se sabía apenas nada… algo tendría que haber porque «*otros lo suplieron después: Gravid, Gean, Ramage y Tenebrous, antes de mi maestro*», dijo en sus pensamientos. Pensó en el texto, y la idea de usar armas no le agradó ya que él usaba su espada cuando era estrictamente necesario, pero lo veía como una debilidad, un síntoma de dependencia de las habilidades innatas, algo que solo usaban asesinos Sith, aun a pesar de que él era un experto espadachín.

Abrió comunicación directa con Vader, esta vez usando un comunicador. Vader no respondía a la llamada, por lo que decidió dejarle un mensaje.

—Lord Vader, deja que las sondas busquen alrededor de Coruscant y ve al Templo Jedi, busca toda la información relacionada con Darth Guile. Es importante para nuestros planes, pues he encontrado un texto antiguo de él. —Cerró la comunicación. Al momento, un ser se acercó al humano vestido de negro.

—Muy buenas, señor o señora, ¿qué desea? —preguntó un toydariano, un ser que se mantenía en el aire gracias a dos pequeñas alas en su espalda… pero sin embargo era gordo de cuerpo, de cara afilada, de fervientes ojos azules, sin pelo, protegido únicamente por cuero en los hombros, torso y cintura, sin olvidar una camisa de tela. Algo así como un murciélago gordo pero con colores grisáceos de piel, cara con morro picudo y dos pies palmeados con tres garras.

—¡Oh! Señor tendero, estaba buscando algo distinto. He venido aquí porque las buenas piezas suelen encontrarse en lo más alejado de la galaxia. Nadie coloca lo más valioso cerca de la entrada, donde pueden robarle —respondió el Sith con grandilocuencia y amabilidad, todavía ocultando su rostro.

—Cierto, cierto, jeje, ¿qué deseaba? Si lo tengo le haré buen precio. —Se frotaba las manos lentamente pero con mucha fuerza, intuyendo un gran negocio.

—Pues verá, busco un mango de un arma. Creo que está hecho con electrum.

—¡Oh! ¿Electrum, dice? Creo que tengo algunas piezas, sí, apártese por favor. ¿Puede esperarme en el mostrador? —Denostaba algo de nerviosismo—. El aire se respira mejor y así puedo buscar entre los objetos sin temor a que vaya a caerse alguno encima suyo, sabe.

—Puedo esperar en la entrada. —Sidious comenzó a sacar un talonario y el toydariano empezó a buscar con aún más rapidez.

—T5, ve al mostrador y atiende a la clientela, yo tengo que buscar algo —replicó a un droide astromecánico modificado.

Sidious trató de tantear en la Fuerza al toydariano sin lograrlo, entonces comprendió que aquel escrito había llegado a sus manos justo a tiempo, pues su habilidad de sugestión no hubiera servido de nada. A lo mejor lo que descubriese de este antiguo Sith le serviría en el futuro para dominar la galaxia, aunque él no hubiera logrado grandes avances.

Al cabo de unos minutos rebuscando entre arcones, cajas, baúles… el alienígena se acercó al Emperador con un trapo que envolvía algo cilíndrico. Al llegar al Sith lo desenvolvió y podía verse un pequeño armazón de electrum que pertenecía a algo más definido, algo que, por supuesto, el maestro de los Sith conocía.

—No. Dónde está el resto, tendero… —dijo Sidious con furia.

—Bueno, esto es lo que tengo. Creo que iba con otra cosa cilíndrica.

—¿Crees? A mí me parece que sabes perfectamente dónde está, lo quiero al completo y tú pones el precio —dictó el humano.

—No, no puede ser, no lo tengo, lo vendí.

—¿Que lo vendiste? ¿A quién?

—Sí, solo me pidieron esa parte. Lo desmonté y lo vendí por un buen dinero —respondió sin importancia.

—¿A quién? —inquirió, con tanta gravedad en la voz que hasta el droide se estremeció.

—A un tipo alto. Vestía de negro, pero no le vi la cara, tenía una voz grave, me pagó muy bien.

—Ya… ¿no te dijo su nombre?

—También vendo información.

—Te pagaré por la pieza dos mil créditos y otros dos mil por la información.

—Creo que la información de un cliente vale más —dijo el toydariano muy seguro de sí mismo, sin percibir la ira del humano.

—Creo que la vida vale más —respondió Sidious con una voz muy calmada, sintiendo el poder del pergamino.

—No me gustan las amenazas, debería pagarme la pieza e irse —dijo con el mentón muy alzado, sintiéndose superior.

Sidious mostró en su datapad la imagen de la espada y el toydariano supo muy bien a lo que había venido el hombre cubierto por la túnica.

—Quiero esto, y si no me lo llevo me llevaré tu vida —amenazó Sidious.

En ese instante, T5 sacó dos armas de su espalda y apuntó al Sith. El mercader sonrió burlonamente. El Lord Sith extendió una mano abierta en dirección al droide, mostrando que no llevaba arma ninguna.

—Te he ofrecido dinero, ahora me apuntas cuando estoy… desarmado. Pensaba en firmar el talón que he sacado antes, incluso en regatear por la información, pero no me has dado opción por culpa de tu avaricia. —Cerró el puño y el droide fue aplastado por las propias armas de su espalda.

—¡Eres un Jedi! —exclamó asustado el toydariano—. ¡Por favor, no me mates! ¡Te lo he dicho antes! ¡Quien me compró el resto de la espada vestía una capa negra! ¡Era un humano por su tono de voz, lo juro!

—Dime un nombre.

—¡No lo sé! Solo sé que dijo que volvería a Coruscant en el debido momento.

—Ten tus dos mil por la pieza de electrum, otros dos mil por el droide y… —sacó su espada y le cortó una de las manos. Se escuchó un grito y después un sollozo—, esto por tu avaricia. Tienes piezas de sobra para hacerte una prótesis. Si no quieres perder la cabeza olvidarás lo que ha ocurrido.

—S-sí, cl-claro… —contestó con dolor y lágrimas.

Sidious se guardó el pedazo de la espada bajo su túnica y salió de la tienda. Recorriendo el camino hacia su moto, el intercomunicador se encendió con un mensaje grabado.

> *«Aquí Vader. Maestro, he estado indagando sobre Darth Guile. Fue un historiador y filósofo, se dedicó a recopilar y dejar pistas para los futuros Sith en distintos planetas, allí por donde pasó Darth Bane. Nunca tuvo un aprendiz porque vio en el futuro que serían otros los que continuasen con la Regla de Dos, y que su misión era repartir el conocimiento para que los Jedi no pudieran dar con los Sith tan fácilmente. Dejó escritos sobre sus reflexiones a lo largo de la galaxia. Esta información es dudosa, pues fue un acólito de Marka Ragnos quien lo escribió. Por ahora no he encontrado nada más sobre él; pero sí sobre el otro asunto. Las sondas han visto entrar a alguien en el Templo con una túnica. Esperaré órdenes y cerraré los accesos del templo con la 501 hasta su llegada».*

Se apagó la grabación. Ya sentado en la moto se dirigió de vuelta al valle que había cruzado previamente para, finalmente, volver hacia donde estaba la nave esperando. Mientras, pensaba sobre los acontecimientos recientes… Los antiguos Sith seguían teniendo un legado muy extenso y disperso. Sidious pensaba que había logrado recopilar casi todo, pero siempre acababa saliendo algo más. Migajas, esas dichosas migajas que por sí solas no valían gran cosa, pero que unidas a otras formaban un conocimiento increíble y, por tanto, una fuente de poder enorme. Alguien le había desmembrado la espada, no se preguntó cómo había llegado hasta allí, solo le importaba dónde estaba: en Coruscant.

Una vez llegó hasta la nave con los dos pilotos presentes, emprendieron el vuelo de regreso a Coruscant. Sidious decidió encerrarse en el camarote. Desplegando cada pieza nueva que había conseguido sobre la mesa, se puso a meditar, uniendo su poder al de los objetos. Estos comenzaron a elevarse y la oscuridad susurró en su mente: «*Lazos, venganza, Sith, oscuridad, muerte*». ¿Era acaso un mensaje en clave, una premonición, una adivinanza…? Estaba claro que alguien que había conseguido su espada cuando cayó al vacío por el enfrentamiento con Mace Windu, hizo que llegase hasta Ruusan y de vuelta a Coruscant. Pero quién.

Catorce horas después, de noche en Coruscant, esperaba un oficial imperial en la entrada del antiguo Templo Jedi. Sidious, ya mostrando su rostro al echarse la capucha hacia atrás, caminaba tranquilo con un bolso en la mano, donde estaba la caja y la pieza de su espada gemela.

—Bienvenido, Emperador, me honra su presencia. Lord Vader me ha dejado este comunicador y esta caja para usted. Me retiro a mis quehaceres.

El imperial se marchó, Sidious abrió la caja y encontró lo que faltaba de su espada láser perdida. La unió con la Fuerza, y justo en ese instante la comunicación se abrió.

—Estoy viajando lo antes posible hacia Coruscant, maestro.

—Gracias, doblemente. ¿Qué más has encontrado?

—De nada, maestro. Sobre Darth Guile nada más. Puede que esté muy bien escondido en otro lugar. Sabemos que los Jedi prohibían a casi todos los estudiantes interesarse sobre el lado oscuro; pero sobre el sujeto con la túnica sí que encontré entre las denuncias policiales reportes sobre una sombra oscura que se dedicaba, por lo visto, a robar créditos con métodos muy violentos.

—¿Un Jedi tal vez? —inquirió el Maestro Sith.

—No lo creo, maestro, la sombra oscura ha dejado algún que otro cadáver.

—Entonces un acólito oscuro, tal vez algún seguidor de Marka Ragnos. Su devoción por querer revivirlo y volver a la época dorada de los Sith siempre ha sido demencial, aunque muy a tener en cuenta para nuestros planes.

—Llegaré en unos minutos al Templo.

Se cerró la comunicación. Al templo entró una sonda poco después de que el Emperador lo hiciera en dirección a la biblioteca. La entrada de esta estaba custodiada por una gran puerta de madera con cierre electrónico, adornada por dos columnas macizas grises de media luna y arco en piedra tallado. Se abrió, y del otro extremo de la estancia una sombra encapuchada corría hacia el Sith, aún en la entrada. La figura era bastante alta, rezumaba ira y mucho odio. En ese momento la capucha se echó hacia atrás y pudo ver el rostro de un hombre que había visto alguna vez por el Templo… un antiguo Jedi que sobrevivió a la Orden 66.

—Vaya, un Jedi oscuro —gritó socarronamente el Emperador.

—¡No! ¡No te llevarás más reliquias del Templo! Ya me he encargado de poner muchas a buen recaudo, y jamás las encontrarás.

—Vaya, qué pena. Solo tendré que ofrecer créditos para encontrarlas y lo sabes, ¿no es así, Maestro Uvell? Yo que por un momento pensé que serías el Maestro Windu… —escupió venenosamente las palabras a la mente del Jedi.

El humano desenfundó su espada láser amarilla. Su rostro estaba marcado por varias cicatrices, pero tenía las dos manos, lo cual Palpatine no comprendió. Se echó hacia atrás para esquivar el primer golpe.

—No te falta ninguna mano, ¿dónde está tu cómplice manco? —se le escapó para su sorpresa.

—¿Cómplice manco? No tengo ninguno. Después de caer la Orden Jedi me mantuve solo para sacar objetos del planeta.

—Bien, entonces otro Jedi menos que pueda derrocarme. Morirás hoy.

Sidious lanzó un rayo de Fuerza que impactó en la pared. Uvell lo esquivó rodando hacia su diestra mientras el Emperador desenfundaba su espada con la mano derecha desde la manga de su túnica.

Uvell lanzó una de las macetas hacia el Sith y este la rechazó con la Fuerza, desapareciendo así los rayos. De entre la neblina que se había creado por los relámpagos, la moqueta quemada y el hollín, el Jedi apareció por el flanco izquierdo del Maestro Sith.

Sidious desenfundó la otra espada y, en cruz, paró el golpe ascendente del Jedi.

Giró su espada izquierda trazando un arco horizontal hacia el hombro de su enemigo. Este lo bloqueó con la suya, y con la mano libre empujó al Sith lo suficiente como para ganar distancia y volver a colocarse en posición defensiva. Palpatine entrecerró los ojos, sus labios se tornaron en una mueca de rabia y la Fuerza se abrió a él. «*Mejorar nuestra destreza en el uso de las armas es tan importante como escupir nuestra Fuerza*». Las palabras de Darth Guile resonaron, estiró sus dos brazos hacia atrás con las espadas en paralelo y saltó hacia Uvell.

Durante el salto hacia el Jedi, Sidious soltó las espadas hacia él, convirtiéndolas en jirones rojizos similares a unas aspas mientras de sus manos salían varios rayos.

El Jedi absorbía parte de los rayos con una mano mientras que con la otra los reflectaba con la espada. El Sith se le acercaba con muchísima velocidad. Notó sus espadas pasándole de cerca por muy poco, por no hablar de los dos impactos en la pared de detrás. Darth Sidious cayó a un metro de distancia delante del Jedi manteniendo los rayos. Ninguno de los dos ganaba o perdía espacio. Parte de sus ropas estaban chamuscadas por la pelea. Entonces Sidious cambió la cara por una de sorpresa al dejar de lanzar rayos con su mano derecha. Uvell decidió pasar al ataque.

El antiguo caballero lanzó un puñetazo que impactó en la cara del Emperador, pero de nada sirvió para que bajara la espada pues el Sith ya se había pegado lo máximo posible a su cuerpo.

Palpatine le había engañado. Se escurrió por sus piernas y un filo rojo apareció por debajo de la cintura atravesando el torso del Jedi hacia arriba. Atónito y con el cuerpo

rígido al sufrir un ictus por el daño en su médula, Uvell soltó su espada, apagó su filo amarillo y cayó al suelo. Palpatine lo giró hacia la pared que antes quedaba a sus espaldas para que viera con sus ojos cómo le había engañado. En la pared había una espada impactada encendida y el cilindro con el papiro Sith, imbuido en el poder del lado oscuro.

—Ahh… ya veo, pe… ro alguien llegará, los Jedi… nunca dejarán de existir… Sheev, solo es cuestión d… —Se escuchó el vibrar de una espada segando el aire, terminando con su palabrería al cortarle la cabeza. Acto seguido, atrajo los objetos de la pared y los guardó en su túnica para, seguidamente, dar rienda suelta a su ira electrocutándole hasta dejarle totalmente desfigurado. Las ornamentaciones de la biblioteca estallaron por los rayos, las paredes tenían manchas negras y el suelo estaba ennegrecido. Un humo oscuro emergió y los soldados de asalto entraron en la habitación para únicamente ver al mandatario de la galaxia entre negrura y un cuerpo calcinado adherido al suelo.

Treinta minutos más tarde, en la sala del trono del Emperador.

—Lord Vader, querías ponerme a prueba. He comprendido que pensabas que me estaba ablandando y de ahí los mercenarios. ¿Vendiste tú la espada? —inquirió con tranquilidad el Lord Sith.

—No. La encontré y solo compré el electrum. Fueron las pistas de varios objetos Jedi que ya no estaban en el Templo lo que me llevó hasta allí. Me aseguré de que bajase su precio al no estar completa —respondió Vader.

—Bien, ¿pero qué hay del Jedi? ¿Quién hizo que llegase hasta Rusaan?

—No sabía nada de él. Pensé que era Mace Windu. Todavía no hay noticia de que sobreviviera o no. Esperaba poder matarle durante mi investigación. No sé cómo llegó hasta allí… tal vez fuera Uvell o algún idiota que necesitase dinero rápido.

—Ya tendremos tiempo de seguir buscando Jedi. Creo que he demostrado por qué sigo siendo el maestro.

—Sí. —Solo se escuchaba el respirador de Vader.

Dos minutos después de silencio absoluto, Palpatine se dirigió a su aprendiz.

—Bien, amigo mío, sigamos con los preparativos para la pacificación de la galaxia. Recuerda que seguimos teniendo enemigos dentro y fuera de nuestros dominios, que a veces la fuerza bruta no es suficiente y que debemos aprender más del lado oscuro allí donde estemos.

TRES DÍAS MÁS TARDE

Una sonda negra entró en lo aposentos de Darth Vader en Mustafar. Vader estaba sentado en una mesa con varias herramientas, hablando a un holocrón piramidal.

—Lo que has visto es la destreza de mi maestro. Solo aquellos que hayan exterminado vidas y sientan un dolor tan profundo que los acompañe podrán ver estas imágenes. El dolor lleva a la ira, la ira al odio y el odio a esa fuerza que te da el poder para lograr romper tus cadenas… —dijo con pasión. Se tomó unos segundos e inhaló aire con esa respiración tan característica. Retomó la grabación.

—No solo puse a prueba a mi maestro, también a ti, que has visto estas imágenes. Posees el lado oscuro. He registrado las posibilidades de vencerle en combate solo con espada y por ahora no sería capaz más que de hacerle unos rasguños. Quiero acabar con él y con sus mentiras para, después, aniquilar a todos los esclavistas. Si no sobrevivo en mi camino hasta pacificar la galaxia y matarle, espero que quien vea esto sea consciente de a qué se enfrenta. —La visión desapareció.

***

Luke soltó el holocrón que tenía encerrado en sus manos. Tenía marcas y sangre de la presión que había ejercido durante su estado en trance. Presintió las miles de vidas que había segado y por qué dudó en su enfrentamiento en Ciudad Nube. Luke habló en voz alta, todavía estupefacto por lo que había visto… visto no, sentido, mejor dicho.

—La clave para vencer al Emperador no está en el combate, está en la Fuerza, está en mi padre… debo volver a Dagobah y hablar con el Maestro Yoda. No me veo capaz de vencerle tan pronto. Tengo que aprender más, lograr que mi padre esté de mi lado. Sé que hay bondad en él. Si no me mató cuando pudo hacerlo no lo hará cuando me enfrente al Maestro Sith. Se levantó de la cama, estiró su cuerpo, guardó el holocrón en su mochila, se colocó la espada en su cinturón y, mirando a la puerta con la mano en el pomo, pensó en voz alta: «*Cuando lleguemos a Yavin… no le va a gustar a R2 la idea de volver al pantano*».

RECUERDOS DESDE LA OSCURIDAD

MARÍA ROJAS RAMÍREZ



Llegó repleta de ira al establecimiento. No paraba de darle vueltas a lo sucedido. Necesitaba desconectar y reflexionar, y sabía dónde, pero no estaba totalmente segura si sería una buena idea ir allí o no.

A sus hermanos inquisidores no les extrañaría nada que se fuera sin dar explicaciones. Ya lo había hecho antes, pero sería distinto tras el reciente fracaso de su misión.

—¿Adónde vas, Undécima Hermana? —dijo alguno de los presentes al estar ya en el umbral de la puerta. No se fijó bien en quién fue.

—A algún lugar lejos de aquí por lo que se ve… —Al terminar esta última frase, salió por completo del establecimiento y se dirigió hacia su nave, un caza TIE Avanzado x1, el usado por todos los inquisidores.

Se subió a la nave, insertó las coordenadas de su destino y salió de la pista de embarque. «*Próximo destino: Dathomir*», se dijo para sí. Siempre sintió un vínculo extraño con ese lugar, aun habiendo estado pocas veces. Como si el propio planeta tuviera un pedazo de ella que no podía encontrar. Aunque bueno, en realidad para eso iba al planeta, para intentar buscar respuestas sobre ella, quizás sobre su pasado y posibles recuerdos.

—¿Kyra?

—Me temo que te equivocas, Jedi.

Había cerrado por un momento los ojos y el recuerdo luchando contra aquella chica originaria del planeta Shili se le pasó por su mente. Los ojos con los que la miró al decir aquellas palabras expresaban confusión y a la vez un atisbo de esperanza, una palabra que llevaba años sin siquiera percatarse de su existencia. No había logrado acabar con ella. Su primer fracaso eliminando a los Jedi restantes de la galaxia. Ella nunca fallaba en esas misiones. Era implacable… hasta ahora. Parecía como si tan solo las pocas palabras que intercambió con ella le hubieran marcado más de lo que pensaba.

—Kyra, ¡soy yo, Ashoka!

—¡No te conozco, Jedi! ¡Deja de incordiarme y evitar que termine mi misión de destruirte!

Aquel ahora molesto recuerdo había terminado justo al llegar a su destino. Aterrizó la nave cerca del lugar donde habitaban las conocidas, pero ya desaparecidas, brujas de Dathomir: las Hermanas de la Noche.

Al bajar de la nave, incluso el ambiente tan tétrico y cargado por poco le pone los pelos de punta.

—Aquí hubo una masacre, lo noto —dijo al agacharse al suelo y acariciar un poco la tierra con las yemas de sus dedos.

—Y por lo que sé, orquestada por el general Grievous —dijo casi con desprecio al mencionar su nombre.

Tras pasearse un poco por los alrededores, decidió sentarse cerca de lo que parecía la entrada de una cueva.

—Como ahora aparezca algún Hermano por aquí voy a meterme en problemas…

Cerró los ojos y se concentró solamente en la Fuerza y el influjo que tenía en ese lugar. Era algo que nunca había intentado, pero al parecer era una práctica popular entre los Jedi llamada meditación que provocaba el despeje de su mente a través de la Fuerza. Muchas veces llegaban a tener visiones de la Fuerza con esta práctica o a la solución de problemas y conflictos externos e internos.

«*Yo solo quiero conocer quién soy. Quiero mis recuerdos de vuelta*», se dijo mientras meditaba. Tras un pequeño rato, notó algo. Parecía una luz al final de la cueva que tenía enfrente. No le dio tiempo a recapacitar qué podía ser ya que fue un haz de luz muy fugaz, un destello casi. Se levantó y se decantó por entrar a la cueva hasta donde había vislumbrado el destello. Cuando estuvo más cerca del lugar vio lo que, al parecer, lo había provocado. Era un astromecánico blanco y negro, algo sucio por el tiempo.

—Este tipo de droides los solían tener los Jedi, por lo que sé… —dijo analizando más de cerca al droide.

De repente, al tocar un poco al astromecánico, este se encendió haciendo los pitidos y sonidos propios de estos. Se notaba alterado, además de parecer que llevaba varios años sin encenderse.

—Tranquilo, pequeño droide, no te voy a hacer nada, por ahora… —le dijo al astromecánico, a ver si así se tranquilizaba un poco. Sin embargo, este solo se volvió a apagar, no sin antes haber lanzado algo desde su interior al aire.

El objeto salió volando, y la Undécima Hermana no esperó hasta que estuviera en el suelo para ir a inspeccionarlo. El objeto no parecía una bomba ni nada por el estilo. Es más, lo que aquel droide poseía en su interior y había hecho lanzar por los aires no era ni más ni menos que un holocrón Sith, para ser exactos.

—¿Por qué tendría ese droide un objeto tan importante y peligroso como este en sus manos? —se preguntó, antes de pensar en abrirlo y conocer lo que contenía.

—Mi maestro estará muy agradecido si le entrego este holocrón. Quizás hasta olvide mi reciente derrota y se replantee el hecho de un ascenso —dijo con una media sonrisa en su cara al pensar que podría convertirse en la gran inquisidora y destituir al que estaba ahora. Al abrir el holocrón se encontró con un mensaje que no esperaba. Era de una mujer joven que vestía como un Sith, pero sin la capucha de su túnica puesta.

—Mi querida Kyra. Si estás viendo este mensaje significa que finalmente has encontrado y abierto el holocrón que lo contiene. En él encontrarás información que ha sido recopilada por nuestros antepasados sobre el lado oscuro, los Sith, la galaxia y mucho más. Usa esta información para lo que necesites, pero no dejes que caiga en malas manos, como pueden ser el conde Dooku o Darth Sidious, porque entonces la galaxia estará perdida por completo. Confío en ti, hija, para que protejas este holocrón y lo completes con información que tú misma vayas descubriendo. Recuerda que tus padres siempre te querrán y que aunque no estemos contigo físicamente, siempre nos podrás encontrar a través de la Fuerza. Confía siempre en la Fuerza.

Al terminar el mensaje, la inquisidora cerró el holocrón y se sentó en el suelo a recapacitar sobre lo que acababa de ver.

—Ha dicho el mismo nombre con el que me llamó aquella Jedi… Puede ser que… No, al menos me acordaría si ese fuera mi nombre. Me voy de aquí, se ve que no hay nada que encontrar… —Se levantó del suelo y justo entonces una especie de niebla verde emergió por toda la cueva, rodeándola.

Intentó escapar de ella, pero empezó a sentirse muy cansada, casi sin fuerzas, hasta caer desfallecida, no sin antes escuchar una voz que le resultaba vagamente familiar y que le hablaba casi como un susurro. Apenas pudo entender bien qué decían sus palabras.

Cuando calló desvanecida en el suelo empezaron a proyectarse imágenes en su mente. Imágenes que parecían un recuerdo.

«La huida había sido más complicada de lo que ya era. Escapar de la nave de

Dooku ya era un reto de por sí, por los guardias y por el propio conde. Sin embargo, el motivo de su secuestro no lo entendía del todo. En el tiempo que estuvo de rehén le hicieron preguntas que no llegaba a comprender del todo.

—¿Dónde está el holocrón? —preguntaba Dooku con su seria voz.

—Ya le he dicho que no lo sé, y aunque lo supiera no se lo diría —respondía la protagonista del recuerdo.

—Darth Solum te debió de entregar aquel holocrón Sith que posee su familia desde tiempos inmemoriales y que mi maestro anhela desesperadamente. Así que deja de mentir, escoria Jedi, y dime dónde has escondido ese holocrón —decía Dooku mientras la torturaba empleando diferentes métodos que incluían el lado oscuro de la Fuerza.

La joven estaba exhausta. Estar metida en ese embrollo era parcialmente por su madre. Por mucho que ella intentara durante su vida proteger a su hija de los Sith, no pudo. Sobre todo después de su muerte, que fue entonces cuando su padre, Obi-Wan, empezó a vigilarla más, intentando que el Consejo Jedi no se diera cuenta.

Pensar en su madre la entristecía parcialmente. Aunque murió cuando ella era más pequeña, tuvo la mala suerte de estar delante cuando aquel asesinato sucedió.

Semanas antes ella había tenido sueños, pesadillas constantes sobre la muerte de su madre, pero nunca pensó que se harían realidad. Sin embargo, algo le decía que su madre sí se esperaba su cercana muerte.

Pensar en ella la hizo reaccionar en ese momento en que se encontraba sola con algunos droides, concretamente guardias, en la sala donde estaba recluida. Con el uso de la Fuerza, pudo liberarse y escapar de los droides hasta las cápsulas de escape. La huida no fue para nada fácil, y más porque Dooku no dudó ni dos segundos en ir tras ella cuando se enteró de su fuga.

Sin embargo, llegó más o menos bien a las cápsulas de escape y pudo huir en una de ellas, aunque esta fue averiada por uno de los disparos orquestados por la nave de Dooku para intentar matarla o derribarla.

La cápsula sí fue derribada, y acabó en un planeta desconocido para la joven, pero sin rastro de Dooku.

Apenas salir de la nave, desorientada y casi sin fuerzas, creyó ver la silueta de alguien. Con la vista un poco borrosa, acabó resultándole familiar.

—¿Mamá? —Tras decir aquello con las pocas fuerzas que le quedaban, cayó desfallecida.

Se despertó algo alterada e intentó reubicarse.

—Tranquila, ya estás a salvo —dijo una voz tranquila y apaciguada.

—Disculpe, ¿pero quién es usted y dónde estoy? —preguntó la chica, algo extrañada y a la vez un poco impaciente.

—Bienvenida a nuestro planeta Dathomir, hogar de las Hermanas de la Noche. Yo soy la madre Talzin.

Una mujer que parecía algo mayor se encontraba al lado de la chica. Tenía la cara blanca con marcas negras y vestía excéntricos ropajes de color rojo.

La chica tardó un poco en reaccionar, pero tras un pequeño silencio habló.

—Yo me llamo Kyra. Kyra Claire, soy una Padawan. Un placer, supongo. —Se encogió un poco de hombros, aún se encontraba desorientada y un poco débil.

—El placer es mío, Kyra. Bueno, ¿qué es lo que ha provocado que aterrices en nuestro planeta? —preguntó la madre Talzin.

—Verá, fui secuestrada por Dooku, y al intentar escapar en una de las cápsulas de su nave me derribaron y he aterrizado aquí casi sin un rasguño, por lo que se ve. —Cuando pronunció esa última frase, se miró un poco los brazos y el cuerpo. Apenas estaban vendados. Se sacudió luego un poco la cabeza y continuó—. Ahora mi prioridad es contactar con la Orden Jedi y así poder volver a casa. Mi maestro estará preocupado… —Al decir aquello miró con un poco de melancolía al suelo.

Añoraba su hogar, que era la Orden, a su maestro y a sus amigos y compañeros, como el maestro Skywalker, que le había enseñado muchísimo sobre volar, construir y reparar objetos; su Padawan Ahsoka, con la cual había vivido muchas aventuras y se había forjado una buena amistad; a su maestro, Mace Windu, y lo mucho que había aprendido gracias a él; o al Maestro Kenobi, que siempre fue y será alguien muy importante para ella.

La madre Talzin se quedó un poco pensativa.

—Si lo que dices es verdad, entonces seguramente habrán cortado las comunicaciones. Así que te quedarás aquí hasta que vuelvan a estar funcionales. No querrás volver a caer en las manos de Dooku por lo que me has contado. Ser precavidas será esencial ahora mismo.

Kyra asintió ante su respuesta. Estaba un poco triste por si en la Orden la habían dado por muerta o algo y quería volver lo antes posible. Salió al poco de sus pensamientos al escuchar lo siguiente:

—Por ahora nuestro planeta es el tuyo. Solo ten cuidado si haces exploraciones por él. —Kyra asintió ante aquellas palabras y poco después de la retirada de la madre Talzin, abandonó sus aposentos para salir a estirar un poco las piernas.

—Este planeta me da escalofríos… —dijo en voz baja al salir y contemplar mejor el paisaje que parecía postapocalíptico. Tras dar una pequeña vuelta sin alejarse mucho de la aldea se sentó en el suelo, abrazándose un poco las rodillas—. Evidentemente, este planeta no tiene nada que ver con Coruscant… —comentó, seguido de un pequeño resoplido.

—Tienes razón. Este sitio es mucho mejor que ese antro de corrupción y mentiras. —Una voz que le resultaba vagamente familiar emitió aquellas palabras. Kyra se giró para ver de quién se trataba hasta que dio con la persona.

—Asajj Ventress —dijo algo sorprendida—. ¿Qué haces tú aquí?

—Pequeña Padawan, este planeta es mi hogar. Yo debería ser la que preguntase eso. Kyra suspiró y le contó a Ventress cómo había acabado allí.

—¿Y se puede saber para qué te quería la rata de Dooku?

—Al parecer estaba buscando un holocrón que yo no tengo —se limitó a contestar Kyra.

—Pero eso es mentira. En el Templo Jedi hay miles de holocrones —bufó un poco—, y seguro que tienes alguno.

—Tienes razón. Poseo un holocrón Jedi. —Se le puso la cara un poco roja al decir aquello—. Pero lo que Dooku buscaba era un holocrón Sith. Para ser exactos uno que supuestamente mi madre me debió haber entregado.

Ventress no se sorprendió mucho al escuchar aquello.

—Tu madre era Darth Solum, ¿no es así?

Kyra se limitó a asentir con la cabeza. No le gustaba mucho hablar de su madre. Era un tema delicado para ella. El silencio que se provocó entre ambas dio a entender a Ventress que Kyra no quería hablar sobre ella. Se levantó, y antes de dejar sola a Kyra le dijo:

—Ella era una de las nuestras, por eso se lamenta su pérdida.

Se fue tras aquellas palabras y Kyra decidió volver a estirar las piernas. Caminó hasta que creyó ver un destello de luz a lo lejos. Se acercó a él para saber qué emitió aquello. Lo que encontró la dejó más callada de lo que estaba. Era un holocrón Sith lo que había emitido esa luz. Lo cogió y lo examinó un poco. Miró a su alrededor por si podría haber alguien por allí al cual perteneciese. No había nadie.

Sin saber por qué, se guardó el holocrón en uno de los bolsillos de su traje y decidió no contárselo por ahora a nadie.

Horas más tarde pudieron ponerse en contacto con la Orden, puesto que a esas alturas ya habrían imaginado que Dooku había dejado de cortar las comunicaciones, si es que había llegado a hacerlo.

Desde aquel día, Kyra empezó a pensar mucho sobre su madre a raíz de lo que había experimentado y oído en su breve estancia en Dathomir.

Pero no fue hasta que pudo abrir aquel holocrón Sith que logró comprender muchos temas relacionados con la República, los Jedi, los Sith y, ante todo, sobre sus antepasados por parte de madre.

La inquisidora se despertó algo alterada. Eso que acababa de ver, ¿acaso era un recuerdo? No tenía muy claro si se trataba o no de uno, y sobre todo si el recuerdo era suyo. Tras «recomponerse» un poco de aquella rara experiencia, decidió emprender el viaje de vuelta. Sin embargo, al coger de nuevo el holocrón para así guardarlo en un sitio mejor de en el que estaba, decidió tomar la decisión de hacer caso al mensaje que traía y no entregarlo ni a su maestro ni a nadie. A partir de ahora, ella sería la nueva dueña y guardiana del holocrón.

—No es por alardear, pero este holocrón ha caído en las mejores manos de todo el Imperio. —Tras decirse aquello en voz alta, despegó y salió del planeta de vuelta a «casa».

Dejaba atrás un planeta cuya oscuridad le había ayudado en cierta parte. Esa oscuridad podía haber despertado un recuerdo dormido, como muchos en ella.

EKTOR Y BANS

MIGUEL LÓPEZ



El sonido de la naturaleza envolvía a Ektor. Estaba sentado sobre la gruesa rama de un árbol frondoso. A través de unos diminutos prismáticos buscaba sin cesar entre la espesura. Su padre los había encontrado baratos en el mercado. De vez en cuando bajaba la vista hacia un mapa dibujado sobre papel. Estaba inquieto. Cuando leyó aquel libro sobre los animales del pantano, nunca se imaginó lo aburrida que sería la espera. Bebió un poco de agua de su cantimplora. Entonces lo oyó. Un batir de alas. Eran rápidas y emitían un fuerte zumbido. Ahí estaba.

Bajó del árbol hundiendo los dedos entre los pliegues de la corteza. Tenía que tener cuidado de no resbalarse con la verdina. Cuando estaba cerca del suelo, se dejó caer. Sus pies se hundieron en el barro hasta los tobillos. Avanzó con torpeza entre los arbustos y matorrales. Una sonrisa se le dibujó en el rostro al imaginar la reacción de su padre si le viera allí. Era un hombre que vivía exclusivamente para su trabajo como agricultor, algo que a Ektor le resultaba sumamente aburrido. Para qué quería aprender a cultivar unas lechugas cuando podía explorar aquellos pantanos. Su padre nunca le entendería. Ektor se orientaba entre las hojas, siguiendo el incesante aleteo. Continuó avanzando hasta que el zumbido se detuvo a unos pasos frente a él. Con cuidado, apartó una rama. Desde su posición pudo ver un claro en la arboleda.

La luz del sol iluminaba una libélula gigantesca. Aquel insecto era igual de grande que su brazo. Y eso que, a sus diez años, Ektor era un chico alto. Con discreción, extrajo su libro de la mochila. El ejemplar de *Animales y otras criaturas de Naboo* estaba sucio, desgastado y con las tapas despegadas. Ektor lo había leído cien veces.

Su padre odiaba aquel libro. No podía entender cómo la raza gungan y la humana eran tratadas como iguales. Por ello, Ektor siempre leía a escondidas. Pasó con rapidez las páginas hasta llegar a la que buscaba. Un mambin. Así se llamaba la criatura.

El mambin estaba posado sobre una enorme flor naranja. Tenía la cabeza redonda y provista de múltiples ojos. Una fina lengua salía de ella para beber de los pétalos. Su cuerpo era alargado y delgado, de un intenso color verdoso que lo camuflaba entre los árboles. Cuatro alas cruzaban el torso del insecto. Le concedían el aspecto de una aeronave natural. Aquel ser estaba rodeado de inocencia. Ektor, en silencio, salió de su escondite. Avanzó con lentitud, calculando sus pasos. Llevaba la mano extendida. El mambin estaba a solo unos palmos de él. Casi podía acariciarlo.

El insecto recogió la lengua. Aquellos ojos tan complejos se fijaron en Ektor.

Cuando el chico estaba a punto de alcanzarlo, el animal emprendió el vuelo. Batió sus alas a la defensiva, provocando una gran ventolera. El muchacho tuvo que taparse los oídos ante el estruendoso zumbido. El mambin sobrevoló su cabeza y se perdió entre los árboles. Riendo, echó a correr detrás del insecto. Dejó de mirar donde pisaba. Ese error a punto estuvo de costarle la vida.

Todo sucedió en un instante. En su carrera, Ektor hundió el pie en un terreno blando. Antes de que fuera consciente, notó como la tierra se tragaba su pierna hasta la rodilla. Cayó de bruces en el suelo. Todo a su alrededor comenzó a ceder. Un gran surco en la tierra empezó a abrirse, arrasándolo todo a su paso. El niño intentó sujetarse a algo, pero

era imposible. Solo había barro a su alrededor. Ektor cayó por un pozo sinfín de lodo y matorrales. Trató de frenar la caída, agarrándose a ciegas, pero solo consiguió destrozarse las palmas de las manos. El abrupto descenso se detuvo cuando aterrizó sobre terreno sólido. El impacto fue violento y le cortó la respiración. Notó cómo su tobillo derecho se doblaba y crujía por el golpe. Una gran cantidad de tierra le cayó encima. Lleno de fango, trató de limpiarse con las manos. Las palmas le sangraban y latían de dolor. En su boca notó el dulce sabor de la sangre. Alzó la vista.

A una altura que le recordó al árbol que escaló, podía ver la luz. Tenía suerte de que la tierra no se lo hubiera tragado. Pero estaba atrapado en aquel pozo. Intentó escalar, pero la pared no tenía la firmeza suficiente para sujetarlo. Impotente, se dejó caer en el suelo. Sentía el cuerpo magullado. Había sido un estúpido.

—¡Eres un estúpido, Ektor! —bramaba su padre el día anterior.

—Zuno. Ya está bien por hoy —le reprendió su esposa, con voz severa.

—Lo siento, Ía —se lamentó Zuno. Era un hombre barbudo y con la piel curtida por el trabajo al sol—. Pero es que me pone de los nervios.

Estaban cenando sobre la mesa de madera. Fuera había anochecido, por lo que comían fruta a la luz de la chimenea. Ektor, con la cabeza agachada, pelaba su manzana en silencio. Se sentía culpable de que su madre tuviera que salir en su defensa.

Había perdido la cuenta de las veces que había repetido la experiencia.

—Explícame qué ha pasado hoy, hijo —dijo Ía con un tono serio, aunque no carente de dulzura. Zuno no apartaba la vista del muchacho.

—Me he vuelto a escapar —respondió Ektor. La vergüenza le ruborizó las mejillas. Se mordió el labio inferior mientras jugueteaba desanimado con la fruta. Había perdido el apetito.

—¿No vas a contarle más detalles a tu madre? —preguntó con impaciencia el padre—. Vamos, díselo.

—Fuimos a Theed —continuó el niño—. Mamá, sabes cuánto me gusta Theed. Con sus palacios y jardines. Es un paraíso. No puedo quedarme en el mercado viendo cómo papá vende lechugas. Es muy aburrido. Así que me fui a la biblioteca.

—Chico, ¿sabes por qué te llevo conmigo? —interrumpió Zuno. Dejó caer los cubiertos y miró con sus ojos oscuros al muchacho—. Para que aprendas mi trabajo. Para que en un futuro tú seas el agricultor de estas tierras. Para que alimentes a tu propia familia. No te llevo a Theed para que leas estúpidos libros de pantanos o estudies la historia de Naboo. Eso te come el cerebro. Debes ayudarme a trabajar la tierra. A vender nuestros productos.

—¿Sabíais que, con mi edad, la reina Amidala entró en la Legislatura de Aprendices? —susurró Ektor con timidez. Su padre bufó. Pero el chico prosiguió—. Y a los once ya era aprendiz de legislador. Yo también quiero hacer algo así.

El padre golpeó la mesa con tanta furia que derramó su vaso de agua. Ektor dio un respingo. Sin molestarse en limpiarlo, el hombre señaló a su hijo con un dedo acusador.

—Me da igual la reina. Y no me importan esos aprendices —dijo con un tono tan brusco que estremeció a Ektor—. He dicho que me vas a ayudar en el campo y eso es lo que vas a hacer. Y si te digo que vengas conmigo a vender lechugas, pues vienes. Y te quedas a mi lado. Fin de la discusión.

El silencio se apoderó de la estancia. El miedo que sentía el chico en su interior dio paso a la cólera. La mano con la que sujetaba la manzana temblaba con un ritmo intermitente.

—¿No le vas a contar nada más a mamá? —preguntó esta vez Ektor con la mirada clavada en sus pies.

Ía observó con incomodidad a su marido. Este estaba demasiado ocupado conteniendo el impulso de gritarle a su hijo.

—A tu habitación —dijo el hombre con tosquedad.

—¿No le vas a contar a mamá que te reúnes con gente rara en el mercado? —insistió Ektor. Su voz casi era inaudible por el nudo que se le había formado en la garganta.

—¡He dicho que te marches a tu habitación! —exclamó su padre, salpicando de saliva a Ektor—. ¡AHORA!

Ektor se marchó corriendo hacia su cuarto. Cerró de un portazo y se arrojó sobre la cama. Con la almohada en el rostro, lloró durante un largo rato. Luego se limpió la cara con un trapo. Le dolía la cabeza del llanto. Se acercó a la puerta y pegó el oído. No se escuchaba nada afuera. Acto seguido, sacó un libro de debajo de la cama. Su favorito, *Animales y otras criaturas de Naboo*. La puerta crujió detrás de él. Sobresaltado, Ektor arrojó el libro bajo las sábanas. Al ver entrar a su madre, se tranquilizó.

Ektor había heredado la mayoría de sus rasgos. Ambos eran altos, delgados y con el cabello oscuro y alborotado. La mujer se sentó al pie de la cama. Le pasó el brazo por encima del hombro y le besó la frente con ternura.

—Nunca vuelvas a esconder ese libro —dijo—. Vamos. Enséñamelo.

Ektor lo sacó de entre las sábanas y se lo tendió a su madre. La mujer lo abrió con el mimo suficiente para que no se le cayeran las hojas. Leyó con detenimiento las primeras páginas.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que tu padre leyó un libro? —preguntó sin levantar la mirada. Ektor, se encogió de hombros—. ¿No lo sabes? Yo tampoco.

—¿Nunca ha leído un libro? —dudó el chico, con curiosidad. Ía cerró el libro y lo depositó en el regazo de su hijo.

—Nunca —repitió su madre—. Solo lee cosas que le sirven para el trabajo. Ya sabes, cómo hacer que crezca mejor una planta o cuál es la mejor manera de cortarla. Tu padre no lee por el puro placer de la lectura. No le gusta. Y este tipo de libros le dan miedo.

—¿Miedo?

—Sí. Miedo a que leas algo indebido para ti. O a que hagas una tontería. Tu padre te quiere, Ektor. Y yo también. Ahora es el momento de que descanses.

Su madre volvió a besarle y le arropó. Antes de marcharse se detuvo en el umbral de la puerta.

—¿Con quién se reunió papá en el mercado? —preguntó en un susurro.

—Era un hombre raro, mamá —respondió Ektor desde la cama. Un escalofrío le recorrió el cuerpo—. Tenía la cara llena de verrugas. Y la ropa sucia. Era asqueroso.

Y llevaba una pistola. Un bláster.

—Nadie usa armas en Theed, cielo. Seguro que no fue para tanto. Buenas noches. Pero el sueño no llegó. Ektor dio vueltas en la cama durante lo que le pareció una eternidad. Era incapaz de encontrar una postura cómoda. Su mente volvía, una y otra vez, al encuentro en el mercado. Se veía a sí mismo en la plaza. Su padre murmuraba con aquel hombre lleno de verrugas. El brillo del sol se reflejó en el arma que colgaba de su cintura. El tipo, al ver que Ektor le observaba, escondió el bláster entre sus ropas andrajosas. Le guiñó un ojo con maldad y le sonrió. Su cara era una mueca horrible recubierta de aquellas verrugas repugnantes. El niño sintió cómo se le erizaba el pelo de la nuca.

Cansado de dar vueltas, Ektor se sentó en la cama. Trató de oír a sus padres. El ronquido lento y poderoso de Zuno le indicó que estaban dormidos. El niño volvió a coger el libro de los animales y se lo colocó entre las piernas. Fue pasando las hojas, descubriendo una vez más todas las criaturas que habitaban los pantanos. Imaginó lo bonito que sería agarrar los prismáticos y la cantimplora para lanzarse a buscarlos.

Una gran aventura como las que vivían los protagonistas de sus libros. No podía entender cómo su padre no disfrutaba de la lectura. Ektor había leído toda clase de historias en la biblioteca. Desde unos caballeros Jedi que luchaban por la justicia hasta un cazarrecompensas mercenario y canalla. Aquellos cuentos vivían en el corazón de Ektor. Podía imaginarse a sí mismo en una hazaña como esa. Descubriendo una civilización perdida en los pantanos o caminando entre gigantescas bestias.

Se levantó y miró por la ventana. Faltaba poco para el amanecer. Pronto estaría su padre aporreando la puerta, exigiéndole que le acompañara a los cultivos. Pero Ektor no iba a ir esta vez. Viviría una aventura. Se marcharía lo más lejos que le permitieran sus piernas. Una travesía por las ciénagas hasta que viera algún animal interesante. Así su padre aprendería la lección y le dejaría en paz. Él era mucho más que un agricultor. Era un aventurero.

En el fondo no era más que un niño soñador e inexperto. Un joven al que la vida le tenía guardada una mala sorpresa. Una broma pesada.

Ektor notó como gotas de agua le golpeaban con suavidad la cara. Fuera del pozo había oscurecido y caía una fina llovizna. Tenía la boca seca. Bebió el resto del agua de su cantimplora, pero le supo a poco. Con horror observó cómo el tobillo se había inflamado. Había adquirido una tonalidad verdosa y desagradable. Lloró en silencio, pensando en su

madre. Si ella estuviera allí sabría lo que tendría que hacer. Sería capaz de encontrar una salida de aquel agujero. Con una sed aún insatisfecha, Ektor se colocó de rodillas y abrió la boca. Su intención era recibir aquellas gotas de lluvia en su lengua. Pero eran demasiado finas y no surtían el efecto deseado por el niño. Resignado, pensó que al menos no se ahogaría en el pozo, aunque humedecía aún más la tierra y hacía crecer el barro a su alrededor. Las temperaturas se habían desplomado. Sentado contra la pared, Ektor se colocó las rodillas contra el pecho. Tiritando, trató de averiguar cómo escapar de aquella estrecha y profunda prisión. El estómago le rugía de hambre. El tobillo emitía un doloroso latido. Poco a poco fue siendo vencido por el sueño y cayó en un estado de trance.

Una diminuta piedra le atizó en la cabeza. Ektor se frotó con fuerza el cabello, justo donde había recibido el golpe. Abrió los ojos. En las alturas el sol volvía a brillar. Y había alguien allí arriba. Una figura, observándole con atención. No podía distinguir quién era debido al contraluz. Su mente, aún dormida, viajó de forma irracional hacia el hombre verrugoso. Ektor se sintió atrapado e indefenso.

—¿Tusa estáis bien? —preguntó la figura. Había algo extraño en su voz que desconcertó a Ektor. Cierta musicalidad en su tono.

Se incorporó sin apoyar el pie herido y trató de agudizar la vista. La figura tenía el rostro más peculiar que el niño había visto nunca. Tenía los ojos saltones y la cara de un anfibio. Largas orejas le caían por detrás de los hombros. Su piel era de un color anaranjado suave. Ektor lo reconoció enseguida gracias a su libro. Un gungan. Si su padre estuviera allí habría puesto el grito en el cielo ante su presencia. El gungan pareció perder interés en el chico y dio media vuelta.

—¡Espera! —exclamó Ektor. Su voz era un quejido seco por culpa de la sed—. ¡Por favor, no te vayas!

El gungan se detuvo. Volvió a asomarse por el agujero.

—¿Qué hacéis tusa allí abajo? —preguntó con curiosidad.

—Me he caído. Paseaba por el pantano y no vi el agujero. —Ektor se apoyó contra la pared. El dolor del tobillo era tan intenso que ya no podía pisar con ese pie—. ¿Puedes ayudarme?

El gungan se retiró del agujero. Un sudor frío recorrió el cuerpo del chico. Aquel ser le había abandonado allí abajo. Pensó en la cantidad de veces que su padre se había quejado de los gungan. Según él, nunca debieron juntarse con aquellos seres inferiores.

En ese instante una gruesa cuerda cayó en picado hasta el fondo del pozo.

—¡Tusa sujeta! —dijo el gungan desde las alturas.

Ektor le hizo caso. Se agarró a la cuerda con las pocas fuerzas que le quedaban.

El pie se quejó de dolor. Sintió una gran vergüenza por lo que había llegado a pensar de los gungan. Desde arriba la cuerda se fue recogiendo, elevando al chico. Ektor miró hacia abajo. Agradeció que, a tal profundidad, solo se hubiera roto el tobillo.

Las manos heridas le quemaban en la cuerda. Al fin, Ektor salió del pozo.

El gungan había atado la cuerda a un árbol. Le había subido con la propia fuerza de sus brazos. Una vez que el chico estaba en tierra firme se acercó a él.

—¿Tusa estáis bien? —preguntó, poniéndole una mano sobre el hombro—. ¿Agua?

—¡Sí! —suplicó Ektor.

El gungan le tendió una bolsa de tela. Dentro, el agua se conservaba fresca. El chico bebió con impaciencia, derramándose el líquido por encima. Bebió tan rápido que se atragantó. Comenzó a toser y a escupir sin control. El gungan le dio firmes palmadas en la espalda para calmarle.

—¿Cuál es tusa nombre?

—Ektor —respondió, escupiendo una última vez—. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Bans —contestó, señalándose el pecho con orgullo—. Bans noble guerrero gungan, ¿tusa vive en pantano?

—¿Qué? No —dijo el chico, riendo ante la ocurrencia del gungan.

—¿Misa gracioso? —cuestionó Bans con seriedad.

Ektor tragó saliva y detuvo su risa de inmediato. Bans le observaba atentamente.

Aquellos ojos de anfibio parecían poder ver a través de él. Su rostro estaba apenas a un palmo del suyo.

—De nada —respondió el muchacho, intimidado—. Es solo que no vivo aquí.

Estaba persiguiendo a un mambin y me caí. Menuda tontería.

—¿Tusa ahí dentro por mambin? —preguntó Bans, irónico. Esta vez fue el gungan el que se echó a reír—. Misa veo mambin cada día. Misa camino a lugar sagrado y mambin siempre en camino. Mambin, criatura bonita.

—Sí, es precioso.

Ektor, al intentar incorporarse, pisó sin querer con el pie lastimado. Tuvo que agarrarse a Bans para no caerse al suelo. Se mordió la lengua con todas sus fuerzas para no gritar.

—Déjame ver —pidió el gungan.

Con cuidado, retiró la bota del chico. Palpó con sus largos y fríos dedos el tobillo lesionado. De su cinturón extrajo un pañuelo de tela gris. Con minuciosidad, vendó el pie entero para sujetar el tobillo. Apretó con tanta fuerza aquel vendaje que a Ektor se le escapó un quejido.

—Tusa suerte. Pie no roto. Misa llevarte a casa.

Ektor estuvo a punto de detener a Bans. En su cabeza se imaginó la escena. Su padre nunca le perdonaría el deshonor de ver a un gungan en su morada. Y menos que hubiera salvado a su hijo. Para él sería una vergüenza. Pero la realidad era que, con el pie herido, no llegaría lejos él solo. Necesitaba la ayuda de Bans. El gungan pasó un brazo de Ektor por encima de su hombro y le ayudó a caminar.

Llegaron hasta un camino de piedras, flanqueado por colosales cabezas de estatuas. Aquellas esculturas llevaban derrumbadas mucho tiempo. La vegetación trepaba por encima de ellas, concediéndoles un aspecto místico. Atado a un árbol se encontraba una criatura que también aparecía en el libro de Ektor. Un kaadu, el animal de transporte

favorito de los gungan. Parecía una mezcla entre reptil y ave, de dos metros de alto. Tenía solo dos altas patas que, según el libro, le permitían correr a una gran velocidad. Lo observaba manso, pero curioso.

—Sube —dijo Bans, y sin dificultad levantó en brazos al chico. Lo colocó sobre la montura del animal. El kaadu se removió inquieto, pero Bans le acarició el cuello para calmarlo—. Tranquilo, amigo.

El animal comenzó a respirar relajado. Ektor ya no suponía una molestia. Bans le retiró la atadura a la criatura y caminó junto a ellos. El niño se sintió feliz por primera vez desde la caída. Sin duda había vivido por fin una aventura. Regresar a lomos de un kaadu con su nuevo amigo era el broche perfecto. Una lástima que su padre no pensara igual.

Gracias a las indicaciones del muchacho salieron del pantano. Caminaron por bosques cada vez menos tupidos. Mientras, el chico le contaba a Bans las historias que había leído. El gungan escuchaba con interés sus relatos.

—¿Conociste a los caballeros Jedi en la guerra, Bans? —preguntó Ektor. Habían cruzado un riachuelo que llevaba hasta unas cascadas de agua cristalina.

—Misa combatió contra ejército de mákinaks —respondió el Gungan con altivez—. Pero misa nunca vio caballeros Jedi.

—Lástima, ¿y al general Jar Jar Binks? ¿Era tan valiente y buen guerrero como cuentan las historias?

—Misa prefiere no contestar.

Los bosques y cascadas dieron paso a praderas y campos de cultivo. Ni Bans ni el kaadu mostraban síntomas de cansancio.

—Tusa fuiste muy lejos, joven —dijo Bans cuando cruzaron las primeras granjas. Los agricultores miraban asombrados a la inusual pareja.

—Caminé durante un día entero —contestó el muchacho—. Quería estar lo más lejos posible de mi padre. A él no le habrías gustado.

El gungan dirigió una mirada inquisitiva al chico.

—¿Por?

—A papá no le gustan los gungan —respondió Ektor con sinceridad. No podía seguir escondiéndolo en su interior—. Cree que sois malos. Os llama seres inferiores. Es un gruñón.

Bans negó indignado con la cabeza.

—Antes algunos naboo pensaban como tusa papá —dijo triste—. Tras guerra, Naboo respetan gungan. Tusa padre merece una lección.

Ektor sintió como si se hubiera vuelto a caer en el pozo. Su cara se tensó en una mueca.

—¿No vas a hacerle daño, verdad? —preguntó atemorizado.

—Gungan salvando a hijo de un pozo es una lección —dijo el gungan de forma solemne—. Gungan pueblo fuerte, pero no violento. Misa no dañará a tusa papá.

Ektor suspiró aliviado. Con el dorso de la mano se secó el sudor de la frente.

Bans continuó caminando cabizbajo. Parecía haber perdido el interés en la conversación.

—¿Te pasa algo, Bans?

—Gente peor que tusa papá. Malas personas buscan guerra con reina y gungan.

—¿Quién querría hacer algo así? —preguntó Ektor indignado.

El kaadu se detuvo de súbito. Habían llegado hasta la casa de Ektor. Era de madera blanca y estaba rodeada por pastos y tierras sembradas. Sin embargo, la escena que se presentaba ante ellos les heló la sangre en las venas.

En la puerta de la vivienda había cinco personas reunidas alrededor del padre de Ektor. Iban vestidos con túnicas marrones y andrajosas. Encapuchados, tramaban algo entre susurros. El único que iba con la cara descubierta era el hombre con el rostro surcado de verrugas. Se encontraba junto a Zuno y le hablaba con un deje de malicia en su mirada. El padre de Ektor parecía nervioso y distraído. Ía se encontraba unos pasos detrás de él. Tenía los brazos cruzados y el rostro serio. Observaba preocupada a su marido. Bans alzó un dedo para señalar al hombre verrugoso.

—Persona mala —dijo furioso—. Persona que busca guerra con gungan.

—¿Él? —preguntó el chico, asustado—. Mi papá lo vio en el mercado. Pero fíjate, mi padre no es uno de ellos. No le ataques, por favor.

—Misa hará lo que tenga que hacer, Ektor —respondió Bans. Se llevó la mano a la cintura para desenvainar un cuchillo largo y afilado.

En ese momento, Ía apartó la vista de Zuno. Se había dado cuenta de que estaban allí. Dejó escapar un grito de alegría y echó a correr hacia ellos. La mujer abrazó a su hijo con tanta fuerza que a punto estuvo de tirarlo del kaadu. Bans se quedó petrificado.

—Estás bien —decía, mientras le besaba la frente. Las lágrimas le resbalaban por el rostro. Luego se giró hacia Bans y también le abrazó—. Muchas gracias.

El gungan, anonadado, colocó su mano sobre la espalda de la mujer. Sin embargo, tuvo que apartarla al ver que el grupo de hombres avanzaba hacia ellos. Con cuidado, Ía ayudó a su hijo a bajar del kaadu sin apoyar el pie herido. Zuno fue el primero en llegar. Tenía el rostro crispado y se mordía la lengua. En su interior se debatía entre besar a su hijo o abofetearlo. Apenas reparó en la presencia de Bans.

Los cinco encapuchados se interpusieron, rodeando al gungan.

De cerca, Ektor se sorprendió al reconocer sus rostros. Dos de ellos eran agricultores como su padre, otro venía a recoger cosechas cada estación y el cuarto le sonaba del mercado. El hombre verrugoso era sin duda el líder. Las miradas que le dedicaban a Bans estaban impregnadas de odio y reproche. El gungan aguantó el tipo. Callado y a la defensiva.

—Que vergüenza, Zuno —dijo el hombre de las verrugas. Arrastraba las palabras de una forma que a Ektor le provocó nauseas—. Salvado por un gungan. Debiste unirte a nosotros. Nos encargaremos de cuidar de ti y de los tuyos. Podemos ahorrarte esta afrenta cargándonoslo aquí mismo. ¿Qué me dices?

Los encapuchados se miraron entre ellos. Parecían dispuestos a dar aquel paso sin vuelta atrás. De tomar una decisión que cambiaría sus vidas.

—Hud, para —intervino Ía, dirigiéndose de frente al hombre de las verrugas. Aferró a su hijo del brazo—. Ha salvado a Ektor. Por favor. Parad esto de una vez.

Habéis llegado demasiado lejos.

—Papá, es mi amigo —dijo Ektor. El muchacho logró soltarse del agarre de su madre. Se plantó delante del gungan—. No le hagáis daño.

El padre cerró los ojos y murmuró una plegaria para sí. Los cinco comenzaron a reír a carcajadas. Zuno tomó aire y se volvió hacia el líder.

—Márchate, Hud —dijo con voz dura e impasible—. No quiero saber nada de vosotros ni de vuestras ideas. Os quiero fuera de mis tierras.

—No sabes lo que dices —respondió el hombre verrugoso—. Piensa bien lo que vas a hacer, Zuno.

—¡He dicho que os marchéis! —gritó, con una valentía que nunca había sentido en su vida—. ¡Ya!

Los encapuchados continuaron riendo, pero Hud los mandó callar alzando una mano. Mantuvo la mirada firme en Zuno y asintió con la cabeza. Saboreó el rechazo y emprendió el camino para salir de allí. Aunque antes, escupió a los pies del gungan. Bans hizo el intento de apuñalarle, pero Ektor le sujetó el brazo.

—No vale la pena —musitó, sin soltar a su amigo.

El resto de encapuchados siguieron a su líder. Estaban desconcertados ante la idea de marcharse con las manos vacías.

Cuando desaparecieron de su vista, Ektor se fundió con sus padres en un abrazo.

Bans permaneció apartado. Aún sujetaba con firmeza el cuchillo.

—Tienes que informar de esto a palacio, Zuno —le decía su mujer.

Él asentía mientras continuaba abrazando a su hijo. Lágrimas de culpabilidad comenzaron a aflorar de sus ojos. Ektor vio a su padre como una persona vulnerable por primera vez. El hombre se apartó de su hijo y caminó decidido hacia Bans. Extendió una mano temblorosa.

—Gracias.

El gungan le observó y se la estrechó. Entonces, devolvió el cuchillo a su funda.

CORUSCANT BAJO ASEDIO

NAHUEL BOGADO



Prólogo: El descenso

Hora de invasión

La estructura principal del transporte crujía y temblaba de una manera muy consternante, a la vez que los agobiados motores emitían potentes rugidos metálicos cada vez que los pilotos tenían que realizar una maniobra de último segundo para esquivar las ráfagas incesantes de fuego enemigo. Si salían vivos de esa situación, estaba claro que Razer y Tugs recibirían un merecido ascenso. Mientras el destartalado LAAT y toda su escolta emprendían un desesperado viaje a toda velocidad, el atronador sonido de cazas estallando en miles de pedazos y las voces emergentes del maldito comunicador de Jax, que lo mantenían al tanto del caos del exterior, solo hacían que el comandante Nightmare no pudiera evitar hundirse en esos tajantes pensamientos que precedían a la batalla. Pensamientos que le helaban el cuerpo. Peleaban por la República, una causa justa por la que estaba dispuesto a sacrificarse gustosamente. ¿Pero qué pasaba con los inocentes que eran azotados por una guerra que nunca pidieron? Rememoraba los rostros llenos de angustia y sufrimiento de aquellos que lo perdían todo a causa de la guerra. ¿Tan difícil sería volver a reconstruir la devastación provocada por cada batalla? Tarde o temprano los sistemas podían volverse a levantar, pero las vidas perdidas… El momento de reflexión le llevó al rincón de su mente al que no quería llegar, esa sensación de terror y de impotencia le invadió una vez más: recordar las voces y alaridos cargados de desesperación de sus hermanos caídos y a… ¡Una violenta sacudida le devolvió a la realidad, sujetando con firmeza las agarraderas bajo una luz roja de emergencia!

Sus camaradas aguardaban, con su típica impaciencia, las instrucciones con las que debían lidiar al llegar a tierra. Eran soldados de un temple de duracero, incuestionablemente los mejores de la Legión 97. Y aun así, para Nightmare era palpable la preocupación de aquellos guerreros.

—Muy bien, señoritas, ya conocen la rutina, desembarcamos al estilo de la 97 y les enseñamos una buena lección a esos hojalatas —dijo el teniente de escuadrón Jax con su característico tono animado—. Y esta vez el que menos chatarras destruya pagará la siguiente ronda de tragos —agregó con entusiasmo exasperado. Unas breves apuestas seguidas de algunos insultos por lo bajo comenzaron a circular: la tensión se había disipado. Jax era un dolor de trasero cuando se lo proponía. Pero Nightmare tenía que reconocerlo, sabía calmar a cualquiera en la peor de las situaciones.

—Tomaremos un desvío, comandante, pero llegaremos en cualquier momento —exclamó Razer por el comunicador.

Antes de perder más tiempo, sacó un holotransmisor y proyectó la zona de aterrizaje a la vez que prosiguió activando el intercomunicador.

—Esta es una misión crítica —dijo con firmeza—. Seré breve. Dado el caos en el que se encuentran los sistemas locales de comunicación, no se nos han podido brindar más

detalles: nuestro objetivo es encontrar al comandante a cargo de la Legión de Guardias, que está montando la principal defensa en el carril hacia el Senado, donde las fuerzas enemigas terrestres están haciendo mayor presión. —Realizó un acercamiento para que sus compañeros apreciasen el estado del sector senatorial. Las fuerzas aliadas terrestres estaban solo un poco mejor que en el espacio—. Allí recibiremos instrucciones de vital importancia. Estamos bajo código ROJO ALFA. —Dio un fugaz escrutinio al escuadrón.

—¿Código rojo alfa? ¿Qué es lo que significa? —preguntó atónito ante el holograma el cabo Rel, con temor a la respuesta.

El regio comandante tomó una pausa antes de hablar, se secó el sudor frío de la frente y se puso su casco.

—Significa que la integridad de la República está comprometida —dijo Nightmare lenta y sombríamente, tratando de preparar sus siguientes palabras—. Si fallamos ahora, los separatistas podrían ganar la guerra.

Al final vio cómo sus hombres respondían ante el inminente peligro: con una templada determinación. Bien. Era la mejor arma que tenían. Esa era la diferencia entre el ejército de clones y el de droides.

—Señor, estamos cerca —exclamó Razer por el comunicador.

—Muy bien soldados, recuerden que no solo pelean por la paz y la República —dijo Nightmare con su tono regio, aumentándolo con cada palabra—, sino que pelean por la gloria de nuestros hermanos. —Las puertas del LAAT se abrieron para que las tropas pudieran desembarcar, dejándoles a ciegas por unos largos instantes debido a la intensa luz del día. El primero en salir fue Nightmare, impulsado por el creciente miedo que lograba aplacar con su propia voluntad—. ¡POR LA REPÚBLICA! —rugió fervientemente. Un atronador estallido, seguido por una intensa oleada de calor, lo derribaron. Luego, todo el mundo desapareció ante un velo de oscuridad.

Capítulo 1: Señal de alerta

Una hora estándar antes de la invasión.
Puesto de vigilancia *Maze*, Región de Expansión.

La flota de la Legión 97, *Escudo del Norte,* se hallaba cubriendo y realizando trabajos de rutina en el punto inicial de una hiper ruta de nivel militar que se ubicaba en el lugar más remoto del sector, la olvidada base de alerta Maze. Era una instalación avanzada que cumplía el funcionamiento de puesto repetidor y vigía de actividad droide en la zona circundante, escondida en un campo de asteroides. El alto mando decía que era un punto estratégico para el libre paso de suministros y refuerzos: después de todo, las batallas disputadas por el territorio aledaño no parecían mermar nunca; la interminable campaña de Mygeeto, el ataque a Scipio, el intrigante movimiento de fuerzas enemigas sobre Dathomir, el recientemente iniciado asedio de Mandalore… Y aun así, la peor parte de la

actividad bélica se daba en ese maldito puesto fronterizo. Desde hacía un año y medio, el enemigo se había obsesionado con el paso hacia el Núcleo. Las luchas se intensificaban con cada oleada de ataques. Cuando se asignó a la 97 a ese sector, la formidable flota defensiva estaba conformada por varias decenas de destructores y fragatas. En la actualidad solo quedaban dos destructores ligeros clase Arquitens, un acorazado clase Aclamador y la nave de mando *Centinela*, un crucero clase Venator que estaba a unas pocas batallas de jubilarse. Las promesas vacías de equipo y personal que Nightmare seguía escuchando ya no eran más que el agrio vestigio de un mal chiste: ni siquiera habían recibido la actualización del proyecto Fase Dos. Seguían luchando con la misma desgastada coraza pesada que se les había entregado en Kamino. Si la situación seguía así, tendrían que retirar a los heridos de condición crítica y caerían peleando hasta el amargo final.

Por suerte, los separatistas no habían atacado en las anteriores semanas, por lo que la legión se mantenía «distraída», preparándose para el siguiente ataque. Tras una ardua tarea de reconstrucción de un turbo láser del *Centinela*, el escuadrón de asalto se hallaba en su turno libre, apostando quién sería el siguiente vencedor del duelo con electrovaras.

—Vamos, que circulen los créditos, señoritas —vociferaba y reía CT-2006, o Jax para los más allegados—. La siguiente batalla será el espectáculo de la noche: nuestro viejo comandante contra la habilidosa y todopoderosa jefa.

Las risas y maldiciones de los clones se esparcían por la sala de entrenamiento, mientras que las apuestas giraban en torno a la caballero Jedi. Rel fue el último en llegar. Hacía poco tiempo que se había incorporado a la Legión 97, por lo que todavía no estaba familiarizado con las costumbres del grupo. Cuando Jax le encontró entre la multitud, le preguntó por quién pensaba votar.

—No lo sé, señor. Supongo que por la general Reis —dijo con tono dubitativo.

—Sabia decisión votando a la Jedi, novato —respondió en alto Jax como si estuviera hablando con un tercero, mientras jugueteaba con los créditos de Rel.

—Espero hayas mejorado desde nuestro último encuentro, comandante —dijo la general Reis con una sonrisa confiada, manipulando la electrovara con una mano con total naturalidad, como si fuera una extensión de su cuerpo.

—Tranquila, señora, no iba a dejar pasar una oportunidad como esta —respondió Nightmare con una sarcástica seriedad desde el centro del campo. Había una amistosa rivalidad en el aire, tensa pero amistosa. Los oponentes realizaron saludos y al siguiente instante sus armas ya se encontraban despidiendo chispas entre golpes bloqueados.

El cabo Rel observaba con total asombro cómo se desarrollaba el combate. Borrones violáceos de las armas electrificadas se extendían arriba y abajo conforme los adversarios repartían y bloqueaban estocadas.

—Parece que la Jedi lleva la delantera, pero el comandante no se queda atrás —mencionó Jax, confiado—. Los dos aprovechan sus cuerpos al máximo. Reis la agilidad que le proporciona su baja estatura y Nightmare su fuerza física —explicó el clon. Rel

parecía confundido, obviamente era imposible que la general perdiera, estaba usando un arma similar a la que blandía en combate: una espada láser doble.

Pero de pronto se tragó sus pensamientos y entendió a qué se refería el teniente. La lucha se había convertido en una riña. Tanto Reis como Nightmare estaban dando lo mejor.

Rel vio como la Jedi esquivaba hábilmente un potente ataque horizontal y se reposicionaba, como si de una danza se tratase, al flanco izquierdo del comandante.

Nightmare logró esquivar el contraataque en el último segundo, dando una voltereta hacia atrás pesadamente.

—Has aumentado el nivel, comandante, debo reconocerlo, pero todavía sigo siendo la mejor en esto —dijo Reis, imitando la seriedad de su comandante mientras echaba a un lado su empapada cabellera escarlata. Nightmare le respondió con una mirada de aceptación, levantando nuevamente la guardia. Algo estaba claro, la diferencia de entrenamiento con armas cuerpo a cuerpo era evidente; el comandante era un guerrero excepcional, pero no era rival para una joven caballero Jedi.

—El maldito piensa hacerlo —dijo Jax extasiadamente, abstraído en sus pensamientos. Rel miraba al teniente y al comandante, carcomido por la intriga. ¿Acaso el experimentado líder tenía un as bajo la manga? Nightmare conectó sucesivamente varias estocadas furiosas, movimientos propios de un animal arrinconado para la imagen de Rel, hasta que la última hizo retroceder al comandante unos cuantos pasos hacia atrás. Este hecho parece que molestó a la Jedi, ya que recurrió al poder de la mística Fuerza para atraer a su rival y derrotarle en el aire. Pero no pasó eso.

Rel se levantó súbitamente al ver cómo el comandante clavaba su arma en el suelo, impidiendo así, con un esfuerzo evidente, ser empujado hacia su derrota. Y de un instante a otro, el comandante cedió su anclaje, y saliendo así disparado hacia la Jedi le asestó un fulminante golpe en el abdomen. La contienda había acabado.

El comandante le tendió una mano a su general mientras los dos felicitaban la actuación del otro. La intrincada rivalidad de hace unos segundos se había esfumado. Siguieron la ola de maldiciones provenientes de todos los que habían apostado por la general Reis. Jax almacenaba los créditos que había ganado. Al parecer él era el único que por casualidad había apostado por el comandante.

—Ahí tienes Jax, te dije que lo haría esta vez —dijo Nigthmare a su subordinado con orgullo victorioso.

—Gracias comandante, yo siempre confié en usted —le respondió con tono sarcástico, mostrando la ganancia del día. Molesto al entender que ganase o perdiese, él habría salido ganando de todas formas, Nightmare le devolvió una mirada estoica, como si deseara fervientemente tener el poder de la Fuerza en ese momento. Rel comenzaba a pensar que el teniente era mejor estratega que amigo. Cuando Nightmare estaba a punto de retar a Jax a un combate, las abruptas alarmas inundaron los pasillos del crucero.

—General Reis, comandante Nightmare, repórtense al puente de mando de inmediato. Código naranja. Repito, código naranja.

—Imposible —dijo Jax con preocupación. La alegría se había borrado de su cara. Todos comenzaron a correr a sus puestos.

—¿Código naranja, señor? —preguntó Rel.

—Balizas de auxilio del Núcleo, novato. Prepárate para un viaje a Coruscant —respondió monótonamente Jax, antes de salir disparado al puente de mando.

Capítulo 2: Bienvenida

Cero horas estándar antes de la invasión.
Puesto de mando del *Centinela*.

—Que la fuerza nos ampare —susurró con total solemnidad la caballero Jedi. La retransmisión había finalizado, y aun así no podía quitar de su mente el holograma de la inmensa flota de invasión que se hallaba en las puertas del corazón galáctico.

¿Cómo es que tal fuerza enemiga había logrado evadir todos los radares?

—¿Cuál es el plan, general? —preguntó con énfasis el capitán naval Gilad Pellaeon. Era un hombre imponente, de voz gruesa y cabellos negros que poco a poco iban perdiendo terreno en contra del avance blanquecino del tiempo. Y era aún mejor líder de lo que muchos podían siquiera aspirar. El capitán no dudó ni un segundo al ordenar el salto al hiperespacio de toda la flota aun sin haberse recibido la alarma de ayuda. La situación era de vital importancia como para seguir estrictamente la cadena de mando.

Por un momento Reis se perdió en sus pensamientos. Le preocupaba la idea de imaginarse las depravadas manos de los líderes separatistas acercándose al Templo Jedi. La destrucción que realizarían sería irreparable. No podía quitarse de la cabeza qué sucedería con todos sus compañeros, y con los Padawan, ante el implacable avance del ejército droide. Si el bloqueo defensivo cedía antes de que los refuerzos en masa llegaran, las horas para la derrota estaban contadas para la República. El conde Dooku había puesto en jaque a toda la galaxia con ese audaz movimiento.

—General, deberíamos iniciar los preparativos inmediatamente —le recomendó el comandante Nightmare.

—Tan solo déjenos a solas contra esas chatarras y les enseñaremos qué sucede cuando entras a la capital sin permiso —dijo el teniente Jax mientras chocaba el puño con su palma.

La Jedi vio cómo el inseparable par de clones se mantenían en pie ante cualquier situación. Sonrió para sí.

—No dejaremos que los muchachos en casa se lleven toda la diversión, ¿verdad, señores? —dijo Reis animada, mientras recuperaba la concentración. Los clones respondieron con una sonrisa.

—Capitán Pellaeon, su misión será aproximarse lo más posible a la superficie. Será un vuelo peligroso, pero será un riesgo que deberemos correr si queremos brindar apoyo

a las fuerzas terrestres lo antes posible —dijo firmemente, buscando la respuesta del oficial en sus ojos.

—Para eso la flota debería describir una trayectoria defensiva respecto del *Centinela* para llegar al punto de despliegue lo más segura posible —razonó seriamente el capitán, mientras acariciaba su bigote—. Lo más probable es que no lleguemos ni a medio camino sin recibir daño crítico. No se llegó a realizar el mantenimiento debido a la mayoría de las naves. Tendrían que atravesar solas la batalla —agregó con un tono irónico. Realizó una pausa, meditando sobre la zona de la batalla—. Una táctica atrevida, debo admitir —prosiguió, a la vez que sus ojos mostraban una chispa de ansia y desafío inigualable—, pero no podría esperar menos de una Jedi. —Con la aprobación de Pellaeon, Reis continuó con un poco más de confianza.

—Yo escoltaré personalmente al equipo terrestre junto al Escuadrón Escarlata. Nightmare, Jax, vosotros y vuestro equipo seréis los encargados de reuniros con el comandante Fox para recibir instrucciones —dijo Reis con una breve pausa.

—Sugiero desplegar todo lo que tengamos, general. Incluidos los blindados —indicó Nightmare.

—Sí. Llevad todo el equipo que podáis cargar. Pero que no os retrase. Esta batalla no será como cualquier otra que hayamos enfrentado anteriormente —concluyó antes de dirigirse al ascensor, camino al hangar principal. A sus espaldas podía escuchar al capitán Pellaeon dictar órdenes a los oficiales de vuelo, a la vez que Nightmare vociferaba los preparativos de las tropas terrestres—. Que la Fuerza nos acompañe a todos —dijo con una profunda añoranza de volver a ver aquel destartalado puente de mando.

—Señor, en unos instantes llegaremos a Coruscant —le informó el ayudante de cubierta a un Pellaeon que se hallaba meditando una última vez sobre el curso de acción, perdido en el torbellino azulado del hiperespacio. Asintió en respuesta.

—Capitán, si la batalla le sobrepasa tiene mi permiso para retirarse. Las naves no están en condiciones como para soportar una batalla sostenida —dijo Reis por el intercomunicador.

—Cierto, señora. Los cruceros se caen a pedazos. Pero hemos aguantado tres largos años sin recibir los debidos suministros. Una banda de droides no logrará intimidarme —dijo Pellaeon firmemente—. Lucharemos hasta el final.

La baliza de desaceleración comenzó a resonar por todo el puente. El fervor se hacía palpable en el ambiente artificial. Y allí parado, expectante, Gilad Pellaeon observó atónitamente cómo el manto hiperespacial se transformaba en una cegadora explosión: un crucero de la República volaba en mil pedazos mientras que de los restos surgía un imponente acorazado enemigo clase Providencia, el cual inmediatamente abrió fuego en contra de los recién llegados. El armazón del crucero principal se sacudió preocupantemente debido a esto. Las alarmas de alerta tronaban por todo el puente, indicando severos daños. Y aun así, su capitán se mantenía firme.

—Máxima potencia en los escudos delanteros —rugió—. Escolta, formación defensiva frente al *Centinela*. Ejecutaremos la maniobra Centellas.

A la orden de su capitán, los cruceros escolta formaron un bloqueo defensivo entre la nave de mando y el descomunal enemigo, recibiendo la mayor parte del incesante ataque.

—Señor, el Aclamador está recibiendo mucho daño, me informan que sus escudos deflectores no aguantarán mucho tiempo más. ¿Desplegamos los cazas? —inquirió expectante el ayudante de cubierta.

—No. Debido a nuestros recursos actuales, si desplegamos parte de la escolta ahora existe una posibilidad muy alta de que no seamos capaces de apoyar el descenso a la superficie —dijo fríamente el capitán—. Debemos luchar con lo que tenemos hasta el final.

Observó con tristeza cómo uno de los cruceros ligeros reventaba violentamente.

—Arma cargada al cien por cien, señor —dijo el oficial de sistemas.

—Bien, rompan la formación inmediatamente. Apunten a las celdas de combustible del acorazado —dijo Pellaeon. Veía cómo la energía de los sistemas eléctricos era parasitada por la carga del rayo especial del Venator. El puente se inundó de una tenue luz blanquecina cuando el arma disparó. Con aquel certero y potente impacto, el casco inferior enemigo se pulverizó, lo que hizo que se generara una reacción en cadena: el colosal enemigo había sido destruido de un solo golpe. Con pesar, a causa de los que habían caído, Pellaeon suspiró por la pequeña victoria a la vez que unos animados vítores resonaban por el puente de mando. Entonces el capitán tragó forzosa y angustiadamente luego de que se esparcieron los restos del crucero enemigo.

Maldijo al ver la batalla que estaban ignorando hasta ese momento. La holotransmisión que habían recibido era poco precisa: los cielos de Coruscant estaban inmersos en un violento océano de caos. Láseres verdes y rojizos inundaban la órbita superior, mientras que fuegos y negros humos marcaban el descenso de restos de naves a la superficie, donde acababan con violentas explosiones. Refuerzos de ambos bandos no paraban de llegar desde todos los vectores de salto posibles. El bloqueo defensivo había roto las filas. El enemigo estaba por doquier, la batalla era una maraña de naves que se pulverizaban a quemarropa.

—¿Qué están esperando? Tenemos una entrega que cumplir —dijo Pellaeon mientras miraba a todos sus camaradas—. Máxima potencia a los motores, no hay tiempo que perder. —Todos se dirigieron a sus puestos velozmente para embarcarse en la odisea que supondría atravesar ese conflicto sin precedentes.

Capítulo 3: *Dogfighter*

Cuarenta y cinco minutos tras la invasión.
Órbita superior de Coruscant. Camino al punto de despliegue.

Tras un arduo avance, el *Centinela* apenas había logrado llegar al punto de despliegue. No sin antes haber recibido severas bajas: los dos Arquitens destruidos y los motores del

Aclamador inutilizados. Además, los sistemas del Venator se tornaron inestables luego de la batalla inicial contra el Providencia. Flotas enteras republicanas seguían llegando al sistema. Cruceros de considerable tamaño explotaban en espacios de batalla muy reducidos. Naves que no estaban diseñadas, ni preparadas para ello, colisionaban bruscamente entre sí. Hechos que hacían más dificultoso el paso para la Legión 97. Durante el atenuante viaje, y mientras a duras penas se abría paso a través del fuego cruzado, la nave de mando del capitán Pellaeon se topó con una fragata clase Munificente, la cual se había interesado en una presa «fácil».

Luego de una engorrosa y larga riña, la fragata enemiga había encontrado su final por la gravedad del planeta cuando, en una descuidada maniobra, expuso sus motores al rango de tiro del Venator. El buque republicano había salido victorioso, a pesar de haber perdido uno de los puentes de mando y una considerable porción de las baterías turboláser. Estaban totalmente indefensos ante cualquier otro ataque.

Pero los motores, milagrosamente, aún funcionaban al máximo de su capacidad, por lo que no se demoraron en llegar al punto de despliegue. Aun así, una embravecida colmena de droides Buitre y varios Tricaza estaba determinada en tomar venganza en cuanto les fuera posible, por lo que la nave machacada tuvo unos indeseados acompañantes por el resto del trayecto.

—General Reis, estamos a punto de llegar a la zona de despliegue. Puede comenzar la operación —dijo el capitán Pellaeon por el comunicador—, pero tenga cuidado. Hay un conglomerado alarmante de cazas enemigos circulando el área.

Reis se dispuso a compartir los últimos detalles con los pilotos que había congregado.

—Bien. Escuadrón, preparaos. Tendremos que despejar el paso a los transportes. Hay droides que esperan impacientes nuestra salida allá afuera. Jet, tus hombres conformarán la escolta frontal y os encargaréis de distraerlos. Hazzar, tu escuadrón cerrará las filas posteriores. Yo cubriré el convoy hasta llegar a la superficie. Luego volveréis y prestaréis apoyo al capitán Pellaeon —dijo la Jedi antes de que los clones partiesen en dirección a sus cazas V-19 Torrente.

Mientras se dirigía hacia su caza estelar, se encontró en mitad de un preparativo de último momento entre Nightmare y Jax. Los clones estaban discutiendo cómo sería más eficiente llevar los mecanizados ligeros. Reis sonrió para adentro, pero trató de parecer lo más regia que le permitían las comisuras de su boca.

—Señores, no querrán llegar tarde a la fiesta. Vosotros sois los invitados principales.

—Descuide, general, nos volveremos a encontrar en la superficie —respondió seriamente Nightmare.

—Muy bien, porque es hora de partir, amigos —dijo Reis antes de seguir su camino. Las balizas de maniobra sonaron cuando ella llegó a su caza. Era un interceptor clase Delta que a lo largo de la guerra había perdido su característico blanco, aunque aún conservaba el patrón rojo de la Orden Jedi. R5 la saludó con un amigable pitido cuando se introdujo en la nave.

El hangar principal bajó los escudos y comenzó a abrir las compuertas. Eso atrajo la atención del enemigo. La escolta frontal salió a toda velocidad en formación de ataque, listos para un enfrentamiento directo. El enjambre de droides Buitre les imitaron. Habían caído en la trampa.

—Que la Fuerza nos acompañe —rezó antes de despegar con presteza junto a todo el convoy. Sintió el marcado efecto de la aceleración del caza cuando la inercia la presionaba contra el asiento. Sujetó los controles direccionales con fuerza mientras seguía al destacamento desde un flanco.

Los droides estaban insistentes ese día. El convoy tuvo que tomar una ruta alternativa debido a la maraña de misiles, bombas de protones y ráfagas de energía que era aquella confrontación.

—Una formación de cazas droide se dirige hacia usted, general —alertó Jet por el intercomunicador.

—Recibido, Escarlata 1. Vanguardia, posición defensiva. Transportes, tomen curso de acción evasiva mientras elimino a nuestros perseguidores.

—Recibido, Líder Escarlata. Aguardaremos nuevas instrucciones —dijo Razer, cabeza del destacamento.

—R5, parece que nos toca a nosotros. Ya sabes qué hacer —le dijo sonriente a su astromecánico. El droide silbó afirmativamente a la vez que redirigía el setenta por ciento de la energía de impulsión a un solo motor, lo que causó que la Jedi pudiera aplicar un raudo derrape, con lo que hizo que el Delta tomara una nueva dirección de ciento ochenta grados y se enfrentara cara a cara al enemigo. El líder Buitre percibió el movimiento, por lo que ordenó, a través de toscos vocablos digitales, ametrallar a la Jedi con todo el armamento disponible. Hordas de misiles de conclusión fueron disparados, dejando una fina estela azul mientras surcaban el espacio hasta su objetivo. El astromecánico se precipitó ante esto, emitiendo un aullido electrónico.

—Tranquilo R5, confía en mí. Disminuye la impulsión —dijo Reis con absoluta calma y determinación. R5 silbó dubitativo, pero cumplió las órdenes indicadas. Los proyectiles se acercaban peligrosamente, describiendo una barrera radial. «¡Ahora!», pensó Reis. Encendió los retropropulsores y el escurridizo caza estelar salió disparado hacia un costado, ahora con los bólidos enfocados sobre la Jedi.

—Muy bien Razer, tengo su atención. Ahora os toca a vosotros. El enemigo os acosará. Dirigíos a las coordenadas 2284 —dijo Reis animadamente.

—Recibido, general. Estaremos listos cuando el momento llegue —respondió el clon. El convoy entero viró hacia la dirección coordinada al igual que los droides de batalla, quienes para ese punto sus algoritmos les indicaban que la Jedi sería destruida. Reis sabía eso, por lo que dio una voltereta para cambiar nuevamente de dirección. Los misiles estaban muy cerca de ella. Con los controles describió una trayectoria que la ubicó, junto a los misiles, por debajo del camino del destacamento. La cuadrilla atravesó su campo de visión en el segundo que ella había planeado. Podía ver a los perseguidores pisarles los talones. En ese preciso instante la Jedi consiguió acelerar a fondo, haciendo que los

droides reventaran por su propio arsenal en una colección de intensas explosiones. Ahora el convoy se hallaba libre de esos droides.

—Bien hecho, muchachos —felicitó Reis al grupo—. Ahora debemos tener cuidado. En la atmósfera superior hay un acalorado combate, por lo que no debemos bajar la guardia.

En efecto, la lucha que se estableció en la atmósfera era tan densa como la orbital. El habitual tráfico aéreo ahora estaba conformado por formaciones desorganizadas de cazas que aprovechaban la «cobertura» proporcionada por las nubes. Mientras el destacamento descendía, Reis observaba cómo los inmaculados cielos eran contaminados por oscuros humos o incandescentes explosiones. Un titánico crucero Lucrehulk mantenía posición estacionaria, desplegando unidades de invasión sin parar. La belleza de la ciudad era pervertida por las inmensas naves de despliegue de refuerzos separatistas. Tanto el Templo Jedi como el edificio del Senado Galáctico estaban en su estado característico de pulcredad, pero las inmensas masas de unidades separatistas no pasaban inadvertidas ante los ojos de la Jedi. Ambos edificios se encontraban bajo un intenso asedio por todas las direcciones imaginables. A pesar de la cercanía del Templo y del Senado, y debido a la densidad de las fuerzas enemigas, ambos sectores estaban evidentemente incomunicados.

Recibieron una ráfaga de disparos desde el flanco izquierdo. Un conjunto de potentes cañoneras HMP consiguieron asestar un golpe mortal en uno de los LAAT, destruyéndolo al instante. Reis se maldijo a sí misma por haberse distraído.

—Escarlatas 5, 8 y 10, posición ofensiva. Razer, ruta larga —dijo molesta consigo misma.

—Recibido, general. Tomaremos un desvío, comandante Nightmare, pero llegaremos en cualquier momento —exclamó Razer por el comunicador. Con una nueva cuadrilla, Reis viró a toda velocidad para perseguir al nuevo enemigo. Estos droides eran mucho más inteligentes que los anteriores, por lo que realizaban maniobras más complejas y cerradas. Pero Reis tenía la Fuerza. Despejó su corazón de odio y recurrió a la calma y concentración del místico poder. Dos de sus objetivos colisionaron entre sí. Otro estalló en mil pedazos a causa del fuego que recibió. El enemigo se dividió en dos grupos. Los clones siguieron a los de la derecha. Reis enfiló a los que decidieron bajar a la ciudad para buscar protección. Los siguió con un vuelo en picado, rozando un rascacielos.

Las cañoneras volaron a través de un transporte, entre las alas de otro más pesado, por debajo de un puente, por en medio de un campo de batalla… y aun así no conseguían perder a la Jedi. Reis ladeó el caza para confundir los escáneres de los droides, disparando cuando se abría una breve «ventana». Fue entonces cuando lo entendió.

—R5, activa los retropropulsores. Te encargo el manejo de la nave —dijo Reis.

La nave aceleró, alcanzando al enemigo casi al instante. Abrió la cabina y con la Fuerza se ancló a una de las cañoneras. Activó su espada láser doble de color esmeralda y zafiro. Espada en mano, repelió una descarga mortal de la segunda cañonera, y cuando tuvo la oportunidad apuñaló la computadora central de la nave. Consiguió ejecutar un salto en el último segundo, antes de que el droide se estrellara violentamente contra un

edificio. Intentó hacer lo mismo con la cañonera restante, pero esta no se dejaba derribar tan fácilmente. Realizó una serie de giros abruptos para quitarse de encima a la Jedi. Reis consiguió aferrarse a un cable suelto cuando el HMP ascendió verticalmente. Concentró todo su poder para realizar un potente empuje de la Fuerza contra la nave, lo que hizo que ella saliera despedida hacia arriba. El droide disparaba desaforadamente su cañón principal en un último intento desesperado de destruir su objetivo. Pero los intentos fueron inútiles. La Caballero Jedi bloqueaba todos los disparos haciendo girar su espada de doble hoja, produciendo un potente zumbido dentro de un espectáculo azulado y verdoso. Una sensación de alivio atravesó a Reis en el momento que partía en dos partes iguales al HMB tras pasar este a toda velocidad frente a ella. Mientras el viento rompía en sus oídos por la caída, R5 apareció para el rescate.

—Gracias, R5. Vamos a apoyar a los muchachos —le dijo.

Mientras remontaban el vuelo, un potente estallido tronó por toda la ciudad y llamó instantáneamente su atención. Viró la nave en dirección a la zona de la explosión.

—Por la Fuerza… —susurraba Reis para sí, a la vez que observaba con un escalofriante horror cómo el Templo Jedi, su hogar, era atacado por un destructivo bombardeo orbital. Cuando el ataque cesó, luego de que el humo se esparciera, Reis respiró de alivio al ver que los escudos habían sido activados justo a tiempo. Otra lluvia descendía desde el espacio para exterminar el sagrado centro Jedi.

Dejando que la furia la consumiera, Reis cambió su objetivo, dirigiéndose directa hacia el crucero enemigo que osaba intentar destruir el Templo Jedi.

—Comandante Nightmare, no podré prestar asistencia en tierra —comunicaba la Jedi, cegada por sus emociones. Estática. Las comunicaciones estaban muertas.

Los clones en tierra tendrían que aguardar.

En el caos que era la batalla atmosférica, un transporte oscuro como la noche era escoltado por una colmena de droides Buitre, pasando a su lado a toda velocidad, ignorándola por completo, a la vez que se iniciaba un tercer bombardeo orbital sobre el Templo. Algo muy malo estaba a punto de ocurrir.

Capítulo 4: La caballería

Una hora estándar tras la invasión.
Sector 5. Carril senatorial.

Zumbidos. Tenía un mal presentimiento. Entre todo el caos de descargas de blásters y explosiones, a lo lejos se oía el retumbar de potentes zumbidos aproximarse a gran velocidad. Eso no era nada bueno: ese inquietante e inconfundible sonido lo producían los motores de los droides Hiena.

—¡Bombarderos! ¡A cubierto! —exclamó instintivamente Fox hacia sus tropas.

Vio cómo manchas metálicas realizaban vuelos rasantes por encima del regimiento de clones al que estaba comandando, seguido del silbido de bombas de protones cayendo. La onda de choque le derribó, pero se incorporó tan rápido como el efecto de la conmoción le dejó. Entre la nube de polvo y humo, podía escuchar amortiguadamente cómo uno de sus soldados pedía un médico con desgarrados alaridos. Había escombros y armaduras destrozadas por todos lados. El corazón le dio un vuelco cuando vio el último AT-TE partido en dos, mientras abrazadoras llamas consumían lo que quedaban del blindado. El piloto se tiró al suelo para apagar las voraces llamas que intentaban dominarle.

—¡Necesitamos refuerzos, estamos siendo sobrepasados! ¿Me reciben? —repetía incesantemente el comandante Fox por el intercomunicador, con falsas esperanzas de que alguien contestara.

—Negativo. Si envío más unidades a su área perderemos terreno. Lo siento, Fox —dijo un exhausto Thire antes de que bloquearan las señales.

A este paso tendría que ordenar a su regimiento la retirada a la entrada del complejo del Senado Galáctico. Si sucedía eso, todo el perímetro que había establecido el resto de la legión en la cercanía también tendría que retroceder. Después de eso no habría vuelta atrás: sería la última resistencia antes de que los droides tuvieran paso libre a las instalaciones y pudieran tomar como rehenes a los senadores de la República. Ese caso supondría una total rendición de las fuerzas de los clones y la derrota absoluta.

Agachó la cabeza en el preciso momento en el que una fugaz descarga de energía pasaba por encima. Maldijo para sí. Encontró una efímera seguridad dentro de la trinchera montada en el camino.

Solo podía aguardar hasta que el fuego de supresión mermara para así ordenar un contraataque arriesgado. Entre ráfaga y ráfaga podía escuchar cómo se debatían los cazas que surcaban la atmósfera inferior, mientras que las pesadas naves de aterrizaje droides seguían infiltrándose en la superficie y descendían, lentamente, con el fin de atestar de hojalatas las calles del centro cosmopolita. Más a lo lejos veía brillantes estallidos y cruceros disputando la superioridad espacial. Se preguntaba cómo iba la batalla allá arriba. No podía imaginar nada bueno de la efectividad de una lucha terrestre con la orbital perdida.

El acribillamiento del enemigo había culminado. Fox escuchaba atentamente el uniforme y rechinante avance de los droides. Con señas, llamó a uno de sus hombres para que le cubriera, así el comandante tendría una abertura para observar las filas contrarias. Con un frío golpe de adrenalina y el tirador disparando a mansalva a su costado, vio un batallón completo de droides B1 seguido de un escuadrón de B2, tres tanques de asalto AAT y una masiva Octuptarra que, por alguna razón, no paraba de escupir munición a los cielos. Silbidos de blásters colmaron el aire nuevamente.

Fox se apegó con fuerza al agujero al que había llamado trinchera toda la mañana.

Le daba una leve sensación de seguridad. Volvió a mirar al cielo esperando un milagro. Vio cómo un crucero Venator caía envuelto en llamas a la superficie. Giró para ver cómo estaba su acompañante. Muerto. Maldición. Preguntó cuánta munición restaba.

—¡Quedan dos misiles, un implosionador térmico y algunos detonadores, señor! —respondió uno de sus hombres en la lejanía. Las opciones se agotaban. El retumbar del paso metálico se intensificaba.

Vio el edificio inmaculado del Senado. Ese era el momento: era ahora o nunca.

—¡Soldados de la República, peleen por sus hermanos! —dijo fervorosamente el comandante Fox, tomando su pistola bláster y el rifle de su hermano abatido—. ¡Por la República! —rugió mientras disparaba a cada cosa que se moviera. Sus soldados le siguieron. Las granadas se activaban y decenas de droides salían volando por los aires. Uno de los clones tomó un cañón repetidor y comenzó a repartir ráfagas incesantes sobre los B2. Los AAT abrieron fuego pesado. La intimidante Octuptarra inició su implacable avance. Fox disparaba sin cesar. Un clon resultó gravemente herido, pero les dejó un implosionador térmico como último regalo a sus asesinos. El suelo tembló. El acto distrajo por un breve instante a Fox. Recibió un tiro en el hombro. Aún podía luchar con su otra mano. Lanzó con toda su furia el rifle hacia un B1. Otro golpe. Consiguieron derribarlo.

—¿Tomamos prisioneros? —escuchó comentar a un B1 con áspera voz digital.

—Estos no, idiota, estamos aquí para distraer al ejército clon mientras el general Grievous secuestra al Canciller Supremo. ¿Acaso no le escuchaste nada? —respondió un tanto «ofendido» el otro droide.

—Roger roger. —Se prepararon para disparar a Fox. Al comandante se le hizo un nudo en la garganta tan violento al escuchar esas palabras, que había dejado de sentir el punzante dolor en el pecho.

—Peleó bien, comandante. Déjenos estas chatarras a nosotros —escuchó Fox por detrás.

De un momento a otro, una de las «cafeteras» perdió su cabeza y su compañero abrió fuego, atemorizado. Ráfagas de energía comenzaron a desintegrar a sus desprevenidos objetivos. Los AAT comenzaron a disparar, pero explotaron cuando la cabeza humeante de la Octuptarra cayó sobre ellos.

—¡La caballería ha llegado! —dijo estoicamente un clon con marcas rojas.

Capítulo 5: Misión apremiante

Una hora y quince minutos estándar tras la invasión.
Sector 5. Carril senatorial.

El humo consiguió cubrir la luz del sol.

—Pelotón de asalto, mantengan posiciones. No pueden avanzar ni un centímetro más —ordenó Nightmare. El grupo de clones se movilizó para entrar en conflicto directo, a campo abierto, y plantarle cara al implacable avance de los droides. Lo que alguna vez fue un importante carril de circulación, ahora era una maraña de destrucción: un campo

lleno de prominentes grietas y profundas hendiduras, rociado todo por una suave graba de ceniza que se avivaba con el leve soplar del viento. El escenario era iluminado por las vívidas descargas rojas y azules de los blásters.

—¡Escuadrón 1, síganme! —ladró el comandante mientras ejecutaba violentas ráfagas con una ametralladora pesada E-Web. Los pequeños B1 no tenían ninguna oportunidad ante la ferocidad de la carga que estaba montando el grupo de clones.

Nightmare emitía un potente rugido cada vez que el parche de bacta de su abdomen fallaba. No porque se dejara sucumbir ante el dolor, sino como recordatorio de lo que les debía a aquellas cafeteras. La explosión de su transporte había dejado marcas muy profundas: todos los valerosos pilotos y soldados que murieron calcinados…

Razer se aseguraría de que sus muertes no serían en vano. Incluso él mismo casi no lo contaba de no ser por la intervención de Jax y Rel: la Octuptarra que les había detectado mientras desplegaban los refuerzos no paró de ametrallarlos después de volar en mil pedazos la cañonera. Ellos lo sacaron de ahí y ordenaron al único AT-TE que logró llegar a tierra que disparase todo lo que tenía en respuesta. Rel cubrió su abdomen con un ungüento improvisado de la milagrosa sustancia viscosa. Consiguieron destruir esa oleada, pero ese día los separatistas no dejaban de reforzar las líneas.

Algunos droides escapaban despavoridamente, mientras que otros peleaban horrorizados. Uno de ellos consiguió atinarle en un brazo al comandante.

—Oh, oh —le dijo atemorizadamente a su compañero, mientras sus circuitos principales eran aplastados por el pesado cañón que Nightmare les arrojó como respuesta. La batalla se estaba volviendo como una riña en un lodazal. El vencedor era el que lograba mantenerse en pie. Los clones que se quedaban sin munición corrían salvajemente a enfrentarse con sus manos desnudas contra los rígidos androides. Nightmare sacó su DC-17 para dejarle, en el momento justo, un prominente agujero en la cabeza a un B2. Se quedó sin munición. Lo arrojó a la cabeza del B1 más cercano y derribó a dos más cuando escuchó un ruido…

—¡Droidekaaa…! —escuchó proveniente de un camarada que caía abatido al instante a causa de las potentes ráfagas de aquellos droides destructores. Los estruendosos cañones gemelos bláster disparaban agresivas ráfagas de energía a todo lo que vistiera de blanco. Los incautos que no buscaron refugio no tuvieron oportunidad: los blásters comunes no penetraban fácilmente los escudos esféricos de esos malditos droides.

—¡Cohetes, ahora! —dijo Nightmare a los clones que estaban resguardados en un pozo aledaño. Un soldado asintió, y velozmente cargó el bazuca que tenía a mano. De la nada todo se cubrió de escombros y calurosas llamas. Un tanque AAT se había centrado en los rezagados que estaban cuerpo a tierra.

—¡Artilleros, disparen a discreción! —dijo por el intercomunicador, mientras preparaba el bazuca que había caído hasta su posición debido a la potencia de la explosión. La luz del mediodía se filtraba por la densa nube de humo. Apretaba su cuerpo lo más que podía al suelo, ganando firmeza para disparar con el brazo que todavía le respondía, en pos de tener un tiro certero destinado a los droidekas, los cuales tenían a un

escuadrón entero como presa. Por detrás, el AAT explotó y su chamuscado cañón cayó en medio de su línea de fuego. Maldijo y agradeció al mismo tiempo al equipo del AT-TE que se lo había cargado. No dudo ni un minuto en activar su mochila propulsora para disparar desde los aires y salvar a sus hombres. Un tiro difícil, dado que cargaba con una sola mano el pesado lanzacohetes. El viento rompió contra el fracturado visor de su casco. Podía oler el nocivo hedor que producía el plastoide derretido y el irritante olor arcilloso del combustible reaccionando.

Apretó el gatillo, viendo cómo las partes de los destructores se dispersaban por todos lados. El grupo de clones agradeció con vítores a su valiente líder mientras le ayudaban a retirarse de la línea principal de fuego y otro se adelantaba para pedir un médico. Giró la cabeza para ver el campo de batalla. Los droides habían ejecutado el comando de retirada, seguramente para reorganizarse para un contraataque aún más potente. Nightmare vio cómo la luz del mediodía se imponía nuevamente en lo alto.

Fox despertó súbitamente, apuntando débilmente su DC-15 hacia adelante. Su coraza superior había sido remplazada por un enmarañado de vendas y parches bacta improvisados. Un clon que no pertenecía a su regimiento, con brillante armadura, levantó sus brazos en un gesto de rendición.

—Tranquilo, señor, somos sus refuerzos —le calmó el soldado—. Soy el cabo CT-9925. Me llaman Rel. Se me ha ordenado brindarle asistencia en todo lo que pueda —respondió. Fox suspiró. Enviaron a alguien. Observó el cielo. La batalla parecía haberse intensificado. Pero la balanza no se posaba sobre ningún bando.

—¿Cuál es la situación, soldado? —preguntó el comandante mientras descubría en la condición en la que se encontraba. Trataba con insistencia de levantarse, pero la fatiga y el dolor le devolvían al suelo.

—Aunque no lo parezca, estamos manteniendo a raya al enemigo, señor —le informó Rel—. Hemos reforzado una buena porción del perímetro que requería asistencia inmediata. Los demás los hemos fortificado con barricadas improvisadas para ralentizar la marcha separatista. Aun así, las baterías defensivas fueron destruidas, los escudos inhabilitados y el Templo Jedi está aislado debido a que se encuentra bajo asedio intenso. Pero me informaron que se ha logrado contactar con el sistema corelliano. Los refuerzos no tardarán —le dijo con un tono de creciente esperanza.

Sus hombres y los refuerzos estaban posicionados entre escombros, mantenían posiciones en un perímetro defensivo en torno a una barricada improvisada con los restos de edificios y vehículos destruidos. Por detrás, un AT-TE respondía al fuego pesado de las fuerzas mecanizadas separatistas. Le sorprendió ver a clones portando la pesada armadura antigua. Resultaba casi tan raro como ver una reliquia Jedi.

Batallaban ferozmente, conteniendo el remanente de una oleada de droides. Tres clones salieron del campo de batalla en su dirección, llevando a un cuarto que estaba bastante herido.

—Gracias, muchachos. Ahora vuelvan a darles una paliza a esas cafeteras —dijo el clon. Rel se precipitó al ver el estado de su compañero.

—Aguarde, comandante Nightmare. Ya traigo el botiquín —dijo el cabo Rel mientras desaparecía detrás de los suministros.

—Solo es un rasguño, soldado —pronunció el regio clon—, aunque no me vendría mal un descanso en un tanque de bacta —dijo apenas sonriendo.

—¿Comandante Nightmare? ¡Sois los chicos de la legendaria Legión 97! —dijo Fox asombrado.

—Al menos alguien aquí nos recuerda —dijo Nightmare tratando de imitar fallidamente el acento irónico que le daba Jax a todas sus frases, mientras le estrechaba la mano a Fox—. A su servicio.

—Me temo que así tendrá que ser —dijo Fox fríamente mientras le dirigía una mirada al comandante recién llegado—. Es posible que ataquen el edificio del Senado para secuestrar al canciller supremo Palpatine.

Capítulo 6: Asedio victorioso

Una hora y quince minutos estándar tras la invasión.
Senado Galáctico. Vestíbulo principal de las oficinas del Canciller Supremo.

El vestíbulo era un desastre, vestigio de una feroz masacre: partes de droides de la serie BX por doquier, cadáveres de los guardias de honor del Senado, marcas de quemaduras por descargas bláster salpicadas por cada pared… Un uniformado se retorcía incesantemente bajo sus inamovibles garras mecánicas, con la inútil esperanza de liberarse. Su bláster estaba a unos infinitamente escasos centímetros de su mano. El tiempo corría. La vista se le nublaba. Sus ojos se hinchaban debido a la presión. El tiempo se agotaba. Lo peor era la agónica distancia que le separaba del maldito fusil. Sus fuerzas le abandonaban…

Todo había ocurrido en un instante. Docenas de los sofisticados droides Comando habían salido de la nada junto a un escuadrón completo de magnaguardias, masacrando a todos los que se hallaban en el ala anterior a las oficinas del canciller Palpatine. Fue grande el sentimiento de seguridad de los guardias al ver cómo desde la lejanía se encendían las espadas láser, preparadas para la batalla. Pero más grande fue el sentimiento de terror cuando notaron que no pertenecían a los Jedi. La desesperación atravesaba a aquellos hombres mientras pedían a gritos apoyo procedente de cualquier nivel del edificio, pero mayor fue esta cuando escucharon que las demás posiciones ya habían caído. El enemigo había tomado el Senado Galáctico, y ni ellos mismos se percataron. Borrones verdosos y azulados surcaron la sala, liquidando a todo lo que se pusiera en su camino. Crujientes sonidos de las resistentes armaduras azules que se oían por toda la sala solo eran superados por la característica vibración de los haces de luz girando a toda velocidad, cercenando todo a su paso.

Un guardia casi acertaba el blanco, pero encontró su fin cuando tres guardaespaldas blandieron sus electrovaras, repartiendo varias estocadas mortales. Los supervivientes se retiraron al último bastión: la residencia del canciller. Lo único que podían hacer era esperar, mientras del otro lado de la puerta se escuchaban unos pesados y rechinantes pasos aproximarse lentamente hasta su premio.

—Comandante, asegure la retaguardia. Elimine la resistencia que encuentre. Que no quede ni una de estas escorias viva. Que el resto del regimiento asegure la vía de escape —dijo una áspera voz metálica a la vez que tosía compulsivamente, produciendo un terrible eco que se propagó por todo el pasillo y el salón principal.

—Roger roger —respondieron unas cuerdas vocales digitales graves. El BX se preparó para ejecutar al capitán de los guardias.

—No —le reprimió su líder—. Este es mío —dijo maliciosamente mientras sus partes rechinaban. Su capa adornada con un símbolo de guerra kaleesh ondeaba acorde al correr del viento, en demostración de su inexpresable furia. Su fiel séquito de magnaguardias le seguía atentamente por detrás, con una marcha fríamente sincronizada. Un batallón completo de B2 y BX se adelantaron para eliminar al resto de los hombres del complejo.

—Su excelencia, como puede apreciar sus patéticas tropas no son más que un molesto estorbo para mi poderoso ejército de droides —dijo el general Grievous—. Y los cobardes Jedi no están aquí para rescatarle. Así que por favor, no se resista —terminó, gozando de cada palabra.

—Tal parece que debo realizar cambios en los sistemas de seguridad —dijo inexpresivamente el anciano.

El guardia logró aferrarse al fusil y lo disparó, apuntando a la cabeza de su opresor. Esto fue inútil debido a que el general ciborg fue más ágil y esquivó el tiro.

—Efectivamente —dijo el general entre risas y toses. De un momento a otro, el esfuerzo que aplacaba el pecho del guarda cedió violentamente, permitiéndole aspirar un poco del preciado aire, solo para que una patada inhumana le hiciera volar hasta que su cuerpo se estrelló contra una pared y todo el mundo se desvaneciera al instante.

Capítulo 7: Cuatro hojas contra dos

Una hora y treinta minutos tras la invasión.
Senado Galáctico. Bahía de acceso principal.

Cuando Reis llegó a la oficina del Canciller Supremo su corazón dio un profundo vuelco: ya era demasiado tarde, habían raptado a Palpatine. Toda la habitación estaba repleta de cuerpos inertes de clones y guardias de honor. En una esquina había un sargento moribundo. Reis fue a ayudarlo, pero el soldado se negó.

—Debe rescatar al canciller, Caballero Jedi —dijo el guardia con dificultad—. Se dirigen a la bahía de acceso principal —pronunció con sus últimas palabras.

Reis había atravesado a toda velocidad el edificio del Senado, en dirección al hangar principal. Se maldijo al distraerse con el enjambre de droides Buitre y no haber volado directamente hasta allí. Ante tal maniobra, debió de imaginarse que solo podía tratarse del cobarde de Grievous. No lo había enfrentado nunca en el transcurso de la guerra, pero había escuchado las historias acerca del infame general droide, asesino de incontables Jedi.

Estaba cerca. Reis se había topado con unos cinco droides Comando. Los fulminó inmediatamente. El tiempo era apremiante. Cuando llegó a la bahía de acceso principal se topó con todo un regimiento de droides.

—Me imagino que usted debe ser el infame general Grievous —vociferó Reis para llamar la atención—. Su reputación le precede, general. —Los droides más simples se sorprendieron, mientras que un grupo de BX y magnaguardias se prepararon para entrar en combate. El general Grievous señaló que se detuvieran, al igual que hizo la escolta que llevaba a un secuestrado canciller Palpatine, quien curiosamente se hallaba en un estado de pura tranquilidad, algo extraño para cualquier político en una situación como esta.

—Ahhh, una Maestra Jedi —dijo Palpatine con una agria alegría—. Parece que se ha equivocado, general. Los Jedi han acudido al rescate, y con sutil presteza debo de agregar. —El general hizo caso omiso al comentario del cabecilla político, contemplando fijamente, con una mirada codiciosa, la espada láser doble de la guerrera.

—Eso que tienes ahí, pequeña, será una magnífica adición para mi colección —dijo el general, cegado por la codicia.

—¿Esto? Si lo quieres, ven por él —lo retó Reis.

—No tengo tiempo para esto. Mátenla —ordenó Grievous entre toses—. Y tráiganme esa espada láser.

Entonces, los magnaguardias activaron sus electrovaras junto a las vibroespadas de los BX y saltaron directamente hacia ella. Reis activó su espada doble y comenzó a bloquear, al mismo tiempo, todas las estocadas de los diez androides. Bloqueaba mortales garrotazos electrificados por arriba y veloces cortes por abajo. Realizaba piruetas ágilmente, en una danza mortal con aquellas máquinas construidas para los enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Decapitó a tres magnaguardias a la vez y lanzó amplias estocadas horizontales a un par de BX. Consiguieron esquivar su ataque, pero cuando cayeron al suelo se encontraron con su fin al ser cortados a la mitad por una hoja giratoria. Reis concentraba la Fuerza para pelear con potencia y agilidad mientras su espada láser volvía cual boomerang. Un droide osó atacarla por detrás.

Ella le destruyó el pecho con una serie de precisos golpes. Tomó ese cuerpo inerte para bloquear un corte de vibroespada y luego lo lanzó. Le partió el cuello a otro en medio de una pirueta y cayó encima de un tercero para destruirle los brazos. Recibió un golpe de un magnaguardia que la inmovilizó por un segundo. Recurrió a la Fuerza con todo su ser para que el impacto y el intenso dolor no la derribara. Un segundo droide se dispuso a ejecutarla, pero Reis desvió el golpe con un sutil empujón de la Fuerza, lo que hizo que destruyera al otro droide. Realizó otro empujón, esta vez mucho más potente,

para que el BX colisionara con Grievous, aunque el iracundo general lo atrapó y partió por la mitad. Reis se deshizo de los restos del droide. Los tres magnaguardias decapitados saltaron, listos para realizar un ataque triple coordinado. Perecieron simultáneamente cuando un brillo azul y verde los cortó en dos.

—No estará escapando de esta simple Caballero Jedi, ¿verdad, general? —dijo Reis con un tono soberbio.

—Escoria Jedi. Desearás no haber venido —dijo Grievous mientras se quitaba la capa. El canciller ya estaba dentro del transporte separatista, pero no iban a partir sin su líder.

—Ataca, Jedi. —Y se encendieron dos espadas láser.

Capítulo 8: Por la 97

Una hora y cuarenta y cinco minutos tras la invasión.
Senado Galáctico. Bahía de acceso principal.

Nightmare maldijo mientras observaba el intenso duelo desde el aire. Reis se lanzó a un combate abierto contra Grievous y dos magnaguardias a la vez.

—Jax, Rel. Cuando lleguemos a tierra, vosotros y los chicos os encargaréis de los droides. Os dejo la liberación del Canciller Supremo —dijo Nightmare seriamente—. Yo ayudaré a la general.

—Recibido, jefe —respondió Jax con el mismo tono. La situación era muy apremiante, por lo que la reacción de su amigo le sorprendió.

—El último que termine su misión pagará las bebidas —le dijo Nightmare a Jax para tranquilizarle. Esto descolocó a su viejo compañero, incluso al cabo Rel, pero le devolvió su característico ánimo.

—¿Escuchaste eso, novato? ¡No se te ocurra estorbarme! —dijo entre risas mientras todos le imitaban.

—Muy bien muchachos, disfruten de este descanso, porque después de esta batalla nos aguardan arduas tareas de mantenimiento en el *Centinela* —dijo Nightmare en su típico tono—. ¡Por el honor de nuestros hermanos caídos! —dijo antes de lanzarse desde el LAAT hacia la lucha.

Reis peleaba con destreza, pero no era rival para el cobarde de Grievous y su par de droides. El general le había asestado un golpe superficial cuando esquivó una seguidilla de ataques encadenados de los magnaguardias. El cansancio y las heridas estaban ganando terreno. No podía conseguir concentrarse para recurrir al poder de la Fuerza.

—Debiste correr cuando pudiste, pequeña. Estás agotada y no hay nadie que te socorra —dijo Grievous maliciosamente, saboreando la victoria—. Ahora no hay salida.

—¡No bajo mi mando, cafetera asquerosa! —rugió Nightmare desde los cielos mientras envestía el pesado cuerpo del general con la fuerza de la caída. Al colisionar, su mochila propulsora se inutilizó, por lo que la arrojó para ganar ligereza.

—Vaya, comandante, parece que la batalla no te ha tratado bien —dijo Reis.

—Parece que usted tampoco tuvo un buen día, general —dijo Nightmare mientras se recomponía.

—Eso es cierto, he tenido días mejores. No me vendría mal un poco de ayuda —dijo sonriendo, mientras le ofrecía una electrovara con la Fuerza.

—Encantado, general. Como en los entrenamientos —afirmó el clon.

A lo lejos, Grievous gruñía y tosía mientras se levantaba, molesto por la intrusión.

—Se acabó cafetera, ríndete. El Lucrehulk fue destruido. Las comunicaciones se restablecieron y el asedio al Templo Jedi terminó —dijo Nightmare. Esa noticia afectó al general droide, el cual, sin mediar ni una palabra, se dirigió a la nave de escape.

Reis concentró cada fibra de su cuerpo para realizar una potente atracción con la Fuerza, requería todo su enfoque para que sus habilidades afectaran a Grievous.

Los dos magnaguardias saltaron inmediatamente hacia la Jedi, pero Nightmare se adelantó, bloqueando sus bastonazos y contraatacando con toda la fuerza de su cuerpo. Los magnaguardias hicieron girar defensivamente sus armas, haciendo que produjeran chispazos violetas. Esto hubiera obligado a cualquiera a adoptar una posición de retirada, pero no para el regio comandante, que ya sabía anticiparse a ese movimiento. Cargó directo a los droides, y cuando lanzaron sus mortales estocadas Nightmare las esquivó con un sutil medio giro. Sostuvo la lanza de uno de sus enemigos mientras le aplastaba la cabeza al segundo. Luego empujó al primero y le saltó encima, destruyendo su núcleo. Sintió la marcada presencia de sus heridas, que aún no se cerraban.

Grievous salió despedido por los aires, chocando contra una columna. Tosió abruptamente, pero se precipitó a la batalla inminente. Reis encendió su espada láser y, junto a Nightmare, se lanzó al encuentro del general. Grievous previó ese movimiento y activó sus cuatro brazos. Se produjo una feroz batalla en la que los tres repartían y bloqueaban estocadas simultáneamente. Grievous giraba su pecho para crear una ruidosa sierra horizontal. Los aliados consiguieron frenar el ataque en un espectáculo de luces. Dos brazos metálicos salieron volando por los aires con las espadas láser encendidas. Nightmare lanzó una estocada que desestabilizó al general, pero este se recompuso rápidamente saltando hacia el techo. Disparó un cable hacia el suelo desde su muñeca y cayó sobre ellos con una velocidad notable. El clon y la Jedi retrocedieron. Nightmare sintió la presión de la lesión y lanzó un grito. Reis se tumbó en el piso con un alarido cargado de dolor: le había acertado con un golpe.

El general Grievous se levantó triunfante e imponente, centrándose en su próxima presa. Saltó a la caza de la Jedi, sosteniendo la espada láser de Reis con su pierna izquierda. Desesperadamente, Nightmare lanzó un gancho que brevemente inmovilizó al general, anclando firmemente la electrovara.

—No te desesperes, asqueroso clon. Tú eres el siguiente —vociferó despectivamente Grievous, tratando de zafarse de sus ataduras. Reis reconoció el movimiento del clon al instante. Entonces, tendida en el suelo, aplicó un potente agarre con la Fuerza. Grievous notó la maniobra, por lo que ancló sus tenazas también.

—No caeré en ese truco dos veces, Jedi —se burló de ella.

—No te traje a ti —dijo Reis mientras veía cómo el clon salía despedido por la Fuerza y le asestaba un potente golpe acelerado en la cara al poderoso ciborg. Esto hizo que el terrible general cayera rendido al suelo. Los dos se felicitaron mientras se ayudaban mutuamente.

—¡Comandante, cuidado! —Ambos escucharon tarde los gritos horrorizados de Jax y Rel. Grievous se levantó tan rápido como le habían abatido, empalando a la Jedi con una espada láser y derribando a Nightmare. Grievous partió a toda velocidad hacia el transporte. Derribó a Jax y a Rel, y asesinó a los que protegían a Palpatine. Nightmare vio la situación y cruzó miradas con una moribunda Reis. Pelearían hasta el final. Con toda su energía se impulsó hasta el líder separatista. Reis lo empujó con la Fuerza, con sus últimos alientos.

—¡POR LA 97! —rugió Nightmare mientras le proporcionaba un golpe a Grievous.

Jax vio cómo el comandante le daba su merecido a la cafetera líder. Pero observó cómo era atravesado por dos espadas láser y devuelto al edificio mediante una filosa patada.

—Inútiles Jedi. Nunca podréis derrotarme —reía Grievous, alzando la espada de Reis, victoriosamente. Abruptamente, las risas se transformaron en violentas convulsiones y desesperadas arcadas que obligaron al general a arrodillarse. Vio con terror cómo su pecho había sido pulverizado por un aplastamiento de la Fuerza. Con la vista encontró a un Jedi que blandía una espada láser amatista con un fino mango de electrum.

El Maestro Windu, preso de su impotencia, vio cómo el cobarde del general Grievous se escapaba nuevamente. Había llegado demasiado tarde. Giró para ver con tristeza la situación. La Caballero Jedi asignada al puesto Maze, Reis, yacía muerta con una sonrisa en el rostro. Dos clones rodeaban a un tercero con la armadura pulverizada. Estaba en sus últimos momentos. El maestro se acercó para honrar tremendo acto de heroísmo. El clon se lo agradeció.

—General Windu… logré infiltrar un rastreador en las prendas del canciller… podemos rescatarle… la República no ha caído aún —dijo con alegría.

—Descansa, hermano, te lo has ganado —dijo Jax, regio, con la mirada perdida.

—Gracias… Le encargo el mando de la 97… comandante —respondió con tono sarcástico mientras la vida le abandonaba.

Windu miró hacia la batalla espacial. Le ordenó a Rel contactar con el *Centinela*. Al oír la respuesta todos entendieron que las últimas palabras del clon se cumplirían a tal efecto: el Maestro Kenobi y Skywalker acababan de regresar del Sistema Mandalore. Ellos se encargarían de la situación.

SANGRE EN EL BARRO

ALGUER MAS ROFES



El fuego antiaéreo estallando con violencia a nuestro alrededor. Los chispazos de cada proyectil impactando en el cielo parecían truenos desatados, era toda una tormenta destinada a un único propósito: matarnos. La lanzadera se sacudía con fuerza a medida que el indicador de altura descendía casi en picado.

Sujeté con fuerza el agarre de seguridad y miré a mi alrededor, estaba aterrado.

Mis compañeros de escuadra no estaban mejor que yo. Frun se estaba mareando y esparcía vómito por los suelos. Kura parecía inmersa en una última revisión de su equipo, asegurando cierres y comprobando que la carga de energía de su rifle bláster estuviese bien acoplada. Mobrik no dejaba de mirar hacia la parte frontal de la lanzadera, donde se podía vislumbrar la cabina del piloto. Y por último, nuestro sargento, Orsen, apretaba su mandíbula mientras permanecía frente a la rampa de desembarco.

Era el único preparado para todo lo que se avecinaba.

—¡Treinta segundos! —gritó el piloto desde su asiento a la vez que pulsaba un botón. Al instante un panel en rojo se iluminó en nuestro compartimento.

El sargento Orsen dio una voz afirmativa al piloto y nos miró a todos.

—¡Bien, muchachos, hoy es vuestro gran bautismo de fuego! ¿Estáis preparados? ¿Que si estábamos preparados? Por supuesto que no. Las escasas dos semanas de instrucción en Gyndine no habían servido más que para ponernos nerviosos. Por no mencionar el «reclutamiento» que habíamos sufrido, por decirlo de alguna manera.

—¡Sí, señor! —Kura se pronunció. Su voz resonó convencida, a pesar de la situación de todos. Mobrik la imitó con la mirada algo perdida. Frun, por su parte, luchaba para no esparcir las últimas raciones que había ingerido a bordo del destructor estelar. Yo me limité a asentir.

El constante fuego antiaéreo se hacía cada vez más duro, más insoportable. Los segundos se hacían horas dentro de esa lanzadera. De repente… ¡Pum! Una sacudida feroz. Toda la nave se estremeció y escoró levemente hacia la izquierda.

—¡Maldita sea! ¡Eso ha estado cerca! —gritó Orsen violentamente al piloto, por mucho que no fuera su culpa. El sargento necesitaba desatar la adrenalina que se empezaba a acumular en su interior.

—¡Diez segundos! —fue todo lo que dijo el piloto. La luz seguía siendo roja.

Impactos de fuego bláster en el casco de la lanzadera. El repiqueteo constante en el metal hizo que nos miráramos entre todos, eso era peor de lo que nos habían dicho o que cualquier cosa que pudiéramos haber imaginado. Sin embargo, a través del cristal de la cabina no se veía apenas nada, nubes de polvo, humo y multitud de disparos de varios colores.

—¡Cinco, cuatro, tres…! —La voz del piloto sonaba frenética. Él también estaba nervioso.

Y todo acabó. Segundos antes de que tocáramos suelo se oyó un silbido grave incluso desde el interior de la nave. Uno que se fue haciendo más y más audible a medida que estaba más cerca. Y entonces, sin previo aviso, hubo un impacto y una explosión

terrorífica en el costado derecho. Al instante, todos salimos disparados hacia varios rincones. Perdí el conocimiento.

Ráfagas bláster. Cañonazos. Detonadores termales explotando a varios metros.

Estaba inmóvil, tirado en el húmedo y frío suelo. Me sentía mareado, aturdido por completo. ¿Qué había ocurrido? No podía abrir los ojos, algo me lo impedía. Alcé mi mano derecha hacia mis párpados y los limpié, había barro sobre ellos. Tras ello, logré abrirlos y lo que vi fue horroroso. La lanzadera había tocado suelo, sí, pero había sido de forma catastrófica. Un boquete de un diámetro considerable se abría en el flanco de la nave, en la cual aún me encontraba por algún azar del destino, y vivo nada menos.

Antes de nada, comprobé que seguía entero, y así era, no había sido herido.

Lentamente me puse en pie, tomé mi rifle bláster y dando pasos irregulares me encaminé hacia la única salida de aquellos restos metálicos humeantes, el propio boquete del impacto. Una vez salí al exterior, vi la inmensidad de los campos de barro surcados por multitud de cráteres producidos por la artillería. Andanadas de bláster iban y venían de aquí para allá. Explosiones cercanas, lejanas, eso era un completo caos. Y la lluvia, una enorme cortina de agua cubría absolutamente todo el paisaje, embarrándolo, era un clima desolador. Ante la nave derribada, tras un parapeto improvisado con planchas de acero y chatarra, se hallaban mis compañeros junto al sargento Orsen. Disparaban contra algo que yo no alcanzaba a ver, se turnaban para disparar contra lejanos fogonazos… el enemigo, presuntamente.

—¡Eh, chico, buenos días! ¿Has terminado la siesta? ¡Porque necesitamos ayuda! La voz del sargento parecía incluso alegre, aliviada ahora. Sin embargo, se intuía premura a pesar del humor característico de nuestro superior. Dejé de lado mi consternación por lo ocurrido y elegí hacer algo por sobrevivir en ese entorno salvaje, en ese campo de batalla perdido. Empecé a correr hacia la posición del sargento.

Este continuaba haciéndome señas para que me acercara. Todos dependíamos de él.

Podía ser que el reclutamiento hubiera sido un desastre, podía ser que no deseáramos estar aquí, pero si queríamos salir vivos de esa debíamos confiar en él, pues era el único con experiencia real de combate.

Mi carrera hacia el parapeto de mi escuadra se vio interrumpida por una rápida ráfaga de ametralladora bláster que vino por mi flanco izquierdo. Me vi obligado a tirarme al suelo y a embarrarme hasta las trancas, pegué mi nariz al fango y no me moví ni un milímetro. De repente dos silbidos, y después dos explosiones de mortero muy cerca de mi posición. Me habían visto. La escuadra al completo estaba atrapada y yo sin cobertura.

Los disparos bláster continuaban volando por encima de mi casco, podía oírlos pese a no verlos. Tras dos minutos en esa situación me paralicé, no podía moverme, el miedo se apoderó de mí. Dejé el bláster a un lado y me llevé las manos al casco, intentando olvidar por completo dónde estaba. De repente oí pasos a la carrera sobre el barro, se dirigían

hacia a mí. ¡Iban a por mí! En el caos de la refriega conseguí tomar de nuevo el rifle y apuntar a quien quiera que se atreviera a intentar matarme.

¡Al menos no me cogerían vivo! Sin embargo, cuando la nube de barro de la última explosión se disipó, a través de sus restos vi al sargento Orsen a la carrera. Consiguió alcanzar mi posición y, en un acto de valentía sin par, me obligó a espabilar, a levantarme y a correr junto a él para alcanzar el parapeto donde estaban los demás.

Tras la carrera, caímos agotados tras la pared de metal improvisada.

—¡Mobrik, contacta con el cuartel general! ¡Solicita refuerzos de forma inmediata!

—¡A la orden, señor!

Mobrik se apresuró a limpiar el comunicador, pero al no conseguirlo desistió y lo activó igualmente, solicitando los refuerzos pedidos por el sargento Orsen. Mientras tanto, yo respiraba con dificultad, de vez en cuando asomaba la cabeza y el bláster por encima del parapeto para disparar hacia los lejanos fogonazos, pero poco más. Mis compañeros hacían lo propio con más o menos éxito.

—¡Eh, Willard! ¡Espabila, muchacho, si no reaccionas esa escoria mimbanesa te freirá!

Asentí rápidamente al sargento y procedí a disparar con más ahínco. Oímos gritos en lengua alienígena a varias decenas de metros por delante de nosotros, parecían órdenes, no hubiera sabido decirlo. De repente el fuego contra nosotros paró. El sargento me miró y sonrió de medio lado, asomó poco a poco su cabeza por encima del parapeto y al instante un único disparo atravesó su cráneo. Cayó muerto al instante.

En medio de nuestra consternación por lo que acababa de suceder, el fuego de ametralladora, rifle y mortero volvió a caer encima de nuestra posición cual tormenta inmisericorde. Habían jugado con nosotros y les había salido bien, nuestro sargento se había confiado demasiado, aunque solo quería protegernos. Nos atrincheramos aún más tras la barricada, aterrados, no sabíamos cómo proceder. Dependíamos de Orsen para todo, ahora pagábamos el precio de no tenerle con nosotros. La desesperanza anidó entre nosotros. Frun lloraba sin remedio, sujetando con fuerza su rifle bláster. Mobrik y Kura miraban el suelo embarrado con la certeza de que el final llegaría pronto. Yo, por mi parte, cerré los ojos y solté el rifle. Más proyectiles de mortero impactaban a nuestro alrededor, cada vez más certeros. El barro era lanzado por los aires y empezaba a cubrir nuestra armadura de combate y el resto de nuestro equipo.

Sin embargo, a través de nuestra derrota llegó un rayo de esperanza en forma de nave. Por encima de nuestras cabezas apareció una cañonera sucia, sus motores crepitaban con fuerza a través de la lluvia. Disparó varias andanadas de sus blásters pesados y trituró las posiciones enemigas a nuestro alrededor, convirtiéndolas en polvo. Dio varios rodeos más, sobrevolándonos. Cuando el fuego hubo disminuido considerablemente, descendió a escasos metros de nuestra barricada. De su interior saltaron varios soldados de asalto, su armadura no era blanca, sino marrón, oscurecida y sucia por el barro del lugar. Portaban capas a sus espaldas y cascos con piezas reforzadas con plastiacero. Uno de ellos llevaba

consigo una hombrera negra, parecía ser el oficial al mando. Rápidamente dispusieron un perímetro defensivo a nuestro alrededor, disparando en todas direcciones.

—¡Vamos, moveos si no queréis morir! —La voz distorsionada por la estática del soldado de asalto impactó contra nosotros, nos dio la valentía que necesitábamos.

Al instante, tomamos los rifles, el poco equipo que llevábamos con nosotros y nos dirigimos raudos a la cañonera, entrando en ella en tropel. Detrás de nosotros el resto de soldados de asalto deshizo el perímetro y subió también, quedándose la mayoría sentados a las puertas, proporcionando fuego de apoyo al par de artilleros que manejaban los cañones láser de abordo. Los motores rugieron una vez más y nos alzamos del suelo embarrado. Los demás y yo no podíamos dejar de mirar aquellos soldados que nos habían rescatado, ninguno de ellos decía nada, parecía que lo que acababan de hacer era incluso algo normal para ellos. El soldado de asalto de hombrera negra permanecía de pie, agarrándose con fuerza en los barrotes para no perder el equilibrio. El oficial notó mis ojos sobre él, me miró con ese casco hierático y se pronunció.

—Bienvenidos a Mimban, novatos. —Su voz sonaba grave y potente, inspiraba respeto.

La cañonera se perdió entre la lluvia de ese planeta empantanado.

Poco tiempo después nos hallábamos en el frente, el verdadero frente. El grupo de soldados de asalto nos hizo bajar de la cañonera y nos guió a través de las posiciones de retaguardia. Caminábamos todos al lado de tiendas y hospitales de campaña, el tránsito de personal militar era total. Vi a varios oficiales de largos abrigos marrones entrar en una taberna local, sonrientes. «*Menuda suerte tenían*», pensé. Y la lluvia, siempre esa maldita lluvia ensuciándolo todo.

Tras varios centenares de pasos, el oficial de hombrera negra nos señaló con su rifle bláster la entrada a una trinchera enorme. Él fue el primero en entrar, seguido de su escuadra de soldados de asalto. Nosotros les seguimos, nuestra confusión y pavor eran evidentes. Mientras caminábamos, finalmente el oficial habló.

—Nos dirigimos a vuestra futura posición en primera línea, novatos. Toda la 224ª División Acorazada Imperial se encuentra ahí. Estáis de suerte.

—Supongo… señor. —Mi voz no sonó nada convincente, sin embargo ninguno de los soldados de asalto realizó mofa o comentario alguno.

Kura me propinó un codazo y me miró alzando una ceja.

—Muéstrate más firme, Willard. Ya sabes lo que les ocurre aquí a los cobardes.

—Lo siento, lo siento. —Alcé la mano libre y asentí.

Caminábamos a través de las atestadas trincheras de reserva, el frente estaba lleno de tropas de toda clase. Soldados de asalto patrullaban el sector y numerosos soldados de barro como nosotros se encaramaban a la pared de las trincheras para disparar algún que otro tiro, más por intentar pasar el rato que por matar a algún mimbanés.

A través de la red de trincheras imperiales llegamos al lugar que llamaríamos hogar durante toda nuestra estancia en Mimban, un agujero en el suelo con entrada en la misma trinchera, un abrigo de campaña.

—Mantenedlo todo lo limpio que podáis, suficiente basura tenemos ya a nuestro alrededor. —Esta vez su voz sonaba algo enfadada.

Le saludamos y entramos dentro del agujero para dejar ahí nuestros petates y equipamiento. Era pequeño y no había literas para todos, pero era bastante limpio y acogedor, dentro de lo que cabía. Un par de lámparas iluminaban el interior.

Mientras los demás se acomodaban, asomé mi cabeza por la entrada y observé a la escuadra de soldados de asalto que nos había rescatado, ellos entraron en un refugio similar al nuestro que se hallaba justo a nuestro lado.

Los días en el frente eran extremadamente monótonos. Con el paso de los días uno se acostumbraba al llamado «fuego de tambor». Los mimbaneses habían desarrollado una técnica artillera que consistía en disparar proyectiles no de forma rápida y abrumadora, sino lenta y constante. El martilleo de proyectiles esporádicos contra nuestras posiciones nos privaba de un sueño conciliador, por lo que casi siempre estábamos cansados. Sin embargo, tras dos semanas en el frente, el fuego de tambor mimbanés cesó de golpe. Mis compañeros y yo nos encontrábamos apostados en la pared de la trinchera, para variar. Sonreímos, por fin había terminado esa pesadilla, ahora podríamos descansar. Nos encaminamos lentamente hacia nuestro refugio para dormir, pero sin embargo el oficial de la escuadra de soldados de asalto nos prohibió hacerlo.

—Nada de dormir, ahora es cuando demostraréis de lo que estáis hechos, novatos.

A nuestro alrededor, el tráfico de tropas de un lado a otro se había intensificado de repente. Gritos, órdenes dadas de forma rápida y precisa. Múltiples posiciones de disparo eran ocupadas por tiradores y las ametralladoras bláster eran montadas con premura. ¿Qué estaba ocurriendo? ¡Si nadie nos disparaba ahora! Aun así decidimos imitar a los demás, tomamos nuestras armas y nos apostamos a la pared de la trinchera, apuntando a la tierra de nadie embarrada. Todo era salpicado por la incesante lluvia de Mimban, no había parado de llover desde nuestra llegada. Nos preguntábamos si dejaba de hacerlo en algún momento.

Miré lo que había más allá de nuestra trinchera. Nada. Barro, lluvia y cadáveres esparcidos por doquier, tanto mimbaneses como imperiales. No había disparos ni artillería, nada de nada. Por primera vez en más de dos semanas escuchamos el silencio, por duro que fuera. A mi izquierda se hallaba Kura, a mi derecha Frun, no veía sus rostros ya que el casco ocultaba gran parte de ellos, ambos se habían puesto las gafas y el respirador del uniforme. Decidí imitarles. Mobrik por su parte intentaba desencasquillar el cartucho.

—¡Se ha llenado de barro! —gritaba nervioso, la tensión se palpaba en el ambiente.

—¡Cierra el pico, Mobrik, conseguirás que nos maten! —le grité enfurruñado.

—Siempre se le encasquilla, no limpia debidamente el rifle —argumentó Frun.

—¡Tú cállate, Vómitos! —replicó Mobrik enfadado.

La única que no decía nada y permanecía vigilante era Kura. Su silencio era sinónimo de peligro. En nuestra escuadra era la que siempre veía venir las amenazas.

Más de una vez nos había salvado de algún proyectil perdido, pues su oído era fino.

Giró su rostro enmascarado hacia mí.

—Ya vienen.

—¿Cuántos? —pregunté con voz temblorosa.

—Demasiados.

Tragué saliva. Ella notó mi nerviosismo y apoyó su mano en mi hombro, apretándolo. Asentí algo más firme y volví a mirar al frente, apuntando a la nada. Silencio, lluvia y barro, eso era todo cuanto veíamos. Pero corta fue la espera.

—¡A cubierto! —La voz gritó varios metros a nuestra derecha, en la misma trinchera.

Fue acallada por un enorme estruendo que impactó de lleno en el origen de esta. Una colosal columna de humo y barro emergió del suelo. Artillería pesada. Al instante, varios truenos se oyeron en la distancia, el horizonte al completo se iluminó de forma enfermiza debido al ambiente empantanado del lugar. Varios segundos después toda nuestra línea de trincheras era machacada sin piedad por la artillería mimbanesa. Agachamos nuestras cabezas y dejamos de apuntar al frente, abandonando los rifles en la parte superior de la trinchera. Nos cubrimos largos instantes, agachados como estábamos solo veíamos cómo los soldados más veteranos hacían exactamente lo mismo.

Así pasamos largos instantes, siendo sometidos a la artillería enemiga sin remedio. Mimban era un infierno para todo aquel soldado que pusiera sus pies en él, eso nos habían dicho siempre, ahora lo comprendíamos. Entre el humo de las explosiones pude discernir, a través de la trinchera, una armadura de soldado de asalto, vestía una hombrera negra, era el oficial de siempre. Otro se acercó a él, informándole a gritos a través del ruido de las explosiones.

—¡Capitán Kurtz, escuadras listas!

—¡Bien, posiciónese sargento, esto va a empezar!

Sus voces atronaban a causa de la estática producida por sus cascos. Se despidieron con un saludo curioso, agarrándose el brazo ambos y asintiendo firmes. Una curiosa muestra de camaradería en medio de aquel infierno.

El sargento se dirigió con otra escuadra, pero sin embargo el capitán Kurtz se quedó junto a nosotros. Permanecía de pie, desafiando el fuego de artillería. Comprobaba su propio rifle mientras nos miraba.

—Haced lo que yo haga. No hagáis estupideces. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —respondimos con más o menos ímpetu debido al fuego constante sobre nosotros.

El fuego artillero de los mimbaneses cesó de golpe al cabo de mucho rato de bombardeo. Había varios agujeros aquí y allá en las trincheras, incluso algunas secciones

habían cedido, pero a pesar de todo, las posiciones imperiales habían resistido el embate. Todos volvimos a nuestra posición en lo alto de la trinchera, aunque ahora con el capitán Kurtz junto a nosotros. Él también apuntaba con su rifle a tierra de nadie. No parecía que su bláster fuera como los nuestros, era algo más largo.

«*Cosas de oficiales*», pensé.

Kura me dio un ligero toque en el casco y señaló al frente, enemigos. Asentí y miré a Frun, el cual negaba tragando saliva.

—La hora del dolor… —dijo apesadumbrado.

De repente, más allá de tierra de nadie, un griterío empezó a crecer a medida que se acercaba más y más contra nosotros. A través de las nubes de humo, de la lluvia y del barro, alcancé a ver una oleada masiva de mimbaneses. Todos cargaban con sus rifles en ristre, estaba claro que era un asalto total.

—¡Sargento, quiero un bláster pesado DLT-19 en nuestro flanco derecho! ¡Asegúrese de que tiene buena cobertura, necesitamos acabar con esas oleadas de mimbaneses!

—¡A la orden, capitán!

Rápidamente se montó un DLT-19 a nuestra derecha. Un par de soldados de asalto embarrados se hicieron cargo del arma y esta empezó a escupir fuego pesado de bláster contra las interminables oleadas de mimbaneses que se cernían sobre nuestra posición. Mis compañeros y yo también abrimos fuego con premura, apoyando las ráfagas del DLT-19.

Muchos eran los enemigos que caían bajo nuestro fuego. Sin embargo, eran demasiados. No disponíamos de suficiente potencia de fuego para rechazar tal asalto, nos superaban diez a uno, era imposible. En vez de disparar, Mobrik se dedicaba a pasarnos cargas para nuestros rifles. Disparábamos más rápido de lo que él era capaz de transportarlas.

El capitán Kurtz no paraba de disparar una y otra vez su largo rifle bláster, pero tampoco era capaz de acabar con todos los que venían de frente. Tarde o temprano nos acabarían alcanzando y asaltarían la trinchera en un cuerpo a cuerpo para el que ninguno de nuestra escuadra estaba preparado.

—¡Sargento, sargento! —gritó el capitán mientras seguía disparando—. ¡Traiga inmediatamente el Z-6! ¡YA!

El sargento en cuestión descendió del banquillo de la trinchera y salió corriendo hacia una especie de pequeño depósito de armas de su escuadra. Cuando llegó hasta él, un silbido atravesó el aire y un proyectil estalló justo a sus pies, matándolo al instante. La visión de tal suceso me aterró, pero no me bloqueó, empezaba a estar acostumbrado a ello. El capitán, gruñendo, tiró el rifle alargado al suelo de la trinchera y corrió hacia el lugar donde había caído su compañero. Abrió la tapa del pequeño arsenal y de él extrajo un enorme cañón rotatorio. Ese debía ser el Z-6.

—¡Vaya, menuda reliquia! —dijo Mobrik, asombrado.

—¡Deja de sorprenderte y sigue pasando munición a tus compañeros!

El capitán Kurtz volvió a la carrera, y para sorpresa de todos empezó a ascender la propia trinchera hasta alcanzar su cima. Le gritamos que no lo hiciera, pensábamos que se había vuelto loco al perder a su camarada, pero el capitán no cambió su plan ni un ápice. En su lugar, dispuso el modo de fuego, enterró sus pies en el barro y pulsó el gatillo. El Z-6 empezó a rotar y a los dos segundos escupió tal cantidad de disparos que nos dejó a todos con la boca abierta. Las oleadas de mimbaneses empezaron a retroceder ante la avalancha de muerte y destrucción que propiciaba la osadía de Kurtz y su arma. Estábamos tan abstraídos por ello que habíamos dejado de disparar. El capitán nos miró por encima del hombro, aun disparando.

—¡Haced el favor de seguir disparando, malditos novatos!

Los proyectiles de artillería enemiga empezaban a sobrevolar de nuevo nuestras cabezas. El ejército mimbanés retrocedía poco a poco y sus cañones de campaña cubrían su retirada ante el asalto fallido. El capitán seguía disparando a pesar de ello, numerosas columnas de barro se alzaban a su alrededor. La osadía de aquel hombre nos dejaba sin habla. Rápidamente recobramos el sentido y disparamos de nuevo a las tropas enemigas en retirada. El ambiente embarrado era iluminado por los disparos de ambos bandos, hasta que, finalmente, se redujo a lo habitual. Los mimbaneses habían alcanzado sus propias trincheras, el combate había finalizado con victoria para las fuerzas imperiales, habíamos conseguido defender nuestra posición.

El capitán Kurtz saltó dentro de la trinchera, aterrizando con el cañón bláster Z-6 aún humeante por la enorme cantidad de disparos. Tenía un par de rasguños en su sucia armadura y una herida leve en el brazo izquierdo, pero estaba bien. Agotadísimo, se sentó en uno de los laterales de la trinchera y dejó de lado el Z-6. Respiraba frenéticamente debido a la adrenalina y al cansancio, se quitó el casco y dejó que la lluvia de aquel planeta le bañara el rostro lleno de sudor. No era joven, pero tampoco muy viejo, era difícil deducir su edad. Su pelo era muy corto y su rostro estaba surcado por un par de cicatrices viejas, estaba claro que era un veterano. La piel del capitán era bronceada y sus ojos eran de un marrón intenso. Nos dispusimos a su alrededor. Mobrik, Furn y yo le tendimos agua y una toalla. El capitán las aceptó de buen grado y nos sonrió, sincero.

—Gracias, chicos, lo habéis hecho bien. Aunque cuanto antes dejéis de asombraros por ciertas cosas, mejor. ¿Entendido?

—Pero… señor. ¿No ha sido eso una temeridad? Quiero decir, con todos mis respetos… le podrían haber matado —le dije de forma franca.

—¿Y cuándo no podrían matarnos? Miradle a él —señaló el cuerpo muerto del sargento—. Ha sido mi compañero durante muchísimos años y ha muerto en un abrir y cerrar de ojos. Nunca sabemos lo que nos depara el mañana. Más vale vivir con valentía, cumpliendo nuestro deber. Por eso he hecho lo que he hecho, aunque esta vez ha salido bien para todos.

Todos permanecíamos alrededor de Kurtz, hablando con él y ayudándole con sus heridas y rasguños. Todos menos Kura. La soldado permanecía apartada del grupo, mirándonos desde la distancia con la máscara facial aun cubriéndole el rostro.

La miré extrañado, sonriendo por conseguir vivir un día más. Entonces Kura tomó su bláster y se acercó hacia nosotros tranquilamente, aunque al llegar hizo algo de lo que todos nos horrorizamos. Apuntó a Kurtz a la cabeza.

El capitán alzó una ceja y dejó de sonreír, encaró a Kura con firmeza, afilando la mirada. Aún permanecía sentado.

—¿Debo entender esto como un acto de rebeldía, soldado? —preguntó Kurtz, desafiante.

—No. Debes entender esto como un acto de justicia —dijo ella quitándose la máscara y el casco. Llevaba el pelo recogido en una larga coleta pelirroja, su mirada era de determinación, pero también de furia.

—No creo que nos conozcamos.

—Tú no me conoces, pero yo sí que conocí a los tuyos tiempo atrás, clon.

Todos abrimos los ojos más de lo normal y miramos a Kurtz, pero luego también a Kura. Era fascinante para todos conocer a un clon, pero… ¿Qué hacía Kura? No entendíamos nada, no sabíamos qué hacer. El capitán nos había tratado bien, pero Kura nos había salvado la vida en más de una ocasión. Parecía escuchar los proyectiles antes de que estallaran, incluso oía a los enemigos antes de que nos atacaran.

¿Qué debíamos hacer? Estábamos inmóviles.

—Serví en las Guerras Clon, sí. ¿Y qué? Ha pasado mucho tiempo. Antes éramos muchos, ahora ya no.

—¡Eso no me importa! Pagarás por los crímenes que cometisteis.

—Eres… no, no es posible, no puedes serlo —Kurtz negó varias veces, alcanzando algún tipo de conclusión—. Eres una Jedi.

—Matasteis a mi maestro. Vosotros que habíais luchado codo con codo junto a nosotros… nos traicionasteis.

El alboroto causado por tal incidente levantó la curiosidad de otros soldados en la trinchera, hasta que finalmente un sargento de otra escuadra se aproximó poco a poco.

—¿Todo bien por ahí?

Kura giró el rostro para observarle y entonces el capitán Kurtz aprovechó el momento para atizarle un golpe en la cabeza, dejándola inconsciente. Parecía tener práctica con ello.

—Todo en orden, sargento. Ha sufrido un shock durante la batalla, saldrá de esta. —Sonrió, confiado.

—Como diga, señor. —No muy convencido, volvió sobre sus pasos y se marchó. Luego del incidente, Kurtz tecleó algo en su comunicador de muñeca, tomó a Kura en brazos y la llevó al refugio de nuestra escuadra en la trinchera, la tumbó en la litera y vino a hablarnos.

Estáis en una situación harto complicada, novatos. Ella más que nadie.

—No me creo que sea una Jedi, no puede ser —dijo Mobrik, negando rotundamente.

—¿Ella siempre os avisa de la artillería que aún no ha caído, verdad? —El capitán clon alzó una ceja, mirando a Mobrik.

—Sí. ¿Y qué? Tendrá un oído fino.

—Muchacho, es una Jedi, créeme. En el pasado vi cosas que pocos creerían. Los Jedi eran capaces de eso y mucho más, por eso… —Miró a Kura, ciertamente apesadumbrado—, por eso yo y mi escuadra aún vivimos.

Frun me hacía señas, al parecer desde hacía rato. «*Detrás de ti*», decía gesticulando con los labios. Arrugué el ceño y ante mi había tres soldados de asalto con sus armaduras al completo, armados. Sin embargo, apoyaron sus bláster en el suelo y se quitaron los cascos al unísono. Todos poseían el mismo rostro. Diferentes peinados, diferentes cicatrices, pero eran todos clones. Eran idénticos a Kurtz.

—Es muy complicado de explicar, pero necesito que me hagáis un favor, que nos hagáis un favor —dijo Kurtz señalando a su escuadra, la cual se puso en posición de firmes.

—¿Qué debemos hacer, capitán? —preguntó Frun.

—Cuando nuestros compañeros Jedi más nos necesitaron no estuvimos a su lado, les traicionamos. Fuera o no nuestro deseo, eso no cambia los actos que hicimos. Sois nuevos aquí. Por lo que he podido comprobar a lo largo de estas semanas no habéis sido siquiera voluntarios, os han alistado a la fuerza. Bien, os ofrezco a todos una salida de Mimban si a cambio os lleváis con vosotros a Kura y os aseguráis de que viva.

Nos miramos entre todos. Una salida de Mimban, una salida de aquel infierno.

No hicieron falta más palabras para convencernos, asentimos a la vez y hablé al capitán.

—Cuente con nosotros, Kurtz.

El capitán ordenó a sus hombres que se quitaran las armaduras, cosa que hicieron en el acto. Nos las ofrecieron, indicándonos cómo debíamos vestirlas. Eran parecidas a las de soldado de barro que llevábamos, pero eran mucho mejores. También vestimos a la inconsciente Kura con una armadura. Una vez tuvimos la apariencia de soldados de asalto de Mimban, Kurtz sonrió, mirándonos.

—Ahora sí que parecéis soldados de verdad. Pero con esto… —Abrió un maletín y extrajo indicativos sanitarios, los colocó en nuestras armaduras—, podréis alcanzar la retaguardia fácilmente. Oh, y llevaos también una camilla para llevar a Kura, así será más convincente.

Hicimos todo lo que se nos dijo. Ahora parecíamos soldados de asalto sanitarios que transportaban a una herida hacia los hospitales de campaña que habíamos visto al llegar al sector.

—Una vez lleguéis ahí, encontrad una nave y escapad. No puedo ayudaros con nada más, pero si puedo conseguir que una Jedi viva un día más habrá valido la pena.

Asentí, firme, y ayudé a Mobrik a colocar a Kura en la camilla. Ambos la alzamos, seguidos por Frun. Antes de salir del refugio miré al capitán con el casco ya puesto.

—¿Desea que le diga algo cuando despierte?

Kurtz pareció meditar la respuesta, sin embargo negó.

—Dile que os habéis conseguido escapar. Creo que aún no está preparada para saber que un clon la ha ayudado, y no la culpo. Los recuerdos del pasado nos persiguen a todos. —Miró a sus compañeros clones, los cuales asintieron.

Saludé a Kurtz, y junto a mis compañeros emprendimos el camino hacia la retaguardia vestidos con nuestros uniformes sucios de veterano. Kura aún permanecía inconsciente, pero eso ayudaba a nuestra misión, parecía herida de gravedad en ese estado. A medida que nos alejábamos, miré una última vez hacia atrás. El escuadrón de soldados de asalto clon realizó un saludo militar a la vez, despidiéndose de nosotros. Se quedaron postrados allí, en el fango, bajo la lluvia, hasta que desaparecimos por un ramal de aproximación a la trinchera del frente.

Años más tarde, Kura descubriría la verdad, pero esa es una historia para otro día.

WORMHOLE

REDAN DICOR



Planeta Coruscant. Año 52 ABY (17 BrS)

Episodio 3

Eunice se encontraba por fin en un aerotaxi, sujeta al asiento mediante el sistema de generadores de tracción interna del transporte, y su biorritmo se empezaba a normalizar.

Era la primera vez que salía del Templo Jedi, con catorce años ya tenía maestro pero todas sus misiones habían sido sobre historiografía de la Orden. Nunca previamente había divisado la ecumenópolis del planeta desde esta perspectiva, era totalmente desconocida para ella hasta este momento.

Ciudad Galáctica está dividida en varios miles de cuadrantes, cada cual subdividido en numerosos sectores. Su destino era el distrito Fobosi.

Se alejaba del Templo, el cual destacaba como una colosal estructura que se levantaba un kilómetro por encima de los edificios de Coruscant. Construido sobre un nexo de la Fuerza localizado en una montaña, el área que rodeaba el Templo era un largo y amplio paseo, la llamada Vía Procesional. Estaba erigido en una zona desde donde se podían contemplar unas vistas completamente despejadas, sin ningún otro edificio en medio. Desde fuera, el Templo Jedi aparecía como un zigurat elevado sobre el resto de los bloques urbanos, con un diseño de pirámide truncada de base cuadrada, escalonada y con cinco agujas que se elevaban encima de ella, siendo la central la llamada Aguja Sagrada, rodeada a su vez por las otras cuatro de menor altura. Estas agujas simbolizaban la progresión de los Jedi hacia la iluminación.

Eso buscaba Eunice, una nueva iluminación en su vida. Con gran sensibilidad en la Fuerza, se sentía relegada a un segundo plano tanto por la Orden como por su maestro, y necesitaba nuevos conceptos y conocimientos filosóficos. Sus estudios sobre historiografía habían precipitado esta excursión.

Llevaba varias semanas preparando su breve escapada del Templo. No era la única, tres aprendices tenían el mismo destino que ella, pero por rutas distintas. Ella era la única fémina de los cuatro. Los demás, al igual que ella, eran humanos, pero todos varones y de una edad similar a la suya.

Su objetivo era una reunión secreta sobre ideas heréticas de la Fuerza según la Orden Jedi. Se habían enterado de la reunión por un aprendiz especializado en el espionaje de activistas subversivas.

Después de atravesar áreas específicamente designadas como la senatorial, la financiera y las zonas residenciales, por fin divisaba el sector industrial, los Talleres, y a su lado Fobosi, y más concretamente su destino: los jardines botánicos Skydome.

Se cubrió la cabeza con la capucha gris de su vestimenta Jedi y con marcha rápida llegó a la zona norte de los jardines. Llegaba la última. Entre la extraña y exótica

vegetación de lejanos planetas se encontraban sus tres compañeros y otro humano de unos cuarenta y cinco años, de pequeña estatura y constitución delgada.

—No necesitabas venir a paso aligerado, joven aprendiz —le habló con voz armoniosa y con entusiasmo en su rostro el humano de edad madura—. Me llamo Hal, y de donde yo vengo nada se hace de forma presurosa.

El orador empezó agradeciendo nuestra presencia y quedó sorprendido al tener cuatro aprendices de la Orden Jedi escuchándole. Anteriormente había convocado tres mítines y había suspendido dos de ellos, mientras que al tercero asistió un escéptico seguidor Matukai y un Jedi Gris impertinente.

Pero ahora era distinto, estaba sorprendido a la vez que optimista. «*O bien la Orden Jedi no motivaba lo suficiente a los nuevos aprendices, sobre todo en el conocimiento de los secretos y las virtudes de la Fuerza, o las nuevas promesas tenían más iniciativa e independencia que las anteriores generaciones de Jedi*», pensó.

Hal estuvo conferenciando aproximadamente dos horas estándar. Fue varias veces brevemente interrumpido por las preguntas de un aprendiz llamado Ric Dokard sobre la influencia de la sanación desde el punto de vista de su doctrina. La aprendiz también tenía algunas vacilaciones y le preguntó algunas cuestiones sobre la evolución histórica de las creencias y preceptos Jedi. Contestaba a todo, se le notaba don de palabra y una belleza en su vocabulario que entusiasmaba a los oyentes. Exponía su dogma con seguridad, perseverancia y seducción. Afirmaba que la Fuerza no es ni buena ni mala, sino una poderosa herramienta a aprovechar, y que el único lado oscuro es el miedo que hay en el corazón de los sensibles a esta. La Fuerza es una y lo es todo, y ante todo es vida. La definió como la doctrina del Potentium.

Acabó su locución con la satisfacción de haber sido respetado y, al menos, no abucheado y considerado un loco como en ocasiones anteriores. Vio cierta esperanza y les reseñó que quien quisiera aceptar estas ideas sabría encontrarlo. Simplemente el profundizar y buscar el amor y la bondad que se encuentra en la Fuerza, y por tanto en la vida de todos los seres vivos, permitiría su localización.

Después de despedirse y marcharse sus compañeros, Eunice quiso retrasarse y quedarse a solas con Hal para disculparse personalmente por su retraso. Él no le dio importancia y le confesó que estaría en Coruscant unos días más para tratar sobre unos negocios relacionados con unas futuras ventas de unas naves estelares ultrarrápidas que usaban una tecnología biológica. Posteriormente le recalcó que viajaría al planeta Alderaan.

Antes del retorno al Templo Jedi, Hal, como agradecimiento, regaló a Eunice un colgante con un pequeño amuleto. Le manifestó que tanto el cordón del colgante como el talismán estaban hechos con hiedra y corteza de una curiosa planta llamada Bora que nacía y vivía en su planeta.

Episodio 2

La estrella que iluminaba Coruscant aparecía de nuevo en todas partes, aunque la luz en el bosque de rascacielos resultaba tan habitual que la verdadera oscuridad era algo que solo se hallaba en la profunda angostura de la ciudad. La cara oculta del planeta, cuando era vista desde el cielo, brillaba como adornos con formas bioluminiscentes.

Era el alba del día siguiente. Eunice estaba plácida y sosegada, aún recostada en su cama. Después de semanas de insomnio, había dormido toda la noche sin despertarse. Sentía que la paz interior que había asimilado en el día anterior la reconfortaba.

Después de levantarse y asearse, pensó que, posteriormente a su habitual dedicación matinal a la meditación y al autoconocimiento, pero antes de ayudar a su maestro sobre el estudio bibliográfico y crítico de los escritos sobre la historia, fuentes y autores de la historia Jedi, se pasaría por el holopanel de los enfrentamientos de entrenamiento con espada láser.

Era un día propicio para practicar algo más su instrucción y adiestramiento con la espada. Miró el panel y efectivamente había varios combates, todos tenían su pareja de lucha exceptuando otro aprendiz. Eunice introdujo sus datos y se emparejó con él. El holopanel no indicaba los nombres de los Jedi, solo los rangos. El adversario sería una sorpresa.

La mañana pasó pronto. Después de despedirse respetuosamente de su estimado maestro hasta la reunión del atardecer, se encaminó hacia la sala de entrenamiento.

En dicho recinto también empezaban el aprendizaje los nuevos principiantes o iniciados, supervisados siempre por un Maestro Instructor, pero su horario había terminado. El resto de la jornada, la sala estaba dedicada a prácticas voluntarias de aprendices, Caballeros y Maestros Jedi Justo antes de entrar, Eunice se cruzó con dos míticos Jedi de la Orden. Acababan de combatir, y aun todavía sudorosos y fatigados charlaban y bromeaban amigablemente. Uno de ellos se quedó mirando a Eunice y posteriormente siguió su camino. Era el Caballero Jedi Mace Windu, quien con sus aproximadamente veinte años tenía un gran futuro en la Orden y estaba a punto de ser ascendido a maestro.

Mace tenía una habilidad inusual y única de ver los puntos de ruptura en la Fuerza y cómo podían afectar todas sus acciones futuras. Iba acompañado de un Maestro Jedi que le doblaba en edad, Qui-Gon Jinn, el «maestro rebelde». Cumplía siempre las órdenes del Consejo Jedi rigurosamente menos cuando pensaba que este estaba equivocado, en tal caso seguía a su instinto. Sabio, poderoso, algo terco, pero muy inteligente, siempre tomaba la decisión acertada.

Eunice entró en la estancia y enfrente de ella, en el otro extremo de la sala, ya preparado con su espada de entrenamiento, se encontraba su rival. El recinto estaba silencioso, oyéndose solo sus pies desnudos al andar. Eunice se preparó y miró a su contrincante. Era el aprendiz Ric Dokard.

—Qué hay de nuevo, Ric —dijo Eunice con voz de asombro—. Qué casualidad —dijo a la vez que se colocaba una cinta en el pelo y desenganchaba la espada láser.

La espada de entrenamiento tenía la intensidad limitada. Cualquier contacto o roce con su filo solo podía producir una pequeña herida superficial o ligero rasguño.

—Nuestros destinos se vuelven a cruzar —recalcó la aprendiz.

—Es el designio de la Fuerza —opinó escuetamente Ric, algo más indiferente y serio. Se situó en posición neutral defensiva—. ¿Preparada?

—Siempre —asintió Eunice, y se colocó en posición de defensa con la punta de la hoja de la espada láser apuntando lo más cerca posible del rival.

Mientras sentía el mutismo del recinto con el único sonido de las dos espadas láser y la respiración de ambos contrincantes, Eunice pensó que la seriedad de su rival podía deberse a su concentración en la Fuerza. «*Eso debería hacer yo también*», pensó. Necesitaba aglutinar esta energía para que fluyera a través de ella. Sentir la Fuerza en el cristal de la espada láser. Sentir ese incremento y que se fundiera con ella. Formar un vínculo con la Fuerza y que esta fluyera por el extraño prisma, como prolongación de su cuerpo, como un todo. Eunice y su espada, todo en uno. Necesitaba sujetar la empuñadura ligeramente con la punta de los dedos, moviendo solo la muñeca y la mano, forzando lo menos posible los músculos del brazo; necesitaba el mínimo desgaste físico y la máxima concatenación cuerposable.

Ric no se movía, manteniendo su posición, y esto hizo que Eunice se decidiera a realizar el primer movimiento.

Blandió la espada con movimiento oscilante en dirección a su rival. Ric realizó un barrido vertical manteniendo su posición. Apenas se movió.

Realizó un Shum, una vuelta de trescientos sesenta grados de la espada láser, empuñándola con una sola mano para así ganar velocidad para un ataque, aunque Ric volvió a bloquearlo.

Ataque y contraataque, golpe y réplica. Pero la aprendiz se percató que con el mínimo esfuerzo, Ric estaba avanzando, paso a paso, en avance continuo, cortándole constantemente los ángulos de ataque con barridos horizontales y verticales. Ric, su contrincante, había ido especializándose y perfeccionándose en el estilo Shii-Cho. «*Es el estilo que aprendemos todos los iniciados*», recapacitó para sí.

Eunice, debido a sus actividades habituales con los manuscritos de la historia Jedi, se había decantado por otro tipo de forma. Su carácter más activo e impaciente, junto a su gran potencial de sentir y manipular la Fuerza, la alentó al estudio de la forma Ataru. Pero necesitaba depurarla bastante más. Y hoy era el día apropiado.

Empezó a contrarrestar la defensa perfecta de Ric con movimientos de espada más rápidos, y a empezar a realizar cortes y evasiones en todas las direcciones. Necesitaba un pequeño error de su contrincante para obtener la victoria.

Ric no atacaba, él mantenía su defensa, y mientras Eunice empezaba a sudar, él se mantenía frío y calculador.

Realizó varios Shum, acompañados de algún Jung, un giro de ciento ochenta grados. Necesitaba concentrarse más en la Fuerza, unirse a ella para aumentar su agilidad y velocidad.

Notó que Ric también empezaba a sudar, le hizo la técnica del empujón de la Fuerza y fue efectiva. Ric fue lanzado hacia una de las paredes de la sala y parecía que el golpe le había dejado algo aturdido. Eunice sintió, a través de la Fuerza, el dolor corporal de Ric y cómo este desaparecía rápidamente. Ric, como buen aprendiz de sanador Jedi, había utilizado la curación de la Fuerza. «*Vaya sorpresa*», pensó la aprendiz.

Ric nuevamente se puso en posición de defensa pero con la punta de la espada en dirección a su rival. Eunice realizó un salto en su dirección y nuevamente ataque-defensa-evasión-golpe-contragolpe, y de nuevo tiempo muerto y preparados otra vez para volver a empezar, una y otra vez, uno enfrente del otro. A ambos les caían las gotas de sudor y empezaban a empaparles sus ropas, pero no desistían.

Durante bastantes minutos, los dos aprendices siguieron luchando, imitando a los dos Maestros Jedi que acababan de salir de la sala. Ric y Eunice estaban dando todo en el combate. Mientras ella atacaba, él rechazaba cada envite.

Ella intentó sorprenderle con un golpe de la Fuerza y una finta, pero su defensa era impecable. De repente, con la ayuda de la Fuerza realizó un salto hacia atrás girando todo el cuerpo, y al apoyarse en el suelo nuevamente recurrió a esta para saltar hacia Ric, quien realizó una especie de Sai, un salto con voltereta con ayuda de la Fuerza, que produjo el contacto de ambas espadas láser.

Eunice había realizado un Sun Djem destruyendo la espada del oponente. El combate había concluido.

Frente a frente, sudorosos, empapados y respirando ambos con dificultad, los dos dejaron caer sus armas, o lo que quedaba de ellas. Tanta adrenalina les había dejado agotados. Algo magullados y con leves cortes, ambos se desplomaron en el suelo.

—Felicidades Eunice —musitó Ric con una voz jovial pero entrecortada por el cansancio.

—En… horabuena, Ric, felici… dades a ti también —dijo Eunice extenuada y tumbada en el suelo, a la vez que extendía los brazos y cerraba los ojos.

Una vez que se recuperaron del esfuerzo del combate, los dos aprendices quedaron posteriormente para comer en la cantina comunitaria del Templo. Eunice y Ric apenas se habían visto antes de la reunión clandestina del día anterior en los jardines botánicos Skydome, y por supuesto tampoco establecido conversación. Los dos encuentros fortuitos en tan poco espacio de tiempo era una experiencia para ellos.

Después de ducharse y cambiarse de vestimenta en sus respectivas dependencias, departieron una entretenida y amena velada complementada con las suculentas raciones de comida energética típicas del Templo.

Eunice le contó a Ric que el mundo contenido en ese edificio con forma de zigurat había sido, a todos los efectos y propósitos, su único mundo. Fue llevada con seis meses al Templo y, salvo la salida ilegal de ayer, solo conocía el mundo exterior por holomapas y videoimágenes tridimensionales. Ric también le confesó que fue llevado al Templo por su actual mentor. Lo encontraron a la edad de dos años en un hospital de un planeta del centro galáctico, y su evidente relación con la Fuerza le permitió ser llevado al Templo Jedi. Al igual que la mayoría de sus compañeros, carecía de recuerdos de otro sitio que no fueran esos enclaustrados pasillos y cámaras, aunque Ric sí había visitado varios planetas con su maestro en misiones de curación y asistencia médica.

Una vez finalizada la tertulia, ambos se despidieron y se dirigieron a sus respectivas zonas de aprendizaje: los archivos, en la biblioteca, y los salones de sanación, en las dependencias de curación del Templo.

Eunice caminaba con semblante risueño por un pasillo hacia su destino y, de repente, se encontró de cara con su maestro. La expresión de este era dura, descompuesta y fría como el vacío interestelar. Con voz seria y tajante le dijo:

—Aprendiz, acompáñame a la sala del Consejo Jedi. Los maestros urgentemente requieren de tu presencia.

Eunice andaba a paso aligerado detrás de su maestro. Ambos se dirigían por los pasillos del Templo al turboascensor que los iba a dejar en la puerta de la sala del Consejo. Había soñado que la primera vez que se presentara ante esa magna sala sería para su ascenso a Caballero Jedi, pero nunca imaginó que fuera de esta forma tan repentina y sorpresiva. Pensó en la causa de esta súbita llamada, aunque no tenía que profundizar mucho para imaginarse que su salida encubierta del día de ayer era el motivo.

La aprendiz percibía que había fallado, había traicionado la confianza y la camaradería de su mentor al no informarle de su escapada. Sabía que le había decepcionado y, lo que es peor, no había sabido apreciar su amistad. Su maestro era sabio y fuerte, y había volcado en ella sus conocimientos para instruirla en las distintas enseñanzas y pruebas de entrenamiento. Estaba satisfecho porque Eunice las superaba con esfuerzo y eso le congratulaba. Pero Eunice, en este momento, sentía la decepción presente en su maestro.

Por fin las puertas del turboascensor se separaron automáticamente. Habían pasado realmente pocos segundos desde que entraron y el mecanismo se había puesto en marcha en subida vertiginosa, aunque para Eunice esos breves segundos fueron tan largos como la existencia del universo. Al empezar a caminar, su visión de la realidad cambió y se imaginó ser un punto de ese firmamento, de ese cosmos. Desde ese momento solo veía que estaba atravesando el horizonte de sucesos de una singularidad. Seguidamente su

maestro abrió la puerta del Consejo y la aprendiz fue absorbida instantáneamente por un agujero negro.

Su vuelta a la realidad sobrevino al atravesar el marco de dicha puerta, que coincidió con los fríos retazos de la noche que se filtraban por la torre del Consejo Jedi, pero para Eunice el crepúsculo que descendía sobre Coruscant le parecía una lúgubre mortaja. Ya dentro, pudo divisar doce asientos de diseños diversos, dispuestos a lo largo de todo el perímetro circular de la amplia sala. Solo estaban físicamente ocupados cuatro de ellos, en las que se distinguía al Maestro Qui-Gon Jinn (como maestro invitado por no pertenecer oficialmente al Consejo) y a un Maestro Yoda moviendo su bastón de gímer. También a través de holopresencias se encontraban otros tres que Eunice no pudo identificar. Sus holoimágenes titilaban continuamente e impedía identificarles con nitidez. Todos estaban sentados menos ella y su maestro, quien se apartó a un rincón de la sala dejando a su aprendiz sola en el centro del círculo y del recinto.

La sala del Consejo Jedi se encontraba en una de las cuatro torres laterales del Templo Jedi. Era el lugar que, por el propio diseño del edificio, se enfocaba a la Fuerza como la gema de una espada láser enfoca su corriente de energía. La leyenda decía que las decisiones de este se tomaban mediante la mutua y tranquila contemplación del fluir de la Fuerza, pero hoy este lugar era para Eunice el núcleo de conflictivas corrientes de energía que giraban y entrechocaban a su alrededor.

Efectivamente la reunión fue referente al mitin del día anterior con el magíster Hal. El Consejo había sido informado por un aprendiz que asistió a dicha convocatoria. Había ido por orden del Caballero Jedi Mace Windu en misión de supervisión y espionaje. Toda la documentación sobre los asistentes, así como lo tratado en ella, lo habían visionado los miembros del Consejo. Eunice fue la primera en ser requerida, y posteriormente se iría solicitando la presencia del resto de involucrados.

La aprendiz respiró profundamente, buscando que la Fuerza la calmara y tranquilizara. El Maestro Yoda fue el único que habló. Con voz imperativa y decidida, no perdió el tiempo en nimiedades: reprimió el comportamiento de Eunice referente a la falta de confianza con su maestro y con la misma Orden. El pequeño maestro le dio a conocer la historia del origen de la ideología del Potentium, que se remontaba al año 132 ABY (97 BrS), cuando Leor Hal, antecesor y padre del actual magíster Hal, la expuso cuando aún era un estudiante aventajado de la Orden. El Consejo calificó las ideas como una herejía para las creencias Jedi y acabó con el exilio de su precursor.

Tras la alocución del Maestro Yoda, la sesión acabó. Eunice no tomó la palabra, aunque tampoco se la hubieran dado. El Consejo fue tajante en eso y no permitía actuaciones de ese tipo a los aprendices. La Orden Jedi tiene sus preceptos y principios, y no toleraba actuaciones de ese tipo. La aprendiz se retiró de la sala con una ligera inclinación.

Salió junto con su maestro. No quería ni mirarle. Iba deshonrada, y el miedo la atravesó como si fuera el temible filo de una espada láser. Pero las primeras palabras de su mentor le quitaron esa preocupación.

La idea de que Eunice hubiera perdido la fe en él le preocupaba más aun que la posibilidad de haber sido avergonzada en el Consejo. El Maestro Jedi titubeó un momento antes de mirarla francamente a los ojos.

—Siempre te he enseñado a ser honesta con tus sentimientos, pues son el camino más seguro al conocimiento, tanto de ti misma como de la Fuerza. Por tanto, yo no puedo dejar de ser igualmente honesto. Tu comportamiento ha sido imprudente e infantil. La postura del Consejo es categórica y debemos aceptarla. Puedes estar segura de que mi preocupación no refleja en nada lo que opino de tus habilidades, achácala a las inquietudes e impaciencia de tu juventud. Estoy seguro que madurarás. Y ahora vamos, debemos seguir con nuestras tareas.

Su maestro sabía del dominio que tenía Eunice de la espada láser y su habilidad de enfocar la Fuerza, incluso rivalizaba en este aspecto con él. Eunice pasó las pruebas preliminares con una puntuación casi perfecta y no tenía rival en su promoción.

Era su orgullo.

Episodio 1

Esa noche fue larga, muy larga para la aprendiz. Recordaba continuamente la postura de su maestro y no olvidaba sus palabras críticas, aunque llenas de amabilidad y sabiduría. Desde que tenía noción de su existencia, su mentor se comportaba como si fuera realmente su verdadero padre, y aunque escondía esa afectividad, ella se percataba de ello.

El Consejo solo quiere que estemos bajo su tutela y que acatemos los fundamentos de los preceptos Jedi. Los conocimientos y entrenamientos son básicos y necesarios, y de eso realmente estoy totalmente agradecida a la Orden, pero no nos preparan para lo que realmente hay fuera del Templo. Quieren que perdamos nuestro instinto natural y que nos convirtamos en seres artificiales. Piensan que es posible que un usuario de la Fuerza, sin entrenamiento alguno, tenga tanto poder como el más grande de los Jedi. Pero sin entrenamiento, creen que se acaba recurriendo a los instintos naturales. Es otra paradoja básica de ser un Jedi: los instintos que utilizamos hacen que no sean realmente instintivos, son el resultado de un entrenamiento tan intenso que el egoísmo, ira, miedo y demás, son sustituidos por los instintos Jedi de servicio, serenidad, generosidad y compasión.

Los instintos naturales aceptan la pasión y las emociones, pero eso no implica que caigamos en el lado oscuro. Aceptar lo que nos ha otorgado la naturaleza no es traicionar el código Jedi, ni abandonar sus valores. El ir aprendiendo hace que se cambie; y cuando más se cambia más se comprende, y de esta forma conseguimos controlar aquellas pasiones que nos llevan al odio y la desesperación. Eso es lo que estoy ahora

experimentando y, ayer cuando estuve con el magíster Hal, no advertí en él nada más que alegría de vivir y una visión realista y esperanzadora de nuestra existencia.

El Consejo nos quiere quitar eso. Creen que si no estamos continuamente bajo su control, usaremos la Fuerza por gratificación personal y en beneficio propio. Su tutela hace que los Jedi se conviertan en seres ni moralistas ni espirituales. Ese es su error. Básicamente quieren que seamos pragmáticos y prácticos. Convierten a los Jedi en seres altruistas no porque serlo sea bueno, sino más bien porque es seguro.

Piensan que emplear la Fuerza con fines personales es peligroso, y ponen la excusa de que en esa trampa puede caer hasta el más bueno, generoso y amable Jedi. Predican ese miedo y evitan perder así su poder. El poder de hacer el bien acaba siendo solo poder. Poder desnudo. Un fin en sí mismo. El Consejo quiere mantener su poder mediante la comprensión, y mi curiosidad y formación me pide más, no pretendo ningún tipo de poder. No deseo convertirme en Sith, quienes asimismo obtienen poder mediante la comprensión. El Potentium es la alternativa y la más natural.

Admitir solo los sentimientos voraces o caritativos es falso, la cúspide de la alegría transcendental o el abismo del odio y desesperación es una perspectiva fingida. Los extremismos no es mi futuro.

Eunice se relajó, lo necesitaba, y se colocó en posición de loto. Empezó a abrir su mente, y una vez totalmente liberada empezó a escuchar y a recibir los consejos de la Fuerza. La decisión estaba tomada.

Al alba del día siguiente, la aprendiz recogió sus pocas pertenencias. Se pasó, antes de la llegada de su maestro, por la sala de los archivos, en donde últimamente pasaba la mayoría de su existencia. Le dejó en su mesa un datapad con un holomensaje, en donde exponía los motivos de su marcha y agradecía eternamente su cariño y, como marcan las reglas de la Orden, también depositó en esta su espada láser de aprendiz. Definitivamente abandonada la Orden Jedi y con la cabeza bien erguida.

Salió del Templo sin mirar atrás.

En la aurora de este nuevo día, había nacido un nuevo inquilino en la capital de la galaxia. Eunice emergía y se presentaba al mundo no como una aprendiz con preceptos impuestos sino como un ser libre.

Habían trascurrido dos días desde la reunión en los jardines botánicos, y sabía que su nueva vida dependía de volver a encontrarse con el magíster Hal, pero para ello no tendría más remedio que ir al planeta Alderaan.

La capital de la República tenía innumerables puertos espaciales públicos y privados. Eunice consideró que el puerto espacial más adecuado era el situado al este, en las cumbres Manarai, cerca del distrito senatorial. Era el que movía más tráfico civil y de mercancías, y por consiguiente en donde encontraría más oportunidades para salir del planeta.

«*Solo dispongo de un par de créditos, pero al menos llené el macuto de alimentos y por ahora no me moriré de hambre*», pensó con humildad.

Un aerotransporte público gratuito la dejó próxima a las instalaciones aeroportuarias, pero decir eso en Coruscant era relativo. La joven asumió que tendría que andar una larga distancia. Sabía que al final de esa amplia y luminosa avenida estaba su rumbo.

Después de horas caminando se paró a descansar y a comer algo. El resto del trayecto, con el estómago lleno, se le hizo más llevadero.

Era ya media tarde de un día soleado, y de pronto vio pasar por encima de ella una colosal aeronave que trazó una gran sombra móvil sobre la superficie de la ciudad, la cual oscureció de igual forma a como lo hacen los eclipses que frecuentemente se producían por los numerosos satélites naturales que tenía este planeta.

Esto indicó que estaba llegando, y así fue. Al girar la amplia avenida vio unas instalaciones con unos llamativos rótulos luminosos con el logo de los transportes interplanetarios de la República. Estaban situados justo encima de unas amplias puertas correderas que siempre estaban abiertas por la actividad frenética de los transeúntes, en su mayoría viajeros que llegaban o querían salir de Coruscant.

Eunice atravesó las puertas que daban acceso al colosal vestíbulo de la aeroestación. Se quedó fascinada. Había infinidad de holopaneles escritos en aurebesh con las indicaciones de las salidas y llegadas de aeronaves hacia y desde innumerables planetas, tanto de las Colonias como de los lejanos mundos del Borde Exterior. Escuchaba hablar en idiomas extraños y descubrió seres de razas que la joven nunca se imaginó que pudieran existir.

Se percató que para el próximo viaje a su destino faltaban aproximadamente dieciocho horas estándar. Pensó que eran muchas horas, pues necesitaba irse antes.

Se aproximó a los embarques para el acceso a los aerotransportes de mercancías y, por suerte, en pocos minutos, en una terminal con destino Aldera, la capital de Alderaan, finalizaría el llenado de las bodegas de un carguero AA-9. Iba lleno de productos perecederos y con especies animales endémicas diversas.

Eunice pudo acceder a dicho transporte, no sin antes haber hecho uso de su control de la Fuerza a través de algún truco mental sobre los controladores aduaneros y de vigilancia. Se escondió en la zona de los animales, así podría no ser detectada en caso de haber sensores de presencia de seres vivos situados en la aeronave. La joven sabía de su existencia. Dichos detectores se colocaban para evitar polizones no deseados.

A los pocos minutos, el sonido de las sirenas y la reducción del flujo luminoso de la bodega indicaban que el viaje comenzaba.

Desde que salió del Templo Jedi no había tenido tiempo suficiente para poder relajarse e introducirse en su meditación diaria, la cual le permitía autocontrolarse e introducirse en los misterios de la Fuerza. Estuvo recapacitando sus últimos actos y cómo su vida estaba cambiando tan rápidamente, a la vez que cambió de posición y se quedó recostada en el suelo usando su mochila como almohada. «*¿Estaré madurando o tal vez actúo de forma imprudente como me dijo mi maestro?*», pensó.

«*Necesitaba esta confianza en mí misma, y sé que mis objetivos en la vida deben pasar por este cambio. Ahora necesito, cuando llegue a Alderaan, usar mi intuición e indagar la posible localización del magíster. Recuerdo que me dijo que buscaba compradores de sus sorprendentes y rápidas aeronaves, las cuales, según dijo, usaban una novedosa tecnología. ¿Dónde podría estar? ¿Y en qué lugar presentará esa innovadora técnica de propulsión biológica? ¿Cómo conseguiré…?*», siguió pensando, hasta que la tranquilidad del viaje y el ajetreado día que había tenido la introdujo en un inicial sueño ligero que cada vez se hizo más reparador y profundo.

Mientras, el carguero siguió con su rutinaria y tranquila ruta. La compañía aeroespacial de transporte llevaba varios años estándar con la adjudicación de esta ruta de ida y vuelta entre Coruscant y Aldera. Conseguía buenos y suculentos beneficios, aunque la tripulación no estaba muy contenta con sus honorarios, pero no se podían quejar. Entre viaje y viaje disfrutaban de varios días de descanso alternativamente entre la urbe capital del cosmopolismo y la vida nocturna, y la ciudad referencia de la cultura, belleza y ecología por excelencia. Aldera y Coruscant formaban el alma y el cuerpo de la República, y aun siendo tan diferentes, no podía existir una sin la otra. La apertura del tren de aterrizaje, con los consiguientes chirridos hidráulicos y ruidos mecánicos, hizo que Eunice perdiera ligeramente el sueño. Los posteriores chillidos agudos de los halcón-murciélago que iban en la bodega de transporte fueron los que realmente la despertaron. Todos los animales se mantuvieron muy calmados y silenciosos en el viaje. «*Quizás estuvieran sedados*», pensó. Iban adecuada y cómodamente distribuidos: en reducidos compartimentos se encontraban repartidas las colonias de gusanos del duracreto y las de arañas-cucaracha, en pequeñas jaulas los roedores borrat, y en grandes y apartadas celdas los activos y peligrosos halcón-murciélagos.

Al momento, las ruedas tocaron el permacemento del espaciopuerto y rápidamente el AA-9 se detuvo.

Se abrió la rampa de acceso a la bodega y la joven salió de las instalaciones aeroportuarias, no sin antes hacer alarde nuevamente de su acertado dominio y uso de la habilidad del truco mental a través de su control de la Fuerza.

Era por la mañana en Aldera, y al igual que en el planeta capital de la República, hacía un día soleado. Muy soleado para una ciudad que frecuentemente solía mantener una temperatura agradable y soportable casi todo el año. La cegadora claridad del mediodía resultaba casi insoportable para los ojos humanos. Mientras seguía caminando, Eunice no tardó en tener que entrecerrarlos. Necesitaba buscar alguna sombra para protegerse del sol. La cantidad de zonas con vegetación dotadas de numerosos y frondosos árboles hizo que se sentara en el verde y fresco primer jardín que encontró. No había comido durante el viaje y aprovechó este momento para saciar su apetito. Mientras se alimentaba, pudo ver la característica arquitectura de la ciudad en la que predominaban los tonos blancos.

Posteriormente intuyó que en algún lugar de reunión o de entretenimiento podría preguntar y conseguir la información que buscaba. Atravesó dos calles y vio una cantina. Solo era mediodía, pero el local estaba lleno y muy animado. Cuando estuvo cerca de la entrada, Eunice ya pudo oír los acordes de un grupo de músicos que estaban tocando dentro. El interior del local estaba sumido en la penumbra, y comparado con el calor de las calles resultaba casi fresco. Eunice hizo una profunda inspiración de aire y percibió los olores de sustancias tóxicas procedentes de una docena de mundos distintos. El ambiente no le gustó y se marchó en busca de otro local. Eunice pensó que se había metido en el único local que no cumplía el nivel de la refinada calidad cultural que le había dado fama a esta ciudad. «*También en lugares como ese se puede adquirir cultura, ¿por qué no?, y si hay música Indie mejor todavía, pero lo de beber o tomar sustancias alucinógenas no es nada bueno*», recapacitó para sí, mientras andaba con paso aligerado. A los pocos minutos, cercano a un elevado edificio, vio un tapcafé y entró en él.

Era un local pequeño, luminoso, fresco y acogedor. Salvo el camarero, no había nadie más. El holopanel de precios le permitió pedir una infusión de hierbas aromatizantes con bionutrientes. «*Son veinte centicréditos y mi reducido presupuesto aún me lo permite, a parte que necesito estar hidratada y esto es mejor que solo agua*», pensó resignada.

Cuando Eunice se llevó el vaso con la infusión a la boca y le dio un sorbo, el camarero activó el transmisor de la Holored, y después de varios cortes de interrupción en la pantalla por torrentes de estática apareció un reportero informando de las noticias locales de Aldera.

> *«En la sala de usos múltiples de la Universidad de Alderaan, mañana será presentada una nueva forma de propulsión aeroespacial. Será una conferencia cuyo ponente usa como lema "La biopropulsión es el futuro. Lo más ecológico y lo más natural"».*

—¿Qué? —dijo sorprendida Eunice. El camarero la escuchó y la miró indiferente con el ceño fruncido.

La joven no se creía lo que había oído. Impaciente, le preguntó a su único acompañante:

—¿La universidad está lejos de aquí?

El camarero era un joven humano chalactano, de estatura media, pelo negro y ojos marrones, que podía tener un par de años más que ella.

—Está en la periferia de la ciudad, pero cerca de aquí —le contestó—. Yo también soy estudiante universitario. Este trabajo me permite pagarme los estudios.

—¿Y hay alojamientos económicos cerca de allí? —le preguntó la joven al chalactano mientras se levantaba de la silla y se acercaba a su interlocutor.

—Está la residencia de estudiantes, que es gratuita, pero tienes que justificar que estás matriculado en la universidad.

Eunice le pagó la bebida que se había tomado y le agradeció la información.

Cuando estaba a punto de salir del local, el joven le dijo que estaba a punto de cerrar y que él luego se dirigiría al complejo universitario, ya que tenía varias horas de clase a última hora de la tarde. Se ofreció a llevarle allí, si ella estaba conforme.

Eunice, encantada, aceptó.

El joven disponía de un pequeño speeder deformado de segunda mano, y después de cruzar varias avenidas y amplias zonas de cuidada vegetación, junto a un largo puente sobre un lago que rodeaba la ciudad, llegaron al complejo educativo. Eunice agradeció el transporte y se despidió de Dep, que era el nombre del estudiante.

Por primera vez pudo ver la más prestigiosa universidad de la República, y la visión que tuvo realmente lo confirmaba. Era el centro del saber. Destacaba su cuidado entorno, las ordenadas y numerosas edificaciones docentes, el gran ambiente didáctico, así como la diversidad de jóvenes de diversas razas y especies que pudo visualizar.

Como todo estaba bien señalizado, pronto localizó y llegó a la residencia. La tomaron, por su juventud, como una despistada estudiante de los primeros cursos que había extraviado su identificación universitaria, por lo que no tuvo problemas de encontrar un dormitorio vacío para pasar la noche.

El día siguiente presagiaba otro día soleado, pero la temperatura ambiente era más soportable. En la sala de usos múltiples, Eunice esperó a que el magíster Hal expusiera sus innovadoras aeronaves biológicas.

—Vaya sorpresa. La joven aprendiz llamada Eunice —le musitó, con alegría en su voz, el magíster cuando acabó su alocución y vio que la joven se estaba acercando y estaba próxima a él.

—Ya no soy aprendiz, magíster Hal —le dijo con voz firme y decidida—. Abandoné el Templo y la Orden Jedi por no estar segura de sus enseñanzas. En cambio, su doctrina filosófica sobre la vida y su visión sobre la Fuerza me hizo buscarle. He venido a pedirle que me acepte como su aprendiz para propagar sus ideas por toda la galaxia.

—Veo que tienes puesto el colgante con el pequeño amuleto que te regalé. Acompáñame Eunice, por favor —le comentó, a la vez que ambos se dirigieron a unos pupitres en donde conversaban un humano de edad avanzada y un maduro y elegante mirialano con diversos tatuajes geométricos en cara y manos.

Hal se los presentó a Eunice, y le dijo posteriormente a la joven que le disculpara un momento. Ella asintió y le esperó en el recibidor de la sala.

El magíster tardó poco en aparecer. Quería terminar unos asuntos económicos sobre la venta de sus aeronaves.

Le explicó a Eunice que el humano de edad avanzada era un chamán de una antigua organización de sensibles a la Fuerza llamada Orden de los Whills.

—Quería darme a conocer el secreto de la conciencia eterna. Me confesó que ya previamente se lo había enseñado a un prometedor Maestro Jedi seguidor de la Fuerza

Viva. Le dije que no estaba interesado. El poder interactuar con los vivos después de morir es un poder muy peligroso que hay que saber controlar muy bien. En cambio, el otro se llamaba Lubar Unof —le dijo a la joven—. Es el próximo cónsul del planeta Voss. Le he propuesto que sería factible crear un centro, una especie de escuela de la doctrina del Potentium en ese planeta. Sus habitantes tienen una gran vinculación con su mundo, y existe una secta de nativos que tienen una visión sobre la Fuerza muy particular y que interesaría conocer. Me ha confirmado que no tendría ningún inconveniente en que los dos, tú y otro joven, viajarais como pasajeros y acompañantes en su pequeño crucero espacial consular hacia Voss para así expandir el Potentium, pero claro, eso depende de ti.

Eunice no se lo pensó.

—¿Cuándo partimos? —dijo mientras aparecía un gesto de satisfacción en su rostro.

—En un par de horas estándar —le contestó el magíster—. Además, tu joven acompañante y futuro compañero Potentium es también un antiguo aprendiz Jedi conocido por ti. Se llama Ric Dokard.

En el trayecto de nuevo hacia el espaciopuerto, mientras Eunice pensaba que nunca había viajado tanto en tan poco tiempo, el magíster Hal le aclaró que Ric se había presentado antes de empezar su conferencia. Los motivos de su aparición eran similares a los suyos y le había propuesto irse con él a su planeta, Zonama Sekot.

Ric había aceptado. El joven le estaba esperando en la zona de salidas de aeronaves diplomáticas. Su aparición cambiaba sus planes, pero estaba seguro que el crear un centro de enseñanza de la doctrina del Potentium en el planeta Voss atraería más a Ric. Y así fue. El joven se alegró mucho de verle y confirmó viajar con ella. Ambas aeronaves partieron. Por un lado, el magíster en su rápida y ligera nave estelar biológica hacia su lejano y aislado planeta viviente; y Eunice, Ric, el cónsul, su escolta y los dos pilotos, en el pequeño crucero clase consular. Tomaría como ruta el Corredor Comercial Perlemiano, en dirección a los territorios del Borde Exterior, en donde se situaba el sector aliado Tion, lugar en donde se encontraba el sistema del planeta Voss.

Episodio 0

Eunice y Ric se establecieron en una apartada zona selvática del planeta Voss, pero bien comunicada. Con el tiempo, mantuvieron una cordial y cercana relación con los habitantes y nativos sensibles a la Fuerza que existían en ese mundo. Después de todo, ambas creencias filosóficas no se distanciaban mucho. Sus seguidores fueron creciendo, y eso permitió el desarrollo y expansión de sus ideales y pensamientos, entre los que destacaba su particular visión de entender la Fuerza y la vida.

Los años pasaron. Ric y Eunice se formalizaron como pareja y tuvieron una hija.

En el año 45 ABY (10 BrS), a los pocos meses de Eunice ser madre, ambos tomaron un vuelo atmosférico para desplazarse de una ciudad a otra del planeta.

Un aviojet civil de la compañía de aerotransportes de Voss hacía esa ruta, pero por desgracia fue atacado por unos piratas. La aeronave inicialmente pudo huir, pero se estrellaría posteriormente en una zona montañosa del hemisferio norte.

Ric, la tripulación y la mayoría de los pasajeros murieron. Un joven comerciante humano que viajaba con ellos, y que solo sufrió heridas leves, por orden de la moribunda Eunice, tomó bajo su custodia a la niña, que había quedado ilesa.

Las últimas palabras que dijo Eunice, antes de morir, al benefactor de su hija fueron que su colgante se lo pusiera a la niña, llamada Mallie, y que la llevara al Templo Jedi de Coruscant.

Los cuerpos de los dos seguidores del Potentium fueron llevados a su refugio y allí fueron incinerados, rodeados de sus seguidores y amigos.

El comerciante cumplió con su cometido. Cuando llegó a Coruscant dejó a la niña, quien mantenía el don genético de sus padres a ser sensible a la Fuerza, al cuidado de la Orden Jedi. Le dejó puesto en el cuello el colgante con su curioso amuleto. El Maestro Hal se lo había regalado a Eunice la primera vez que la vio, y ahora lo llevaba su hija.

El amuleto del colgante era una especie de símbolo que representaba la figura de un kybo, una criatura voladora con forma de manta-raya originaria del planeta Zonama Sekot. Se usaba como cosechadora en simbiótica relación con sus habitantes, pero para el comerciante solo parecía la forma de un ave de rapiña elegante y esterilizada con las alas abiertas orgullosamente.

Mallie, la hija de Eunice, creció y se convirtió en Caballero Jedi, pero al igual que ella, se exilió con otro Jedi llamado Kento. Ambos se establecieron en el planeta Kashyyyk y tuvieron un hijo.

El joven comerciante se convirtió posteriormente en un próspero y acomodado empresario. Se estableció en el planeta Stewjon, casándose con una humana también sensible a la Fuerza con quien formó una familia moderadamente rica. Tuvo varios descendientes. Igualmente dejó a su primogénito al cuidado de la Orden Jedi. Posteriormente, su vástago llegó a ser un heroico y conocido Maestro Jedi apodado «el Negociador».

Eunice murió joven, pero su generación vio fallecer la vieja República, la destrucción de Alderaan, la vuelta de los Sith y la desaparición de los Jedi de Coruscant… y del resto de la galaxia. Los acontecimientos se precipitaban rápidamente. Era como una sorprendente propulsión, similar a la que necesita la materia exótica en una cavidad casimir para crear un agujero de gusano. La oscuridad, fría y letal, hacia su aparición. La paz y la luz de la galaxia de repente dejaron de existir. Habían desaparecido.

LA HISTORIA DEL PERLA CARMESÍ

BELÉN QUIJADA, ALEXANDER LARRAÍN Y CARLOS GUZMÁN



Han pasado once años desde que el Imperio había ejecutado la Orden 66. La galaxia había sido sometida al poder del Emperador y pequeñas células rebeldes comenzaron a formarse en respuesta a tanta tiranía.

Capítulo 1

Asalto en el desierto

Caía el primer sol en Tatooine. Había sido un día cálido, como siempre, pero en este día en particular se sintió una extraña sensación en el aire. Las dunas se habían movido unos metros de la casa de Guillean Propeller, un joven de veintitrés años nativo del planeta que se encontraba en su taller intentando armar un droide AR. Su verdadera especialidad eran las naves. Por más que se esforzara nunca había logrado hacer un droide funcional, y esta no sería la primera vez. Su vida se encontraba actualmente limitada a la comodidad de su casa, siempre que pudiera considerarse cómoda la vida en un planeta hostil como ese. Esta contaba con dos pisos y un amplio patio en los que residían los restos de naves y circuitos que conformaban su taller. Mirando hacia aquel revoltijo de escombros, deseaba desde lo más profundo un aire fresco en su vida, o una bala. No era muy difícil obtener lo último.

Sus ojos color madera se perdían en el primer ocaso cuando un droide de protocolo llamó a la puerta principal.

—Señor Propeller, el gran Bulrog le saluda —dijo la máquina cuando él abrió la puerta.

—Muchas gracias. ¿Qué sucede?

—Su presencia es requerida en el palacio.

—¿Motivo?

—Por su amistad, señor Propeller.

—Voy —dijo Guillean, sujetando su caja de herramientas y preparándose para lo que esperaba fuera una visita de rutina o mantenimiento de naves a cambio de seguridad, lo usual.

Esta situación era muy normal, dado que el hutt solicitaba siempre la presencia de aquellos expertos que necesitara y se encontraran en el planeta, y en el caso del joven Propeller su experticia yacía en el trabajo familiar enfocado al mantenimiento, reparación y construcción de naves.

Continuó su camino muy perdido en sus pensamientos, con un nudo en el pecho, el cual no sabía explicar. En cierto modo extrañaba a su familia, pero la decisión de quedarse en aquel mundo inhóspito y no viajar a Naboo había sido suya. Siguió por las sucias y polvorientas «calles» mientras saludaba a algunos individuos.

—¿Qué hay, Guillean? —dijo un hombre desde las sombras.

—Hola Peet. —La respuesta no fue muy anímica, nunca lo eran.

—¿El hutt, no es así? —preguntó el pelirrojo al ver, acompañándole, al clásico droide que simbolizaba un «dejen pasar a aquel que va conmigo, es invitado especial de Bulrog, e impedir su paso se traduciría en problemas directos con el hutt». La verdad era que nadie quería problemas de ese tipo.

—Como siempre.

—Mucho éxito, Guillean. —Las palabras iban con sinceridad. No siempre era bueno ser llamado por el hutt, pero el mecánico solía salir vivo de todo.

Estaba a unos doscientos metros de llegar a su destino cuando divisó a una joven ryleana de color magenta. Era Kyo Azura, una de las sanadoras más talentosas de Ryloth. Su clan se especializaba en la sanación mediante la energía del universo, lo que los Jedi conocen como «*Fuerza*». Nadie sabía la ubicación exacta del clan Azura, tan solo aquellos que, por datos de otros viajeros, les dijeran cómo llegar.

Cierto fatídico día, en el año 16 ABY, el Imperio había logrado dar con ellos y les forzaron a unirse o morir. Más bien los asesinaron a sangre fría frente a los demás. Y aquí estaba ella, con ansias de recuperar a su familia y restaurar su clan.

Pensaba que trabajando para los líderes de la mafia podría conseguir información y rescatar a más de uno. Además, era bien sabido que ni siquiera el Imperio se metía con ciertos grupos criminales, mucho menos con uno tan poderoso como el de los hutt. Las personas de aquel planeta la miraban extrañadas, su piel era muy llamativa, sus lekku muy largos y su ropa la delataba como extranjera. Ella pensaba que lo hacían por ser una twi'lek, pero lo que en realidad llamaba la atención de la gente eran el arco y carcaj en su espalda.

Había aterrizado en Tatooine hace algunas horas, luego de muchos viajes. Básicamente tuvo que abandonar Ryloth a la edad de catorce años y acabar viajando como médico en distintas tripulaciones. Habían tratado de someterla como esclava, pero se defendió hábilmente mandándoles a volar, literalmente. Durante cinco años estuvo con una anciana togruta atendiendo una tienda de artículos médicos en Naboo. Sin embargo, un día llegó un grupo de al menos cinco soldados de asalto, quienes habían recibido una denuncia anónima de que en aquella modesta tiendecita se refugiaba a terroristas rebeldes contra el Imperio. La anciana gritó a Kyo que huyera, antes de recibir el impacto de cinco blásters.

Corriendo, llegó hasta una plataforma, y al ver cómo una nave se encontraba lista para despegar, corrió hasta ella gritando que la esperaran. Antes de cerrarse la escotilla pudo ver a un duro y a un humano en su interior. De inmediato, el piloto al mando sonrió entre dientes putrefactos, pudo reconocer uno o dos de oro.

—Hola preciosa, ¿a dónde van esos hermosos lekku? —preguntó.

—A donde sea que vayan —respondió, intentando controlar su respiración para que no se le notara apurada.

—¿A Tatooine? —La mirada extrañada del piloto fue suficiente para demostrar que la idea no era muy buena.

—Si fuesen tan amables…

—Serían cinco mil créditos, pero por ser tú, mil quinientos.

—Muy amable, pero podría curar a tu compañero de carga, que está muy malherido, a cambio del viaje y algo de comida. —El piloto miró al duro que se encontraba junto a él, sujetando su vientre sangrante. Ante los segundos de demora, Kyo volvió a preguntar—. ¿Quieres que lo cure o no?

—Sube —dijo a regañadientes, antes de alejarse rápidamente de Naboo.

Guillean la miró perplejo, nunca había visto una mujer que voluntariamente se acercara al palacio. Se estaba dirigiendo donde el portero.

—Vengo en busca del señor de este palacio —señaló Kyo seriamente—. Quiero ofrecer mis servicios como médico. —El droide a cargo emitió el mensaje y las puertas se abrieron, dejando pasar a la chica a un cuarto para que esperara.

El humano fue directamente al salón del hutt, siguiendo al droide que le escoltaba. Se reunieron ambos ante el gran señor.

—Bienvenido, amigo Guillean —tradujo el droide—. Me alegro que vinieras.

—Jamás dejaría sin atender un llamado tuyo, Bulrog.

—Me parece excelente —siguió el droide—. Verás Guillean, estamos faltos de personal y tengo una misión un poco diferente para ti. Dado que somos amigos y confío en tus capacidades…

—¿Necesitas arreglo para más de una nave?

—No, amigo Guillean, esto es diferente. Tú sabes que cada planeta tiene su sindicato criminal y que difícilmente existirían dos, sobre todo cuando la competencia se vuelve desleal. Pero los nuevos no respetan las viejas tradiciones.

—Creo que entiendo —dijo, tratando de parecer creíble y disimular su falta de información. Tenía un poco de miedo, había ido a misiones de terreno, pero no veía a nadie más en la habitación. En ese momento, entró la ryleana.

—¿Y tú, bella joven? —tradujo el droide, ante la sorpresa de la recién llegada.

—Señor, vengo a ofrecer mis servicios de sanación a su palacio.

—¿Una médico? Podría ser bueno, mis hombres podrían necesitar eventualmente algún servicio así.

—Sí señor, he sido médico de muchas tripulaciones y he atendido en distintos terrenos con éxito —respondió la ryleana, orgullosa—. Por ello, quiero ofrecerle los mejores servicios médicos que podrá encontrar a este lado de la galaxia.

—Bien, muchacha, dime tu nombre.

—Kyo Azura.

—Bueno, Guillean, trabajarás con ella en esta misión.

—Pero Bulrog, no la conoces, ¿y si es una infiltrada? —protestó el humano.

—¿Estás dudando de mis decisiones, Guillean?

—Por supuesto que no.

—Aun así, el chico tiene razón —tradujo el droide—. Usa esta primera misión para mostrar lo que vales.

En ese momento, el hutt llamó con voz profunda a un sirviente, y entró a la habitación un joven rodiano. Era de tono azul petróleo, de altura media y vestía ropas que parecían ser de segunda mano o muy viejas. Además, su rostro estaba demacrado y sus pupilas sufrían con la luz, lo que denotaba que había estado mucho tiempo en las sombras, y llevaba en torno al cuello un collar de esclavo.

—Twok Thee os acompañará en la misión —continuó el droide—. Y esta será dirigida por Malthar, uno de mis guardias de élite del palacio.

Bulrog terminó de dar los detalles sobre la misión. La prioridad era eliminar un grupo de criminales que se hacían llamar los «*Hijos del Sol Negro*». Estos, según sus espías, habían levantado un campamento a las afueras de la ciudad. Su misión era ser el apoyo para el equipo que ya había sido desplegado y que debía convertir en cenizas aquel lugar.

Guillean y Kyo no lograron comprender por qué habían sido elegidos frente al personal actual. Sin embargo, ella, como médico de batalla, accedió con el fin de mostrar sus capacidades y así comenzar con su búsqueda personal.

Se dirigieron al establo de dewbacks junto a Twok Thee, quien, a simple vista, tampoco parecía ser útil en la misión: demasiado flaco y débil, pero al menos contaba con un bláster. Llegaron hasta el establo en completo silencio. Una vez allí, el encargado de cuidar de los animales, reptiles nativos de aquel planeta desértico, se alegró, y señaló que tenía dos de ellos listos para el equipo de recién llegados. El rodiano avanzó y se apresuró en señalar lo siguiente:

—Has sido llamado por Bulrog para acompañarnos en esta misión —comenzó Twok—. Me han enviado para confirmarle esto.

—¿Yo? Pero si solo soy el cuidador de los dewbacks.

—Sí, pero él ha visto tu potencial, y es por ello que te ha elegido para probar tus habilidades con nosotros.

—Me siento honrado —dijo el cuidador mientras terminaba de preparar a los animales.

—Me parece muy bien, gracias por sus servicios —dijo Twok.

—Un placer servir al hutt.

Twok Thee había demostrado sus grandes habilidades de convencimiento, era un aliado poderoso. Subieron a los lomos de los dewbacks y comenzaron a avanzar por las calles hacia el sitio de reunión. Kyo estaba en la misma montura de Guillean.

Estaba muy nerviosa, intentando mantener el ritmo para evitar caer, esta era su primera vez en una de aquellas criaturas. Por otro lado, estaba muy molesta porque, bajo su voluntad, jamás habría ido a una misión como esta sin armas, sin guardias y con desconocidos. Los jóvenes no pronunciaron palabra alguna, estaban muy concentrados en sus propios pensamientos. ¿Por qué habían llegado hasta ese punto?

La noche había caído y el cielo estaba bellamente estrellado. Era perfecto para una declaración de amor, no de guerra. Las constelaciones se apreciaban perfectamente, todo era ajeno a lo que ocurría sobre aquel mar de arena y el conflicto entre ambos sindicatos criminales.

—No es un lugar para una chica —dijo Guillean de golpe, rompiendo el cristal de pensamientos en que se encontraba Kyo.

—He estado en sitios peores, Guillean —respondió Kyo, molesta. Él sonrió.

—Ya te sabes mi nombre y aún no logro recordar el tuyo —suspiró—. Espero que esa cosa que traes sirva realmente para pelear. Muchos han muerto en sus primeras misiones, no quiero tener que llevar tu cadáver al palacio.

—Te sorprendería saber lo letales que son estas flechas, y mi nombre es Kyo Azura —dijo un poco menos molesta.

—Si sobrevivimos, tal vez me preocupe de recordarlo. —Y volvieron a guardar silencio. Mientras tanto, una suave brisa surcaba las arenas.

A poco más de dos kilómetros de aquel lugar se encontraba el campamento de los Hijos del Sol Negro, que estaba siendo atacado brutalmente por el primero de los grupos. La defensa era sostenida por un bothan de pelaje café y traje oscuro, quien llevaba en su mano un bláster que apuntaba hacia sus objetivos y disparaba de manera frenética, mientras en su cinto se encontraba un enorme machete y una daga. A su cargo se encontraba un grupo de tres duros que, de manera no muy buena, intentaban acertar a objetivos ocultos en la oscuridad. El grupo se encontraba protegiendo una carpa central, de la cual salió el ser más importante de aquel lugar, el líder, un duro también, pero mucho más gordo y alto que el resto. Llevaba una túnica con finos bordados dorados y, mientras miraba a sus súbditos, sostenía un arma que destacaba sobre todas las demás. Había otros miembros con similar traje e igual insignia que disparaban a los invasores.

—¿Es que acaso debo hacerlo todo yo? —preguntó furioso—. ¡Es vuestro trabajo defender este campamento, malditos inútiles! —gritó molesto mientras apuntaba con su arma, disparándola y haciendo estallar al instante su objetivo. Luego volvió a entrar en la carpa para seguir con lo que estaba haciendo.

—¡Ya lo oyeron, chicos! —gritó el bothan, y sacando su machete se abalanzó contra uno de los gamorreanos que se encontraban allí, atravesando su cráneo de un golpe. Los demás soldados avanzaron, disparando al mismo tiempo que una de las carpas se prendía fuego, mientras que desde la parte occidental del campamento una torreta disparaba hacia las dunas en las que se encontraba la presencia hostil.

No tardaron demasiado en limpiar la zona de enemigos. Un puñado de al menos diez de los enviados por el hutt habían sido borrados por completo por medio de la acción conjunta del bothan y el resto de los guardias. A cambio, un poco más de la mitad de los del campamento habían perecido. Sin embargo, todo ello parecía no ser de importancia para Mawi.

—Vendrán más —sentenció al entrar el relajado bothan a la carpa para dar el aviso de haber sido neutralizado el ataque—. Y será mejor que los destruyáis sin vacilar. Ahora trabajas para mí, y quienes no cumplen con mis órdenes terminan muertos. ¿Entendido?

—Como usted ordene, mi señor —dijo a regañadientes el bothan, antes de abandonar la carpa nuevamente.

El bothan estaba muy molesto, odiaba con su alma al jefe. Bueno, no era un odio específico a este jefe en sí, odiaba a todo aquel que estuviera por encima suyo.

Una vida de esclavo y ser forzado a luchar día a día para el entretenimiento de otros, había forjado en él un deseo de libertad duro como el metal. Sentía un inmenso deseo de asesinarlo, el mismo sentimiento que tuvo durante años hacia muchos otros individuos antes que él. Más que nada, era un sentimiento de supervivencia.

Sin embargo, esta vez era diferente, porque él era libre y estaba trabajando al servicio de este sujeto, y aunque le odiaba estaba obligado a protegerlo.

Su cabello caoba resplandecía bajo las estrellas, tenía algunas cicatrices en el rostro que delataban su pasado esclavo. Sus emociones apenas podían disimularse.

Estaba furioso: «*no debo asesinarlo, no Squealer, no debes… lo odias, pero no debes… cálmate, Squealer…*», se repetía sin parar.

Tras algunos minutos, el líder abandonó la carpa para reunirse con sus hombres.

Habían agrupado a sus muertos para contabilizar las bajas, pero en todo momento el bothan se mantuvo atento al horizonte, sin saber mucho a qué horizonte exactamente prestar atención, pero suponiendo que usarían la ruta clásica que daba hacia la ciudad y a la fortaleza de aquel que decían era el enemigo del sindicato.

—Señor, veo ciertos movimientos en las arenas. ¿Qué hacemos? —preguntó con voz firme al líder.

—Asesinarlos a todos —señaló con completa frialdad y con cierto tono de que aquella pregunta era demasiado obvia e innecesaria.

—Señor, no es mucha gente.

—No importa, matar es lo importante aquí. —Miró al bothan con dureza a través de sus enormes ojos ámbar—. No podemos dejar que los Hijos del Sol Negro fracasen, Squealer. Fracasar es dinero que no volverá, y en esta galaxia nadie quiere perder dinero.

Ellos, al igual que tú, recibirán dinero si nosotros somos derrotados. El dinero es una lección que debes aprender.

Se dispusieron a pelear. Squealer usó sus cuchillos y armas para asesinar a todo lo que se moviera cerca de él. Hábilmente masacró todo lo que se le puso por delante en el primer ataque, pero ahora se preguntaba si los que venían estaban en la misma situación que él. Cuánto costaba para ellos defender al hutt. Sacudió la cabeza de golpe, no debía pensar en ello, no le pagaban por pensar; le pagaban por matar, y quizás así pudiera algún día ser realmente libre.

Cuando el segundo equipo llegó, esperaban encontrar signos de batalla: clamor, gritos, disparos, fuego, caos, sangre… Pero en su lugar solo había un silencio sepulcral; la piel se les heló a los recién llegados, no era normal este silencio. Es por ello que Malthar descendió, y tras él el resto del equipo, para seguidamente extraer unos binoculares y descubrir que el primer grupo enviado se encontraba completamente destruido.

Dada la situación en que se encontraban, más allá del gamorreano y Malthar, el resto creía, o más bien asumía, que, en general, el equipo contaba con la mayor probabilidad de fracaso que hubiera existido en la historia de los equipos que fracasaron en una misión para Bulrog, y eso siempre significaba una cosa: la muerte. La más dolorosa, por cierto.

Entonces hicieron lo que cualquier grupo a punto de morir haría: se ocultaron tras una duna para armar un plan… aquello habría sido una buena idea, pero no, Twok Thee parecía tener un plan mejor. Se lanzó corriendo a lo loco, gritando, y empezó a disparar seguido por uno de los gamorreanos, quien gritó con aún más fuerza. Malthar quiso por un segundo decir algo para detenerle, pero de inmediato cambió su postura y partió detrás de ellos. Kyo, por su parte, se levantó de vez en cuando para lanzar flechas con su arco desde su zona segura.

Guillean trataba de idear un plan, trataba que nadie le viera, estaba molesto porque Kyo lanzaba flechas y revelaba su ubicación.

—Ryleana, deja de lanzar esas cosas, nos delatas.

—Al menos hago algo, ya han caído dos sujetos.

—¡¿Con esa cosa?!

—Sí —dijo molesta—. Estas cosas están siendo más útiles que tú. —Sus lekku apuntaban hacia su espalda, lo que indicaba su nivel de enojo, pero Guillean no lo sabía.

—Uy, perdón señorita.

Guillean sintió escalofríos al pensar en lo difícil que sería ir a presentarse ante Bulrog diciendo que los Hijos del Sol Negro habían destrozado al primer equipo y por poco al segundo. Por primera vez en mucho tiempo tenía miedo de fracasar, porque sabía bien que Bulrog tenía mejores planes que la muerte para aquellos que no cumplían con sus deseos. Por unos instantes, y de alguna forma, sintió que había desperdiciado por completo su vida atrapado en aquel nido de ratas. Siempre supo que tenía la capacidad de

construir una nave propia y buscar su lugar en la galaxia, pero no lo hizo, y ahora estaba a punto de morir. Se debió a su amor por el trabajo y la paz que ese mundo le otorgaba frente a los otros muchos peligros que podía encontrar fuera de Tatooine, por ello se quedó y se volvió a quedar una y otra vez.

Entre pensar y perderse en su mente, despertó para darse cuenta que, en ese preciso momento en que vio a los guardias del campamento disponerse a armar una torreta y a un dewback dar un alarido, le sobrevino una idea. Si iba a morir sería luchando y no ante la presencia de Bulrog, si carecía de un bláster debería lograr la manera de hacer el mayor daño posible con lo que tuviera a mano.

—Ven conmigo —dijo Guillean, tomando de la mano a la chica. Ella se sonrojó y no supo cómo reaccionar, dado que nunca le cogía la mano a nadie—. No te conozco, pero si hemos venido juntos a esto será mejor que salgamos con vida. Tengo un plan. —Se acercaron al reptil y se subieron a su lomo.

—No podemos huir —dijo Kyo.

—¿Quién dijo que huiríamos?

Squealer divisó entre las llamas cómo de golpe comenzaba a correr un enorme reptil contra el campamento con dos sujetos en su lomo; una chica cuya especie no conocía y que «lanzaba fuego», y un humano. Ambos se dirigían a toda velocidad hacia la posición en que se encontraba la torreta que estaba siendo armada. Todo ello le parecía un plan demasiado extraño, pero… Miró a los duros que armaban la torreta y lo torpes que parecían ser. Tal vez aquellos sujetos tenían alguna posibilidad de éxito.

Entonces entró en la carpa principal y de inmediato el duro pareció molestarse con la presencia del bothan.

—¡Qué he dicho! —exclamó, y sin esperar respuesta continuó—. Será mejor que te encargues de los enemigos, no deberías estar aquí.

—Soy tu guardaespaldas —recalcó a lo último—. Mi obligación es mantenerte a salvo a ti, me pagan por mantenerte con vida y será necesario… —Miraba a un lado y a otro de la carpa, buscando una salida alternativa o entrada.

—No abandonaremos esta posición. —El líder se volteó, dándole la espalda al bothan en señal de que se había puesto término a la discusión. Fue entonces que la mano de Squealer se posó suavemente en el mango de su vibrodaga.

Utilizando el cuerpo del reptil se abalanzaron en contra de los soldados que habían terminado de levantar la torreta, obligando a los temerosos duros a alejarse del arma para evitar un zarpazo de la criatura, la cual lanzaba mordiscos a diestro y siniestro. Esto le dio

la oportunidad a Guillean de correr entre los disparos para colocarse en los controles de la torreta y apuntarla en dirección a los dos enemigos que la habían estado armando.

—¡Bajen las armas! —gritó Guillean furioso.

En el interior de la carpa principal, el bothan se acercaba sigilosamente hacia su jefe para, finalmente, sacar su vibrodaga y cortarle la yugular. Luego respiró hondo antes de sacar el machete para comenzar la difícil tarea de arrancar la cabeza del resto del cuerpo, pero él sabía cómo, pues no era su primera vez. Tras arrancar por completo la cabeza, avanzó hacia la salida con ella en la mano en señal de paz, demostrando que él no estaba con el enemigo.

En ese momento, al ver salir de la carpa principal al guerrero bothan con la cabeza ensangrentada, alzándola y gritando por al fin sentirse completamente libre, los pocos enemigos que quedaban vivos, los dos enfrente de la torreta, bajaron de inmediato sus armas en señal de rendición.

—¿Quieres que les mate? —preguntó Guillean mirando al bothan.

El humano había visto al peludo luchando a favor de aquellos criminales, y sabía que una traición en los sindicatos estaba mal vista. En cierta forma admiraba el valor que tuvo el bothan, pues en todos sus años ante el hutt, él no lo había tenido ni conocido a nadie que lo tuviera. El peludo simplemente afirmó con la cabeza, y ante la mirada de pánico de los dos hombres que no pudieron siquiera abrir sus bocas para implorar por piedad, salió el fuerte resplandor carmesí desde la torreta, calcinándolos al instante.

—Gracias —dijo el bothan.

—No hay de qué, eran los únicos testigos peligrosos. Soy Guillean Propeller —dijo, extendiendo la mano.

—¿Puedo confiar en ti? —dijo la criatura, algo intrigada más para sí misma que por el humano, pero luego de finalmente extender su mano, añadió—. Squealer.

—Y yo soy Kyo Azura —dijo con cierto recelo la ryleana, uniéndose a los recién presentados.

Caminaron para reunirse con el resto del equipo. Fue así como supieron que, además de ellos tres, el único superviviente era el delgado rodiano que, ocultándose tras una duna para disparar, había logrado mantenerse a salvo de toda la acción.

Comenzaron entonces a buscar cosas de interés. Guillean tomó para sí un bláster, y cada uno de ellos tomó un traje de los Hijos del Sol Negro a modo de recuerdo.

Luego observaron las dos lanzaderas T-4a clase Lambda que tenían a su disposición.

Se veían viejas y malgastadas, pero un chequeo visual rápido por parte de Guillean le indicaba que eran completamente funcionales.

—Twok Thee —dijo el rodiano acercándose ante la figura del bothan, dando su mano a Squealer. Este último vio que tenía un extraño collar.

—¿Esclavo? —preguntó con desagrado. Sus primeros minutos de libertad fueron rápidamente opacados ante el recuerdo de que aún existía esclavitud a lo largo y ancho de la galaxia. El rodiano solo bajó la cabeza en señal de vergüenza.

Guillean observó las naves que tenía ante él, luego miró a los cuatro que habían logrado sobrevivir a la batalla entre sindicatos, y en ese momento realmente sintió que con ellos podría formar un equipo y viajar lejos, hacer todo lo que no había hecho antes, dejar de estar solo y atreverse a formar lazos. Él era piloto, o bueno, al menos comprendía en profundidad el funcionamiento interno de las naves al haberlas armado, desarmado y vuelto a armarlas desde que tenía memoria. Y si bien podían no ser un equipo en un principio, bastaría para alejarse de aquel planeta desértico.

—Necesitaríamos un piloto, yo no sé manejar estas cosas —señaló el bothan—. Tengo algo de conocimiento, fui entrenado para tener múltiples habilidades de combate, pero las naves nunca fueron del todo lo mío.

—Yo sé hacerlo —dijo Guillean—. Podría llevarnos a donde sea en una de estas.

—¿En serio? ¿Sabes pilotar? —preguntó intrigado.

—Sí —dijo un poco inseguro, pero buscando convencerse de que era el mejor piloto, al menos en esos pocos metros cuadrados de campamento.

—Guillean —comenzó Twok Thee—, me habría gustado tener la oportunidad de compartir más tiempo con vosotros, se nota que sois… —Hizo una pausa para buscar la palabra—, especiales. Habéis logrado la victoria donde muchos habrían visto la derrota. Pero lamentablemente, y por mucho que quiera abandonar este planeta, mi lugar está aquí.

—No comprendo —dijo Kyo—. ¿Estás a gusto con Bulrog?

Twok rió cabizbajo.

—No es eso, señorita Azura, esto… —dijo golpeando con sus dedos su collar—, es lo que me mantiene atado a este planeta y a ese palacio. Solo fui asignado a esta misión, pero no hay nada que deseé más que convertirme en un gran cazarrecompensas como Greedo.

—Sinceramente, me agradas Twok —comenzó Guillean—, pero…

—¡No puedes permitir que siga siendo un esclavo! —gritó Squealer, girándose hacia Guillean con una mirada cargada de furia—. Prométeme que harás lo posible porque sea libre. —El humano asintió.

Pasaron el resto de la noche buscando armar un plan, buscando cómo no comprometer a su nuevo aliado y cómo liberar a Twok Thee. Aunque sabían bien lo costoso que era un esclavo, esperaban que saliera bien. Finalmente, concluyeron que ocultarían una de las naves en las que viajaron los Hijos del Sol Negro, la cual se quedaría cuidando el bothan. En ella había provisiones suficientes para varios días en caso de que tardaran en volver. Mientras tanto, llevarían la cabeza del jefe hasta Bulrog utilizando la otra de las naves.

—No olvides que deberíamos llegar en un día o dos máximo —dijo Guillean al bothan—. Priorizaré ponerme en contacto contigo lo más pronto posible.

—Confío en vosotros —dijo Squealer con una leve sonrisa mientras los demás subían a la otra nave—. Nos veremos pronto —dijo a Twok Thee, y el rodiano afirmó con la cabeza.

Guilean se sentó en la sala de mando, comenzó a estudiar uno a uno los botones que le rodeaban. El modelo era un poco viejo, pero no era demasiado complejo.

Luego elevó la nave y comenzaron a sobrevolar las arenas, las cuales eran bañadas por los primeros rayos de uno de aquellos soles que teñían el horizonte con tonos dorados. Al acercarse al palacio de Bulrog se dispusieron a aterrizar en la plataforma de aterrizaje, y ante la presencia de una nave como aquella, el hangar se llenó de guardias y mercenarios armados. Al ver bajar a Guillean con la cabeza de Mawi en su mano, con la sangre aún un poco fresca, se oyó la voz del hutt gritando una orden que hizo bajar de inmediato las armas para luego acercarse y hablar mientras iba siendo traducido por su droide.

—Amigo Guillean, hice bien en confiar en ti y tu amiga.

—Gracias gran Bulrog. He aquí la cabeza del líder.

—Como habéis cumplido, seréis recompensados. Pero me pregunto qué ha pasado con el primero de los equipos y con Malthar. —Guillean bajó la cabeza.

—Todos muertos, fue una batalla difícil —confirmó el humano.

—Bueno, bueno, deseo igualmente compensaros a cada uno con una suma en créditos —confirmó a través del droide.

—Sobre eso… —Los guardias poco a poco ya habían ido abandonando la plataforma—, me gustaría pedir como pago por la misión la libertad de Twok Thee.

—¿Liberar un esclavo por esto? No lo vale. —Se oía la voz furiosa de Bulrog hablando en la lengua de los hutt mientras el droide traducía de forma serena, todo en un contraste bastante extraño.

—Kyo y yo le debemos nuestra vida a Twok Thee. Si no fuera por él, no habríamos logrado completar la misión ni presentarnos ante tu presencia, gran Bulrog —mintió de forma convincente al hutt—. Es por ello que no seríamos capaces de aceptar un pago sabiendo que nuestro nuevo amigo tendrá la vida miserable de un esclavo.

—El gran Bulrog está considerando lo que el gran Guillean ha señalado —emitió el droide ante el silencio del hutt.

—Te hemos traído de regalo esta nave, pertenecía a los Hijos del Sol Negro, y seguramente ellos la obtuvieron del Imperio —añadió, al tratarse de un modelo utilizado comúnmente por estos últimos—. Como muestra del gran poder del gran Bulrog, queremos que forme parte de tu colección.

—El gran Bulrog agradece la pieza para su colección de chatarra. —Guillean se molestó, pero lo supo disimular. No estaba saliendo bien la negociación, pues no estaba dentro de sus habilidades la de negociar con un hutt y más con este guardando tanto silencio. Hasta el momento solo había seguido sus órdenes.

—Quiero la libertad de Twok Thee —insistió Guillean. Luego recordó una frase que solía usar Bulrog cada vez que le había invitado al palacio—. Por mi amistad con el gran

Bulrog, quisiera que se me permita hacer lo necesario por la libertad de mi amigo. —El hutt se quedó atónito al oír «*por mi amistad*».

—Por esta misión te iba a pagar veinte mil créditos, Guillean —tradujo el droide—. ¿Ese insignificante rodiano los vale?

—Cada uno de ellos —dijo con firmeza el mecánico.

—Mmm… —comenzó a susurrar el hutt—. Si cumplís una misión más, será libre; si falláis seréis perseguidos por toda la galaxia y no habrá rincón en que el clan de los hutt no os encuentre para asesinaros. —Guillean sonrió, en cierto modo había ganado.

—Dinos cuál es la misión entonces, gran Bulrog. Cuenta con que la cumpliremos. —Deberéis buscar a un gran amigo mío que está siendo acosado por piratas.

Le quitó el collar de esclavo a Twok Thee y les entregó un holoproyector con la información, luego les llevó hasta una de sus naves más lujosas, un TUG-b13 Quadjumper modificado, con colores rojos y dorados. A diferencia de un modelo clásico, este había sido ampliado, contaba con habitaciones y un pasillo más ancho, además de con un espacio en cabina para cuatro asientos.

Despegaron de inmediato, pero primero se dirigieron hacia la ubicación en la que habían dejado a Squealer. Este, al ver llegar una nave roja y dorada, se colocó a la defensiva, temiendo que hubiera sido descubierta su traición a los Hijos del Sol Negro. Luego se sorprendió cuando vio bajar de la rampa de aterrizaje a aquellos tres miembros que acababa de conocer junto al rodiano sin el collar de esclavo.

Sonrió y corrió hacia ellos para abrazar a Twok Thee y levantarle, al tiempo que gritaba «*¡libres!*».

—Se equivoca señor Squealer, aún no soy del todo libre —señaló Twok Thee.

Squealer miró a Guillean en busca de una explicación.

—Bulrog nos ha puesto una condición. Si queremos la libertad de Twok tenemos una misión más que realizar, ha accedido a que al cumplirla nos compensará con su liberación.

—Iré con vosotros —sentenció el bothan de inmediato.

—No es necesario, puedes usar la lanzadera y buscar una nueva vida, quizás venderla y encontrar un nuevo rumbo…

—Ya encontré mi rumbo —sentenció de nuevo Squealer—. ¿A dónde partiremos? —preguntó, avanzando hacia la lanzadera desde la que pasaron provisiones, ropas y armas hacia el QuadJumper.

—El planeta se llama Aduba-3 —dijo el humano—. Ven como copiloto —invitándole a sentarse a su lado—. Necesitaré a uno para que todo salga bien. —De inmediato, ingresaron las coordenadas y se trazó la ruta por la cual realizarían el hipersalto hasta su objetivo.

—¿Qué hago? —Tantos botones y colores confundían un poco al experimentado guerrero.

—Aprieta ese botón cuando te indique para activar el hipersalto —dijo el humano mirando con una sonrisa al sanguinario bothan.

Fuera de la atmósfera de Tatooine había una vista que se sentía de una manera muy especial, Squealer respiraba orgulloso y miraba la galaxia con otros ojos. Apenas Guillean le indicó, apretó el botón del hipersalto mientras su cuerpo se llenaba de una sensación de libertad. En cierto modo, por primera vez en su vida sentía que era capaz de elegir el camino que debía tomar.

Continuará…

EPÍLOGO

Las historias de esta maravillosa galaxia tan lejana pueden ser infinitas, llenas de aventuras, personajes inolvidables y planetas únicos. Desde relatos repletos de pequeños e íntimos momentos, a otros más grandes que la vida misma. Pero todos tienen algo en común. El amor por esta galaxia tan, tan lejana.

Que la lectura os acompañe…


LA BIBLIOTECA
DEL TEMPLO JEDI